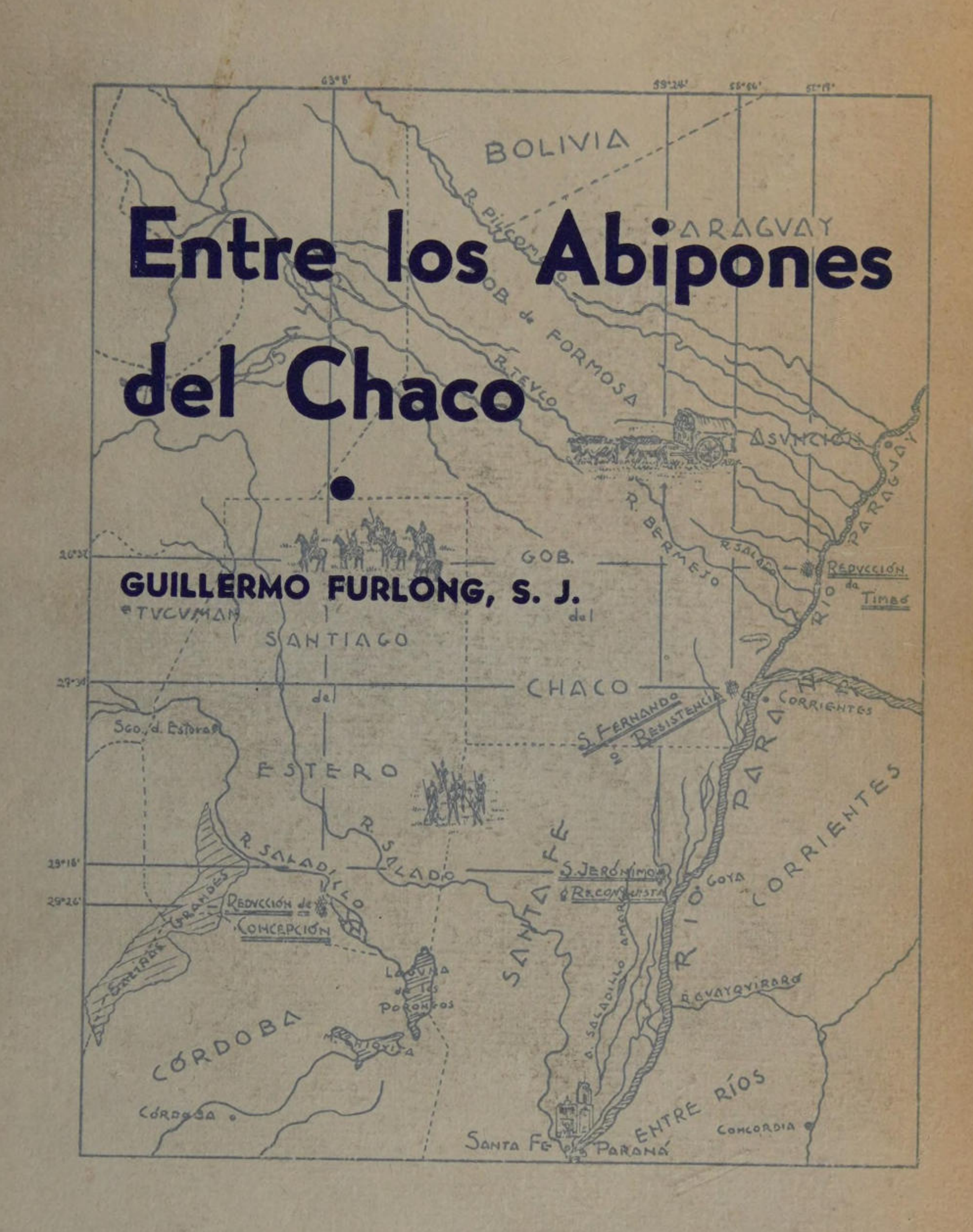
Entre los Abipones del Chaco

GUILLERMO FURLONG, S. J.



ENTRE LOS ABIPONES DEL CHACO



Efigies de Abiponas y Abipones según Dobrizhofter

ENTRE LOS ABIPONES DEL CHACO

SEGUN NOTICIAS DE LOS MISIONEROS JESUITAS MARTIN DOBRIZHOFFER, DOMINGO MURIEL, JOSE BRIGNIEL, IOAQUIN CAMAÑO, JOSE JOLIS, PEDRO JUAN ANDREU, JOSE CARDIEL Y VICENTE OLCINA

por

GUILLERMO FURLONG, S. J.



BUENOS AIRES
Talleres Gráficos "SAN PABLO"
1938

NIL OBSTAT - Thomas J. Travi, S. J. - 16 - VI - 1938.
IMPRIMI POTEST Antonius Rocca, Ep. Aux. Vic. Gen. - 22 - VI - 1938.



"Entre los Mocobíes de Santa Fe" es el título de un volumen que publicamos a principios de este año de 1938. "Entre los Abipones del Chaco" es el volumen que hoy damos a la publicidad. Hay entre ambas obras una marcada analogía, ya que han sido análogos los elementos históricos de que nos hemos valido y análogo el procedimiento histórico que hemos adoptado.

Para una y otra monografía, como para las que tenemos en preparación sobre los Pampas, Lules y Poyas, nos hemos valido exclusivamente de las noticias históricas, éditas e inéditas, que en tanta abundancia nos han dejado los misioneros Jesuítas que trabajaron entre aquellos indígenas o los historiadores de la Compañía de Jesús que pudieron conocer a los mismos mediante referencias de primera mano.

Para nuestro estudio sobre los Mocobíes, pudimos utilizar ampliamente tres magníficas monografías compuestas por los Padres Manuel Canelas, Francisco Burgés y Antonio Bustillo; para el presente trabajo nos hemos valido muy preferentemente de la extensa y minuciosa lucubración que en lengua latina y en lengua alemana, publicó el P. Martín Dobrizhoffer.

Como es sabido, Dobrizhoffer escribió su Historia de Abiponibus en la lengua del Lacio, aunque al paso que la escribía, un amigo suyo la vertía al alemán bajo la dirección inmediata del buen misionero. El primer volumen de ambas ediciones apareció en el curso de 1783.

En el Museo Mitre de esta ciudad de Buenos Aires, hemos podido consultar la edición latina de obra tan interesante, y gracias al Dr. José Luis Molinari, hemos podido tener a nuestra disposición y utilizar con toda comodidad un ejemplar de la edición alemana.

Aunque la magna obra de Dobrizhoffer pudiera bastarnos sobradamente para pergeñar estas páginas sobre los Abipones y sobre la labor de los Jesuítas con dichos indígenas, hemos querido, no obstante, reemplazar a las veces sus noticias con los relatos de otros misioneros o confirmarlas con los testimonios de los mismos.

Ampliamente hemos utilizados a este fin el precioso manuscrito inédito del P. Domingo Muriel, intitulado Breve notica de las Misiones vivas de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (8º - 131 *págs.) que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid* (*ms.* 20, 119). *Igualmente nos hemos valido de una extensa* Relación del Chaco y de sus Misiones (4º - 82 *págs.*) *que compuso el P. Luis Olzina y que se conserva en el Archivo de la Provincia de Aragón (Sarriá-Barcelona), como también de una* Carta-relación de las Misiones (4º - 75 *págs.*) *que en 1747 escribió el P. José Cardiel y que inédita existe en el Archivo de la Provincia de Toledo (Madrid).*

Del P. José Jolís sólo pudimos aprovechar su Diario del viaje o entrada que hizo a lo interior del Chaco, *cuyo texto publicamos años atrás en la revista* Estudios (*año* 1920, p. 480) *valiéndonos del manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (ms. 5098). Desgraciadamente no hemos podido tener a mano su* Saggio sulla storia naturale della Provincia del Gran Chaco (*Faenza* 1789) *por no haber ejemplar alguno en las bibliotecas de Buenos Aires. En 1918 habíamos conocido el ejemplar que poseyó el Dr. Samuel Lafone y Quevedo y en 1924 utilizamos el que existe en la Biblioteca Nacional de París, pero al escribir la presente monografía nos hemos visto en la imposibilidad de obtener ejemplar alguno. Tan rara es esta interesantísima obra.*

Para ilustrar el texto de la que hoy damos a la publicidad nos hemos valido de las láminas con que Dobrizhoffer ilustró los tres tomos de su Historia de Abiponibus y a ellas hemos agregado otras muchas que tomamos del P. Florián Baucke. Son diversas de las publicadas por nosotros en Iconografía Rioplatense y en el volumen sobre los Mocobíes de Santa Fe, aunque proceden del mismo manuscrito de Baucke que se conserva en Zwettl (Austria).

Baucke las dibujó para ilustrar la flora y fauna del norte santafesino, que es donde él trabajó tan celosa y abnegadamente, pero corresponden también a la flora y fauna del Chaco Austral, al que se refiere la presente monografía. Para Baucke y para Dobrizhoffer, como para Jolís y Lozano, y para todos los cronistas y escritores desde la conquista hispana hasta mediados del siglo pasado, el Chaco se extendía desde el Pilcomayo hasta las puertas de las ciudades de Santa Fe, de Córdoba y de Santiago del Estero.

Por eso, como verá el lector, aunque la presente monografía se refiera a los indios Abipones cuyo habitat estuvo a orillas del Paraná, desde el Pilcomayo hasta la altura de la ciudad de Corrientes, comprende el relato de las Reducciones de dichos indígenas fundadas en localidades que corresponden en la actualidad a las Provincias de Santa Fe (San Jerónimo, hoy Reconquista) y de Santiago del Estero (Concepción) y a los Territorios nacionales del Chaco (San Fernando, hoy Resistencia) y de Formosa (Rosario o Timbó, hoy Herradura).

No llegaron esas Reducciones al alto grado de florecimiento espiritual y cultural a que llegaron los pueblos Guaraníticos, pero su historia está igualmente entretejida de heroísmos que el pueblo argentino debe conocer y sabrá justipreciar.



La historia de la conquista hispana fué en verdad tan lenta como gloriosa. Durante siglos tuvieron los invasores que luchar contra los indígenas que, superiores en número y con la ventaja de conocer palmo a palmo el país, no cejaban en su afán de aniquilarlos. Algunos de los pueblos indígenas, conquistados más con la cruz del Misionero que por la espada del soldado, aceptaron la dominación del hombre blanco y convinieron con él en paz. Los Guaraníes y los Lules fueron tal vez los indios que en forma más intensa y duradera pactaron con los españoles una alianza implícita o explícita y tomaron de los mismos sus métodos de vida a la par que sus creencias religiosas.

La espada y la cruz

Otros pueblos, como los constituídos por los Querandíes, se opusieron primero al invasor pero se alejaron después del mismo, buscando en la fuga su seguridad y tranquilidad. Tal fué la política seguida por los Pampas, Serranos y Tehuelches, a quienes los primeros pobladores de Buenos Aires dieron el nombre genérico de Querandíes.

Pocos, relativamente, fueron los grupos indígenas que en forma intensa y metódica tomaron la ofensiva contra los invasores. Entre los más destacados que actuaron en la región oriental del actual territorio argentino, merecen especialísima mención los Mocobíes, los Tobas y los Abipones.

Los Abipones

Estos últimos apenas molestaron a los españoles durante todo el curso del siglo XVII, pero su saña y enemistad fué creciendo más y más durante la primera mitad del siglo XVIII, hasta llegar a ser en tiempos posteriores el terrible flagelo de las ciudades de Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe, Corrientes y Asunción.

Solos unas veces, unidos otras con los Mocobíes y los Tobas, llegaron a ser el terror de los españoles. Dobrizhoffer llega a aseverar que reservó Dios a estos tres pueblos para que pusieran freno a los crímenes y arbitrariedades de los hispanos, como preservó otrora a los Filisteos, Jebusitas y Perisitas para castigar las iniquidades del pueblo de Israel. En Palestina lo propio que en estas regiones del Río de la Plata fueron sojuzgados o dispersados los demás grupos de enemigos, pero, estos tres permanecieron y ellos solos tuvieron en continuo sobresalto a todas las citadas ciudades españolas.

La procedencia

"Los Abipones habitaban en el Chaco, pero no tenían moradas fijas ni conocían límites fuera de aquellos que consti-

tuían el miedo y el temor que tenían a otras tribus vecinas. Iban y venían en una y otra dirección, ya por una, ya por otra causa. A lo menos durante el siglo diez y siete vivieron sobre la ribera norte del Río Grande o Bermejo que los indios llamaban Iñaté. De ahí pasaron a tierras más australes al ser perseguidos por los españoles procedentes de Salta. Esto aconteció a principios del siglo diez y ocho. Apoderáronse entonces del valle o llanura ocupado otrora por los Calchaquíes y allí estaban a mediados y fines del mencionado siglo. Dicho valle o llanura mide más o menos unas doscientas leguas en su extensión".

Leyenda antigua

"Que los Abipones pasaron a esa localidad procedentes del norte es cosa averiguada, escribe Dobrizhoffer. Ychamenraikin, el cacique principal de los Abipones que formaban el pueblo de S. Jerónimo, nos dijo que después de cruzar grandes mares habían sido conducidos a esa región montados sobre asnos, y que él sabía esto por haberlo oído a sus antepasados. Yo siempre he creído, agrega Dobrizhoffer, que todos los indios americanos, habían llegado del norte por donde habían pasado del continente asiático al nuestro.

"Pero no voy a decir de qué partes del mundo proceden los Abipones, si del Asia o del Africa, añade el citado historiador, pero diré lo que sé acerca de las regiones que ahora ocupan. Estas se extienden desde el Bermejo o Iñaté hasta los territorios de Santa Fe y desde las riberas del Paraguay hasta los territorios de Santiago del Estero. Tal es el país de los Abipones".

No se crea, como pudiera colegirse de estas frases de Dobrizhoffer, que los Abipones eran los únicos indios en aquella vastísima región que hoy constituye los territorios del Chaco y Formosa, y gran parte de las provincias de Salta, Santiago del Estero y Santa Fe. Al noroeste de esa vastísima región predominaban los Chiriguanos, y al sur de ellos los Mataguayos. Entre el Río Salado y el Bermejo se hallaban los Vilelas y más al sur los Lules y los Tobas. Sobre ambas riberas del Bermejo tenían su asiento los Mocobíes y desde el río Yabebirí hasta el Pilcomayo estaban los Lenguas, y entre el Yaberirí y el río Paraguay moraban los Guanás. "Los Abipones aseveraba el egregio etnólogo P. Joaquín Camaño, confinan con los Mocobíes, y habitan en los confines orientales del Chaco sobre las riberas del Río Grande o Bermejo, y entre éste y el Pilcomayo". Era, sin duda, ése su habitat ordinario y primitivo, pero sabemos que a mediados del siglo XVIII habían llegado a ocupar toda la ribera occidental del Paraná desde el Arroyo del Rey, donde después se fundó la reducción de S. Jerónimo y donde al presente se halla la ciudad de Reconquista hasta el río Bermejo. En otras palabras fueron sus

Habitat posterior

dominios todo el norte de Santa Fe, y lo que constituye ahora los territorios del Chaco y de Formosa.

Sobre la índole del gran Chaco, especialmente del Chaco occidental, donde se fundó después la primera Reducción de Abipones, nos ha dejado el P. Vicente Olcina esta descripción:

"El terreno, por lo común, es sequísimo, y a no ser por los tres ríos que lo bañan, fuera comparable con los arenales de la Libia. En todo cuanto hemos caminado en estos años en tantas excursiones, buscando infieles, no hemos hallado en él un manantial de agua dulce. Esta falta de agua es causa de que muchas veces se empleen diez o doce días en el camino que se pudiera andar en tres, porque forzosamente se ha de ir casi siempre costeando algún río por no exponerse a morir de sed, como ha sucedido muchas veces.

País de los Abipones

"Las causas de tanta sequedad son muchas. La primera y principal es, el no hallarse en tanta extensión de tierra, serranía alguna que provea las fuentes, ni aun una loma que merezca el nombre de collado, de manera que si no fuera por la arboleda, en nada se distinguiría el Chaco de las Pampas de Buenos Aires. Y así cuando los soldados españoles o nuestros misioneros han de ir a las tierras de los infieles, una de las provisiones indispensables es de una piedra para afilar el cuchillo, porque están ciertos que no la hallarían en todo el viaje. Ni aun se encuentran en los ríos, porque tienen muy apacible y sosegada la corriente, por ser el terreno tan igual, La otra causa es la calidad de la tierra suelta y muy floja, poco a propósito para mantener el agua, pero muy propia para formar polvo; de manera que cuando camina número crecido de gente, de tal suerte se desfiguran con el polvo, que apenas se conocen unos a otros. Y si hace (como ordinariamente no falta) algún poco de calor, se pega el polvo con el sudor, y da por todo el cuerpo una comezón molestísima. El polvo es tan sutil que se introduce por todas partes con el viento, sin que haya remedio humano para defenderse de él, ni aun en casa. Los libros en la mesa y la ropa dentro del arca, están siempre cubiertos de polvo, y en la misma faltriquera lo halla uno cuando echa mano para sacar el pañuelo.

"A más de la gran escasez de agua, tiene otra cosa no menos penosa para los que caminan por él, y es la arboleda espesísima de que está todo cubierto, plantada por las manos del Creador, y respetada de la flojedad y pereza de los indios, como si fuera bosque consagrado a alguna divinidad. Sólo se aprovechan de ella para hacer sus hachas y lanzas, y de las ramas secas para el fuego. En muchas partes está el bosque tan espeso, que es preciso abrir senda con el machete, y caminar muchos trechos con los pies recogidos y pegados al caballo, porque no los lastime algún garrancho, y con el cuerpo inclinado hacia adelante para defender la cara y los ojos. Ordina-

Bosques espesísimos

riamente no sirve esta senda más que un año, y si al siguiente se vuelve es forzoso abrirla de nuevo en muchas partes; porque como se camina costeando el río, y la tierra es tan suelta, fácilmente éste se la come. Estas espesuras son las trincheras de los indios, que los españoles no pueden forzar fácilmente: y según el método que éstos tienen ordinariamente en sus marchas, si hubiera entre los indios algunos pocos de coraje y resolución, no saliera un español vivo del Chaco. La vez que fuí con éstos de Capellán, algunos días nuestra vanguardia distaba casi tres leguas de la retaguardia, sin poderlo remediar; siendo así que entre todos no llegaban a 300 hombres; porque la senda era a veces tan estrecha, que solo cabía un hombre con mucha dificultad; así forzosamente habíamos de ir en procesión y uno tras otro, luego se seguían de una en una las 300 vacas que llevábamos para nuestro mantenimiento, y ellas solas son en aquella tierra todos los víveres de un ejército. Ultimamente se seguía con el mismo orden un número incomparablemente mayor de caballos de remuda, que cerraban el escuadrón. Metidos en la senda apenas nos podíamos revolver, y en muchas partes no puede uno, aunque quiera, dejarla y entrar en el bosque; porque de una y otra parte está sembrado de una planta muy semejante a la pita, aunque no se levanta tanto ni forma tronco, de la cual hacen sus redes los indios, y toda especie de cuerdas. Llámase *chaguar*, y cuando les faltan otras frutas, es el ordinario mantenimiento de aquellas gentes, comiendo las hojas o pencas, que forman el cogollo, como se come la alcachofa. Esta planta está armada de espinas tan duras y terribles, que si alguna vaca sale de la senda y se entra en el bosque, en vano el soldado espolea su caballo para seguirla, porque el pobre animal tiembla y no quiere dejar la senda de miedo de las espinas.

Difícil cruzarlo

"A más de estas y otras muchas que cubren el suelo, es indecible la prodigiosa variedad de las que crían los árboles, de suerte que en el repartimiento de árboles y plantas parece que le tocaron al Chaco todas las espinas. Las más memorables son las de un árbol llamado *Viñal*, que es especie de algarrobo, aunque muy distinto en la hoja, pero muy semejante en la fruta, que comen con gusto los indios; y cuando les falta la otra algarroba, hacen también de ésta una chicha, bien que la beben con algún recelo, porque el gusto es para ellos exquisito, pero es muy purgante, y como no saben beber con medida, los deja muy postrados y sin fuerza. Tiene el *Viñal* tantas espinas casi como hojas, y a más de ser muy gruesas y largas son también muy enconosas y nacidas para mancar los caballos de los españoles; porque, como este árbol no se cría sino en los lugares bajos que baña el río en los meses de avenidas, las espinas que caen, quedan clavadas en el barro con las puntas para arriba. Pero si lastima el *Viñal* con las espi-

Arboles notables

nas. también ofrece en sus hojas un excelente colirio para ojos hirviéndolas en agua y bañándoselos con ella. Es esta cosa tan experimentada en aquellas tierras, que apenas soldado vuelve del Chaco sin su provisión de hojas de viñal para llevar a su casa.

"No cede al pasado otro árbol, también allí muy común, ni en las espinas, ni en la virtud de curar al mal de ojos: llámase *Palo borracho*, sin duda por la figura de tinaja que tiene su tronco, sin que en tantos centenares, que he visto, uno discrepe. La madera es muy fofa, y algunos crecen tanto, que los primeros años en las reducciones nos solíamos servir de ellos para curtir las suelas, cavando el tronco a manera de artesa, y en algunas cabe una piel de toro extendido. El tronco y ramas están todas claveteadas de unas espinas recias y cortas, como suelen estarlo algunas puertas de iglesias; y hervidas estas espinas en agua, y bañándose con ella los ojos, tienen el mismo uso que las hojas de *Viñal*, como repetidas veces se ha experimentado en Ravena (1) con unas pocas que trajo el P. José Peleya. Más apreciable que todo esto fuera su fruto, si estuviera en manos de quien supiera o lo quisiera aprovechar. Es de la figura de una pera grande y en estado maduro él mismo se abre, y ofrece un algodón blanquísimo y finísimo, de que está lleno. No es tan fácil de hilar como el algodón ordinario, porque no se unen tanto unos con otros los filamentos; pero le hace mucha ventaja en la sutileza. **Palo borracho**

"Sobre todo en línea de espinas no sé que haya cosa tan singular, como otro árbol, también común en el Chaco, que ocupara mejor la tierra, que otros que he visto en Bolonia y en otras partes, traídos de la América. Llámase *Palo de lanza*, porque de él forman los dardos y lanzas los indios, por ser madera durísima; y aunque algunos son muy crecidos, no tienen jamás una sola hoja. Sus hojas son unas espinas horribles, largas más de un palmo, y lo que es más admirable, de la mitad de la espina nace una algarroba grande y negra. Partiendo cualquiera de ellas se percibe la misma fragancia y olor que abriendo un pote de ungüento; de manera que no parece simple, sino un compuesto hecho de varios ingredientes de la botica. No dudo que puesta esta fruta en manos de algún botánico curioso sería de un grande uso en la medicina. Lo cierto es que, presentándose algunas de estas algarrobas al P. Tomás Falconer (jesuita inglés de nación, y excelente médico), luego que partió una dijo, que según podía juzgar por el olor y fragancia de ella, tenía por cierto que era un específico excelente para restañar la sangre. Fuera nunca acabar querer describir todas las especies de espinas que tiene el **Palo de lanza**

(1) El autor escribía esta relación en Italia, después del extrañamiento.

Chaco. No parece sino que están todos armados para defender su fruta; pero su mala calidad me parece que no merece estar tan guardada. Todas por lo común tan ásperas y desabridas, propias solas para el paladar y apetito de los indios, sin que en tanta inmensidad de tierra se halle alguna de tantos frutas exquisitas, que produce el Brasil, el Paraguay y otras provincias de las Indias.

Abundancia de miel

Como la recogen

"Una sola posee que no excede a ninguna, y si los indios la supieran cultivar y cuidar no tendrían que envidiar a ninguno de los países mencionados. Esta es la miel que en cierto modo se puede llamar fruto de los árboles, porque ordinariamente se halla en los huecos de los troncos; aunque hay también algunas especies de abejas que forman sus panales entre las yerbas, y otras debajo de tierra. Es tal la variedad de especies de abejas, y tan prodigiosa la cantidad de miel, que se halla en aquellos bosques, que en cierta manera parece que se la ha concedido el Creador con una especie de prodigalidad, para recompensar al Chaco la falta de otras frutas exquisitas que le ha negado. Solamente los nombres que en la lengua Lule significaban diferentes especies de miel, por ser también diferentes las abejas que la fabrican, son todos estos: *Abocots, Yalam, Ane, Qualé, Yan, Amil, Quilili, Vacots,* fuera de otros que ahora no tengo presentes y algunas más que nunca he aprendido. En el pueblo de Valbuena, (1) los dos o tres primeros años de su fundación, recogieron los indios seis u ocho mil libras de cera por año; y le he oído decir al P. José Jolís, que pasando por las tierras que habitaban antes estos indios, y reparando con especial cuidado en los árboles, eran pocos los que actualmente no tuviesen en su tronco algún enjambre o señas ciertas de haberlos antes tenido. Este solo renglón fuera una finca considerable para las nuevas reducciones, si fuera más permanente, pero el mal es que luego se acaba por el método y gobierno de los indios, que no saben aprovecharse de nada sin destruirlo. Los que cortan el árbol para coger la fruta, ¿qué mucho que para recoger la miel destruyan las abejas? Con efecto sucede así, porque luego que con una cuña han hecho en el tronco un agujero bastante para meter la mano, por la parte que conocen está la miel, lo arrebatan todo; sin reparar que juntamente con la miel salen también muchas abejas, sin dejarlas provisión alguna a las que quedaron libres de sus manos, para poderse mantener en los días destemplados y lluviosos, en que no salen de sus colmenas.

"Este es el modo bárbaro que usan para recoger su fruto tan precioso, como lo pudiera hacer un oso o cualquiera otro

(1) Pueblo de indios Isistines y Toquistines, fundado por los Jesuítas en 1751 sobre el Río Salado.

animal de los muchos que saltan las colmenas; con esto en poco tiempo destruyen los enjambres, de suerte que en muchas leguas sólo se halla tan cual, que pudo esconderse de la vista de sus perseguidores; cosa a la verdad muy difícil, porque muchos de ellos la tienen tan perspicaz como un lince, y sea por el temple natural de sus ojos, lo que es más natural, por el grande hábito y continuo ejercicio, se hallan entre ellos no pocos, que siguen a caballo una abeja volando hasta notar bien el agujero en que entró, como yo mismo se lo he visto hacer. Y cuando les preguntamos porqué se arrancan los pelos de los párpados y cejas, luego nos responden, que les embarazan para seguir las abejas que van volando.

"Hay también en él bastante variedad de árboles apreciables así por la madera, como el *Vagacón*, el *Lapacho* y otros; como también por el uso, que hace de ellos la medicina, como el *Palo santo*, árbol que allí es tan común, que muchos días se camina sin encontrar otra leña. Pero todos estos son ya tan conocidos, que aun el apuntarlos me parece tiempo perdido. **Maderas varias**

"Tiene también el Chaco sus campos algo más despejados, donde no ha cundido tanto el bosque, especialmente por la parte que mira a la ciudad de Santa Fe y a la de Corrientes; porque por el lado de nuestras reducciones de la frontera de Salta casi todo es una espesura horrible. El primero que por esta parte se encuentra tiene 18 leguas de largo, y aunque está todo cubierto de palmas, éstas están a proporcionadas distan cias para poder pasar sin embarazo. Las más de ellas son altísimas y me causaba notable admiración que en tanta elevación pudiese un tronco tan delgado mantener el enorme peso de la copa. Su fruto es durísimo y tan áspero, que ni los indios lo comen: sólo se aprovechan del cogollo de las palmas pequeñas que es lo más sabroso. Este campo lo inunda todo con sus corriente el río Dorado, de suerte que parece un mar, y cuando se seca el agua queda un pantano molestísimo, que es forzoso pasar cayendo y levantando embarrándose toda la cara, ojos y toda la ropa, de suerte que cuando se acaba de pasar es materia de gran risa el mirarse unos a otros, tan desfigurados como si trajeran máscara.

"A más del espectáculo, tan agradable a la vista, de tanta multitud de palmas, ofrece otro el suelo, no menos curioso, y es una increíble multitud de hormigueros, que sobresalen bastante, formados todos de torrecitas piramidales para tener las hormigas donde guarecerse en tiempo de inundaciones. En muchas partes están tan espesos, que apenas dista dos varas el uno del otro; pero en los parajes que no se inundan, forman las hormigas su casa y habitación debajo de la tierra, con lo cual incomodan mucho al que camina; porque no pocas veces sucede que, sin reparar, se pisa por encima de algún hormiguero y a lo mejor se hunde la bóveda con el peso, y van **Multitud de palmas**

dentro caballo y jinete, con caída muy peligrosa, lo cual obliga a caminar con mucha precaución. Especialmente es menester ésta, al atravesar otro campo muy dilatado que se encuentra mucho más adelante, llamado el Real de Espinosa, por haber llegado hasta allí con 900 hombres y formado en él su Real, el segundo gobernador de este nombre. Está este campo poblado de algarrobos, pero altos y tan apartados unos de otros que se pudiera caminar por todo él con mucha comodidad si no tuviera infinitos hoyos, tan grandes y profundos como si en tiempos pasados se hubiera regado con norias. Lo peor es que como crece mucho el pasto en las orillas de estos

Algarrobales

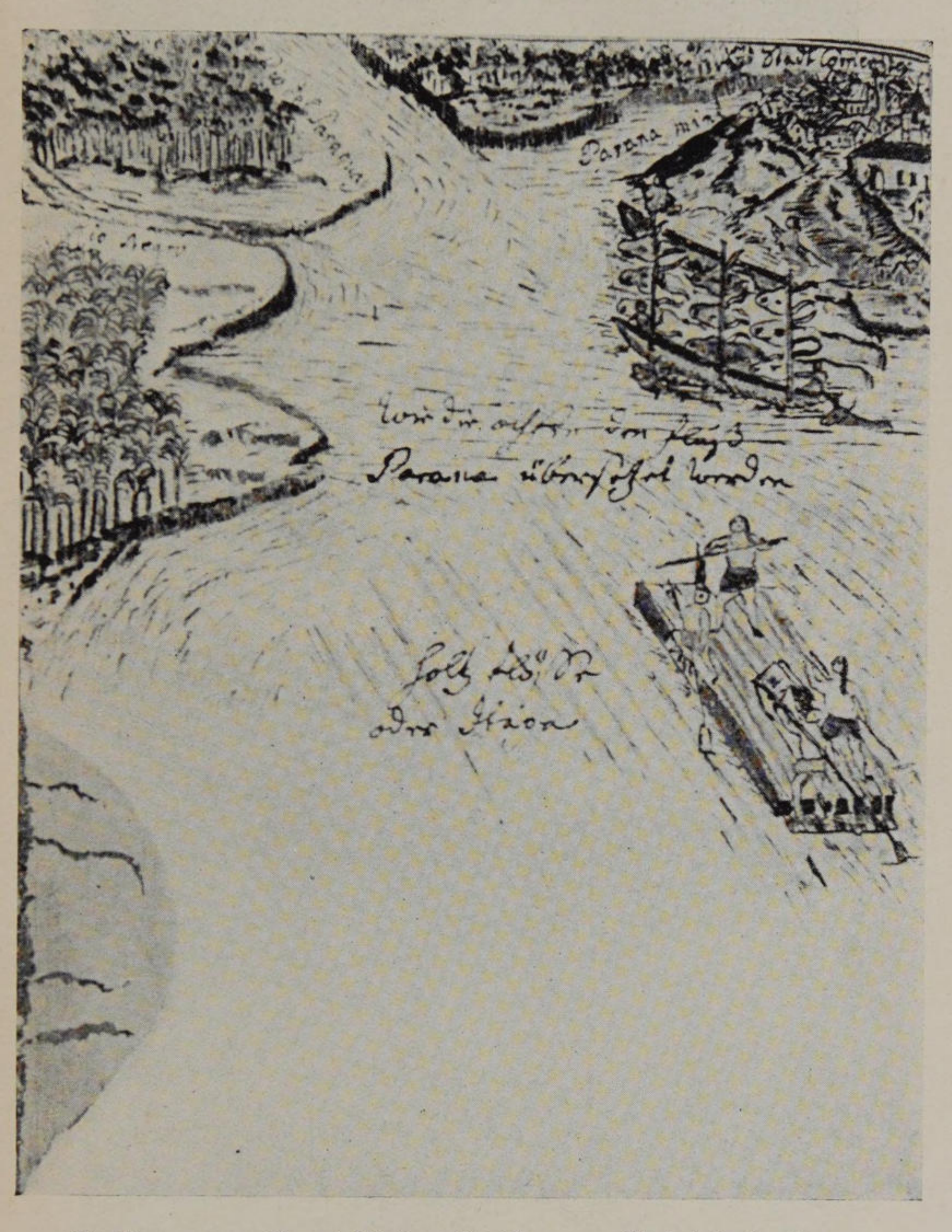
socavones, muchas veces no conoce uno que lo hay hasta que está sumido dentro. No una vez sola lo he visto, al hacer el círculo acostumbrado, los soldados para formar el Real: iba la fila por el mismo borde de uno de estos hoyos, pero tan disimulado y encubierto con el pasto de las orillas, que no se conocía; y un soldado que discrepaba un poco de la fila desaparecía de repente de nuestra vista con caballo y todo como si lo hubiera tragado la tierra. Otro caballo de los que iban sueltos cayó sin que nadie reparase, y echándole de menos después, pensábamos que se hubiese huído o que lo hubiesen hurtado los infieles; pero al cabo de cinco días, pasando otra vez por el mismo paraje, lo divisó casualmente un soldado dentro de un hoyo, y atándole con cuerdas y cavando con estacas sacaron al pobre animal, transido con tan grande ayuno. En un campo tan lleno como éste, y en un paraje donde jamás ha habido fábrica ni pared alguna, no es posible, a mi juicio, atribuir estos hoyos a otra causa que a los muchos hormigueros que en algún año de extraordinarias lluvias se debieron de hundir, y como éstos, en aquellas tierras, son muy grandes y profundos, no es maravilla que hayan quedado tantos socavones.

"Explicada ya la calidad del terreno, y sus frutas, resta que digamos algo también de los animales que se hallan en él. Los del Chaco son ya conocidos y tan comunes en otras provincias de América, que no es razón detenernos en dar razón individual de ellos. Sólo diré del Oso hormiguero, porque por

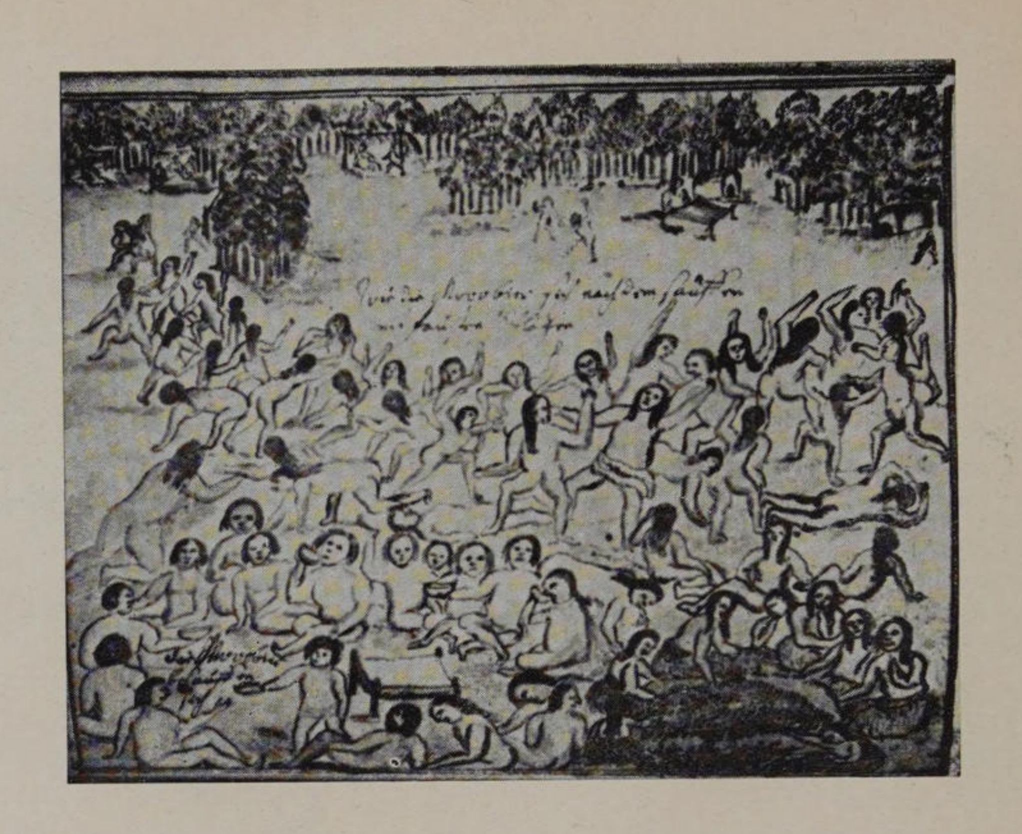
Fauna chaqueña

mucho que se diga, nunca a mi parecer se dirá bastante, y siempre será para mí materia de alabar y admirar la divina providencia. Le conviene perfectamente el nombre que le han puesto; porque el cuerpo, la fiereza y garras son de oso, a excepción de la cola, cuyas cerdas son tan largas, que con ellas se cubre todo el cuerpo y, bien atadas en un manojito, son el ordinario peine de las Indias infieles. Aun hay más diferencia en la boca, si boca se puede llamar una trompa muy delgada y de más de media vara, que es como la vaina de una lengua sutilísima, y mucho más larga que la trompa. ¡Quién pensara que para una bestia tan brava y corpulenta hubiese destinado

CONFLUENCIA DEL PARAGUAY Y PARANA



Río Paraguay — Paraná Miní — Río Negro — Ciudad de Corrientes
Hangada para carga — Hangada para vacunos
(*Lámina de Baucke*)





Un banquete indígena — Cazando baguales.
(*Láminas de Baucke*)

el Creador un alimento tenue, tan tenue y difícil de recoger como las hormigas! Pero en efecto ellas son todo su sustento, y con ellas llegan a tan gran corpulencia y están tan gordos. Para esto no tiene otro instrumento que su lengua, la cual mete en todos los agujeritos que halla en el suelo y en los troncos de los árboles, y recoge con ella las hormigas, ya que no puede ofender a nadie con la boca, tiene armados las manos con uñas horribles, y tan fuertes, como si fuesen de acero; y en viéndose acosado se tiende de espaldas, y con los brazos abiertos espera al contrario, que, aunque sea el tigre, no suele salir de allí muy ganancioso. Cuando el cachorrito es todavía muy chico, la madre lo lleva cargado en sus espaldas, y está tan asido con las uñas, que no solamente no cae al caminar, sino que aun muerta la osa, cuesta infinito trabajo el desprenderlo, y no deja de estrañar que llevando de Europa tigres y otros animales de la América, no traigan también osos hormigueros, siendo animal tan extraordinario este. Especialmente que agarrándolo pequeño, se amansa mucho y se sustenta con salvado desleído en agua y otras cosas semejantes.

El oso hormiguero

Los animales de que más abunda el Chaco, son tigres, aguarás y jabalíes. De estos últimos hay varias especies, distintas de las de Europa; y en algunos parajes hay tanta multitud de ellos que no se puede creer, si no se ve. Se encuentran manadas de cuatrocientas y más; y de muy lejos se oye el ruído que meten los colmillos, que es espantoso. A más de los muchos que matan los indios, con las lanzas y flechas, agarran también muchísimos con trampas que les arman en las sendas que ellos tienen en el bosque, con un cordel atado por una extremidad en algunas ramas, y la otra que remata en una lasada metida en un hoyito en medio de la senda, encubierto y disimulado con unos palitos, y un poco de tierra encima. El jabalí que mete la mano en el hoyito queda indefectiblemente preso en el cordel; y los he visto así por mis propios ojos, y no acababa de maravillarme, que nunca se acuerden de las navajas tan afiladas que tienen en sus colmillos para cortar el cordel y escapar de aquel aprieto. Todo su odio es contra el árbol en que está el cordel atado; y están cavando alrededor de él con el hocico, con notable afán, olvidados del cordel, que tienen más cerca, y que inmediatamente les ha hecho el daño.

De aves abunda muy poco el Chaco y las pocas que tiene, son muy comunes y conocidas. Solo una que en lengua lule se llama Ilox, (y los españoles y guaraníes llaman Cacui o Urataú), me ha parecido extraordinaria así porque remeda tan bien con su canto la voz del hombre, que varias veces oyéndola a lo lejos he creído que eran indios que gritaban dentro del bosque, como principalmente porque no hacen nido. Sobre una rama de árbol pone sus huevos sin más preparativos, ni precauciones, y allí los empolla y saca.

Aves raras

Anda solo de noche y su único ejercicio es buscar para alimentarse una especie de miel clara y sabrosísima llamada *Cuales* en la dicha lengua *Lule*, que fabrican las abejas en las puntas de las ramas, y queda de ellas colgando. Su figura es como un bola grande con dos o tres aforros para afuera para que pueda resistir a las lluvias, y en lo interior de la bola está la miel. Aunque he dicho que atendida la gran extensión del país, hay muy pocas aves, se halla con todo infinitos papagallos, tan estimados en Europa, como aborrecidos aquí, porque son la destrucción de las siembras.

También se halla una prodigiosa variedad y multitud de patos en las lagunas, que forman los ríos; algunos de ellos muy grandes y de hermosísimos colores.

La langosta

Pero lo que falta al Chaco de aves y pájaros, le sobra de langostas. Se puede decir que es el país propio y nativo de ellas, según las nubes que salen de aquellos desiertos para destruir los campos, y sembrados de los españoles. Estos son los que únicamente sienten los daños que ocasiona esta plaga, que los infieles ninguno pueden recibir porque a más de no tener ellos sementeras, que puedan destruir las langostas, ellas son una de sus comidas regaladas. Forman de ellas sartas muy grandes, y asadas se las comen con notable sabor. También después de bien tostadas, y secas las muelen en el mortero, y hacen de ellas una como harina. Pero la fiesta principal es cuando hallan una manga grande de langosta nueva que no puede aún volar. Se convocan para ello unas a otras las indias, y acuden todas al paraje con bastante provisión de heno muy seco; éste lo esparcen por el suelo, y forman un semicírculo, y entretanto ojean otras hacia la langosta. Cuando está ya muy cerca, prontamente pegan fuego al heno por todas partes y al saltar la langosta cae en el fuego y allí la dejan tostar, hasta que conocen que está ya en su punto. Entonces con grande fiesta llenan sus redes de langosta asada y se van a casa muy contentas.

Víboras

Casi tanto como de langosta, abunda el Chaco de insectos molestísimos, y de animales ponzoñosos. Dejo aparte la increíble multitud de víboras, muchas de ellas de veneno muy activo. Sólo diré que es más que maravilla que hayamos podido salir sanos y salvos los que allí estábamos, sin que de los Padres que yo conozco, uno solo haya sido mordido de víbora, siendo así que muchas veces era forzoso dormir en campo raso. Es verdad, que para este efecto tan poca seguridad teníamos en nuestras casas, como en el campo. Dentro de mi casa he muerto muchas y algunas muy grandes y de activísimo veneno; y una noche estando ya para apagar la luz y acostarme, buscando no se qué ropa para mudarme, metí la luz y hallé en la misma cabecera una víbora, que parecía que me estaba aguardando. Matela y dí gracias a Dios y al

Santo Angel de mi guarda, por haberme librado de aquel peligro. Otra vez buscaba un ovillo de hilo para remendar mi ropa, y viendo en un rincón sobre un palo una cosa negra, me pareció que era lo que buscaba; y al querer tomarla con la mano reparé que el bulto era mayor, que el hilo, prontamente retiré la mano, encendí la luz, y con ella vi que era una víbora desforme; y como la cabaña que habitaba entonces era muy estrecha, y no daba lugar para enarbolar un palo algo largo, y matarla, llamé a un muchacho para que la matase con una flecha. Hízolo éste con tanto acierto que la metió dentro de la boca del viborón. Dejo otras muchas cosas que me han pasado a mí, y a mis compañeros por no cansar más.

No nos daban tanto susto los sapos, pero en cierto modo nos causaban más molestia. Como ninguna casa tenía altos, en verano se nos llenaba el aposento de sapos que venían buscando el fresco. Al principio, con el horror y asco, que me causaban, los procuraba echar fuera; pero viendo que por uno que echaba, entraban dos, conocí que no había más remedio que habituarme, y así en adelante me hacían buena compañía. También los mataba echándoles en las espaldas un poco de sal molida; y es cosa de ver cuán inquietos y desasosegados están luego que la sal comienza a introducírseles por los poros, hasta que al fin los mata, y los deja secos. Ni faltan tampoco escuerzos; y uno de ellos vi que se estaba comiendo una víbora harto grande. En medio de tales angustias estaba ésta muy quieta, sin hacer resistencia alguna y entre tanto el escuerzo muy despacio se la iba tragando, comenzando por la cola. Estuve mucho rato mirando esta función, y para certificarme si estaba muerta la víbora, y por eso no se defendía de su enemigo, le tiré a éste con un terrón, y al punto que el escuerzo revolvió hacia mí, echó a correr la víbora muy contenta; y al fin los puse en paz matando a entrambos. También me parece hacer mención de unos lagartos llamados iguanas, porque aunque son muy conocidos, no es tan sabido, con qué se defienden de las abejas, que fabrican sus panales en el suelo sobre alguna mata de pasto. Gusta la iguana mucho de esta miel; pero no se atreve a esperar cara a cara a las abejas, temiendo su aguijón, y así pasa de corrida junto al enjambre, y de paso le da dos o tres latigazos con la cola. Al punto se alborotan las abejas, y salen en busca del agresor; pero éste ya ganó tierra, y se puso en salvo. Al cabo de poco vuelve a acometer del mismo modo, y repite la misma deligencia, hasta que desparramadas las abejas dejan su casa sola; y entonces ella, a su salvo, se come la miel. Y esto es todo cuanto me ha parecido digno de especial mención por lo que toca a los animales que se crían en aquella tierra.

Abundancia de sapos

Iguanas

En orden a los que nos ofrecen los ríos, aunque tienen mu-

chos con que hartar el hambre de los indios, o a lo menos entretenerla, no tienen ninguno con que satisfacer nuestra curiosidad. Se hallan en ellos muchos lobos, y no pocos caimanes, que acaban con los perros que crían los indios, cuando van de noche a beber al río, con que verificar allí también a la letra el antiguo proverbio de los perros del Nilo; porque el que una vez ha escapado de los dientes del caimán, en adelante bebe más de prisa.

Tal era el país de los Abipones, aunque ellos se ubicaron preferentemente al oriente del Chaco, o sea, en las proximidades de los ríos Paraguay y Paraná, desde el Bermejo al norte hasta el Arroyo o Río del Rey al sur. "Aunque amigos de la agricultura y de tener moradas fijas, no obstante, escribe

Los Abipones

Dobrizhoffer, andan del uno al otro extremo de esa vastísima región. La causa era la falta de agua o la conveniencia de alejarse de un enemigo que se acercaba. Creeríase que eran habilidosos jugadores de ajedrez. Hacían una irrupción sobre los pueblos españoles del norte, sobre la Asunción, por ejemplo, y huían hacia el sur, hasta Corrientes por ejemplo o a los pueblos de indios Guaraníes. Allí cometían robos y homicidios y pasaban de inmediato a las ciudades de Santiago del Estero o Córdoba. Cuando estas ciudades habían sido víctimas del furor de los Abipones, éstos se ocultaban en los esteros, en las islas y en las regiones del río Paraná inaccesibles a causa de los pantanos y bosques. Por más que lo querían los soldados españoles, no podían perseguir y castigar a esos depredadores ya que no eran capaces de penetrar en tales esteros y al través de tales bosques".

En ese territorio ocupado por los Abipones había recuerdos históricos o monumentos de hazañas allí acaecidas. Dobrizhoffer ha consignado algunos de esos sitios, a los menos los más famosos: Netagranác e Ipátage, el nido del pájaro, era un punto donde unas aves semejantes a las cigüeñas construían cada año sus nidos; Liquinranala, la cruz, porque en tiempos anteriores habían los españoles erigido una en ese punto; Nihívenac Leënerenquié, la cueva del tigre, Paët Latetá, Atopehínra Lauaté, la caza de capibaras. Lareca Caëpe, los árboles altos, Lalegraicavalca, las pequeñas cosas blancas. Este nombre o apelativo le vino a una región porque cayó allí en cierta ocasión un pedrizco terrible y mató

Recuerdos históricos

gran cantidad de ganado. También tienen apelativos propios para sus ríos. Así al Paraná o Paraguay llaman Evórayé, al Grande o Bermejo dicen Iñaté, al Río del Rey Ychimaye, el Malabrigo denominan Neboquelatél, que quiere decir madre de las palmeras, y al Inepín denominan Narahage y a los ríos Negro, Verde y Salado llaman Lachaoqué Nané, Ycalc y Ycham.

Acerca de los caracteres físicos de los Abipones nos ofrece



Abipones yendo de caza, según Dobrizhoffer.

el P. Dobrizhoffer un retrato tan minuncioso como sugestivo. "Los Abipones están físicamente bien formados y tienen rostros agraciados, muy parecidos en esto a los Europeos. Lo que más los diferencia es el color. Este aunque no es enteramente blanco, nada tiene que ver con la negrura de los negros o mulatos. Cierto es que cuando pequeños son blancos, pero el estar siempre al sol les tuesta la piel. Otro factor que lleva a eso es el estar de continuo junto al fuego cuando hace frío, pues de día y de noche arden las hogueras y hasta cuando van a dormir colocan los braseros junto a sus camas o debajo de sus lechos y en medio del humo más grande se echan a dormir. Así se queman o ennegrecen como los jamones en la chimenea.

Aspecto de los Abipones

"No se cubren la cabeza al andar por el sol, excepto las mujeres que defienden en esos casos sus rostros mediante un paraguas y por eso son más bellas, por lo general, que los hombres quienes buscan no el que sus enemigos los amen sino que los teman.

"Advertí que casi todos los Abipones tenían ojos más bien pequeños y negros. No obstante ven con ellos con mayor penetración que nosotros con ojos más grandes. Son capaces de advertir cosas tan pequeñas o lejanas que en vano podría ver el europeo de vista más de lince. Con frecuencia, yendo de viaje, vimos un bulto lejano y era yo incapaz de saber lo que era, pero el Abipón al momento y sin titubeos nos decía si era un caballo o una mula y hasta si su color era negro, blanco o gris. Después llegábamos al objeto en duda y resultaba exacto cuanto había dicho.

Por lo que respeta a la simetría o armonía del cuerpo, ningún otro pueblo americano superaba al Abipón. No creo haber visto, escribe Dobrizhoffer, ni uno con una nariz plana, o torcida, o arremangada o de una anchura excesiva. La forma más común es la aguileña: tan larga y aguda como hermosa. Es cierto: cien fallas y defectos, comunes en Europa, son enteramente desconocidos a estos indios. Aun más: jamás se verá un Abipón con joroba o con piernas torcidas o con enorme vientre o con labios peludos o con pies deformes o que tropiece en el hablar. Tienen además una dentadura bien blanca que por lo general conservan en buen estado hasta la sepultura. Son altos de talle, de suerte que podrían alistarse entre los mosqueteros autríacos.

Sin defectos físicos

Carecen de barba y tienen el mentón enteramente suave, cosa común a todos los indios puramente tales. Digo esto porque si halla Ud. a un indio con barba puede estar cierto que uno de sus progenitores era de origen europeo. Si alguna vez algún Abipón tiene algo de barba, porque hay casos excepcionales, entonces tiene buen cuidado de arrancarse esos pelos siempre que crezcan. Este oficio de barbero corresponde a las

mujeres. Una se sienta sobre el suelo y junto a un fuego, mientras la víctima se tiende sobre el suelo con la cabeza donde está la mujer. Comienza ésta por esparcir primero y frotar después cenizas calientes sobre la barba o parte que se trata de embellecer. Con este jabón indígena procede a la operación mediante unas tijeras elásticas hechas de cuerno y llega a arrancar así todos los pelos. Dicen que no duele el dejarse así despelar y como en una ocasión yo me mostraba escéptico ante ese aserto, tomó uno el forceps y quiso convencerme de su realidad. Pero me negué a ello y me costó trabajo libertarme del tal peluquero. Preferí creer que gritar.

Cejas y párpados

Ambos sexos son enemigos de todo pelo y aunque parezca increíble se hacen sacar el pelo de las cejas y de los párpados y esto sin excepción. Yo opino que esa desnudez de pelos afea el rostro, pero ellos son de parecer que los embellece. Ponen en ridículo y desprecian a los europeos por llevar pelos en la cara y dicen que los tales son hermanos de los avestruces que también llevan tupidas cejas. Se imaginan que la vista gana de esa manera y se vuelve más penetrante. Si van alguna vez a colectar miel y regresan con las manos vacías, lo atribuyen a que las pestañas de los párpados se habían crecido y no les fué posible seguir el vuelo de las abejas para descubrir así sus colmenas.

Cabello negro

El cabello de los Abipones es grueso y tan negro como el cuervo. Si naciera un niño con pelo rojizo o colorado sería considerado un monstruo. Ni se crea que descuidan su cabello. Lo saben aderezar de diversas maneras, según las tribus, épocas y circunstancias. Antes de formar pueblo solían los Abipones rasurar sus cabellos a la manera de los monjes, dejando tan solo un cerquillo en torno de sus cabezas. Caso raro el de las mujeres Mbayas. Se cortan todo el cabello pero dejan lo que va desde la frente hasta la coronilla y esta les crece como si fuera una mitra o la cresta de un casco. Como los salvajes no tienen navajas o tijeras se valen de unas conchas que afilan contra piedras o usan de las espinas del pez palometa. Una vez reducidos a la vida de pueblo nuestros indios dejaban crecer sus cabellos y los retorcían formando trenzas como los soldados de Europa. Otro tanto hacían las mujeres pero les gustaba mechar las tranzas con pequeños trozos de blanco algodón.

Cuidado del cabello

Cuando iban a la iglesia y cuando lloraban la muerte de alguien soltaban sus cabellos y los esparcían sobre sus espaldas y rostros. Tan pronto como despiertan, arreglan sus cabelleras. Es la misión de las Abiponas. Sentadas ellas sobre el suelo aderezan, limpian y atan los cabellos del esposo. Un manojo de crines de jabalí o de pelos tomados de la cola del tamandua hace las veces de peine. No existe entre ellos el pelo enrulado ni lo procuran artificalmente. Otra cosa: no

encanecen si no es que llegan a una edad decrépita y son muy pocos los calvos.

Así entre los Abipones, como entre los Mocobíes y los Tobas, y aun entre otros indios, es costumbre arrancarse todos los pelos desde la frente hasta la corona de la cabeza, se suerte que la parte delantera en una anchura de dos pulgadas está enteramente libre de todo pelo. Esto hacen los niños y las niñas y los viejos y viejas sin distinción de sexo o edad. Consideran generalmente a esta calvicie artificial y parcial como un signo religioso propio de su nación. Una hechicera que hace las veces de médico y de sacerdote extirpa a los recién nacidos los pelos de esa parte de la frente y cabeza.

Rasuran a las viudas

A las viudas las tonsuran del todo, no sin grandes lamentaciones de parte de las víctimas y grande regocijo de parte de los hombres que en el entretanto beben a costa de la misma. Después cubren a la viuda así rasurada con una negra capucha hecho con la fibra del caraquatá. El que ella quite ese trapo durante su viudez es considerado un verdadero crimen. Lo ha de llevar toda su vida o hasta nuevas nupcias. También los viudos tienen que pagar tributo pues también es rasurado y su cabeza es cubierta por una especie de red. Sólo podrá quitársela cuando haya el pelo crecido nuevamente. A la muerte de un Cacique todos se rasuran.

Los pueblos europeos echan a perder su belleza natural con modas extranjeras; los Abipones no importan las de otras naciones pero se atienen a las de sus antepasados. Por ese camino desfigúranse hasta hacerse terribles y espantosos a la vista, por medio de marcas que ponen en sus rostros. Estas marcas o señales son múltiples y las colocan por procedimientos diversos y las hay que son comunes a ambos sexos y las hay peculiares a las mujeres.

Tatuajes

Se punzan la piel con una espina aguda y derraman cenizas calientes sobre la herida lo cual deja una manchita negra. Sobre la frente llevan todos los Abipones una cruz así grabada, como también dos pequeñas líneas desde el extremo de cada ojo y en dirección de las orejas. Como signos raciales se ponen además cuatro líneas transversales en la parte superior de la nariz y entre las cejas.

Corresponde a las mujeres viejas grabar con espinas y cenizas estas marcas y las operan no solamente sobre la piel sino también sobre la carne viva, de suerte que a veces brota la sangre a raudales.

Cuál sea el significado de estas marcas y cuál su alcance, es cosa que yo no sabré explicar ya que los mismos Abipones lo ignoran. Sólo se sabe que esa costumbre les ha venido de sus antepasados, y esta razón es bastante fuerte para que ellos la respeten y sigan.

Cruces varias

No solamente llevan los Abipones dicha cruz sobre sus

frentes, pero he visto muchas veces a indios infieles llevar cruces en sus vestimentas de roja lana. Es cosa que sorprende el que antes de informarse del Cristianismo, cuando les era desconocido el valor y significado de la Cruz de Cristo, lo usaran ellos por adorno. Tal vez adquirieron alguna noción del cristianismo por medio de algunos españoles capturados por ellos y que estuvieron en su poder o estando ellos cautivos de algunos españoles supieron el valor de la cruz.

Tatuajes de las mujeres

Las mujeres Abiponas no contentas con aquellas señales comunes a ambos sexos, tatúan sus pechos, cara y brazos con figuras negras de diversas formas, de suerte tal que parecen una alfombra turca. Cuanto mayor es su rango social y mayor su belleza, más son las figuras que llevan. Pero este salvaje adorno lo compran a costa de no poca sangre y de no escasos ayes y quejidos.

Tan pronto como una niña llega a la edad de tomar estado, la obligan a tatuarse según la costumbre. Descansa su cabeza sobre el regazo de una mujer y es alfilereteada para ser embellecida. En vez de alfileres usan espinas y en vez de pinturas usan sangre mezclada con cenizas. La ingeniosa pero cruel embellecedora, generalmente vieja en años, va pintando las figuras hundiendo bien dentro las espinas hasta que toda la cara está cubierta con corrientes de sangre.

Valentía de las mismas

Si la desgraciada niña se queja, o retira su cara, se la reprende, se burlan de ella y la molestan en grande. "Acabemos, le dice la airada vieja, con tanta cobardía; tú eres la desgracia de nuestra nación ya que el hacerte cosquillas con unas espinitas te resulta cosa intolerable. ¿No sabes que desciendes de aquellos que tienen su placer y su gloria en tener heridas? Avergüénzate, ya que eres una criatura tan tímida. Creeríase que fueras más blanda que algodón. Tenlo por cierto: serás una solterona toda tu vida. Porque ¿quién de nuestros héroes querría por esposa una niña tan baladí? — Estate quieta y déjame trabajar y haré que seas una niña más bella que la misma belleza".

Espantada con estas razones y temerosa de ser después la risa y mofa de sus compañeras, la pobre víctima no profiere palabra de ahí en adelante y aunque oculta en el silencio su dolor y pena, y aunque procura poner cara alegre y se muerde los labios para no proferir palabra, se le escapa un ay de vez en cuando. No obstante sufre aquel martirio, que no suele acabarse en un día. Generalmente dura cuatro o cinco, volviendo cada día hasta que cara, pechos y brazos están llenos de signos.

Procedimientos

Durante esos días la joven que se trata de embellecer es encerrada en la tienda de sus padres, y arropada en una piel a fin de librarla de las corrientes de aire frío. Se abstiene, además, de toda carne y pescado y de algunos otros manjares,

siendo su comida una pequeña fruta que crece sobre zarzas y que sirve para enfriar la sangre.

Entre la sangre que derrama en manos de la embellecedora y la que pierde con los ayunos vuélvese la pobre niña extremadamente pálida. No se punza el mentón, sino que de un golpe o corte se raya en líneas rectas y palalelas, como si fuera para escribir encima una pieza de música.

Estado en que quedan

Como todas las espinas que usan parecen tener propiedades venenosas y con ellas están las pobres tan cortadas y pinchadas, resulta que hasta los ojos, labios y pómulos quedan horriblemente hinchados, y amoratados a causa de las negras cenizas. Cuando sale la pobre de la casa de belleza está en tal estado que parece una furia del Stigio y se le ocurre a uno exclamar: ¡Oh! Níobe, Níobe cuán poco te pareces a lo que eras.

Los salvajes padres de la niña se mueven a veces a compasión al ver a sus hijas así martirizadas, pero no les pasa por el pensamiento abolir tan cruel costumbre. Creen que sus hijas ganan así en beldad, tienen mayores garantías de no quedar sin esposos y se disponen a sufrir los dolores de la maternidad.

Crueldad paterna

"Yo siempre detesté, escribe Dobrizhoffer, la dureza de corazón de aquellos viejos que así torturaban a sus jóvenes víctimas, pero también es cierto que admiré la habilidad que mostraban en la realización de su arte. Sobre ambas mejillas forman todas clases de figuras pero con maravillosa proporción, variedad e igualdad de líneas, y todo con la sola ayuda de unas espinas de diversos tamaños. Toda mujer abipona lleva sobre su rostro signos diversos. Las más llenas de señales son las aristocráticas por su rango o nacimiento, de suerte que si encuentra usted una mujer con solos tres o cuatro rayas negras sobre su rostro, puede usted aseverar que es ella una cautiva o de muy humilde origen. Cuando las ideas cristianas comenzaron a tomar fuerza en las Reducciones de los Abipones, esta vil costumbre fué aboliéndose gracias a nuestros esfuerzos y ahora conservan las mujeres su aspecto natural sin agregados algunos.

Tembetá

Los Abipones, como todos los demás salvajes, solían antes abrir un boquete en el labio inferior, valiéndose al efecto de un hierro ardiente o de un agudo leño. Metían después dentro de ese orificio una paja o un pequeño tubo de osamenta, o un vidrio, una goma o un metal amarillento. Este adorno era tan exclusivo de los hombres, que jamás se veía a mujer alguna llevándolo. Entre los Abipones de nuestros días, escribe Dobrizhoffer, ya no existe esa costumbre, aunque la conservan aún otros indios en estado salvaje como los Guaraníes, Mbayas, Guanás y Payaguás.

Los primeros llaman a eso el tembetá y se abren un ori-



"Dispuestos a la fuga o a presentar batalla, según convenga".
Dibujo de Dobrizhoffer.

ficio tan grande que jamás llega a clausurarse. Hasta les impide pronunciar algunas palabras. Pude ver que todos los indios plebeyos en las selvas del Mbaeverá, así niños como adultos, usaban una delgada madera en vez del tembetá, pero que entre los caciques era común unos objetos hechos de la goma o resina y cuyo color era como si fuera de oro. Lo destila en los días muy calurosos el árbol lamado abati timbaby. A primera vista producía la impresión de ser un objeto hecho de vidrio. Se endurece después de tal suerte que con tenerlo el indio días y días en su boca no se humedece.

En vez de aros y sortijas

El uso de aros en las orejas, aunque costumbre muy antigua en otras partes, no existe entre los salvajes americanos. Sin embargo tienen algo equivalente. En primer lugar las orejas de todos los niños de ambos sexos están siempre perforadas. Insertan por lo general en ellos unos pequeños trozos de cuero de vaca, o una maderita, un huesito o un hilo de lana de varios colores. Casi todas las mujeres casadas usan zarcillos hechos de unos hilos de la hoja de palmera que trenzan entre sí y con los que forman unos adornos circulares más grandes que las patenas que usamos en la Misa. Como tiene la forma de un embudo que va de menos a más, van de continuo introduciéndolo más y más de suerte que con el correr de los años el orificio se hace enorme como enorme se hace la oreja hasta llegar cerca de los hombros. El mismo espiral parece tener una fuerza expansiva que día a día contribuye a la dilatación del agujero hecho en la oreja.

Ni se crea que yo exagero. Con los mismo ojos con que veo esto que ahora escribo, he visto diariamente a innumerables mujeres cargadas con ese enorme adorno auricular y hasta hombres he visto pero de otras parcialidades. Debe saberse que todos los Tobas y Oackakalots, aun los hombres, usan de estos apendículos tan comunes a las mujeres abiponas.

Respetan las narices

Estas, lo propio que los Abipones, respetan por entero sus narices. Cosa rara, a mi juicio, pues entrando a saco a todas las otras partes del rostro y cabeza, han respetado a ésta, siendo así que otros pueblos, como los africanos, peruanos y mejicanos, perforaban también la parte cartilaginosa e insertaban allí una cuerda con cuentas y adornos.

Pero era justo que los Abipones respetaran sus narices ya que torturaban y deformaban tanto lo restante de sus rostros, hasta aparecer horribles y horripilantes a sus enemigos y aun amigos.

Algunos escritores han aseverado que éstos y demás indios de América son de escasa salud, que sus cuerpos son débiles y que carecen de grandes fuerzas. Esto escriben los que nunca han estado en América ni conocido de cerca a estos indios.

Fuerzas físicas

Claro está que en América, como en Europa, hay gentes más sanas y más fuertes que otras, pues influye en eso el

clima, la alimentación y otros factores, pero en Europa no hay gentes ni más fuertes, ni más robustas. No voy a ocuparme de todos los indios americanos, pero diré sin dificultad ni titubeos que los cuerpos de los Abipones son musculares, robustos, ágiles y capaces de tolerar las mayores inclemencias de los tiempos. Esto es verdad de todos los indios del Paraguay, pero más en relación a los que son ecuestres como los Abipones. Raras veces verá usted entre ellos uno obeso o barrigudo. El ejercicio continuado de cabalgar y de cazar, y los frecuentes pugilatos ya en serio ya por simple deporte, les impide engordar. Como monos, están en continuo movimiento. Eso les proporciona un cuerpo tan elegante y tan sano que ya quisieran los europeos tenerlos semejantes.

Enfermedades desconocidas

En Europa hay enfermedades de las que acá ni noticia existe. Tales son la gota, la epilepsia, los cálculos, hidropesía e ictericia. Ni palabras tienen para tales enfermedades. Durante días enteros exponen sus desnudas cabezas al ardiente sol y no obstante jamás se queja alguno de un dolor de cabeza. Juraría uno que carecían de toda sensación o que sus cabezas eran de bronce o de mármol. Aun más: sedientos después de andar por desiertos sin agua, llegaban a un punto donde había charcos de agua sucia, salada, barrosa, amarga y mal oliente. Para ellos era lo mismo: la bebían y seguían tan campantes. Por ello no les acaecía mal alguno ni entonces ni después.

Golosos e imprudentes

Golosamente se tragan trozos enormes de carne dura y a medio asar, algunas veces carne de tigre o de ciervo, y hasta los huevos de éstos, y todo sin experimentar consecuencia alguna y sin que por eso la digestión les fuera más pesada o difícil. En días fríos y lluviosos se tiran al agua y cruzan los ríos sin enfermarse por ello. Cabalgan sobre monturas hechas de duros cueros y durante semanas enteras y no obstante unas tan largas cabalgatas ni llegan a irritarles la piel. No llevan estribos y frecuentemente van al trote. Sin embargo ni se fatigan ni dan muestras de cansancio aun después de muchas horas de andar en esa forma. Tirados sobre una fría cama podrá la lluvia inundarlos de agua hasta pasar ellos la noche como si estuvieran nadando, y quedan después como si nada hubiera sucedido. Lo que para un europeo sería causa de cólicos, pústulas y úlceras, para ellos es nada. Llegan a pasar muchas noches y días en medio de la lluvia continuada sin sufrir daño alguno. Creo que en parte se ha de atribuír al hecho de que van descalzos. El llevar zapatos es lo que debe de hacer mal en esos casos porque retiene la humedad.

Fortaleza de los Abipones

Pero puedo dar otras pruebas de la fortaleza de los Abipones. Si una espina se les mete en los pies, de suerte que no la pueden sacar con los dedos, cortan con la mayor tranquilidad todo el trozo de carne afectada por la espina o astilla.

A este fin de valen de un cuchillo. Cuando salen a espiar los terrenos vecinos o a hacer exploraciones, se ponen de pie sobre el caballo. Suben a los árboles más altos, toman asiento en sus ramas y saquean las colmenas que allá hay sin preocuparse de los peligros y sin sentir desvanecimiento alguno.

"Mi sangre está enojada"

Cuando abandonaron las selvas y constituyeron pueblos, dedicáronse a arar las tierras y a talar árboles y les acaecía entonces el llegar a sentir cansancio por la falta de costumbre, y entonces solían proferir esta frase: la *yivichigui yauigra*, esto es, mi sangre está enojada. Pero también para esto tenían un rápido remedio: se hacían un profundo corte de cuchillo en una pierna, contemplaban complacidos la sangre que se derramaba y después de un rato cerraban la herida con un tabique de barro, diciendo al propio tiempo y con alegre acento que ya habían recobrado sus fuerzas y que se sentían perfectamente bien.

Son pródigos en derramar su sangre así para obtener fama y gloria como para conservar u obtener la salud. En sus borracheras se punzan el pecho, brazos y hasta la lengua con un manojo de espinas o con los puntiagudos huesos de la espina dorsal del cocodrilo y lo hacen hasta derramar abundante sangre. Unos a otros procuran sobrepujarse en esto, dando así pruebas de que son valientes y de que en caso de encontrarse en el campo de batalla sabrán luchar hasta derramar su sangre. Llegan a hacer su piel impenetrable con tantas cicatrices y heridas ya curadas.

Hasta niños de solo siete años ya se entretienen en pincharse los pequeños bracitos a la manera de sus padres y ostentan abundantes cicatrices de tal suerte que uno los creería de mayor edad. Así se educan desde la infancia para la vida guerrera que les espera.

Uso de la alfaroba

Otra prueba de su natural robustez es que personas convertidas en esqueletos y con todas las señales de estar tísicas y con fiebres continuadas, se han restablecido enteramente tomando exclusivamente alfaroba. Esta planta es para ellos el gran remedio y por eso cuando están gravemente enfermos o heridos de gravedad fácilmente recobran su salud con esta medicina. Y si no toman ésta, no toman otra alguna. Muchas veces he visto, y no sin terror y espanto, a no pocos de esos indios heridos en varias partes del cuerpo, con el costado atravesado por flechas, los huesos y costillas fracturadas y que apenas podían ya respirar, y no obstante los ví pocas semanas después en perfecto estado de salud cabalgando y cazando como si nada les hubiese sucedido. Como esto no se podía atribuir a las habilidades de sus médicos ni a las medicinas ineficaces para esas curaciones, yo siempre he creído se debía atribuir a la robustez de la naturaleza de estos indios.

Pestes y viruelas

Nadie ignora los estragos que en América causan las pestes y la viruela. Los Abipones sufren de ambas cosas como

los demás indígenas, pero son raras las muertes por esas causas y eso no obstante lo poco que se cuidan cuando están enfermos. Se debe atribuir a la naturaleza más sana de su sangre el que esas enfermedades no hagan entre ellos los estragos que hacen entre otros.

Viven y disfrutan de su salud durante largos años después de haber sufrido heridas producidas por balas de plomo y sin haber siquiera pensado en extraerlas. Más notable aún fué el caso de un cacique, de los Abipones, el afamado Kaapetraïkin. Una bala de esa índole se le incrustó en la frente y quedó el hombre tan bien como si nada le hubiera acaecido.

Horror a las armas de fuego

Lo que nunca pude comprender fué el horror que tenían los Abipones por las armas de fuego, ya que raras veces eran de efectos mortales para ellos. Pero así como los niños temen los fuegos fatuos, no obstante su inocuidad; de semejante manera ellos temen las balas más por razón de su ruido que por causa del daño que les hace, porque raras veces les hieren, pues se contentan las balas con herir el aire.

Ya anoté que raras veces se halla entre ellos un calvo y que sólo en edad muy avanzada les salen canas. Aun cuando hayan llegado a una edad muy avanzada, raras veces se puede decir que son viejos. Son como esas plantas que conservan un perenne y vigoroso verdor.

Ancianos vigorosos

Cicerón que tanto alabó la vigorosa ancianidad de Massinissa habría encontrado muchos Massinissas entre los Abipones. Ciertamente no creería, aunque lo vieran sus ojos, que hombres con sus cien años a cuestas brincaban sobre un caballo como si fueran niños de solo doce, y como si eso fuera poco, estarse montados durante horas y aun durante días enteros y bajo un ardiente sol. Además esos hombres centenarios trepaban árboles, viajaban y hasta dormían al raso, en medio del frío y de la lluvia, se presentaban valientes en el campo de batalla, y poseían una vista tan aguda y penetrante y una dentadura completa como si fueran jóvenes.

Todo esto sonará a fábula para los europeos. Sin embargo, durante muchos años fuí testigo, escribe Dobrizhoffer, en los pueblos de Abipones, de cuanto he dicho. Añadiré que si un hombre fallecía a los ochenta años, todos lamentaban que muriera en la flor de la edad. Las mujeres generalmente vivían más que los hombres, de suerte que eran muchísimas las que pasaban de cien años.

Causas de su longevidad

Esta longevidad y esa fortaleza de los Abipones se debe en parte a sus progenitores y en parte a ellos mismos. El vigor de la juventud, conservada gracias a su temperancia, les acompaña durante toda la vida y es trasmitida a los hijos. El hecho es que los jóvenes Abipones no ceden a los gustos de sus pasiones y con tener temperamentos ardorosos jamás debilitan su naturaleza con actos de torpeza. Se entretienen con la

conversación, la chanza y la alegría, pero siempre dentro de los límites de la modestia. Por una especie de instinto natural y muy peculiar en ellos, así los jóvenes como las jóvenes tienen verdadero horror a todos los medios y oportunidades que puedan llevarlos a faltar a las leyes del decoro. Jamás se les ve hablando a solas ni en público ni en privado; jamás se les ve andar ociosos. Las niñas ayudan a sus madres en las cosas domésticas; los jóvenes están siempre bien atareados en el ejercicio de las armas unas veces y otras en la caza y doma de caballos.

Edad en que se casan

Otra causa que favorece la salud de los Abipones son los casamientos en edad apta. Otros indios contraen enlace muy jóvenes y se ha visto que esto lleva a la degeneración. Los Abipones jamás se casaban sino al frisar en los treinta años y nunca con mujeres que no pasaran de los veinte, lo cual como enseñan los filósofos y los médicos, lleva a la conservación de las fuerzas, a la prolongación de la vida y a la generación de hijos robustos.

Educación austera

También su educación hace muchísimo en pro del vigor de los Abipones. Nadie ciertamente podrá decir que educan con delicadeza. Tan pronto como nacen son sumergidos en una corriente de agua fría, si hay alguna a poca distancia. No existen cunas, ni plumas, ni almohadas, ni paños de franela, ni entretenimientos, ni juguetes. Cubiertos a la ligera con unas pieles de nutria duermen donde estén sus progenitores y se arrastran por los suelos como unos pequeños cerditos.

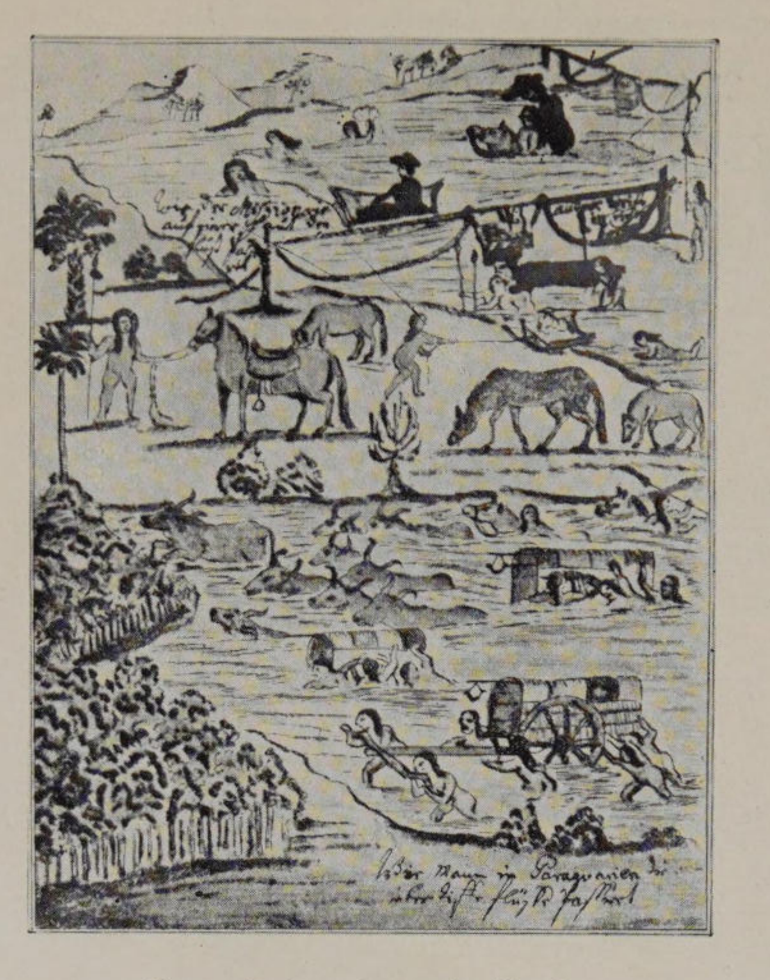
Desde pequeños

Siempre que la madre monta a caballo, mete al hijito en una bolsa hecho con pieles de jabalí, y lo cuelga de la montura junto con sus perritos, con las cacerolas y otras chucherías. Frecuentemente viene el esposo, arrebata al chiquilín que estaba tomando tal vez la leche materna, lo lleva a donde está su caballo y lo monta sobre el mismo, mientras los ojitos del pequeño hombrecillo están radiantes de placer. Si una madre va al río a tomar un baño, lleva a su hijito y nada con él, teniéndole apretado con una mano contra su pecho, mientras usa la otra para la natación. Si ya está algo crecidito lo arroja dentro del agua para que aprenda a nadar, aunque todavía no ha aprendido a caminar.

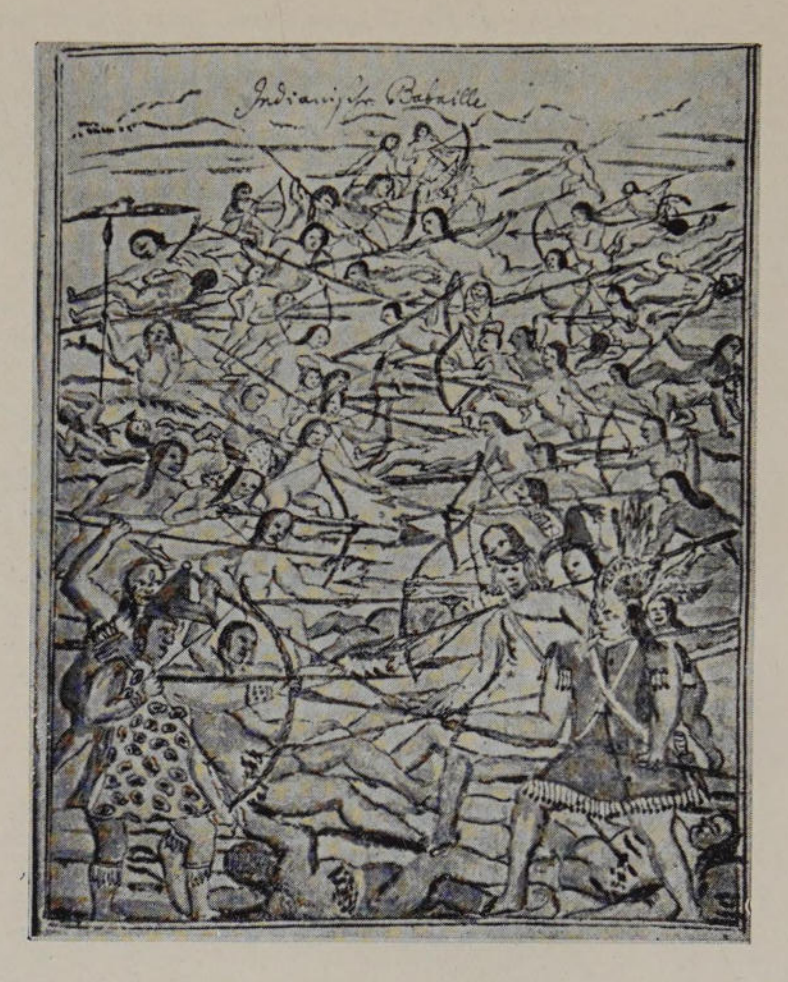
Con arco y flecha

Apenas se verá un chiquitilín andar por las calles sin su arco y flecha. Disparan contra los pájaros y animales, y a falta de éstos, contra las moscas y toda clase de insectos. Su entretenimiento más común es el disparar contra un blanco. Continuamente salen por los campos a caballo y corren carreras los unos con los otros. Tales ejercicios practicados desde la niñez conducen ciertamente al vigor de sus organismos.

Usan los Abipones por lo común un vestido que no se ajusta a sus cuerpos, antes flota en torno con libertad desde el cuello u hombros hasta los talones. Lo llevan no para re-



Cruzando los ríos, según Baucke



Batalla indígena, según Baucke

UBICACION DE LAS CUATRO REDUCCIONES DE ABIPONES SEGUN CAMAÑO



Fragmento del Mapa del P. Joaquín Camaño, 1789

De Cartografía Jesuítica, mapa 48. *n.* 106 *del Catálogo, p.* 125 *del texto*

cargar o aprisionar sus cuerpos sino para defenderlo de las inclemencias del tiempo, sin impedirles la respiración y sin estorbarles la circulación de la sangre. Vemos que en esto son los Abipones como las prudentes gentes del Oriente y como los antiguos germanos y por eso eran también más sanos. Ni se crea por lo dicho que nuestros indios carezcan en este punto de la conveniente variedad, pues además de su vestido ligero y amplio de lana, usan también otro, a manera de manto, hecho todo él de pieles de nutrias muy bien cosidas las unas con las otras. Con estos mantos o capas se abrigan cuando sopla el frío viento del sur. Tienen dichas capas un aspecto muy análogo a las capas magnas que usamos los sacerdotes en la bendición del Santísimo.

Vestido adecuado

Todas las ocupaciones y tareas de los Abipones son fuentes de salud. Están, como hemos insinuado ya, en continuo movimiento. Cabalgar, cazar, nadar son sus ocupaciones diarias. Sus guerras contra los enemigos o las fieras son ocupaciones frecuentes y dan margen a largas excursiones. El cruzar a nado los ríos, el subir a los árboles en busca de miel, el hacer lanzas y arcos, el trabajar sogas hechas con tiras de cuero, el componer monturas, son tareas de todos los días y pone en movimiento sus manos o sus pies.

Sus recreaciones

Si desean un descanso en medio de estos trabajos, organizan una carrera de caballos. Para esto ponen por premio para el que llega primero a la meta, una espada u otro objeto. Otras veces se entretienen con un juego muy de ellos y con un instrumento de su fabricación. Consiste éste en un trozo de madera de unos cuatro palmos de largo y redondeada, pero más gruesa en sus extremos y más delgada en su centro. Han de lanzar esta madera de tal suerte que después de dar varios rebotes sobre el suelo llegue al pozo o blanco y lo tiran como los niños suelen tirar piedras sobre la plana superficie de las aguas. Cincuenta y aun cien personas esperan turno en fila para participar en este juego, y el que en esa forma lo acerca más al blanco, ése lleva la espada.

Juego popular

Desde niños se acostumbran a este deporte y en él pasan horas y horas no sin grande provecho para su salud. Ese mismo trozo de madera que les es en esa forma un elemento de juego, es en las guerras una arma terrible que aplasta los cuerpos de sus adversarios o los de las fieras salvajes.

La vida de los Abipones no es por cierto la vida ociosa de los caracoles. Hasta las mujeres, aunque alejadas de aquellos deportes y de aquellos ejercicios fuertes, apenas están con los brazos cruzados, apenas tienen tiempo para respirar, tantas son sus ocupaciones en el manejo de los asuntos domésticos. De ahí les viene aun a las mujeres ese vigor masculino, de ahí el que tengan hijos sanos y robustos, de ahí les viene esa salud robusta y bella longevidad.

Alimentación rarísima

Su alimentación es otra fuente de elixir que prolonga la vida de los Abipones. A ellos bien pueden aplicarse las frases que Tácito escribe con relación a los germanos: *son sencillos en el comer, agradándoles las frutas silvestres, las fieras recién muertas, la leche y el queso, y eso toman sin mejunjes ni salsas.* Según las circunstancias toman carne de vaca o de animales salvajes, la que asan pero raras veces cuecen. A falta de carne, comen pescado aunque no con el mismo gusto y apetito. No les entusiasma el pescado, por más bueno que sea. Felizmente del aire les vienen animales que ellos saben cazar muy bien, y los bosques les ofrecen otros y hasta las aguas de los ríos son con ellos muy generosos. Pero aun cuando todo esto les faltara, hallarían comida porque las raíces de muchas plantas que están escondidas bajo tierra o bajo agua son para ellos alimentos tan agradables como nutritivos.

Carne de tigre

La carne de tigre, no obstante su repugnante olor, es para ellos la más exquisita. Cuando matan uno, lo descuartizan en trozos, a veces muy menudos, para que todos los de la expedición o todos los amigos participen de tan codiciada carne.

Detestan el vinagre, pero tienen una gran inclinación a la sal. Son en esto como las cabras, a pesar de que no la hay en sus tierras y raras veces la pueden obtener. Suplen empero, esta deficiencia con las cenizas de una planta que los españoles llaman *vidriera*. Esparcen después esas cenizas sobre la carne o sobre los otros alimentos para salarlos. Otra manera de tomar sal es ésta: las viejas mascan las hojas de tabaco y cuando están bien impregnadas de aquellas cenizas, dejan que la masa se seque, formando así unos panes de muy sabroso tabaco aptísimo para ser masticado.

Siempre hambrientos

Lo que no conocieron los Abipones era la dieta. Comían siempre y a todas horas. No había horas fijas para la alimentación. Parecía que estaban siempre hambrientos y se les veía siempre comiendo. Creo que en muchas ocasiones comían no porque tenían hambre sino porque tenían a mano algo que podían comer. Eran voraces, sobre todo de la carne y de esta se llenaban hasta el exceso, pero sin sufrir consecuencias desastrosas como podría temerse muy fundadamente.

Resistencia física

Al lado de esta voracidad era notable su aguante cuando nada o poco tenían para su alimentación. Salían a expediciones que habían de durar meses y por regiones estériles, y partían sin llevar provisión alguna. Muchas veces era con la esperanza cierta de hallar en su camino los necesarios alimentos pero ese no era siempre el caso. Me parece que el estómago vacío nunca les hacía daño, ni les volvía tristes o huraños. Aun más, ni se mostraban entonces impacientes o quejosos.

Parece difícil unir la voracidad de estos indios con su longevidad, pero no hay que olvidar que todos ellos, aun los casados y los ancianos, están en continuo movimiento, corriendo, cazando, nadando, cabalgando y haciendo ejercicios militares, y es natural que tanta agitación requiera abundante alimentación. Beben también en grande el agua de los ríos, arroyos, lagunas, charcos y aun esteros. Esta agua es, por lo general, tibia o caliente, raras veces fría, y no siempre fresca y limpia. ¿No será ésta otra causa de la buena salud de los Abipones?

Voracidad y longevidad

Sólo en grandes solemnidades como al nacer un niño, o a la muerte de un pariente, en la declaración de una guerra o al obtener una victoria se juntan para beber un líquido o brebaje que hacen con miel o alfaroba mezclado con agua y que, cuando ha fermentado, llega a emborrachar. Tomado discretamente es una bebida buena para conservar la salud. A lo menos es creencia general que la alfaroba y la miel prolongan la vida, y puede decirse que los Abipones beben miel continuamente pues sus bosques abundan en colmenas de muchas clases.

Bebidas

La alfaroba la toman o resecada o en forma de bebida fermentada. En ambas formas posee singulares virtudes porque restaura las fuerzas, engorda las carnes, esclarece y refresca el pecho, tiene propiedades diuréticas, es eficacísima contra los cálculos y alivia grandemente los males nefríticos. Así me lo aseguran personas que han podido comprobar las propiedades de esta fruta. Anotaré que en todos estos países no hay caballos más robustos y sanos que los de Santiago del Estero, y la razón es porque se nutren principalmente con alfaroba.

Baños frecuentes

El frecuente baño es otra fuente de salud para los Abipones. O en el río o en algún lago, pero diariamente toman su baño y esta práctica les abre los poros de la epidermis, hace que la respiración sea más fácil y trae otras ventajas. Algunos en vez de hacerse sangrar prefieren tomar baños fríos, y hallan en ello un equivalente, aunque en un caso la sangre es extraída y en el otro sólo enfriada. Creo yo que a los baños se ha de atribuir, y no poco, la envidiable salud de que disfrutan estos Abipones.

Tranquilidad de espíritu

También depende la salud del estado del ánimo, pues es incuestionable que la tranquilidad del espíritu ayuda a la longevidad. El cuerpo que tiene por morador una alma sana, es generalmente un cuerpo sano, y no cabe dudar que los Abipones son indios que no se ofuscan y no se alborotan, antes toman la vida con serena tranquilidad.

El pasado es para ellos algo que no les ha de preocupar en lo más mínimo, por lo que respecta al presente tienen bien pocas preocupaciones y raras veces piensan en el día de mañana, cuanto menos en el futuro lejano. Temen el peli-

gro, pero están siempre en la persuasión de que lo evitarán o vencerán. Si se les avisa que una numerosa hueste enemiga está cerca, se ponen en oportuna fuga o esperan el asalto. En este caso cantan sus alegres cánticos, reparten su chicha, que es un elixir, y esta les fortifica y templa.

Sin preocupaciones

Jamás andan hambreando riquezas, ni pensando en lo que van a comer hoy o mañana. Sus enojos son pasajeros y en general todos sus afectos, ya sea de odio o de amor, duran poco. Claro está que tal estado de espíritu ha de influenciar el cuerpo y ayudar a éste en muchas formas.

Se me dirá que el clima del país en que viven que ni es frío con exceso ni es excesivo caluroso, es la causa de la salud y longevidad de los Abipones, pero niego que sea la causa principal ya que los españoles que viven en esas mismas regiones ni tienen siempre tan buena salud ni llegan a tan venerable y vigorosa ancianidad. Los europeos que quisieran ser en ésto como los Abipones, habrían de imitarlos en su manera de vida, acabando con los apasionamientos que corroen el corazón; haciendo mucho ejercicio al aire libre, preocupándose menos de los condimentos en las comidas y de los vestidos y trajes que ahogan y sobre todo habrían de ser castos, como lo son los Abipones, pues no hay cosa que más conspire contra la salud y la vida larga que los vicios impuros.

Vida espiritual

Pero veamos ahora cuál haya sido la vida espiritual de los Abipones. Por lo general aseveran los teólogos que ningún hombre normal, que haya llegado al uso de la razón, puede por mucho tiempo desconocer la existencia de Dios. Yo mismo, escribe Dobrizhoffer, defendí esta tesis en Córdoba, donde terminé mis cuatro años de teología iniciados en Gratz de Styria. Pero cuál no sería mi sorpresa al llegar a la conclusión de que en todo el vocabulario de los Abipones no había una palabra para denotar al Hacedor del mundo y llegar después a la conclusión de que no tenían idea alguna de Dios. Para hablarles de Dios fué menester acuñarles un vocablo y fué éste *Dios ecsiam coagarik* que quiere decir Dios criador de las cosas.

Apenas razonan

El hecho es que estos indios, como tantos otros, viven la vida de los sentidos y se han hecho ineptos para todo lo que no sea pura materialidad. El razonar es un proceso fastidioso y casi desconocido para ellos. Por esta causa no es de extrañar que la contemplación de las cosas terrestres o celestiales no les inspire idea alguna del Dios creador, ni les proporcione pensamiento alguno trascendental.

Viajando una vez con catorce Abipones nos sentamos una noche junto al fuego que habíamos encendido sobre el alto barranco del Paraná. El firmamento, enteramente sereno, deleitaba nuestros ojos con sus titilantes estrellas. Comencé entonces, escribe Dobrizhoffer, una conversación con el Cacique

Ychoalay, el más inteligente de cuantos Abipones he conocido, como era el más valiente soldado que hubo jamás entre ellos.

Conceptos Indígenas

"Contemple usted, le dije yo, el esplendor del firmamento con su magnífico cortejo de estrellas. ¿Quién podrá jamás decir que toda esa maravilla fué obra de la casualidad? Usted sabe muy bien que nuestras carretas no se hicieron solas y que a nuestros bueyes si alguien no los dirige se extravían y llevan la carreta a la fosa o al precipicio. Un bote también, si carece de piloto, o se hunde fácilmente o sale de su ruta. Cuán loco, pues, no ha de ser aquel que diga que todas esas constelaciones y mundos se gobiernan sin Dios, solo por la casualidad. ¿Quién decís vosotros que es el Creador y Gobernador de todo eso? ¿Qué pensaban sobre eso vuestros antepasados?" — La respuesta del indio no se hizo esperar. "Mi padre, replicó Ychoalay, y mis abuelos y mis bisabuelos solo se preocuparon de mirar la tierra pues en ella y no en los cielos habían de encontrar pasto y agua para sus caballos. Jamás se preocuparon de lo que pasa allá arriba, y por ende nunca entraron a investigar quién era el Creador y gobernador de las estrellas".

He podido observar que los Abipones, al sentirse incapaces de entender alguna cosa al primer impulso, lejos de quedar intrigados y ponerse a pensar y discurrir respondían de inmediato *orqueesiam*, como si dijera, al fin y al cabo qué importa entender o no entender esto. Los Guaraníes en esos casos solían decir tupá oiquaá, *Dios sabrá lo que es eso*. Unos y otros, como poseedores de pocas luces intelectuales, no querían gastarlas así no más.

Natural idiotez

Nunca hay que olvidar que estos pobres indios habían pasado la vida en el mayor salvajismo y que sus antepasados, lo propio que ellos, no conocieron cultura alguna. Esto los ha llevado a una natural idiotez, tan grande en algunos casos que aun personas buenas y bien intencionadas han declarado que carecían de alma racional. Como es sabido, Paulo II, en 1537, y a 2 de junio, dió una bula *Veritas ipsa* condenando las opiniones de estos tales y reivindicando la racionabilidad para todos los indios sin excepción.

Como bestias

Durante diez y ocho años he estado, agrega Dobrizhoffer, entre los indios Guaraníes y Abipones y puedo aseverar a base de mi larga experiencia que he visto salvajes bien salvajes, nacidos en las selvas y que habían pasado en las mismas gran parte de su existencia, naturalmente tan imbéciles y tan estúpidos como bestias, y no obstante, gracias a la instrucción cotidiana y al ejemplo de otros catequizados con anterioridad, llegaban a conocer, apreciar y cumplir la ley de Dios y sentirse halagados intelectualmente con las verdades de nuestra fe. Son lentos de entendimiento, pero si sus maestros o

catequistas son habilidosos, llegan no sólo a entender, sino entender bien así las artes y ciencias, como las verdades religiosas.

Dije que los Abipones no tenían conocimiento alguno de Dios, pero he de retractarme en este aserto, ya que si no conocían al autor de todo bien, conocían al que lo es de todo mal. Tienen hasta una frase afectuosa para el Maligno a quien llaman Aharaigichi o Quevét, y con el agregado honorífico de Groaperikie que quiere decir "abuelo". Este, según los Abipones, es el Dios de ellos y también de los españoles, aunque con esta diferencia: que a los españoles les da oro y plata, trajes y vestidos, y a ellos les da valor. Ellos no dudan de que son más valerosos que los españoles. Aunque tributan este homenaje a su Quevét, nada saben acerca de su existencia o atributos. Según algunos era un indio famoso. A eso se reduce toda la teología abipona.

Aharaigichi o Quevét

Opinan, sin embargo, que las Pléyades son una representación de aquel su "Abuelo", y como en estas regiones, esa constelación desaparece de la vista en ciertas épocas del año, dicen entonces que Quevét está enfermo y temen que se muera. Por eso cuando en el mes de mayo vuelven a aparecer esas estrellas, se alegran de que su Abuelo haya recobrado la salud y dan gritos de gozo al son de sus trompetas. Quemen naachic latenc! layán nauichi ená? Ta yegám! Layanimi! — ¡Oh! Cuántas gracias te damos! ¿Por fin regresaste? — Ah! Ya te hallas bien de salud, otra vez.

Con estas exclamaciones llenan ellos el aire y al día siguiente van a los bosques a buscar miel para hacer chicha y, una vez fermentado, se reunen en un punto dado y celebran con abundantes bebidas la salud del "Abuelo". Esta conmemoración tiene lugar al ponerse el sol y al comenzar a verse las misteriosas estrellas. Y allí pasan la noche, sentados los hombres sobre unas pieles que tiran sobre el suelo y estando a sus lados las esposas cantando a voz en cuello. En torno está la multitud de solteros y solteras llevando no pocos en sus manos antorchas encendidas y riendo y aplaudiendo sin cesar los cantos de las esposas. Una bailarina, que es la que dirige toda la ceremonia, aparece de vez en cuando en el centro de la agrupación y agitando en sus manos una gran calabaza, llena de semillas, hace como si bailara en un pie, ya hacia la derecha con un pie, ya a la izquierda con el otro, aunque sin moverse del punto en que se colocó. Baile tan tonto es interrumpido de vez en cuando por el son de trompetas militares y por el ruido que hace la concurrencia golpeando las palmas de sus manos contra sus bocas medio abiertas.

A la salud del "Abuelo"

Lo anotaré: aun en esta fiesta no se advierte cosa alguna, aun la más leve, que sea indecorosa. Los hombres están dig-

namente separados de las mujeres, y los jóvenes de las jóvenes. La bailarina, que es la sacerdotisa de estas ridículas ceremonias, se acerca a veces a algún hombre y hace ruido con una calabaza. Este acto es muy apreciado y es una garantía de que el Abuelo favorecerá a los tales para que puedan con celeridad y éxito triunfar sobre sus enemigos y obtener la caza que deseen. Además inicia esta sacerdotisa en esta oportunidad a un joven y a una joven para que puedan reemplazarle a ella cuando fuere menester.

Sus hechiceros

Esta iniciación tiene su importancia, porque así los Abipones como los demás indios del Paraguay, tienen sus hechiceros y éstos tienen sus títulos y privilegios. Los Abipones llaman Keebét a sus hechiceros, lo cual equivale a llamarlos "demonios", pues ese término significa hacer cosas contrarias a lo usual o hacer cosas superiores a la capacidad ordinaria. Creen que esos tales han recibido ese poder de su "Abuelo", o espíritu maligno. Esos hechiceros o embaucadores, ya sean hombres o mujeres, profesan saber todas las cosas y ser capaces de hacer todas las cosas. No hay indio que no esté en la persuasión de que pueden, si quieren y como quieren, atraer sobre ellos cualquier enfermedad o desgracia. Pueden también, así lo creen y es la parte hermosa, atraer todas las prosperidades y dichas. Son capaces de curarlo todo, de ahuyentar la muerte, de hacer que llueva, de provocar una tempestad, de hacer aparecer a los espíritus, de averiguar las cosas secretas. Hasta pueden tomar el aspecto y cuerpo de un tigre, y pueden manejar las serpientes sin peligro alguno. Todos creen que estos poderes no les ha venido por arte y habilidad sino que el Abuelo les ha escogido para este fin y dado tales poderes.

Fraudes de los mismos

Dicen que los que aspiran a ser hechiceros se sientan sobre un tronco añoso que flota sobre un desconocido lago, y allí están durante varios días sin tomar alimento alguno hasta que comienzan a entrever las cosas futuras. Sin duda que si esto hacen, deberá atribuirse a los ayunos cierta debilidad mental, gracias a la cual llegan a creerse iniciados en los sucesos del futuro. Ellos primeramente se llegan a persuadir que tienen ese don, y después persuaden a los demás que efectivamente lo tienen.

Pero los he conocido de cerca y puedo garantizar que son como los demás, aunque superiores en el arte de urdir fraudes. Y es fácil engañar a los pobres indios: todo lo desconocido o nuevo es para ellos maravilloso o sobrenatural. En una oportunidad hice unas rosas de un tejido colorado que tenía para así adornar el altar de la capilla. Vieron los indios cómo hacía yo esas flores tan hermosas, como inanimadas, y se decían los unos a los otros: "este padre es un mago o es el hijo de un hechicero". Un hermano lego hizo un torno

de madera y los indios al ver aquel aparato decían que ese europeo era un príncipe de magos.

Conducta de los hechiceros

Esta falta de experiencia o sobra de ignorancia les hace creer en los magos o hechiceros y considerarlos vicegerentes o intérpretes del demonio, su "Abuelo". Lo cierto es que tienen mil tretas para embaucar. Oyen de uno que hay enemigos que se acercan, y salen al momento pregonando la noticia como adivinada por ellos gracias a la ayuda de su abuelo. Saben que va a llover por las señales comunes y ordinarias, y al momento predicen con grande aparatosidad el futuro suceso. Si no llueve, ya se arreglarán para quedar bien. A veces es en el mayor silencio de la noche que por el toque de un pito u otro instrumento avisan la llegada de enemigos. Nadie duda del aserto. Todos se levantan y acuden a las armas. Las mujeres y niños se ponen en lugar seguro, los hombres se desvelan sobre las armas dos o más días, el enemigo no aparece, todo vuelve a su estado normal. Ellos ante esta errada información no quedan mal porque viendo que no les sale conforme a la profecía agregan: el Abuelo ha apartado de ellos esa desgracia. Por otra patre, y es cosa que ha sucedido, los enemigos han caído sobre ellos, en más de una ocasión, sin que sus hechiceros lo hubiesen pronosticado.

Caso singular

En una ocasión sucedió un caso singular. A la entrada de la noche me vino un joven Abipón trayéndome un freno metálico, una hacha y algunas otras bagatelas, los tesoros de su familia y me pidió que yo se los guardase. Como le preguntara la causa de su acto, contestóme que aquella noche habían de hacer irrupción en el pueblo unos indios enemigos. Así lo había anunciado una famosa hechicera y estaba él seguro del suceso porque siempre que sentía en su brazo izquierdo una especie de escozor, era señal de invasión. "Oh!, contesté yo, la causa de eso son sin duda las pulgas, amigo mío. Se lo aseguro por propia experiencia. De día y de noche siento escozor en el brazo derecho e izquierdo, y en otras partes del cuerpo, y la causa única son las pulgas que me pican o han picado. Si esa fuera una prueba de que se acercan enemigos deberíamos estar de continuo rodeados y oprimidos por ellos". Pero mis razones de nada valieron. La vieja hechicera hizo circular la noticia y pasamos todos una ingrata noche. Nada sin embargo, acaeció.

Causa de sus sobresaltos

El hecho es que los Abipones, en el deseo de botín y de gloria, están de continuo asaltando a los vecinos y aun a los distantes, y no es de extrañar que les remuerda la conciencia y estén siempre con temores de que otros, en venganza, caigan sobre ellos. Cuanto más quieren asegurarse contra los posibles enemigos, tanto mayor es el temor que los invade y muchas veces toma este temor enormes proporciones por razones las más fútiles.

Un ligero rumor, unos humos lejanos, unas huellas raras, o el ladrar insólito de los perros los aterroriza grandemente, sobre todo si algo antes habían cometido algunos crímenes en las poblaciones vecinas. El que se tranquilicen o no, es obra exclusiva de los hechiceros quienes dicen que consultan a los espíritus. Al comenzar la noche se reúnen unas viejas en una de las tiendas de mayor capacidad. Una de ellas, notable por sus arrugas y pelos canos, es la directora y toca a intervalos y discordantemente dos grandes tambores. Cada toque es de cuatro golpes y van acompañados de unos lastimeros cantos que ella misma profiere a manera de gritos de dolor. Las otras mujeres con el cabello todo caído y sus pechos desnudos, hacen sonar unas calabazas al paso que entonan versos fúnebres. Mientras esto hacen mueven los pies y tiran los brazos lacios en una y otra dirección.

Algarabía hechicera

Toda esta algarabía se hace aún más intolerable ya que otros, no a intervalos, sino constantemente dan golpes de palo en unas panderetas hechas con pieles de ciervos. Producen así un sonido fuerte y agudo. Así pasan la noche entera y cuando amanece el día todos van a la tienda de la bruja, como al oráculo de Delfos. Las cantoras o gritones reciben los presentes y se espera con ansias el que manifiesten lo que dice el Abuelo. En nombre de todas responde la vieja rugosa y cana y las demás le hacen coro, de suerte que raras veces se puede sacar en limpio cuál es la predicción.

Pronósticos y Apariciones

A veces diversos grupos de mujeres, en diferentes tiendas, hacen la consulta y es gracioso verlas por la mañana. Unas aseveran que el enemigo ya viene, y ya está cerca, mientras que las otras sostienen con todas sus fuerzas que no viene ni piensa venir. Como es de suponer todo se arregla en una sangrienta riña entre unas y otras.

A veces se pide a las hechiceras que hagan aparecer la sombra de algún muerto, a quien quieren interrogar sobre la muerte que les espera en tal o cual expedición. Una multitud de viejos y de viejas, y de jóvenes y niños acude entonces a la morada del nigromántico. Este se esconde bajo de una piel de buey, la que le sirve de telón. Comienza por pronunciar unas palabras pausadamente o por proferir en tono conminatorio otras de carácter imperativo, y declara por fin que la sombra de la persona deseada está ya delante de él. Una y muchas veces le interroga sobre los puntos dudosos y, cambiando de voz, él responde por la sombra lo que le parece más oportuno responder. Ni uno de los presentes es capaz de poner en duda que el espíritu ha aparecido y de que son verdades de a puño las que manifiesta.

Espíritus

Un Abipón verdaderamente inteligente me quería convencer en una ocasión de que él había visto con sus propio ojos el espíritu de una india que había fallecido y cuyo esposo,

a la sazón, vivía en la Reducción donde yo estaba. Hasta los españoles que desde niños han vivido entre los Abipones, por haber sido apresados por éstos, están en la persuasión de que los espíritus les aparecen y hablan, conforme aseveran los hechiceros. Pero ¿cómo va uno a dar crédito a esas cosas que aseguran quienes engañan y son engañados de continuo en tantas cosas?

Inmortalidad del alma

De esta creencia se colige otra que es común a estos indios: la de la inmortalidad del alma. Por otra parte algunos de sus ritos y su mismo vocabulario comprueba que así es. Sobre las tumbas de sus muertos colocan una olla, un vestido, armas y caballos, que atan a postes junto a los sepulcros, y todo eso como ellos dicen, para que las almas tengan cuanto puedan necesitar. Cuando de noche cruza por los aires una bandada de esos pequeños patos que ellos llaman ruililié, y cuyo lúgubre graznido es típico, exclaman al momento los Abipones: allá van las almas de nuestros muertos.

Rafael de los Ríos

Tuve en el pueblo de San Jerónimo, a un español por nombre Rafael de los Ríos. Una noche cayó sobre aquella población un malón de indios enemigos y el pobre Rafael fué cruelmente muerto en su tienda. Pasaron los meses y vínome un día un indio, y me preguntó: ¡Padre! Los españoles que mueren, ¿se pueden salvar o se condenan todos? — Pues claro, le dije yo, si mueren en gracia de Dios se salvan y van al cielo". Pues lo que es Rafael, agregó el indio, todavía no le ha tocado el turno. Nuestra gente asegura que le ven todas las noches cabalgando en la llanura y silbando una tonada lúgubre". Sea todo esto un cuento o una simple fantasía, es lo cierto que confirma su creencia en la inmortalidad de las almas. Lo mismo creen los demás indígenas del Paraguay.

Veneración por los hechiceros

Aunque por lo que he dicho se colige que los hechiceros son unos embusteros, diré no obstante que les tienen una veneración grandísima, tal que cuando emigran los Abipones de una a otra región llevan consigo los huesos de los tales, considerándolos reliquias o talismanes. El ver un rayo en día de tempestad u oír dos o tres relámpagos es para ellos una señal inequívoca de que algún hechicero ha muerto y que el trueno y el relámpago son sus ritos funerales. Al hacer una expedición, aunque no sea sino para recoger miel, llevan consigo a uno de estos embaucadores, de quien se fían en todo como si fuera un sabio que supiera todo lo que ha de ayudar al mejor éxito de la empresa.

Cuando van a la guerra

Si van a entrar en combate, da él unas vueltas por las filas, a caballo y llevando en la mano una rama de palmera. Mientras la agita en el aire, pone rostro fiero y ojos amenazadores, y con gestos afectados y voz de indignado, echa imprecaciones sobre los enemigos. Creen que esta ceremonia es una garantía de victoria. Si esta viene lo mejor del botín

es para el nigromántico. Eso explica, como yo lo he podido comprobar, que los hechiceros tienen siempre caballos abundantes y excelentes y muebles o utensilios muy superiores a los que usan los demás de la tribu. Extorsionan a las pobres gentes y consiguen lo que desean.

Obedecen a los hechiceros en todo

Es un crimen contradecir a uno de ellos o manifestar opiniones contrarias. Nadie se atreve a ello por las desagradables consecuencias que tendría su atrevimiento. Si el hechicero tiene algo contra alguien, le manda llamar y es obedecido al instante. Le reprende con palabras duras y ásperas, aunque la falta sea insignificante, y le manifiesta que le va a castigar en nombre del Abuelo. Ordénale, por ejemplo, desnudarse en las espaldas y pecho, y el hechicero toma la espina del pescado palometa y con ella le rasguña y lacera el cuerpo. La víctima no profiere una queja, aunque esté cubierto de sangre y se considera feliz ya que no ha recaído sobre él una pena de muerte.

Amenazas de los hechiceros

Con los que les son contrarios o a quienes quieren dañar, hacen estos hechiceros algo muy singular. Les aseguran que ellos se convertirán en tigres y que éstos les destrozarán sus caballos. Se hacen tigres aunque sólo en los rugidos, pero éstos bastan ya que al oirse los mismos en el pueblo huyen sus moradores en todas direcciones. Desde lejos escuchan sus rugidos y exclaman: ¡Ah! ya todo su cuerpo se cubre con manchas como el del tigre". "Mira, exclama otro, como crecen sus uñas". Esto dicen a pesar de que no pueden ni ver siquiera al impostor, pero el miedo les lleva a esas visiones y grotescas exageraciones. Lo cierto es que el hechicero penetra en la tienda o corral de la víctima y allí causa los mayores males de que es capaz.

Tigres invisibles

¿Por qué matáis tigres, casi de continuo, en los campos y bosques y los matáis con valentía y denuedo, y ahora os ponéis todo miedosos a la noticia de este falso tigre que decís que hay en el pueblo? — A esta pregunta que yo les hacía en estas ocasiones me respondían con una mueca de compasión: *Ustedes, Padres, no podéis saber estas cosas. Nosotros no tememos, antes matamos, esos tigres de los bosques y llanuras, porque los vemos. Pero estos otros tigres los tememos, porque ni los podemos ver ni los podemos matar*". "Pero si no veis estos tigres, agregaba yo, cómo decís que sus uñas van creciendo y que se está cubriendo de manchas como si fuera tigre?". A esto no tenían respuesta, pero quedaban en su creencia, la cual había sido trasmitida por sus antepasados.

Los hechiceros riñen entre sí

Si sobreviene una furiosa tempestad, aseveran al momento que ha sido obra de los hechiceros y que a éste se debe el caudal de aguas que cayó sobre la tierra, a aquel los rayos y truenos. Como los mismos hechiceros quieren llevarse esta

gloria o glorias, riñen entre sí, produciéndose entonces una terrible tempestad, de la cual son ciertamente ellos los autores.

O la bruja o el Jesuita

Voy a relatar algo que no puedo recordar sin reirme. Durante un mes de enero cayó una fuerte lluvia y fué tanta la agua que se inundó el pueblo de S. Jerónimo. Con tal ímpetu deshizo la tempestad la puerta de cuero que cerraba mi cabaña, que penetró en ella mientras yo dormía y llegó a subir dentro de la misma cabaña, como cinco palmos. Me desperté y saqué los brazos fuera y agachándome medí la altura del agua. Pude darme cuenta que tendría que salir de mi cama nadando. Lo propio acaeció a los demás indios, sobre todo a los que dormían sobre el mismo suelo. Cuando llegó el día esparcióse la noticia de que una bruja, para tomar venganza de ciertas injurias, había provocado aquella inundación, aunque otra que le era contraria había interpuesto su influencia y hecho cesar tan grande perjuicio. Por otra parte no habían llegado los efectos de la inundación al campo donde moraba entonces Parichaikin, que era el principal de los hechiceros. Este y los suyos deseaban agua, pues había habido una gran sequía, y cuando supieron lo acaecido en San Jerónimo les entró envidia de la suerte de los inundados y Parickaikin declaró en forma oracular que el P. José Brigniel era el que así había favorecido a los indios de San Jerónimo y dejado de favorecer a los suyos. Y daba la razón: porque él no quería hacerse cristiano. También explicaba lo que hizo el Padre Brigniel: se puso a dirigir las nubes y con grande habilidad hizo que fueran a San Jerónimo y allí dejaran el agua. En general, consideraban a ese jesuíta como a un mago porque era grande su habilidad en curar con éxito y rapidez a los enfermos.

No tratan con el demonio

No solamente los ignorantes salvajes, pero aun escritores europeos han aseverado en tono convincente que los hechiceros tienen relaciones familiares con el Demonio. Yo puedo decir, después de haber adquirido una larga experiencia entre diversos pueblos de indios, que nada hay de verdad en todo eso y me he quedado en la convicción de que los tales nada hacen ni pueden hacer que supere las fuerzas ordinarias del hombre.

Persuadido de ello los reté muchas veces para que realizaran en mí sus amenazas, pero todo en vano. Lo hacía yo en forma amistosa, pues mi objetivo era el que cambiaran su método de vida, pero ni ellos llegaban a dañarme con sus maleficios ni yo les llegaba a apartar de su vida hechicera. El pretenderlo era como querer, a base de agua y jabón, hacer que la cara se volviera blanca, un negro.

Son los pillos más endiablados y los que más mal hacen a los indios, pues los apartan de la iglesia, los inducen a ma-

las costumbres y desprestigian al misionero. Ni hay que extrañar que así obren. Ya el P. Antonio Ruiz de Montoya pudo comprobar que eran la piedra de escándalo en las reducciones, los cuales no podían tener consistencia hasta que desaparecían esos hombres inconvertibles. Así pensaba, y con toda razón, aquel famoso misionero.

Un hechicero en San Jerónimo

El pueblo de San Jerónimo no solamente se distinguió por su piedad, pero hasta por su fervor. No obstante, y a la manera que surge de entre la pradera la serpiente inesperada, así también apareció en esa localidad un viejo indio que secretamente desempeñaba el oficio de hechicero. Llegó hasta hacer que le adoraran algunos como a una deidad. Así lo hicieron algunas mujercillas en su doble capacidad de médico y de profeta. Se supo también que tenía malas relaciones con las mismas. Ignacio Paranderi, el principal Cacique de San Jerónimo, me informó de todo y yo, persuadido de que las amonestaciones privadas de nada servirían, me marché a la casa donde se hallaba el hechicero y remedando el discurso de Cicerón contra Catilina, fulminé contra él estas frases: "Hasta cuándo, maldito viejo, conspirarás contra la dignidad de los cristianos, corrompiendo las costumbres de tus connacionales con tus artes diabólicos y tu indecente conducta? Después de pasar como veinte años en la escuela de Cristo, ¿practicas tus ritos salvajes que están en abierta oposición a las leyes cristianas? Tu vida cuadra ciertamente a tu nombre pues son las del tigre, (él se llamaba Yaguareté, que significa tigre) ya que con tus inmundicias y engaños destrozas el rebaño de las ovejas de Cristo. Ya eres viejo y tu vida llega a su fin. Si no te arrepientes, qué muerte tan desgraciada será la tuya y qué terrible tu suerte después de tu muerte. Tu proceder me apena y me avergüenza. Este que ves aquí crucificado por tu amor (le dije, mostrándole un crucifijo) te arrojará al infierno para castigar tu perfidia. Obra como cristiano, o despójate de las apariencias de cristiano. Obra en conformidad con la ley divina, pero si las supersticiones salvajes han echado tan profundas raíces en tu corazón que eso te es imposible, vete otra vez a las selvas y vive con las bestias. Como ni ellas te admitirán en sus cuevas, arrepiéntete del pasado y comienza una vida virtuosa y santa. Oye mis amables requerimientos, pues si los desechas tendrás pronto el justo castigo. Si otra vez llegas a obrar un acto supersticioso, te aseguro que serás arrastrado por las calles en medio de las befas de la gente, y los niños te cubrirán con residuos vacunos. Tal es mi firme sentencia. Este será el incienso que elevaremos a Dios a quien tú has ofendido arrogando el culto que a El solo se debe".

Dobrizhoffer y el hechicero

Mis palabras, aunque duras, surtieron su efecto, escribe Dobrizhoffer, pues por más solícitos que fueron de ahí en adelante mis ojos y oídos jamás supe que volviera a las andadas.

Voy a consignar aquí que esos hechiceros no solamente inculcan en las mentes de los Abipones su potestad de adivinación y de curación sino también su presumida potestad sacerdotal. Recordaré algunos de los muchos hechos que pudiera consignar. Opinaban los Abipones que la muerte no haría estrago alguno entre ellos si llegaban a librarse de los españoles y de los hechiceros, porque atribuían los casos de muerte a solas dos causas, a las armas de los primeros y a las maléficas artes de los segundos. Si uno fallecía por heridas recibidas, o porque cayéndose se rompió el cráneo o terminó de pura vejez, lo primero era averiguar qué hechicero había causado esa muerte y por qué causa. Porque en otros tiempos algunos de ellos habían llegado a los cien o más años, creían que así había de ser con todos.

Sus ideas sobre los eclipses

¡Qué ideas tan raras tenían de los eclipses de sol y de luna! Mientras duraban se ponían a gritar con todas sus fuerzas diciendo a voz en cuello *tayretá*, esto es, *pobre cosita*, refiriéndose al sol o a la luna, y temiendo que se apagaran para siempre. Los Indios Chiquitos eran aun más infantiles en esto, pues decían que el sol o la luna eran perseguidos y destrozados por perros, de los cuales están los aires bien llenos. Estos perros invisibles son también los causantes de que sea roja la sangre de los hombres. Para impedir que los perros destrocen el sol o la luna disparan sus flechas hacia la altura, en medio de grandes clamores. Así es como abrevian los eclipses y salvan a los astros.

Los Abipones llaman *neyác* a los cometas, mientras que los Guaraníes dicen *Yacitatá tatatibaes* que quiere decir: la estrella que fuma, porque para ellos la cola del cometa no es su cola ni su cabello, sino su humo. Es general el terror que tienen los indios hacia los cometas. Opinan que son indicios de grandes desgracias.

Supersticiones varias

De una estrella, no recuerdo ahora cómo la llamaban, decían horrores pues era para ellos señal segura de grandes desgracias. Cuando un torbellino de viento forma uno de esos círculos de polvo, salían al momento las mujeres y tiraban encima las cenizas que tenían a mano. Así satisfacían, según ellos, las exigencias del polvo y viento alimentándoles en esa forma. Era cosa cierta que alguien de la casa había de fallecer muy pronto si en ella entraba un fuerte viento. Aun más: si en el panal que traían del bosque había dentro una abeja viva no dudaban de que quien la hallaba fallecería de seguro fuera de casa. Si fallecía estando en su casa, era cosa segura de que nunca jamás volverían a hallar miel.

Hechiceros famosos

Estas y otras muchas eran las supersticiones de los Abipones y todas se debían a los hechiceros. Los más famosos entre ellos mientras yo les conocí fueron Hanetraín, Nahagalkin, Oaikin, Kaéperlahachin, Pazanoivin, Kaachí, Kepahain-

kin, Jaamamin y Pariekaikin. El primero de los nombrados fué el más famoso y su prestigio era enorme por las profecías que había hecho y por otras obras muy suyas. Las hechiceras eran tantas que ni en Egipto hubo más. Su objetivo primordial era el inspirar veneración a su gran antepasado o abuelo, el mal espíritu.

También entre las gentes cultas...

Aunque esto provoque la risa de algunas personas, bueno es tener moderación en esta despectiva risa, escribe Dobrizhoffer, ya que en los pueblos que se llaman civilizados hay creencias tan carentes de sentido común como esta de los Abipones. No debe extrañarnos qué estos indios, educados en la selva, hayan creído que su abuelo era el demonio, pero mucho debe admirarnos que seres civilizados y que viven en ambiente de cultura sostengan y hagan otro tanto. Aun más: los Abipones aunque creían eso, ni tenían un nombre para mencionar al demonio ni le tributaban culto alguno. A lo menos nunca lo supe, no obstante haber pasado siete años con ellos. Si en secreto le daban culto, cosa que ignoro, me inclinaría a creer que no era por amor a él sino por temor de sus asechanzas o de las asechanzas de los hechiceros. La estupidez dominaba más que la idolatría.

Ni eran los Abipones los únicos que se tenían por nietos del Espíritu malo. Los Mocobíes, los Tobas, los Guaycurúes y los Yapitalakos y aun otros pueblos ecuestres del Chaco eran de la misma opinión. Ni vale la pena que investiguemos lo que dió origen a esta creencia, porque puede ser que toda ella surgiera del capricho de uno de sus hechiceros o del sueño o pesadilla de una de sus mujeres. Una causa tan baladí podía dar origen a esa y otras muchas creencias no menos absurdas.

Imagen del Espíritu malo

Otra de ellas es el que las Pléyades son la representación del mal Espíritu. Así lo dicen ellos, aunque no me sabían decir el por qué, ni yo soy capaz de adivinarlo. Júpiter fué quien colocó a las siete hijas de Licurgo en el firmamento porque habían educado a Baco en la isla de Naxos. Claro está que los Abipones no veneraban a las Pléyades porque habían sido generosas con Baco. Yo creo que esta veneración les vino de los peruanos o de los indios tapuyos del Brasil que tenían este culto, aunque no existen documentos algunos que refuercen nuestra opinión. Lo cierto es que a juicio de los Abipones el Espíritu malo era un gran antepasado o abuelo, y las Pléyades eran su imagen.

Costumbres ancestrales

Así pensaban los Abipones y traían esas ideas desde tiempos antiguos, mucho antes que formaran pueblos civilizados. Antes de la formación de éstos habían vivido a su capricho, siendo ésta la única norma de su conducta. No obstante, y a la manera de las abejas, hormigas y demás animales, tenían sus costumbres determinadas y hasta sus prescripciones, que

ellos consideraban leyes y que habían pasado de padres a hijos.

Naciones de Abipones

Toda la nación Abipona se hallaba dividida en tres grupos: los Rükahés que poblaban las extensas llanuras, los Nakaigetergehes que preferían morar en los claros de los bosques y finalmente los Yaaucanigas que en otros tiempos eran una nación diversa y con su idioma propio. Los españoles persiguieron a éstos y los diezmaron durante el siglo XVII de suerte que sobrevivieron pocos, en su mayoría, viudas y niños. Se juntaron éstos con los Abipones y por enlaces sucesivos se mezclaron con ellos hasta olvidarse de su idioma primitivo. Para ir contra el español estaban siempre acordes, pero entre sí tenían también sus desavenencias y aun sus pendencias y muertes.

Algunos Abipones practicaban la poligamia y el divorcio. Eran sin embargo pocos los que así obraban, a pesar de que pasaban de cinco mil el número total de Abipones. Era antes mucho mayor esta cifra, pero sus luchas intestinas y sus guerras contra el Español, la viruela y las muertes, fué reduciéndola más y más.

Su disminución

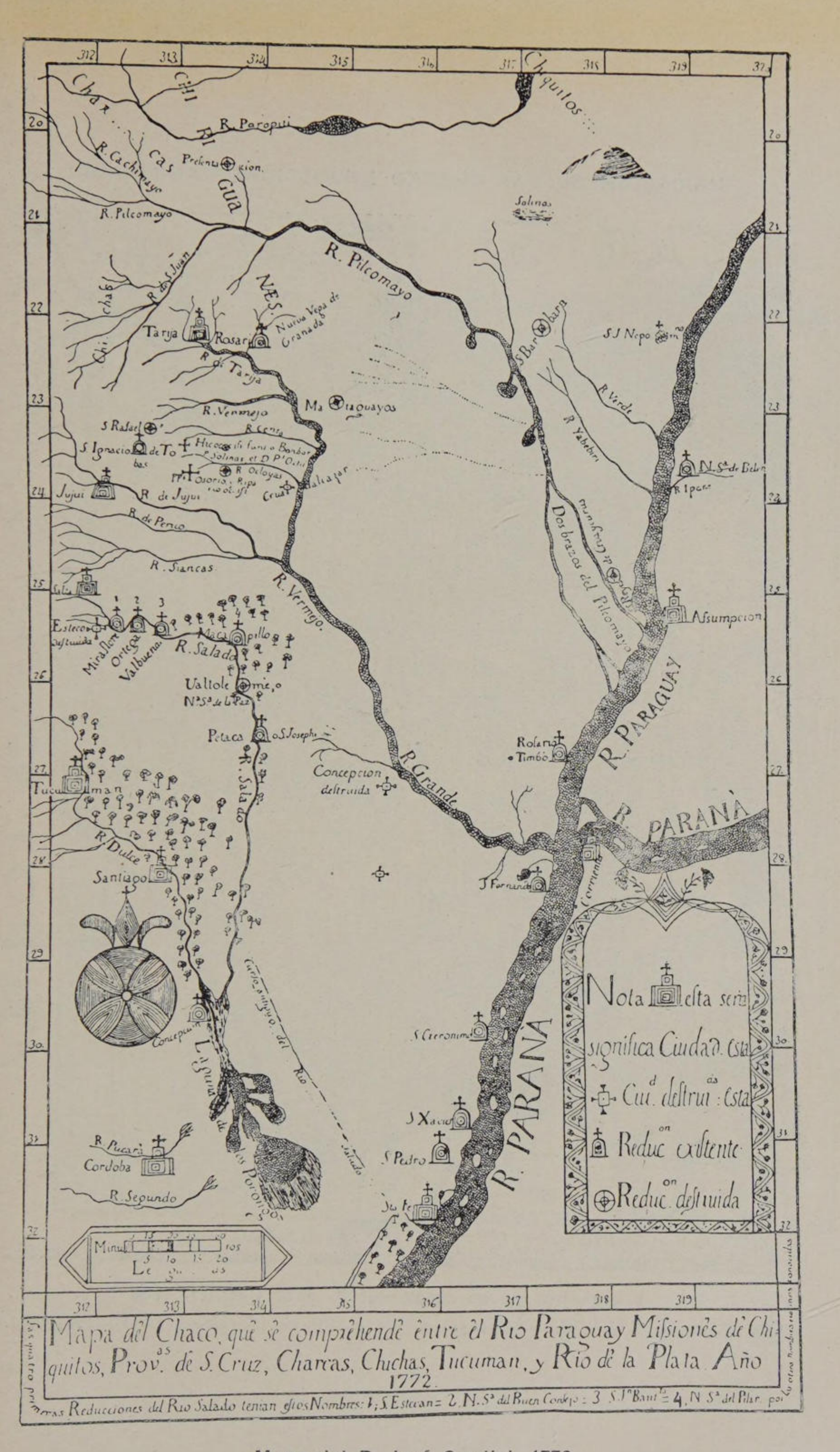
Otra causa fué el proceder inhumano de las madres. Se hizo costumbre entre éstas el separarse de sus esposos durante los tres años que seguían al nacimiento de un hijo, pero esta práctica inducía a los esposos a abandonar a sus esposas primeras y buscarse otras. Para evitar esta desgracia no supieron las Abiponas hallar mejor solución que dando muerte a sus hijos no bien venían a la vida. Y su severidad se ejercía más con los varones que con las niñas. Toleraban más a éstas porque, con el correr de los años, eran los varones quienes debían comprarse las esposas y eso les producía una ganancia. Esto, y las guerras, explica el que sean más las mujeres que los hombres Abipones.

Mataban las criaturas

En pocos años, escribe Dobrizhoffer, pudimos hacer mucho a favor de los recién nacidos. Al principio eran pocas las madres que criaban tres o cuatro hijos, tan pocas que en un anillo cabrían los nombres de todas ellas, pero con la enseñanza de la ley evangélica ya no levantaban sus manos para dar la muerte a los infantes pero las bajaban para tomarlos y acariciarlos. La disciplina cristiana atenuó primero e hizo desaparecer después la poligamia y el divorcio, el asesinato de niños y el aborto que les era espontáneo y criminal.

Los Caciques

Sobre los tres grupos de Abipones de que hemos hecho mención no había quién mandara como rey o como caudillo. Esos grupos constituyen hordas, con un jefe al frente de cada agrupación. Los españoles llámanlos caciques o capitanes, y este segundo vocablo es el que más les place a los indios. Les parece algo grande. Ellos en su idioma los denominan nelareyrát o Capitán. Cuando aluden a Dios o al Rey dicen



Mapa del P. José Cardiel, 1772

De *Cartografía Jesuítica, Atlas,* mapa 36, *Catálogo* n. 78, *texto* p. 104

UBICACION DE LAS CUATRO REDUCCIONES ABIPONAS



Fragmento de un mapa del P. José Cardiel, 1760

De *Cartografía Jesuítica*, Atlas mapa 32, n. 70 del Catálogo, p. 97 del texto.



Ejército abipón en orden de batalla, según Dobrizhoffer.

Capitán laténc or Capitán guazú, esto es, el Capitán grande.

Su nobleza

La palabra ha llegado hasta indicar nobleza, ya de nacimiento, ya de ocasión por llevar un vestido nuevo o haber hecho algo no vulgar. Entonces hasta la mujer más modesta dirá *aym capitá, yo soy capitán,* o sea, noble. La palabra les ha llegado a gustar tanto que apenas usan la frase antigua aba rubicha, y así aun entre sí y en medio de la selva hablan al Capitá Roy, Capitá Tupanchichu, Capitá Veraripolschiritú. Si se encuentran con un español bien vestido, le dan el título de capitán, aunque en verdad sea tan solo un patán.

Cacicazgo hereditario

El cacicazgo es entre ellos hereditario, pasando a los hijos cuando fallecen sus padres. El hijo mayor entra entonces a reemplazarle, pero solo en el caso que sea de un carácter adecuado, sea noble y sea guerrero. En caso de fallar ese hijo mayor, eligen indistintamente a alguno de la misma familia o a alguno de otra familia distinta. Esto no trae complicaciones, como pudiera creerse, porque el ser Cacique no es tanto un honor como una carga entre los Abipones. No le reverencian como reverencian los indios de otros pueblos a sus Caciques, ni les invisten de autoridad alguna ordinaria para juzgar, o para hacer de árbitro o para tomar venganza. Aunque un hombre mate a otro, o una mujer maltrate a otra, o un joven rompiendo lo tratado y convenido robe y mate a un español, el cacique nada dice ni hace. Y hace bien, porque si se atreviera a abrir sus labios condenando esos hechos lo pasaría bien mal en la primera borrachera. Caerían sobre él y le dejarían mal parado a puñetazos y en otras formas. Cuántas veces experimentaron esto Ychamenraikin, el principal cacique de los Rükahes y Naré, el de los Yaaucanigas. Cuántas veces, exclama Dobrizhoffer, regresaron de una borrachera con los ojos hinchados, las manos cubiertas de heridas y la cara con más colores que el arco iris.

Caudillo y Jefe

Pero si el cacique no es para los Abipones un mandatario, un juez o un policía, es para ellos el caudillo y jefe en las batallas. Su primera misión, no bien amenace una guerra o refriega, es proveer a la seguridad de todos, aumentando los medios de defensa y de lucha, llevando los caballos a campos más seguros o trayéndolos al pueblo, enviando espías a hacer exploraciones o a ganarse la amistad y alianza de otros pueblos.

Cuando se va a la pelea

Cuando se va al ataque es él quien ha de ir al frente de las tropas y dirigirlas. No le ha de preocupar tanto la escasez de éstas cuanto su constancia y firmeza porque, a la manera de los pájaros, tienen el instinto de huir no bien advierten que uno o varios de ellos cae herido. Diré, sin embargo, escribe el P. Dobrizhoffer, que no les faltan héroes ya que no son pocos los que permanecen intrépidos aun cuando los demás fallan o desertan. Deseosos de gloria o feroces

de venganza, luchan hasta la desesperación cual otros tantos Lacedemonios.

Su amor a la libertad y a vagar a su capricho es tal que no unen su suerte con la del Cacique a quien no juran acompañar en la paz o en la guerra. Sin el permiso de éste van donde quieren y se unen a otro Cacique llevando al efecto su familia y trastos. Es esto tan común que nadie se admiraba de ello. Son volubles en todo y siempre.

Volubles en todo

Corre una noticia cierta o falsa de que el enemigo se acerca y estará sobre ellos dentro de pocos días, y al momento no algunos, sino muchos, más temerosos de perder la vida que la fama, abandonan al Cacique y se escapan con los suyos a sus conocidas guaridas. Para que no les digan que son unos cobardes desertores, dan por razón el que van a cazar. Para evitar en las Reducciones semejante desbande no usábamos de la fuerza, que habría sido inútil, sino de picardías y amenazas, asevera Dobrizhoffer.

Para emprender una expedición guerrera era menester antes celebrar una borrachera. Allí, y cuando la chicha los tenía ardientes y mareados, se les hacía ofrecer sus servicios al Cacique y éste les invitaba a la guerra. La aceptaban no sin celebrar de antemano la victoria con nuevas libaciones y con grandes aclamaciones. Lo gracioso es que cumplían después lo que habían prometido en estado de embriaguez.

Compromisos en la beodez

El Cacique no es un mandatario pero le corresponde dar gusto a sus hombres siempre que le pidan algo. Parecería que su oficio era el de complacerles en todo lo que les antojaba hacer. Si por casualidad les negara algo, al momento declaraban que no era un Capitán o un noble, y con toda insolencia le denominaban Acami Lanaraik, esto, indio del bosque o salvaje.

Ni en sus manos ni en su ropa lleva el Cacique signo alguno que le distinga de los demás, a excepción de su peculiar vejez o de sus míseros andrajos. Van así vestidos los Caciques porque si se pusieran un vestido nuevo o hermoso y así salieran a la calle, el primero que los viera podría decirle *Tach cané grihilalgi*, dame ese vestido y allí mismo tendría que desprenderse del mismo si no quisiera convertirse en el objeto de las risas y befas de los circunstantes.

A veces, dice el P. Dobrizhoffer, me venían a pedir algo; me daban una palmadita en la espalda y me decían: Tú, padre, eres ciertamente un Capitán, queriendo decir que como tal no debía yo negarles lo que me iban a pedir. Cuando la cosa era tal que no podía complacerles, les manifestaba que yo no era Capitán y que me era imposible darles gusto. No había, sin embargo, medio para persuadirles mi incapacidad de darles gusto. Aunque lo que pedían ni existía en las tiendas de Amsterdam, se persuadían que era mala voluntad y

Pedigüeños

salían diciendo: ¡Qué mentiroso es el padre, qué mentiroso es!

Política de los Caciques

Mi experiencia me comprueba que los Caciques eran generosos con sus seguidores, dándoles en abundancia del botín de la victoria. A esto debían el tener muchos adeptos. Caciques como Kaapetraikin y Kebachin que llevaban tras sí a las multitudes, porque eran hábiles en la lucha y generosos después de la misma, sólo tenían a sus parientes con ellos y en su apoyo cuando la vejez los hizo menos aptos para la victoria.

Conocí también una mujer que llegó a ser Cacica o Capitana. Se llamaba Nelareycaté y eran muchos los que formaban parte de su tribu. Su origen y la gloria de sus antepasados le mereció esta gloria.

Título de "Don"

A todos los Caciques se les daba el título de Don, como es común entre españoles, y los mismos Reyes de España reconocían estos títulos de los indígenas. En San Jerónimo, donde Dobrizhoffer estuvo por espacio de tantos años, existieron Don Ignacio Paranderi, Don Miguel Yeyú, Don Marcos Quirakerá, Don José Xavier y Don Miguel Yazuká. Este último fué durante muchos años el Corregidor del pueblo.

Este Cacique, aunque nacido en las selvas, se abrazó maravillosamente con el espíritu y la disciplina cristianas y fué valiente y decidido en su cumplimiento. Todo elogio que pueda yo tributarle, escribe Dobrizhoffer, es inferior a sus méritos. Hemos hallado Caciques más inútiles que la chusma y menos capaces que ella para comprender toda la belleza del Cristianismo, pero Yazuká fué una excepción tan singular como maravillosa. No en vano le eligieron tantos años para ser el Corregidor de su pueblo.

Vida sin afanes

Hasta ese extremo de cristianismo llegaban no pocos Abipones, no pocos de aquellos que hasta la víspera habían vivido como viven las fieras. Ni sembraban, ni cosechaban, ni les preocupaba en forma alguna la agricultura. Por instinto o por tradición sabían utilizar los productos que tenían a mano. Sabían en qué épocas del año había tales y cuales frutos y en qué partes del país había tales o cuales fieras o aves y sabían cómo usar los medios para aprovecharse de los unos y de las otras.

Todo era común entre ellos, pues nadie reclamaba aquellas tierras o aquel bosque o aquel arroyo. Todo era del primero que se adueñaba de ello. Hasta que formaron pueblos nunca supieron lo que era un arado o una pala o un hacha. La flecha, la lanza, el garrote y el caballo eran los únicos instrumentos de que se valían para obtener alimentos, para vestirse y para formar sus tiendas o casuchas.

Como no todas las regiones producían las mismas cosas y unos frutos eran propios de una época del año y otros de otra, no estaban mucho tiempo en un mismo paraje. La ley de sus mudanzas estribaba en la necesidad de saciar su hambre y su sed. Las perdices, los ciervos, que eran muy abundantes, los jabalíes, sin contar con los innumerables antas, monos y loros, los peces de toda índole de que están llenos los ríos y las lagunas, les ofrecían alimentación abundante. No menciono la gran multitud de tortugas porque ni los Abipones ni los Españoles se alimentaban de ellas. Causa de sus andanzas

Aun cuando nada de esto se hallara en existencia, les sobrarían los árboles frutales y la excelente miel. Solo las palmas, en sus diversas especies, les ofrecerían carne, bebida, medicinas, habitación, vestidos, armas y cuanto puede desearse. Hasta bajo la tierra tendrían abundante alimento ya que las raíces de algunas plantas, como las dos especies de alfaroba, generalmente llamada Pan de San Juan, proporcionan durante gran parte del año un alimento y una bebida muy sanos y no desagradable.

No poseen plata y, no obstante, tienen los Abipones cuanto pueden ambicionar para satisfacer las necesidades de la vida. Si una sequía llega a agotar el agua de los ríos, hallan agua aun en los desiertos, bajo las hojas de Caraguatá o pueden exprimir unas pequeñas manzanas que como los melones están llenas de agua y crecen bajo tierra, o pueden cavar un pozo en el canal de un río seco y obtener suficiente agua para sí y para sus caballos. Un Español se moriría de sed en estos casos, pero no un Abipón.

Como no todos esos productos de la naturaleza están juntos ni los que hay en un punto dado para poder saciar las necesidades de todos los Abipones, vense éstos obligados a cambiar frecuentemente de residencia y así andar viajando de continuo. Ni los malos caminos, ni las distancias largas, les detienen, y se explica, ya que los hombres y las mujeres van a caballo. Los caballos son abundantes entre ellos y rápidos. Sus caballos

El bocado que usan para sus caballos es el cuerno de una vaca sujetado por ambos extremos a cuatro pequeños trozos de madera colocados transversalmente, y a dos cuerdas que hacen las veces de brida. Algunos usan bocados de hierro y se enorgullecen de ello. Por lo general tienen monturas como las inglesas, hechas de piel de toro y rellenado con paja. Los estribos no estaban en uso, por lo general. Subían los hombres al caballo por el lado derecho. Agarraban la brida con la derecha y sostenían en la izquierda una muy larga lanza, apoyándose en la cual daban el salto con ambos pies y así caían sentados sobre el caballo. Con la misma habilidad desmontaban y era ese un buen ejercicio para los indios guerre- Bocado de los mismos

ros. Un europeo se quedaría estupefacto de ver esta habilidad singular de los Abipones. Tampoco usaban espuelas. Por rebenque tenían cuatro lonjas de cuero entretejidas con las que estimulaban a los caballos nuevos o refractarios y no pegándoles con ellas sino haciéndolas sonar sobre sus cabezas.

Las Amazonas

Las mujeres usaban las mismas monturas que los hombres, con la sola diferencia que ellas, más inclinadas a la elegancia, las hacían del cuero de una vaca blanca. Cuando ellas quieren montar brincan hasta medio cuerpo sobre la parte delantera del caballo y llegado allí pasan una pierna al otro lado y quedan asentadas como lo hacen los hombres en Europa. Sobre la dura montura no llevan una almohadilla o algo blando, y son capaces de pasarse días enteros sobre el caballo sin dolor alguno, prueba de que el hábito ha creado callos. Indios hay que de tanto ir a caballo, aun sin montura, han perjudicado seriamente a los caballos pero no a sí mismos.

Cómo viajan

Cuando viajan de una parte a otra, el esposo va delante con solas sus armas y detrás la mujer llevando consigo todo el ajuar doméstico, todas las ollas, cántaros, madejas de lana e hilo, instrumentos de tejer, etc. Todas estas cosas las meten en unas bolsas hechas de piel de jabalí y que cuelgan a los lados sujetas a la montura. Allí también coloca la mujer sus animales domésticos e hijos pequeños. También cuelga de la montura una extensa lona y dos palos que han de servir para sujetar la tienda donde quieran ubicarse y la piel de un toro que les ha de servir para cruzar los ríos.

Jamás una mujer se pone en viaje sin llevar consigo una estaca como una rama de palma, ancho en sus extremidades y delgado en la parte central, y todo de una madera durísima. Les sirve admirablemente para extraer las raíces comestibles, para golpear las frutas de los árboles y las ramas secas para el fuego, y aun para romper las cabezas de los enemigos si dan con algunos en sus viajes.

Trabajo de las mujeres

Con todo este equipaje, superior al parecer para un camello, cargan las mujeres su caballo cada vez que se mudan. Ni es esto todo. Con frecuencia se ven dos o tres mujeres o niñas sentadas sobre el cargado caballo. Ni es por falta de caballos, pues los hay en exceso, sino por ir conversando, ya que estas Abiponas han jurado no tener que ver con el silencio y la soledad.

Como son pocos los caballos que toleran un trío o una terna de jinetes, los sacuden no bien ascienden pero ellas después de andar por el suelo como caracoles vuelven a subir juntas al caballo y aunque vuelven a bajar sin pretenderlo repiten la operación, aun en medio de las risotadas de ellas y de quienes presencian la escena.

Un gran número de perros andan siempre en compañía de las mujeres. No bien suben a caballo echan una mirada en torno y si ven que falta alguno de los perros le llaman con su típico sié, sié, sié que repiten con tanta fuerza y tantas veces cuantas fuese menester para que toda la tribu perruna esté reunida. Más de una vez me maravillé, dice el P. Dobrizhoffer, que personas que no sabían contar se dieran cuenta al momento que, entre tantos perros, les faltaba uno o más.

Perros en abundancia

Ni condenemos su ansiedad por tener cabe sí a tantos perros. Ellos, en los viajes, hacen las veces de exploradores o galgos, dan con las presas adecuadas y las cazan. Es principalmente por esta razón que cada familia cría y conserva tan ingente número de perros. Por otra parte, el gasto es nulo ya que les dan las cabezas, corazones, hígados o intestinos de los animales que matan. Los Europeos aprovechan esas partes de los animales, pero no los Abipones.

Son de utilidad

La fecundidad de estos animales en las regiones del Río de la Plata corresponde a la abundancia de comestibles. Raras veces una madre da menos de doce perritos a la vez. Cuando llega la época de ser madre, cava una profunda cueva en la tierra con una entrada estrecha y allí dentro asegura la vida de sus hijos. La entrada en esas cuevas está tan ingeniosamente ocultada con vueltas y recovecos que por más que llueva, el agua no entrará hasta la morada íntima. Cada día sale la madre en busca de comida y bebida y al ver a su ama ladra y mueve la cola como diciéndole que no extrañe su ausencia. Por fin, cuando es tiempo, saca a sus perritos para que corran por la superficie y sean vistos por todos, aunque no pueden gloriarse de su belleza ya que carecen estos perros de formas elegantes. Son de tamaño regular y de varios colores, como los europeos. Ni son tan pequeños como los perros de Bolonia o Malta, ni tan grandes como los mastines. No existen entre los Abipones esos perros falderos, tan aficionados al agua y tan dóciles, aunque los hay entre los Españoles pero traídos de Europa. Pero si los perros americanos no se distinguen por su belleza, pueden compararse con los de Europa en rapidez de percepción, en actividad, vigilancia y amor hacia sus amos.

La cría de perros

No hay perros falderos

En toda colonia Abipona hay un centenar de perros que están continuamente vigilando y con su terrible ladrar y llorar, que de noche hacen como en coro y a una, le impiden a uno conciliar el sueño y a las veces no impiden la llegada del enemigo. Este algunas veces se ha introducido estando los vigilantes perros bien silenciosos y aun dormidos. Dicen entonces los Abipones que la falta no es de los perros por cuanto el enemigo los había hechizado.

Gran bendición es que entre esos perros no exista la rabia, como tampoco la hidrofobia. Ni entre los perros existe

No existe rabia canina

ni entre otros animales. Esto es providencial y debe contarse entre las cosas maravillosas de estos países, ya que los animales aquí tienen que tolerar unas veces los calores más insoportables y otras veces no tienen cómo beber por falta de agua, cuando acaecen las sequías.

Cuando viajan los Abipones

Pero dejando a los perros de los Abipones y la manera de cabalgar de sus esposas, volvamos a referir lo que atañe a los mismos Abipones en sus viajes. Cuando viajan, van delante armados tan solo con su lanza y libre de todo otro objeto a fin de usarla, según convenga, para pelear o para cazar. Para ésto último usa de la ligereza de su caballo y de su lanza, cuando se trata de cazar ciervos, jabalíes u otros animales. Si nada de esto halla pone fuego a los matorrales y campos y hace así que los animales menores y aves huyendo del fuego caigan en manos de los cazadores, quienes los matan con maderas, hierros o cuerdas, y después los asan. Con solo conejos, de que están llenos los campos tienen para desayuno, almuerzo y cena.

Cómo encienden el fuego

Para encender el fuego no tienen acero o pedernal, pero se arreglan con dos trozos de madera de un palmo de largo, uno de los cuales es de madera dura y el otro de madera blanda. Este que tiene un hoyo en el centro es colocado abajo, mientras que el leño más duro que tiene un extremo más punteagudo es colocado sobre el hoyito del primero y hecho girar rápidamente sobre él con las palmas de las manos. La frotación de las dos maderas produce primero un poco de polvillo y al rato éste se enciende y echa humo. Le aplican entonces unas pajas y hacen un fuego con bosta, hojas secas, etc. Para el leño blando de que se valen para sacar fuego, usan la madera del ambay o del caraquatá o del cedro, mientras que para el fragmento duro usan la madera del árbol tatayi, que es un leño rojizo y tan duro como el boj y apto para teñir de amarillo.

Sitios que prefieren

Cuando de día o de noche se echan a dormir, al andar de viaje, buscan un lugar donde haya agua, leña y campos de pastoreo. Si hay temor de enemigos saben esconderse en rincones casi impenetrables gracias a la índole del lugar. Podría decirse que estos indios siempre están en casa, dondequiera que vayan o se encuentren. Son como los caracoles. Como éstos, llevan su casa consistente en dos estacas y una manta que sujetan a aquéllas en forma perpendicular al suelo. Si el viento o la lluvia es muy fuerte dan dos o tres dobleces a las mantas. Si el suelo sobre que piensan recostarse está muy mojado, abren a un lado de su tienda un pequeño canal para que el agua se vaya a otra parte.

Cuidan de los caballos

Los campos de pastoreo que procuran tener cerca son para los caballos. A éstos no los sueltan sino con una yegua mansa a cuyo cuello cuelgan un cencerro. Los caballos jamás se

apartan demasiado de ella y aunque echen a correr en una u otra dirección, por miedo de un tigre u otra causa, vuelven otra vez a donde está la *laté*, como dicen los Abipones, o *la madrina*, como dicen los Españoles. Para esto mismo sujetan a algunos caballos con tientos de cuero blando, de suerte que puedan caminar y pastar, pero no alejarse demasiado, por lo que pueda acaecer.

"La pelota"

No solo los hombres pero aun las mujeres cruzan los ríos a nado. Los niños, las monturas y demás equipaje va en el *ñataé*, que dicen los Abipones, o la pelota, como se expresan los Españoles. Es un pellejo al que se le han cortado las partes correspondientes al cuello y patas del animal y cuyos cuatro extremos son elevados unos dos palmos y cada uno atado con una cuerda de suerte que permanecen en alto, conservando al propio tiempo la forma cuadrada del recipiente.

En el fondo de éste colocan las monturas y demás equipaje, que hace las veces de lastre, y se coloca en el centro la persona que piensa cruzar el río, de cuya habilidad depende el conservarse sin ir al agua por falta de equilibrio.

Al cruzar los ríos

A uno de los extremos de ese artefacto sujetan una correa y el que va a llevarlo nadando la agarra con los dientes o con una mano a fin de tener ambas manos libres para el nado, o a lo menos una para este fin. Suavemente arrastra así la pelota sobre el agua sin comprometer en lo más mínimo al que va dentro, aun cuando las aguas estén muy agitadas. Si la frialdad de éstas producen al nadador un calambre y le impiden nadar, se contenta con sostenerse sobre el agua y dejar que ésta le lleve a él y a la pelota a la deseada orilla. Cuando hay que cruzar ríos muy anchos o de corriente más fuerte, el nadador se agarra de la cola de un caballo, que nada delante de él, y con la otra mano arrastra la pelota. Casi a diario, escribe Dobrizhoffer, he usado este modo de cruzar ríos y arroyos, y no pocas veces lo he hecho varias veces en un solo día, y aunque al principio lo creí muy expuesto y peligroso para mí, reconocí muy pronto que mis temores eran infundados y siempre he preferido cruzar en pelota que en bote o canoa. Más fácilmente éstas, que no aquella, se dan vuelta.

Los cruzan a caballo

Aun los ríos más profundos crúzanlos los Abipones montados a caballo, y cuando ven que el animal se hunde échanse al agua sosteniendo las riendas con la mano derecha y remando con la misma y teniendo en la mano izquierda la larga lanza en cuya extremidad superior colocan sus vestidos para que no se mojen. Si el caballo cede a la corriente o toma una dirección errada lo castigan, y lo enderezan hacia un punto de la costa donde pueda salir a tierra sin dificultad. Así en la pelota, escribe Dobrizhoffer, crucé innu-

merables veces los ríos teniendo a mi alrededor un enjambre de cabezas de indios que venían a nado y no obstante apenas sobresalir del agua charlaban y bromeaban como si se hallaran tendidos sobre una verde pradera.

De Corrientes a S. Fernando

Su audacia superaba toda ponderación. Siempre que querían ir de la Reducción de San Fernando hasta Corrientes, nadaban con sus caballos de la una a la otra orilla que era como nadar sobre un vasto océano ya que estaba allí la confluencia de los grandes ríos Paraguay y Paraná. Ellos estaban bien tranquilos, donde otros aun en buenos barcos andarían llenos de terror por razón de la anchura, profundidad e increíble rapidez del río en esa parte.

Cuando querían trasladar mucho ganado de una a otra orilla de un río muy ancho y profundo, no es una persona la que lo conduce, sino que dividen los bueyes, mulas, etc. en grupos y detrás y a los lados se colocan jinetes. Al entrar el ganado al río forman los jinetes como un callejón perpendicular al agua, más estrecho cuanto más cerca de la orilla, y hacen que el ganado entre al agua de uno en uno o de dos en dos. Inician la entrada algunos caballos y otros animales mansos y detrás los más rehacios o salvajes. Tienen especial cuidado en que no se molesten cuando están en el agua, impidiéndose mutuamente el nadar. Si ven que algún animal cede a la corriente o está para ahogarse brincan sobre él y le dan tantas coces y golpes que se vuelve valiente y llega con éxito al término de su viaje. Estos que en el agua han tenido miedo suelen al llegar a tierra ponerse furiosos, sobre todo los toros que son más cobardes que las vacas para cruzar los ríos. La mejor manera de traspasar toros es atándolos por los cuernos a una hangada sencilla de suerte que colgando de ella puedan nadar sin dificultad. En esta forma, escribe Dobrizhoffer, pasé de la Reducción del Rosario o Timbó, al través del Paraguay, un rebaño de ganado vacuno, atándolos de veinte en veinte. Algunas veces se les lleva poniendo también unas maderas a los lados de los animales para impedir que los arrastre fuera del corral marítimo la fuerza de la corriente. De esos medios se valían los Españoles, pero no los Abipones, cuyo método ya se ha consignado.

Traslado de ganado

Cómo vestían los Abipones

Por lo que respecta al vestir de los indios yerran grandemente quienes opinan que no conocen otra indumentaria que la que les dió la naturaleza. Sin duda que han dado origen a esta creencia generalizada ya, las láminas que en Europa se han divulgado y en las que los indios americanos aparecían como otros tantos Sátiros o Cíclopes. No niego que existen indios que van enteramente desnudos, como los Payaguás que no conocen ni el taparrabos ni el pudor. Para ellos todo está en pintarse con variados colores desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies y andar cargados con

cuentas de vidrio. Otros como los Mbayas tenían vestidos en abundancia, pero los usaban tan mal que cubrían lo que podían dejar descubierto y dejaban descubierto lo que debían cubrir. De ellos decían los Abipones que eran como los perros, porque eran tan sin rubor como estos animales. No obstante diré que así entre los Paraguás como entre los Mbayas las mujeres se cubrían suficientemente.

Aun en la selva

En los bosques de Mbaeverá o Mborebiretá, que es el país de los antas, hallé, escribía el P. Dobrizhoffer, indios vestidos desde los pies hasta la cintura con un delgado velo, y desnudos en lo demás del cuerpo. Las mujeres de los mismos se cubrían desde las espaldas hasta los tobillos con un género blanco que ellas mismas fabricaban. Lo mismo observé, agrega el misionero austríaco, entre los indios de los bosques a orillas del Tapiraguay y del Yeyuy, a muchos de los cuales llevaron los jesuitas a la Reducción de San Estanislao.

Por lo que respecta a los Abipones, aun cuando estaban en estado salvaje, y andaban errantes como brutos, vestían con decencia y, según ellos, hasta con elegancia. No toleran el que un bebé de solo algunos meses, ande desnudo. ¡Ojalá los Españoles de la Asunción y de Corrientes, escribe Dobrizhoffer, imitaran en esto a los Abipones! Acaso no se ha visto en estas ciudades a mujeres adultas despojarse aun en las calles públicas de sus vestidos simplemente porque hacía calor. De nada sirven las reprensiones que en público y en privado les dan los predicadores y confesores.

Su traje típico

El vestido típico de los Abipones es un trozo de tejido, sin adornos algunos o cortes especiales, la cual ellos tiran sobre sus hombros sujetando un extremo de la misma a su brazo izquierdo y dejando en libertad el brazo derecho. Sujetan este vestido hecho de lana de muchos colores con una cinta de lana, dejando que caiga desde sus espaldas hasta los tobillos. Al saltar a caballo sujetan este vestido con las rodillas, a fin de no quedar desnudos. Ese es su único vestido pues no usan calzoncillos, ni medias, ni zapatos. Solían también a las veces ponerse sobre las espaldas otro trozo de tejido, a manera de capa. La sujetaban con un nudo debajo de la barba y servía para defenderlos del frío y para darles un aspecto más señorial.

Cuando hachaban un árbol o hacían trabajos difíciles, echaban de sí toda ropa, si nadie les veía. También lo hacían no pocos al entrar en batalla, a fin de estar más expeditos o para mostrar mayor valentía.

Sin sombrero

Aun en sus viajes más largos y al sol y bajo la lluvia iban sin sombrero alguno. Algunas veces se ataban sobre la frente una franja de paño rojo, lo que les era una defensa contra el calor del sol y contra los dolores de cabeza. Les place sobremanera un sombrero europeo. Sobre todo los jó-

venes tenían en ello un gran gusto como también en el uso de monturas, estribos y bocados de hierro hechos a la española. El vestir de las mujeres era el mismo de los hombres pero en otra disposición.

Tejidos de color

El proporcionar vestidos a los hombres es una de las ocupaciones de las mujeres, las cuales, dice Dobrizhoffer, eran dignas de todo elogio por su asiduidad en el trabajo y hasta avidez de trabajar. Además de las ocupaciones domésticas ordinarias, ellas hilaban y con grande arte, dando a los hilos los colores que querían, después tejían los paños adornándolos de líneas y figuras coloreadas. Cualquiera creería que eran paños turcos, dignos de los grandes señores de Europa. La maquinaria de que se valen para tejer se reduce a unos cuantos palitos y cuerdas. Parece que las mujeres americanas tienen un talento natural para hacer no pocos artículos de gran utilidad. Sin aparato alguno, y con solas sus manos saben hacer ollas y jarras valiéndose de diversas clases de barro, y las cuecen no en una estufa sino al aire libre pero con los carbones en torno. No las vidrian con plomo, pero primeramente las pintan con un color rojo y después las frotan con una especie de goma para que se abrillanten.

Vestidos de pieles

No cae nieve y raras veces hay heladas en el país de los Abipones, pero cuando sopla el viento sud el aire se vuelve intolerable a quienes están escasamente cubiertos. Para esos casos tienen unos vestidos hechos de pieles de nutria. Como su vestido ordinario, es éste de forma cuadrada, elegante y artificialmente trabajado por las mujeres. Ellas hacen desaparecer los pelos después que han extendido las pieles sobre el suelo y sujetándolas con pequeños clavos a fin de que no se encojan. Una vez secas, las pintan de rojo, con líneas rectas en ambas direcciones. Cosen varias pieles con tal arte que se necesita un buen ojo para ver donde está la costura. Son sus agujas unas espinas muy pequeñas. Con ellas taladran la piel y meten después el hilo.

Este manto es usado así por los hombres como por las mujeres cuando hace frío. La gente más pobre en vez de pieles de nutria las tienen de ciervo, tigre o perro. Otros hacen tejidos con la fibra del árbol caraquatá o con la corteza del árbol pinó. Con tejidos de esta índole cubren las Abiponas sus cabezas y sus espaldas cuando mueren sus maridos.

"Aaparaik"

Es increíble el afán que tienen los Abipones de vestirse bien y con elegancia. Su ambición y petición suele ser *Pay! Tachcaué Nihilalk,* o bien, *aaparaik,* Padre, deme un vestido. Ciertamente que no hay mejor manera de ganarles el corazón que regalándoles un vestido o traje. Una de las cosas que los inclinaba a la vida civilizada y estar en las Reducciones era el que había ovejas de cuya lana se aprovecharían para vestirse.

Lana y carne

Esta ventaja y la de tener carne abundante eran dos razones que los detenían en la Reducción pues ellos decían abiertamente que por lo demás la guerra con los españoles les era más provechosa que la paz con ellos, pues en la primera se posesionaban de sus bienes. Con gente de esa índole nada se podía si no había algo que darles. Ningún orador, ningún apóstol podría con ellos si no era mediante regalos y ventajas materiales. Aunque les apareciera un Angel no le harían caso si venía con las manos vacías, y recibirían con júbilo al Demonio si traía una de las cosas que ellos desean.

Caballerosidad y bondad

En cuanto al modo de ser de los Abipones cierto es que tenían un temperamento varonil mezclado de caballerosidad y bondad a la par que se veía en ellos una alegría modesta. Nada había en ellos, ni en sus actos o palabras, que oliera a impuro u obsceno o a vileza alguna. En sus reuniones ordinarias había paz y orden. Nada de griterías, riñas o palabras gruesas. Les gustaban los chistes en la conversación, pero no los lúbricos o bajos. En los casos de variedad de opiniones, cada uno exponía la suya y todos escuchaban con calma, sin asomo de los reproches, amenazas y griterías que se ven en ciertas gentes de Europa. Estas alabanzas eran merecidas y justas en cuanto a los Abipones, pero no cuando estaban borrachos, porque en estos casos no solo desmerecían esos elogios pero se degradaban.

En sus asambleas

Siempre me ha maravillado, escribe Dobrizhoffer, la dignidad con que celebran sus asambleas. Aunque hable uno por espacio de media hora, le escuchan con el mayor respeto y solo se permiten algunas frases aprobatorias como *quevorken*, ciertamente, *clierá*, muy exacto, y *chik akalagritan*, no lo dudo en manera alguna. *Ta yeegám* o *Kem chemat* son sus exclamaciones admirativas y las profieren como signo de aprobación y aplauso.

Saludos y cortesías

El saludo al encontrarse es *La nanichi?* Ha venido Vd. ahora? — *La ñané*, yo he venido ahora. Para abreviar suelen tan solo decir *La*, pero poniendo énfasis en el monosílabo. Cuando están ya cansados de conversar, se vuelve el que está más cerca del señor de la casa donde se hallan o del Cacique o caudillo y le dice: *Ma chik kla leyá?* No hemos hablado lo bastante? — Este lo repite al otro y así uno tras otro hasta que el último en la fila dice *Kla leyá*, hemos hablado bastante y todos se ponen en marcha, pero no sin antes decir al jefe o señor de la casa: *Lahekyegarik*, ahora yo me separo de Vd. y él responde *La micheróa*, ahora Vd. se separa de mí. Al llegar a la puerta, o lo que hace sus veces, se vuelven y dicen *Tamtara*, Volveré a verle otra vez. Sería una falta de educación dar con alguien en el camino y no preguntarle *Miekané* o *Miekanchité*, que quiere decir ¿dónde va Vd?

Poligamia y divorcio

Consideran los Abipones como algo lícito así la poligamia como el divorcio, pero son raros los casos de una y otra cosa. Más común es el divorcio que la pluralidad de mujeres. La mayor parte de ellos solo tienen una mujer y ésta es la única durante toda su vida. El ir con otras es cosa que condenan como ilícito y abominable; de aquí que los casos de adulterio sean rarísimos. Los jóvenes y las señoritas son alegres y divertidos de suyo, pero jamás se juntan ni se les encuentra conversando juntos.

Separación de sexos

Algún tiempo después de mi arribo, escribe Dobrizhoffer, me puse a tocar la flauta en medio de una calle. Todas las mujeres vinieron al momento y me rodearon. Después vinieron los jóvenes, y no bien éstos se acercaron fueron aquellas retirándose hasta no quedar una. Les gustaba bañarse en un río cercano, escribe el mismo misionero, pero no había sirenas y delfines sobre unas mismas aguas, antes había un sitio para ellos y otro para ellas. Por otro lado las mujeres son tan varoniles que a veces salían unas cien para recoger miel o frutas y pasaban tres o cuatro días afuera, y jamás en este caso las acompañaba algún varón.

Caballeros en todo

Son caballeros en todo, hasta con los indios, negros, mulatos y españoles que toman en sus guerras y de quienes hacen sus esclavos. A éstos los tratan con consideración. Nada de mandatos u órdenes, antes hágame el favor, tenga Vd. compasión de mí, tráigame mi caballo. En caso de inobediencia, no se les ocurre maltratarlos ni aun con palabras fuertes. Hasta muchos muestran para con esos infortunados una singular compasión y sentimiento. Para alimentar a los tales serían capaces de quitarse el bocado de sus bocas y hasta su vestido para vestirlos.

Quienes eran los malos

Quienes eran prototipos de crueldad entre los Abipones eran los españoles que vivían entre ellos, y eran éstos los más formidables enemigos de los demás españoles. Dobrizhoffer recuerda las hazañas ignominiosas de algunos de esos, como las de Almaroz, Casco, Juanico, Juan José y Juan Díaz. Algunos de ellos eran negros, no españoles, pero estaban animados del espíritu de los mismos. Juan Díaz era Abipón por nacimiento pero había vivido entre los españoles y asimilado su espíritu y formas. No obstante fué él uno de los más terribles asesinos con que contaron los españoles. Los Abipones no eran, como él, falso y traidor y sanguinario.

"Lo he dicho, escribe Dobrizhoffer, y lo diré de nuevo: los Abipones eran caballeros aun para los apresados en la guerra, para los fugitivos, negros, indios o españoles que de ellos huían, y para con todos los españoles sin excepción. Tenían el instinto de la caballerosidad y la dignidad del hombre superior. De cómo protegían, amparaban y defendían a sus misioneros, mucho pudiera decir y algo diré más adelante".

"Eran también caballeros en el respeto que tenían a lo ajeno. Sacando los casos de guerra y los estados de borrachera, jamás se les ocurría aprovecharse de lo ajeno. A nadie se le ocurría ocultar sus alhajas o bienes. Todo estaba patente y a la vista, y no obstante jamás cosa alguna desaparecía. A veces algunos niños o niñas levantaban un melón de los que había en la huerta del Misionero o mataban una de sus gallinas que tenía la mala idea de llegarse hasta una de las casas de los Indios, pero estos casos eran raros por una parte, y por otra tenían los Indios la idea de que todo lo del Misionero era de ellos. El mismo había expresado esa idea, aunque no en sentido tan absoluto.

Respeto a lo ajeno

"Virtud estupenda de los Abipones era su paciencia y aguante en el trabajo. No consideraban un heroísmo el estarse dos o tres meses en una expedición por tierras áridas o fragosas, con apenas algunas raíces o frutos de qué alimentarse. Esos hombres eran capaces de hacer un viaje de trescientas leguas, con la pesada lanza en la mano y en un continuado trote sobre sus caballos, sin que este movimiento les rompiera las costillas ni la lanza les fatigara la mano. Con la cabeza descubierta, y también muchas veces las espaldas, y aun todo el cuerpo, según el calor, se pasaban los días enteros, y en medio de nubes de mosquitos y de otras sabandijas molestas pasaban las noches. Tostados por el calor, hambrientos y aun sedientos, dormían impávidos sobre el duro suelo, y todo sin una frase de descontento, o de impaciencia. Lo que nosotros llamamos paciencia, escribe Dobrizhoffer, es para ellos naturaleza.

Paciencia y perseverancia

"Y las mujeres tienen la misma virtud y en no menor grado. Son incansables. Se les ve ir y venir de continuo, ocupadas en las faenas domésticas. Aun las más avanzadas en años no creen poderse acoger a la jubilación. Aun más: es como una costumbre que la mujer más vieja, una que frisa en los ochenta y cinco o noventa o más años, sea la aguatera del pueblo. Aunque el río o arroyo esté al lado mismo de éste y pudiera cada indio ir personalmente es cosa tradicional entre ellos que la mujer más anciana entre las capaces ensille el caballo con las grandes jarras y vaya al río y reparta el agua.

También las mujeres

"A la solicitud en el trabajo hay que agregar la intensa piedad de las mujeres Abiponas que formaban parte de las Reducciones. Apenas oían el toque de la campana, corrían a la Iglesia y se apretujaban en los primeros asientos y escuchaban las explicaciones con profundo interés. Tomaron con todo empeño el disponerse para el bautismo y disponer para el mismo a sus esposos. Estos, y sobre todo los jóvenes, eran más reacios. El odio al español era el principal obstáculo a su conversión. Cortar gargantas españolas era un ideal en aquella juventud.

Piedad y religiosidad

Mujeres recatadas y castas

No dejaré de decir, escribe Dobrizhoffer, que las Abiponas además de ser en verdad el devoto abipónico sexo, eran sumamente recatadas y castas. Eran además muy sobrias y austeras. Aunque pasaban muchos días preparando la chicha para sus esposos, ni la probaban. Tampoco tomaban otras bebidas. El agua pura era la única de las mujeres. Y era una bendición de Dios, porque si eran entre ellas terribles y espantosas las rencillas que había estando sobrias, cuáles no habría si llegaran a estar borrachas. A veces esas rencillas mujeriegas llegaban hasta el derramamiento de sangre, y todo ello por un quítame allá esas pajas.

Imprecaciones

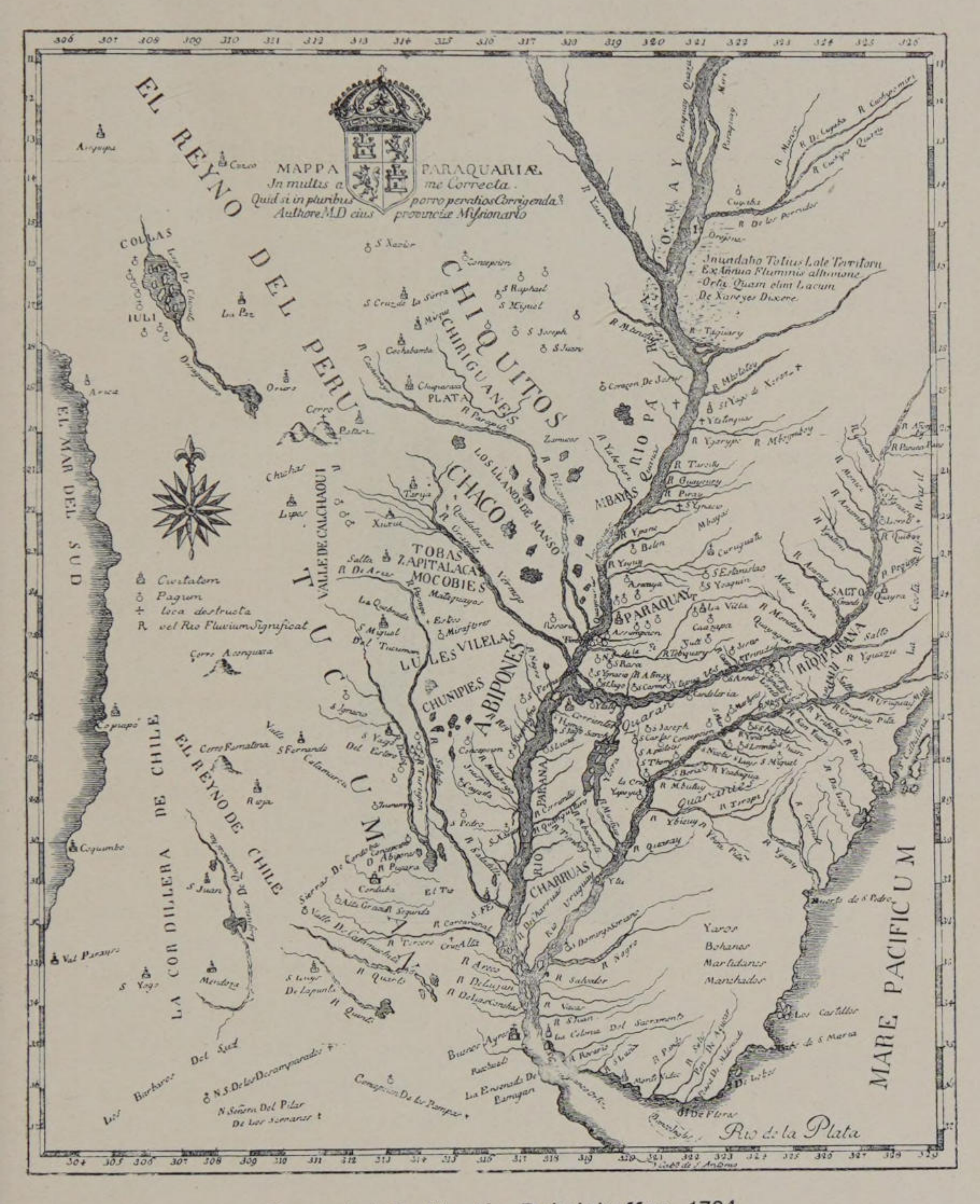
Cuando estaban muy enojados, usaban los Abipones algunas frases ya consagradas para las grandes ocasiones como *Acami Lanaraik*, tú eres un indio, o sea un plebeyo, un innoble. *Acami Lichiegaraik*, tu eres un pobre, un desgraciado. *Acami Ahamraick*, tu eres un muerto. Este último es un insulto que usan las mujeres con frecuencia.

Cuando riñen las mujeres

El proferir tal insulto es caso de guerra, y así la ofendida y la ofensora salen a la plaza y en torno se colocan otras muchas, ¡no con el deseo de curiosear sino con el de intervenir a favor de la una o de la otra. Las dos del escenario pasan de las palabras a las obras y procuran morder los pechos de la contraria, o tirarla de las orejas o de los cabellos. Si a la vista está el esposo o el padre de una de éstas, nada hace por separarlas antes se ríe, pareciéndole aquel un buen ejercicio. En una ocasión, dice el P. Dobrizhoffer, llegó uno de ellos a tener miedo y así vino a mí diciéndome: "Padre, nuestras esposas se han vuelto a enloquecer. Vaya, Padre, y asústalas con la escopeta". Así lo hice. No fué necesario hacer un disparo al aire. La sola vista de la escopeta las dispersó. Regresaron a sus tiendas o casas, se metieron bien dentro, pero desde sus respectivos rincones repetían a gritos la palabrita que había desencadenado aquella tempestad de puñetazos y mordiscones.

Al casarse

Cuando un Abipón quería casarse, tenía que comprar a la esposa. Unos caballos, una sarta de cuentas de cristal o de conchitas, una manta de colores, una lanza con punta de hierro, o algún otro objeto análogo, era lo que le costaba formar su hogar. Como este contrato se hacía entre el pretendiente y los padres de la pretendida, causaba ésta la rescición de lo contratado y a este fin huía a los bosques y se escondía en los mismos. Alguna hubo que se llegó hasta el altar y allí pidió al Misionero que la protegiera contra la voluntad ajena. Cuando, por el contrario, aceptaba la voluntad de los contratantes era llevada, no sin pompa, a la casa del esposo. A este efecto ocho niñas iban con ella sosteniendo sobre ella un hermoso manto para defenderla de los rayos del sol. La novia, ruborosa y modesta, con los ojos clavados en el suelo avan-



Mapa del P. Martín Dobrizhoffer, 1784

De *Cartografía Jesuítica*, Atlas mapa. n. 99 del Catálogo. texto p. 120.

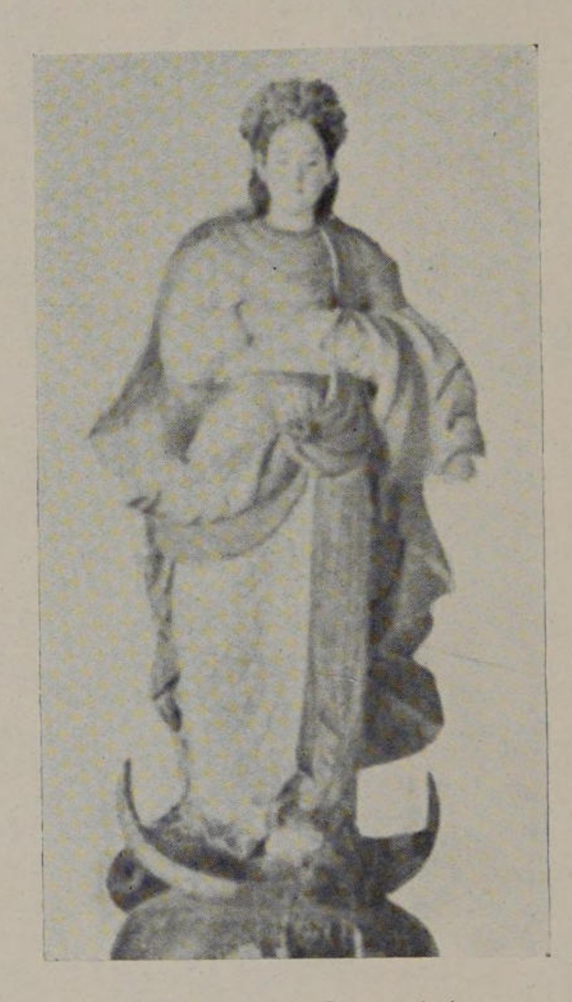


Imagen de la Inmaculada

que se veneraba en la Reducción de la Concepción y que actualmente se encuentra en la Capilla de Quebrachos, cerca de Sumampa.

zaba en actitud digna y silenciosa, rodeada por todos lados por curiosos y curiosas. Llegada a la casa del novio, se saludan muy gentilmente y regresa la novia, con el mismo ceremonial, a la casa paterna. En un segundo y tercer viaje al esposo lleva y deja en su poder las ollas, cántaros, telar, etc. Regresa ella a la casa paterna a la cual va entonces el novio, y come con los que desde aquel momento son sus suegros. Por lo general los recién casados permanecen en la casa de la suegra hasta el nacimiento del primer hijo o hasta que se persuade ella de que su hija cuenta con un digno esposo. Algunas veces las nupcias eran proclamadas a tambor batiente, el que tocaba un indio sentado sobre una de las tiendas, pero no era lo ordinario.

Grande fiesta

Las grandes fiestas de los Abipones eran cuando nacía un hijo de Cacique. El advenimiento de este heredero era objeto de fuegos festivos, juegos teatrales, alegres aclamaciones, cánticos, pinturas, esculturas, danzas variadas y otras muestras de satisfacción. Las primeras en festejar el acontecimiento eran las niñas que con ramos de palmas en sus manos se llegaban a la casa del recién nacido y dando muchas vueltas a la misma batían sus palmas augurando la futura grandeza del futuro Cacique.

Durante tres días

Pero no para aquí la celebración ya que a las niñas se junta después una mujer vestida con un largo delantal hecho con plumas de avestruz y que le cubre desde los pechos hasta las rodillas, y llevando en sus manos un cuero seco tan retorcido y ajustado que hace las veces de una cachiporra. Ella con este instrumento y las niñas con sus ramos de palma, van en persecución de los hombres. Estos huyen lejos o se esconden, o corren de una parte a otra, procurando librarse de los golpes de la mujer y de los que puedan infligirles las niñas. Así pasan el primer día, no sin cansancio de éstas y sobresalto de los hombres. El segundo día es de lucha femenina y masculina. Separados los jóvenes en un extremo y las niñas en otro pasan el día en escaramuzas y luchas. El tercer día es de baile, pero también separados los unos de los otros. Después unos y otras dándose las manos, forman un círculo y así dan vueltas mientras una vieja hace ruído con un tambor. Este baile, carente de todo arte y variedad, dura horas y uno no sabe qué admirar más si el aguante de los bailarines en moverse o el aguante de los espectadores en contemplar lo que era tan poco atrayente. Al cuarto día la mujer del delantal de plumas de avestruz va acompañada de las niñas y en cada casa reta a la señora de la misma a que salga a la calle a pelear con ella. Algunas aceptan y la escena o lucha tiene lugar con la consiguiente victoria o derrota de la que provocó. Por espacio de ocho días duran tan singulares festejos.

Al cuarto día

Estos y otros frecuentes ejercicios conservan a los Abipo-

nes y Abiponas en un estado de excelente salud. Ni saben lo que es dolor de cabeza, ni aun dolor de muelas, no obstante estar continuamente comiendo y bebiendo miel. Creo que aun cuando viejos tengan los dientes en excelente estado. En-

Sin enfermedades

tre ellos no se sabe lo que es epilepsia, gota, reuma, tisis, y demás enfermedades comunes en Europa.

Cuando tienen algún dolor no piensan ni dicen que es en tal o cual parte, sino en el corazón. Saben que están enfermos cuando les da repugnancia el comer. Parece que ni ellos mismos lo saben hasta que eso les acaece. Entonces más bien se enteran por otros de su malestar, pues al ver a uno sin apetito exclaman: Chik rokeñe, no come. Si entonces se anima y come algo, ya le creen sano otra vez: layamini, exclaman, o La natalenge, esto es: ya se ha puesto bien, o ya revive.

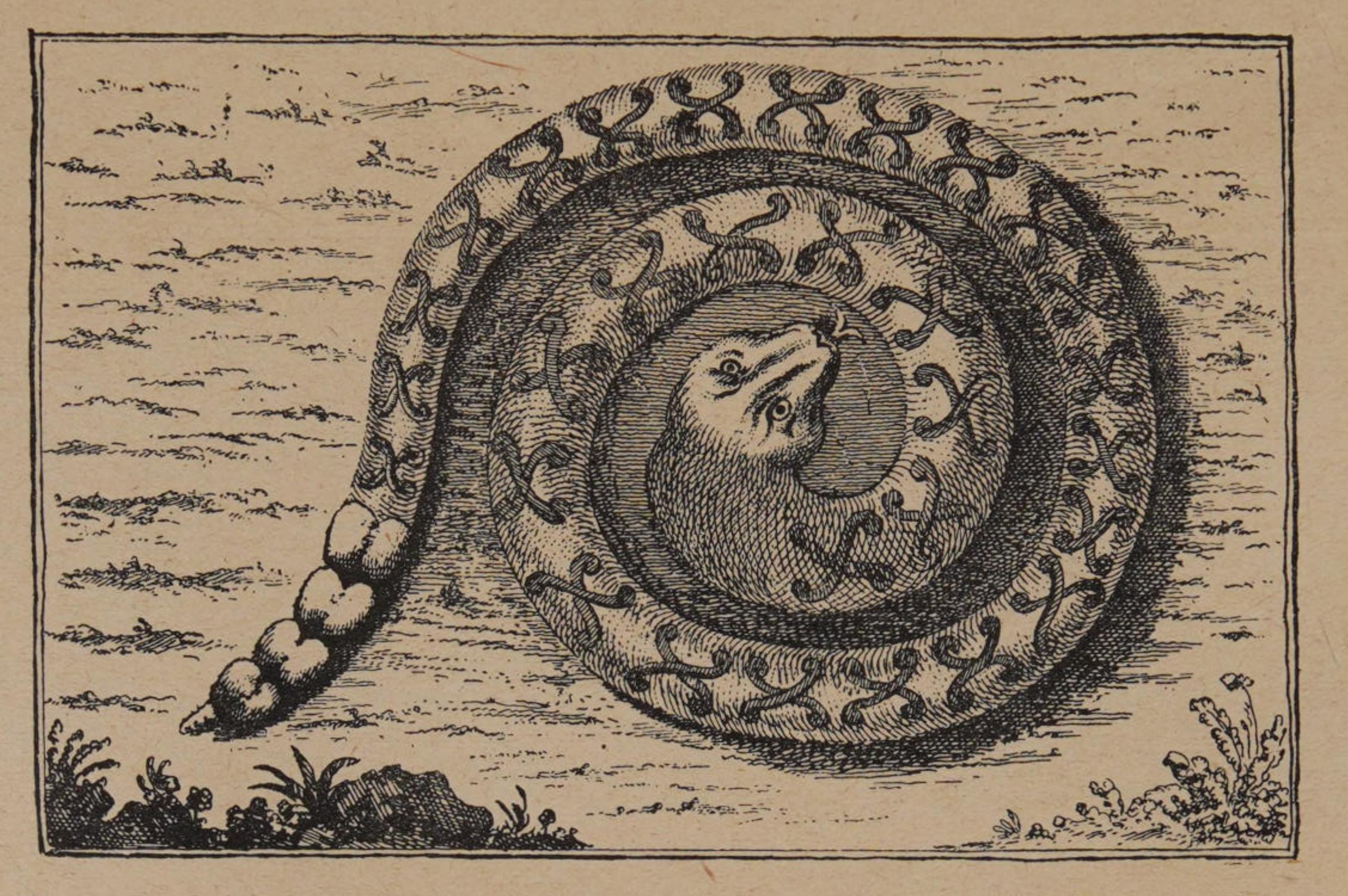
Creo, escribe el P. Dobrizhoffer, que los Abipones sólo morían en las batallas contra los españoles, en las sorpresas de los tigres y de pura vejez. Solían decir que ellos no morirían sino fuera por los españoles o los hechiceros. Estos eran los causantes de la muerte de todos los que no eran muertos por los españoles. A los hechiceros atribuyen casi todas las desgracias. Si en un percance cualquiera, uno se hiere de muerte y es evidente un desenlace fatal, aseveran no obstante que los hechiceros le han causado la muerte. Contra la acción nefasta de éstos sólo tienen un remedio, que nada remedia, y es que no bien fallece alguien sea niño o adulto, hombre o mujer, le abren el pecho para sacarle el corazón y le cortan la lengua, y ambas cosas queman de inmediato. Lo curioso es que habiendo hecho esto con tantos muertos, aún creían en el poder de los hechiceros.

Enfermedad singular

Atribuían muy en especial a éstos una rara enfermedad que afectaba a una parcialidad de Abipones, a los llamados Nakoiketergehes. Les atacaba más el cerebro que el cuerpo y los ponía como locos y fuera de sí. Sobre todo a la puesta del sol se acrecentaba en ellos ese estado morboso. De noche se les veía saltar de la cama y echar a correr al sepulcro de familia. Era imposible alcanzarlos; tal era la velocidad de avestruz que en esos ataques llevaban. Otras veces era la manía de asesinar la que dominaba a algunos. Cuando esto acaecía en una Reducción, no había indio que no llevara su lanza por lo que pudiera acaecer. Consideraban, no obstante, un crimen el matar o herir a un hombre cuando estaba en ese estado.

El loco en libertad

El remedio que usaban para apaciguarle era el ir muchos alrededor de él por las calles y dejarle que a los árboles, postes y otros objetos análogos descargara fieros golpes con una gruesa rama. Si por casualidad los descargaba contra la morada de algunos, estos aunque estuvieran dentro guardaban el mayor silencio. Si por una casualidad llegaba el loco a posesionarse de



La víbora de Cascabel, según dibujo de Dobrizhoffer, quien extensamente relata la acción ponzoñosa de su veneno.

una arma, el terror era inmenso así en las mujeres como en los hombres. Aquellos héroes estaban vencidos de antemano. Las mujeres con los niños se guarecían dentro de la estacada de nuestra huerta, mientras que los hombres procuraban arrebatar al loco el peligroso instrumento de muerte de que se había posesionado. Estas locuras duraban ocho o más días, y después volvían los atormentados a su estado normal.

Las viruelas

Las viruelas fueron una terrible desgracia para los Abispones, como para tantos otros indios. No las tenían antes de la venida de los Españoles. Estos o los negros importados de Africa trajeron esa terrible plaga. Dobrizhoffer advierte que todas las veces que esta enfermedad cundió entre sus Abipones, había antes cundido en alguna población de españoles, provocado por éstos o por los negros que había entre ellos. Entre los indios en general, cuando llegaba a una Reducción la noticia de haber viruelas se alarmaban todos sus moradores y al saberse de un caso acaecido en la misma se dispersaban por los bosques todos ellos. Cada uno huía procurando no ir en línea recta sino dando vueltas y haciendo zigzags para que el mal no pudiera seguirles el rastro. Tal era el método que seguían los Lules, Isistines, Vilelas, Omoampas y Chunupíes. Al lado del enfermo nadie se queda. Ni los papás si se trata de los hijos, ni los hijos si se trata de los papás. Se contentan con dejar a su lado un jarro de agua y maíz tostado, y le abandonan así. Los Abipones empero no obraban del todo según estas normas. Por una parte aunque emprendían la fuga, era en línea recta o usual, y en segundo lugar no desamparaban del todo a los atacados.

Sus médicos

Sus médicos recibían el título de Keebét, que quiere decir demonio, médico, profeta y hechicero que acaba con las desgracias, y la verdad es que no eran nada de todo éso, pues no poseían ciencia alguna. Nada sabían de farmacia, de botánica o anatomía. Para todos los males y desgracias no tenían más que un remedio: el chupar la parte afectada por el mal, escupiendo después de cada succión. Cuando no era una herida o llaga sino todo el cuerpo que estaba dolorido, o cubierto de llagas, solían cuatro, seis o más de estas sanguijuelas prenderse de los brazos, piernas y cuerpo y hacer la misma operación. Lo gracioso es que antes de chupar se ponían espinas, gusanos y otras cositas análogas en la boca y después escupían unas u otras y hacían ver el fruto de sus esfuerzos. El enfermo al ver fuera el gusano o la espina o la piedrita, sentía un consuelo y alivio que muchas veces influía en su restablecimiento, aunque éste se debía atribuir primordialmente a sus fuerzas naturales.

Las curaciones

También sabían hacer sangrías a algunos enfermos, abriéndoles una vena mediante una espina o con un cuchillo. Cuando en algunos casos prescribían la aplicación de ciertas hojas o ramas o cortezas para las heridas o beber el jugo de las mismas, no era tanto por creer en la capacidad curativa de esas yerbas,

cuanto para aumentar su prestigio y poder prescribir algo aunque no hiciera al caso. Algunas veces querían curar con solas palabras. Al efecto tomaban asiento junto al enfermo y proferían o cantaban versos extemporarios, como frases de encantamiento.

Teorías médicas

De cuán poco caso hacían los Abipones de sus médicos y medicinas es el empeño que tenían en conocer cómo los Europeos curaban tal o cual enfermedad. Sólo había dos remedios que rechazaban de plano: el uso del enema y el uso de la jeringa. Para curar, creían ellos, no era menester ingerir o beber algo, sino sacar algo del organismo. Por eso hasta desconocían el uso de las purgas.

Valientes como eran los Abipones tenían un terror pánico a la muerte. Ni podían presenciar a uno que estuviese agonizando. Por esto cuando ocurría el caso, abandonaban la casa al momento, o la abandonaban por imposición de las viejas que en estos casos asisten al que va a morir. Ellos se instalan en otra tienda o pasan las noches al fresco, a veces durante quince o más noches, sin ocurrírseles siquiera el regresar a su propia morada. Las mencionadas viejas, por el contrario, rodean en gran número la cama del enfermo y con los cabellos sueltos y las espaldas desnudas, profieren unos ayes lastimeros que acompañan con el ruido de calabazas y con el movimiento de sus pies y manos. La más vieja, o la de mayor prestigio, se colocaba a la cabecera del enfermo y daba fuertes golpes sobre un tambor. Otra levanta con frecuencia la manta que cubre al enfermo, examina su estado, esparce agua fresca sobre el mismo, y vuelve a cubrirle como antes estaba.

Cuando alguien moría

Cuando ha fallecido, o le creen muerto, corre la noticia y con ella corren a la morada del enfermo todas las mujeres, casadas y viudas, teniendo los cabellos caídos sobre sus ojos y las espaldas desnudas. Se esparcen después por las calles llorando al muerto, aunque de vez en cuando se oye una voz que en tono fuerte anuncia que el muerto ha vuelto a la vida. Así era en efecto, porque no había fallecido como se había creído. Entonces suceden los gritos de júbilo y las manifestaciones de gozo hasta en la morada del presunto muerto. Esa gritería era una buena manera de darle definitivamente la muerte.

Una vez muerto le extraían el corazón y la lengua que quemaban o bien cocían primero y daban después a los perros para que los devoraran. Así acabarían con el autor o autores de aquella muerte. A continuación llevaban el cuerpo al sepulcro, el cual cavaban unas mujeres destinadas a este fin. El cadáver era llevado con grande pompa y solemnidad.

Sus sepulturas

Su ambición era estar enterrados en un bosque bajo la sombra de los árboles. La profundidad de la fosa era escasa, a fin de que el peso de la tierra no pesara en demasía sobre el cadáver. Ponían después muchas ramas encima para evitar que los

tigres extrajeran los cadáveres. Encima de todo ponían una jarra o taza por si acaso el muerto deseara beber. Así no le faltara con qué tomarlo. Para el mismo fin de que sirviera al difunto colgaban cerca un vestido y clavaban en el suelo una lanza. Pudiera ser que necesitara de ambas cosas. Si el muerto era un Cacique mataban junto al sepulcro a algunos caballos, costumbre muy general entre todos los indios ecuestres.

"Algo de ellos sobrevivía"

Estaban persuadidos que algo de ellos sobrevivía a la muerte. Cuando oían un eco, decían que eran voces de los fallecidos que andaban vagando por las soledades. Unos patitos que vuelan de noche en bandadas eran, para ellos, las sombras de los muertos que recorrían los aires.

Era muy singular el empeño que tenían en ser enterrados en el suelo nativo. Si lejos de éste fallecía alguien y era difícil llevarle, le despojaban de toda la parte carnosa, que enterraban, y sobre un caballo llevaban los huesos limpios y mondos para darle la debida sepultura. A esto se agregaba el empeño de que padres e hijos, esposos y esposas, nietos y abuelos estuvieran enterrados en un mismo sitio. Al tener que ir a tierras lejanas para no regresar, desenterraban los restos de sus muertos y los llevaban consigo.

Recuerdos del fallecido

En una pira queman todos los objetos que pertenecieron al difunto, y hasta matan sus caballos y demás ganado si le tenía. Echan abajo la casa donde moraba, viéndose precisados a hacerse otra los hijos, esposa, etc. Hasta se consideraba un crimen el mencionar el nombre del fallecido. Si en algún caso ésto era necesario, había de ser diciendo en perífrasis "el hombre que ya no existe". Si su apellido era un vocablo común, éste era arrancado de su diccionario y sustituído por otro. Era el privilegio de las viejas el acuñar los nuevos vocablos. Por la misma razón cambiaban de apellido. "Así me sucedió en la Reducción del Rosario, escribe Dobrizhoffer, con el Cacique Revachigi quien al fallecer su esposa cambió su apellido y de ahí en adelante se llamó Oahari. Y lo que hizo el Cacique hizo toda la parentela en igual forma".

Cuando muere un Cacique

Si muere un Cacique todos se rasuran el cabello. También lo hacen las viudas y se cubren además con un manto hecho de caraquatá y teñido en negro y rojo, con el que cubren la cabeza como si fuera una capucha y les baja desde las espaldas hasta los pechos. En todos los días de su viudez no dejan este vestir. Los viudos también se rasuraban, y en vez del manto se ponían una gorra de lana que le entregaban las viejas a que hemos ya aludido.

Las mujeres son quienes corren con todo lo relativo a los entierros, desde el abrir la sepultura hasta el cubrirla de tierra. Los hombres entretanto van a los bosques a buscar miel para sus banquetes. Las mujeres antes de ponerse a hacer la chicha salen por las calles a llorar al muerto. Van con los cabellos destren-

zados y las espaldas desnudas, llevando calabacines para hacer ruído y dando saltos, a la manera de los sapos, y agitando las manos en todas direcciones, cumplen con los funerales de práctica. Esto se repite otros días, mientras que de noche se oyen los lamentos colectivos y los gritos desde que se pone el sol hasta que sale de nuevo.

Belicosidad de los Abipones

Los Abipones eran de suyo belicosos, pero dos factores acrecentaron grandemente su espíritu marcial: la posesión de caballos y la alianza guerrera con los Mocobíes y Tobas. Parece que fué durante la segunda mitad del siglo diez y siete que llegaron a tener numerosas caballadas y a ejercitarse en su uso de tal suerte que fueron los Abipones los jinetes más eximios que recuerdan los anales de la colonia. Competían con ellos los Mocobíes y los Tobas, cuya habilidad y destreza en el manejo del caballo era extraordinario.

En estatura, en fuerzas y en habilidad bélica tal vez los Abipones eran inferiores a los Mocobíes y a los Tobas, pero no eran inferiores en su odio y saña contra los españoles. Fué ciertamente un grave error de los primeros conquistadores el no haber sabido los medios de ganarse a estos indígenas, antes haberlos exasperado castigándolos por crímenes que no habían cometido.

Rapidez en sus acciones de guerra

El hecho es real y su repetición fué frecuente durante la segunda mitad del siglo XVII y primera del siglo XVIII: un convoy de carretas en su viaje de Santiago del Estero a Salta, o de Santa Fe a Córdoba, era asaltado por indígenas quienes además de robar las mercancías daban muerte a los pasajeros. Apenas llegada la noticia de tal desastre a oídos del gobernador de algunas de ésas, u otras ciudades, ordenaba el castigo de los asaltantes. Al efecto salía la tropa y sin averiguar quiénes eran los culpables, lo que era poco menos que imposible poderse saber, caían espada en mano sobre el primer contingente de indios que les salía al encuentro o que hallaban en su camino. Envainando nuevamente sus espadas regresaban los supuestos vengadores, sin percatarse que con proceder en forma tan poco racional y tan injusta sólo contribuían a exasperar más y más a los indígenas.

En algunas ocasiones creyeron los gobernadores del Tucumán en una acción que acabara de una vez y para siempre con las depredaciones, asaltos, matanzas y estragos de Mocobíes, Tobas y Abipones, pero todos esos esfuerzos salieron frustrados.

Campañas de Villacorta y Peredo

Alonso Mercado de Villacorta, Angel de Peredo y algunos de los sucesores de los mismos en la gobernación del Tucumán formaron ejércitos a este fin y llegaron a hacer largas jornadas, pero sin hallar rastro de los indios que buscaban. Si algunas veces hallaron a algunos y les dieron muerte, este hecho sólo sirvió para acrescentar el odio que abrigaban ya los sobrevivientes y sus connacionales en contra del español.

No conocían el país

Aun más: esas expediciones pusieron de manifiesto a los indios que las armas y táctica militar de los tucumanos no eran para ellos un peligro. En primer término aquellos soldados no conocían el país como ellos lo conocían, ni sabían donde estaban las guaridas inaccesibles a los estraños. En segundo término los españoles venían cansados y fatigados, después de varias jornadas de camino áspero y bravío o al través de bosques o secadales. En tercer lugar maniobraban con lentitud en el manejo de sus armas, mientras que los indios eran rápidos en el uso de las suyas. El español sólo contaba con una ventaja sobre el indio, y era el número de soldados que podía poner en pie de guerra. Mil, dos mil o más hombres era un ejército que ponía terror en los indígenas , pero podía también ser vencido mediante la huída. La fuga era en estos casos la táctica del indio y sabía ciertamente valerse de ella con tal habilidad que en esos casos no daban los españoles con indio alguno aunque recorrieran distancias de cincuenta a cien leguas.

Esteban de Urizar

El gobernador Esteban de Urizar, no bien se hizo cargo de la gobernación del Tucumán, decidió poner un remedio definitivo a ese estado de intranquilidad y desasosiego en que vivían los Tucumanos a causa de las correrías de Tobas, Mocobíes y Abipones. En 1710 dispuso un ejército de mil setecientos ochenta soldados, a los que se agregaron quinientos indios de las Reducciones y no pocos Chiriguanos infieles pero aliados en esa época, a los españoles. La ciudad de la Asunción participó en esta magna expedición con el aporte de quinientos hombres, la ciudad de Santa Fe con uno de trescientos y la de Corrientes con el envío de doscientos soldados.

Plan de Urizar

El plan de Urizar parecía perfecto, ya que esas tropas envolvían todo el Chaco que era la guarida favorita de esos indígenas. Los tucumanos debían avanzar de oeste a este y dar la muerte a cuantos indios hallaran; los santafesinos al sur, los asuncionistas al norte y los correntinos al este debían impedir la fuga de los mismos. El plan parecía perfecto, pero su realización fué muy deficiente, ya que los correntinos y los santafesinos obraron con lentitud y sin el debido empeño. Tanto fué así que desde esa época, si bien es cierto que los indios dejaron en paz a la ciudad de Tucumán, molestaron más que nunca y en forma más terrible a las ciudades de Santiago del Estero, Corrientes y Santa Fe .

Sus resultados

Los frutos de aquella magna agresión no fueron pocos, ya que los indios Malbalaes rompieron su alianza con los Mocobíes, y los Vilelas, y los Chunupíes aceptaron las paces que les ofrecieron los españoles, y lo que es más, y será objeto de otra monografía, los indios Lules se comprometieron a reunirse en pueblos para ser adoctrinados por los jesuítas, como lo fueron en efecto, habiendo sido su primer misionero el célebre P. Antonio Machoni.

Los Tobas, Mocobíes y Abipones no sólo no fueron sojuzgados, antes fueron después de aquella incursión más crueles y devastadores que hasta entonces. Eran poco menos que invencibles, gracias a las caballadas que tenían y al arte supremo con que sabían jinetear. **Los Tobas, Mocobíes y Abipones**

Como dice Dobrizhoffer hablando de los Abipones en particular, nada se dice de estos indios hasta que llegaron a ser jinetes. Este hecho tuvo lugar allá por 1640, según asevera el mismo historiador, y su primera guerra ecuestre fué contra los indios Matarás a quienes derrotaron en forma aplastadora. Desde entonces dominaron sin dificultad sobre todos los indígenes pedestres.

Como en una ocasión informó a Dobrizhoffer uno de los ancianos Abipones, obtuvieron ellos los primeros caballos robándolos de los estancieros de Santa Fe. En posesión de ellos, y gracias a los mismos, se llegaban a los campos más cercanos a la misma ciudad, y arreaban para el norte cuantos podían. En el espacio de medio siglo llegaron a robar unos cien mil caballos, según manifestaba a Dobrizhoffer el mencionado Abipón, aunque el misionero sospecha que la cifra fué mucho mayor, tal vez el doble, ya que en sus malones no era raro que los Abipones más jóvenes y capaces regresaran trayendo consigo de tres a cuatro mil caballos. **Gracias a sus caballos**

Durante el primer tercio del siglo XVIII hallaron los Abipones una grave dificultad para acercarse a Santa Fe y era la existencia, al norte y sud de la misma, de los indios Calchines. Pero éstos fueron rápidamente desapareciendo ya por la mortandad que en ellos hacían los españoles, ya por la que hacían los Abipones, ya finalmente por la que hicieron en repetidas ocasiones las viruelas y otras enfermedades contagiosas.

Por esta razón pudieron los Abipones tomar posesión de todo el país existente entre el Río Bermejo y la ciudad de Santa Fe, y desde las barrancas del Paraná y del Paraguay hasta las vecindades de Santiago del Estero. Su dominación fué tan real y efectiva que hasta 1718 podían los españoles ir y venir de Santa Fe a Córdoba sin dificultad alguna, y a uno y otro lado del camino había estancias y chacras, pero desde ese año ya no era posible viajar sino con tropa de soldados, y todos los dueños de aquellas estancias y chacras las abandonaron para irse a guarnecer dentro de las ciudades. **Desde 1718**

El país que dominaban los Abipones a mediados del siglo XVIII y en el que se sentían y eran soberanos, comprendía, según cálculos de Dobrizhoffer, una extensión de unas ciento veinte leguas, de norte a sur, y otras tantas, más o menos, de este a oeste.

En ese territorio hallábanse ubicados tantos grupos cuantos eran los Caciques, y dichos grupos u hordas se movían de **Parcialidades de indios**

una a otra parte según les convenía. Cuando intentaban un asalto ponían a buen resguardo a sus esposas e hijos y a los ancianos, y jamás regresaban de sus incursiones sin traer el despojo de cabezas de españoles y abundante ganado caballar que era el único que podían traer con rapidez. Estos despojos despertaban la codicia de las otras hordas, y así sucedía que apenas pasaba mes sin que alguna invasión no llevara el sobresalto a las poblaciones de los españoles.

El secreto de los Abipones

Se hace difícil comprender, escribía Dobrizhoffer, como unos mil Abipones, que no era mayor el número de los que podían ir en esos asaltos, eran capaces de tener en perpetuo jaque a tantas ciudades bastante provistas de soldados, armas y municiones. Sin duda que su odio al español, su espíritu de sacrificio, su singular habilidad y su alianza con los Mocobíes eran factores de primera calidad. Eran pocos en número, pero eran temibles por su arte y habilidad. Barreda, Comandante de Santiago del Estero, solía repetir que si supiera que todos los guerreros Abipones habían fallecido, a excepción de sólo diez, estos tan solo bastarían para tener a todo ese país sobre las armas.

Depredaciones en Santa Fe

Sus depredaciones en la jurisdicción de la ciudad de Santa Fe fueron casi diarias. Fueron tantas que muchos pobladores de esa ciudad emigraron a Buenos Aires. Las grandes estancias fueron desapareciendo, entre ellas la magnífica de San Antonio que los Abipones arruinaron enteramente. No era posible la salida de carretas a las ciudades vecinas, pues caían sobre ellas en la forma más inesperada y después de matar a sus conductores y pasajeros, llevaban las mercancías y ganado.

En pleno día

Hubo ocasiones en que llegaron en pleno día hasta la plaza de Santa Fe. "El día 10 de abril de 1751, al ir yo a esa ciudad, escribe Dobrizhoffer, me dijo una venerable matrona que ella recordaba, y no sin lágrimas y terror, cómo en una ocasión mientras se celebraba una piadosa procesión por las calles de Santa Fe, cayeron sobre ella los Abipones como si fueran un rayo, y aunque huyeron al momento no fué sino con las manos teñidas en sangre. Junto al altar que estaba arreglado en la plaza, dieron muerte en esa oportunidad a un hermano de dicha matrona".

Las cosas llegaron a tales extremos que el Gobernador de Buenos Aires envió unas fuerzas de infantería, pero lejos de proteger a la ciudad contra las incursiones de los Abipones eran la risa de éstos por la pesadez de sus movimientos e incapacidad bélica.

Hubo ciertamente en Santa Fe un hombre excepcional que llegó a poner coto a tantos excesos, el Comandante Echagüe. No vamos a repetir nuevamente lo que sobre su singular fortuna en el trato con los Mocobíes hemos consignado en otra

ocasión, pero debemos recordar que, durante su gobierno, no sólo supo conquistar ya por la fuerza, ya por la persuasión a los citados Mocobíes sino también a los terribles Abipones. Tanto fué así que mientras estos indios tenían en consternación y terror a los españoles de las otras ciudades, hallábanse en las mejores relaciones con los de Santa Fe.

Echagüe y los Abipones

Tan buenas eran las relaciones, que los Mocobíes vendían en Santa Fe lo que habían robado en las casas de Córdoba, Santiago del Estero o Corrientes. Un día, por ejemplo, presentóse un Abipón en la plaza llevando sobre su caballo una bolsa de cuero que contenía dos mil ducados españoles, evidente fruto de sus robos. Como un español le ofreciera un manto rojo por aquella bolsa, el indio aceptó complacido la oferta.

Fortificaciones necesarias

Para impedir los asaltos que hacían, sobre todo contra los convoyes de carretas, se mantuvieron a costa de la ciudad, tres guarniciones montadas, a cuya cabeza se hallaba el comandante Miguel Ziburro. Los tres puntos más peligrosos eran La Cruz Alta, El Pozo Redondo y la estancia de Santo Tomé. En este postrero estaba el paso sobre el Salado que conducía a la ciudad. Los otros dos puntos eran importantes por ser donde las carretas descansaban y remudaban los animales de tiro.

Lo que eran los fortines

Santa Fe pudo así contar con algunos años de paz y sosiego, pero en esos mismos años comenzaron los Abipones a cruzar el río Paraná y Paraguay y llegar así hasta la Asunción y hasta los pueblos de las Misiones. Para impedir esas incursiones o para estar al tanto de los movimientos de los indígenas, se construyeron sobre las riberas orientales de ambos ríos, unas especies de fortines. Estos disponían de un cañón que disparaba al ver el peligro, y otras torres o fortines repetían lo propio y así llegaba la noticia del peligro hasta la Asunción y otras poblaciones. Pero el método no era eficiente, ya que la rapidez de los Abipones contrastaba notablemente con la lentitud militar de los soldados españoles. Lo más que hacían éstos era ahuyentar a los indios.

Los Abipones y la Reducción de Guaraníes

Mayor era el odio que los Abipones tenían contra los pueblos misioneros que habían levantado los jesuítas a orillas del Paraguay y Paraná. Así por ejemplo, la Reducción de S. Ignacio Guazú que estuvo antes tan floreciente en todos sentidos, vino después tan a menos, por causa de las invasiones de los Abipones, que casi quedó arruinada. Los grandes bosques que había entre el pueblo y el río Paraná favorecía las asechanzas de los invasores. Apenas pasaba un mes sin que éstos visitaran el pueblo, no obstante los indios que día y noche vigilaban. Era increíble el arte y habilidad de los Abipones. Un día terminaba de decir la misa diaria el P. Francisco María Rasponi, que fué Cura de ese pueblo durante muchos años, cuando oyó ciertos gritos y lamentos. Sin quitarse los ornamentos lle-

góse a ver lo que aquello era y vió la plaza cubierta de cadáveres. Los Abipones habían esperado el momento que salían de misa. Ni los vigías, ni los soldados apostados en la ribera, ni las zanjas y trincheras que rodeaban el pueblo, ni la valentía de los habitantes bastaban para acabar con los terribles Abipones. *Namaraichene,* decían los buenos guaraníes, ahora estamos seguros, y apenas habían dicho eso, cuando una terrible invasión los despertaba a la terrible realidad.

Diversas incursiones

Otra de las Reducciones, Nuestra Señora de Fe, fué también objeto de las invasiones abiponas. Felizmente el P. Juan Bautista Marquesetti de tal suerte rodeó el pueblo con zanjas y otros medios de defensa, y de tal manera disciplinó y ejercitó a los hombres en el uso de las armas de fuego, que los Abipones conocieron bien pronto el peligro que corrían siempre que se allegaban a ese pueblo.

En el de Santiago estaban un día los fieles en la Iglesia, cuando se presentaron los Abipones. Al centenar de vigías dieron muerte o cautivaron, y arreando por delante cuantos caballos hallaron, se dieron a la fuga. Del pueblo de Nuestra Señora de Fe y del de Santa Rosa partieron en una ocasión ochenta indios armados con el fin de proteger sus respectivas estancias contra las insidias de los Abipones, pero cuando menos se percataron de ello, presentáronse los Abipones y sólo algunos lograron escapar de la terrible matanza. Se llevaron en esa ocasión muchos miles de caballos y mulas.

En otra oportunidad se llevaba yerba mate desde Santa Rosa a las riberas del Paraná. Para proteger las carretas se mandó un pelotón de soldados, siete de los cuales eran excelentes tiradores de mosquetería. Pero también cayeron sobre ellos los terribles Abipones y sin darles tiempo a la defensa quedaron como cincuenta muertos. Sólo dos de los indios misioneros lograron escapar salvos.

Guaraníes y Abipones

Los Guaraníes llegaron a formarse tal concepto de la agilidad y astucia de los Abipones que en los encuentros con ellos parecían más bien disponerse a morir que a causar la muerte a aquellos terribles indios. Claro está que los Abipones conocían esta actitud de los Guaraníes, y ella hacía que fueran ellos más atrevidos y sanguinarios.

Se creyó que unas tropas de caballería ligera que anduvieran de continuo recorriendo los caminos impediría estos asaltos de los Abipones, pero no fué así. Con la misma frecuencia, aunque con mayor cautela realizaban ellos sus nefastas invasiones. Esas tropas llegaron a ser tan inútiles que fueron suprimidas. La experiencia mostró que la vigilancia continua y atenta era el único medio de frustrar los asaltos. Prever al enemigo era ya vencerle.

Otra localidad que tuvo que tolerar los asaltos de los Abipones, como tuvo que repeler los de los Payaguás, Charrúas,

Mocobíes, Tobas y Guaycurúes, fué la ciudad de Corrientes. No había Abipones en suelo correntino pero enfrente de la ciudad, río por medio, estaban los Abipones Yaaukanigas. El río que es allí bien ancho y profundo no constituía para ellos un obstáculo.

El Cacique Chilome

En tiempos antiguos, cuando estaban los Abipones en guerra con todas las otras ciudades, conservaron amistad con Corrientes a fin de canjear allí lo que robaban en otras partes. La ciudad entonces los recibía con afecto y entretenía amigablemente, esperando así tenerlos por aliados en vez de tenerlos por enemigos. Pero acaeció un hecho desgraciado que dió por el suelo con tan nobles aspiraciones. Había en Corrientes un grupo de Abipones con su Cacique Chilome y eran huéspedes del Vicegobernador. Nada habían sospechado los habitantes de Corrientes hasta que una noche, cuando se suponía que todos estaban dormidos, vióse a Chilome y otros que andaban por las calles en actitud sospechosa. Tocóse entonces a generala y toda la población se levantó con las armas en las manos. Corrió la voz de que aquellos Abipones estaban en connivencia con otros que acababan de llegar a la ciudad, y esto bastó para que se hiciera en ellos una terrible carnicería.

Sobresalto de los correntinos

El hecho tuvo consecuencias terribles. En vano se trató de persuadir a los demás Caciques Abipones que Chilome había sido un traidor. Juraron vengar su muerte y al efecto se aliaron con los Mocobíes y Tobas. Pasaron los Correntinos algunas semanas sin experimentar una matanza, pero no pasaron un solo día sin un sobresalto efecto de una invasión. Llenos de terror no sabían cómo preservarse de tan tenaces enemigos. Por otra parte el número de soldados fué decreciendo, puesto que en las continuas correrías de los Abipones iban cayendo algunos. La ciudad llegó a un extremo tal que estaba más dispuesta a huír del enemigo que a hacer huír al enemigo. Toda la región estaba perturbada y deshecha. Aun la pequeña población de Santa Lucía, que está a unas cincuenta leguas de Corrientes y cuyos habitantes eran unos pacíficos indios, fué constantemente asediada por los Abipones.

Informaciones varias

En una ocasión llegóse hasta Corrientes uno de los indios de Santa Lucía y notificó al Vicegobernador Ceballos que se había comprobado allí una próxima invasión de Abipones. Ceballos se puso al frente de un cuerpo de soldados de caballería y partió allá al momento, pero al llegar a Las Lagunas recibió una carta del Sr. Cura de Santa Lucía diciéndole que aquellos temores eran infundados. Iba ya a volverse Ceballos a Corrientes cuando uno de sus soldados vino con la noticia de que allí mismo, y a la vista de todos, como era verdad, había una numerosa horda de salvajes, a cuyo frente se hallaba el Cacique Ychamenraikin, el que poco antes había dirigido sus huestes sobre la ciudad de Córdoba.

Estos pormenores los dió uno de los mismos soldados españoles que otrora había sido cautivado y había vivido con ese Cacique. Aseguró, además, que les sería fácil a ellos vencer a esos Abipones. Ceballos pensó que la ocasión era excelente, aunque a algunos de los suyos les parecía pésima y auguraban una derrota completa, ya que además de los indios que tenían a la vista podía haber otros muchos emboscados y que caerían sobre ellos en el momento de la refriega.

El gobernador Ceballos vence a los Abipones

Ceballos determinó vencer a los Abipones yendo no contra ellos sino contra sus esposas e hijos. Estos con pocos varones hábiles para la guerra habían quedado en la orilla opuesta, esperando el regreso de los invasores. Ordenó la rápida construcción de hangares y esquifes y con ellos cruzó el Paraná en el punto mismo donde se junta con el Paraguay y a las pocas horas tenía sitiados a todos los Abipones que allí habían quedado. Mujeres, niños y viejos fueron todos apresados y llevados a la otra orilla, exceptuando tan sólo los que por poner resistencia fueron muertos en el acto. Allí se hallaron caballadas numerosas y muchos utensilios de plata robados a los españoles.

Alegría en Corrientes

Cuando los soldados españoles llegaron a Corrientes con estos trofeos, fué indescriptible la alegría y gozo de la ciudad. Entre los varios centenares de cautivos estaba la esposa del mismo Cacique y su pequeño hijo Kieemké. Raachnik, el hijo mayor del Cacique, logró escapar gracias a la velocidad de su caballo y a la negligencia del soldado destinado a aprehenderle. A la mayoría de las mujeres y niños se les envió a las Reducciones de los Guaraníes para que aprendieran allí a vivir cristianamente.

La hazaña de Ceballos no fué juzgada de igual manera por todos los Correntinos, quienes comenzaron a escarnecer al hombre más valiente que había entre ellos. Hasta tal extremo llegó este proceder contra él que un buen día se retiró Ceballos a la ciudad de Santa Fe, llevando consigo a su familia.

Actos de venganza

Este fué, escribe Dobrighoffer, la gran desgracia de Corrientes, pues la ida de Ceballos marcó la venida de los Abipones. No bien regresó de Córdoba el Cacique Ychamenraikin y supo lo que habían hecho los Correntinos contra los suyos, llenóse de rabia y furor. Hizo un llamado general a todos los indios amigos y decidió con ellos castigar a los que tan atrevidamente habían saqueado y muerto a los de su cacicazgo. Su llamado no fué vano ya que se veía confluir a indios como mangas de langostas. Su acción en las cercanías de la ciudad de Corrientes se hacía sentir más y más cada día. Hubo días en que dieron muerte a setenta o más españoles. Más de una vez se pudo contemplar junto a la puerta de la Iglesia parroquial toda una serie de cadáveres.

Cuando ya nada les quedó a los Abipones en los alrededo-

res de Corrientes, llegáronse a la misma ciudad a la que pusieron un sitio tan terrible que era ya imposible salir o entrar a la misma. Los centinelas y los cuerpos de soldados estaban siempre alertas y sobre las armas, mientras que la gente llenaba las iglesias pidiendo al Señor alejara de ellos tanta desgracia. Los alimentos también fueron reduciéndose de suerte que fué menester racionarlos. Ocho días se pasó en esta angustiosa situación hasta que una noche hicieron una salida los Correntinos y de tal suerte abatieron a los desprevenidos Abipones que los arrojaron a la otra orilla del río donde tenían sus tiendas.

Corrientes sitiada

Tuvieron así los moradores de Corrientes un breve descanso, pero se persuadieron que no había de durar mucho. Así fué en efecto, aunque también esta vez comenzaron los Abipones por devastar las estancias más alejadas. El del Rincón de Luna parecía inaccesible a los indios, por hallarse rodeado doquier por esteros y zanjas, y los españoles sólo podían llegarse a él en bote. Miles de cabezas de ganado había allí. Todo cayó en poder de los Abipones, después que hubieron dado la muerte a unos veinte jóvenes que allí trabajaban. Las capillas de la estancia fueron devastadas y saqueadas. Hasta se llevaron y ocultaron en las aguas de los bañados cuatro grandes campanas. En pocas horas quedó en ruinas una de las estancias más ricas y opulentas que había en Corrientes.

Lo propio acaeció con las demás estancias, de suerte que los moradores de Corrientes se vieron privados de tener carne para su alimentación.

Reacción de los Correntinos

Los Correntinos no pensaron sino en abandonar la ciudad, y en efecto no pocos pasaron a Santa Fe o a la Asunción. Afortunadamente la tropa obró con energía y constancia y no contentándose con defender la ciudad, hacía frecuentes excursiones a los puntos peligrosos o a donde se creía hallar a los enemigos. Los encuentros con éstos fueron frecuentes y con resultado favorable unas veces aunque desfavorable otras. En una oportunidad cayó en una de las trampas para cazar caballos el propio Cacique Ychoalay, pero pudo libertarse de tan peligroso instrumento.

Todo comprueba que los españoles podían contener los avances de la indiada cuando empeñosamente se ponían en ello, pero lo malo era, escribe Dobrizhoffer, que pronto se cansaban y llegaban a persuadirse que ya no había peligro y que el indio no volvería o volverían más tarde. Con este criterio, obraban flojamente y en vez de estar a la mira en los observatorios o de rondar por las cercanías de los fortines, se ponían a fumar y a jugar a las cartas.

"En una ocasión, escribe Dobrizhoffer, quedó en uno de los puntos de observación un cuerpo de caballería. Dejaron sus caballos fuera de la empalizada para que pastaran, mientras que ellos dentro de la empalizada se dieron a matear y jugar, y

mateando y jugando estaban cuando contemplaron atónitos como los Abipones se acercaban a donde estaban los caballos y se los llevaban. La cosa sucedió en forma tal que ni uno de los soldados españoles empuñó las armas.

En las Islas del Paraná

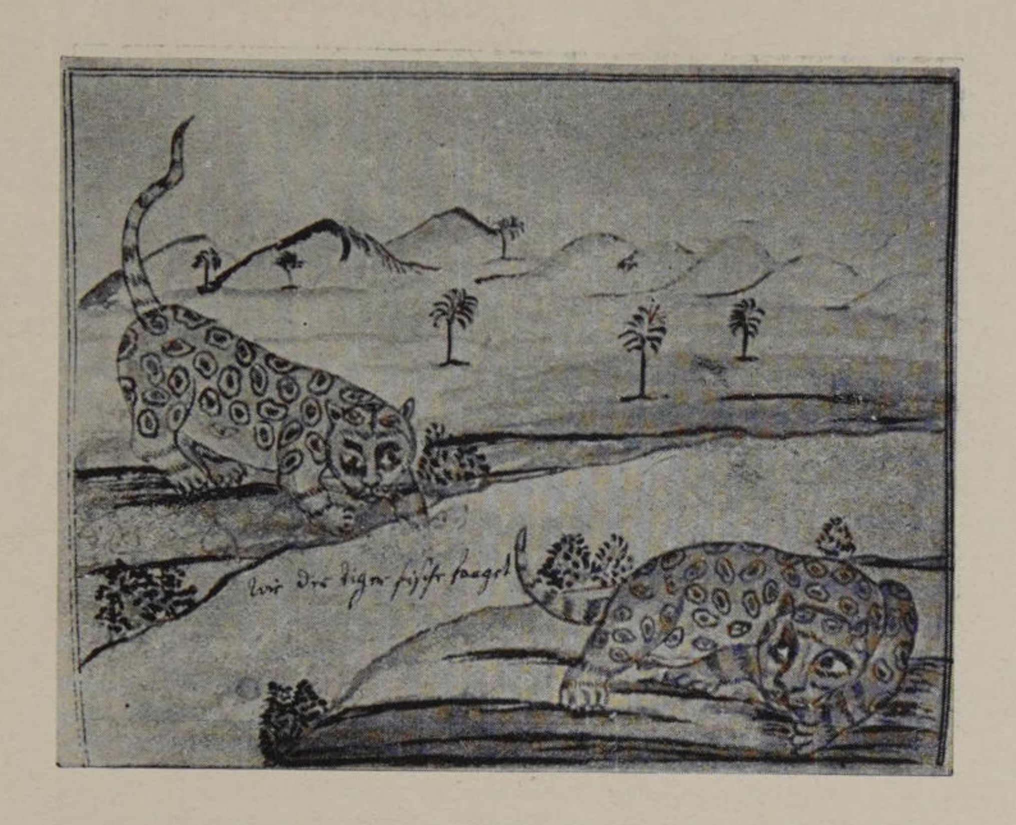
Las islas que existen en el río Paraná fueron un refugio de que se valieron los Abipones para realizar mejor sus incursiones sobre Corrientes. A intervalo de algunas leguas se habían construído sobre las barrancas del Paraná las poblaciones de Santa Lucía, Santiago Sánchez, Ohoma e Itatí, y desde estos puntos era fácil ver lo que acaecía en la orilla opuesta y lo que tenía lugar en las mencionadas islas, pero destruídas aquellas poblaciones, podían los Abipones cruzar el río con toda impunidad.

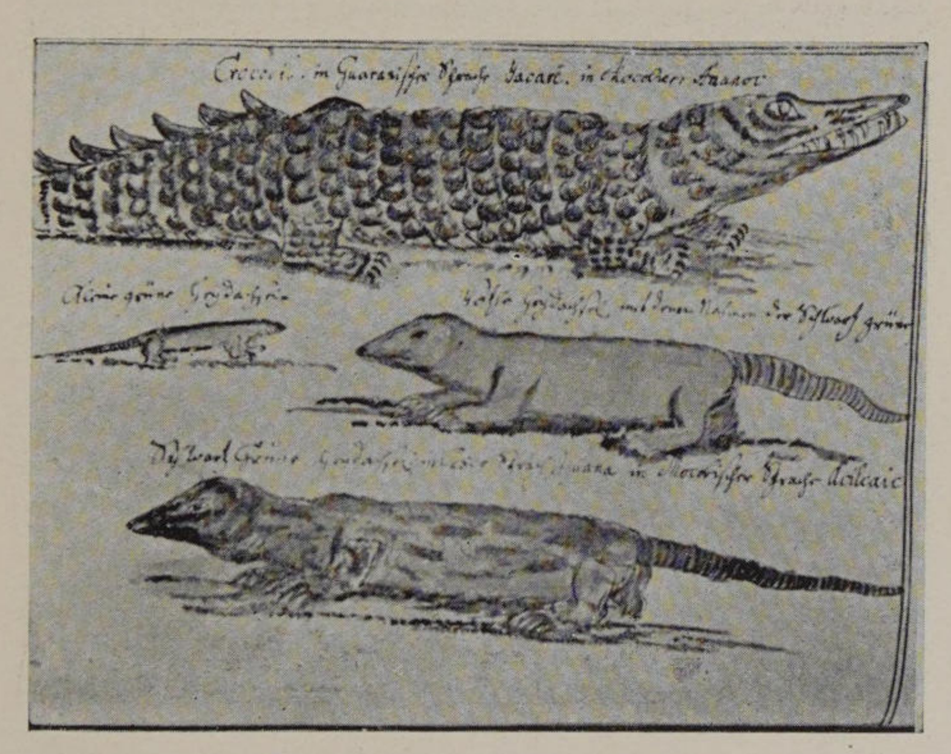
La población de Santiago Sánchez resistió bravamente a no pocos asaltos pero fué por fin destruída completamente. Fué un día en que los hombres habían salido a trabajar y las mujeres y niños se habían juntado en la Iglesia para los Oficios Divinos. Llegaron los Abipones y pusieron fuego a la Iglesia, la que ardió hasta reducirse a cenizas con todos los que estaban dentro, incluso el señor Cura.

Los habitantes de Ohoma temerosos de análoga suerte, abandonaron esa población y fuéronse a vivir donde hubiese mayores garantías de seguridad. La población de Itatí sufrió terribles embates por parte de los Payaguás, Mocobíes y Abipones, pero pudo resistir. "Al presente, escribía Dobrizhoffer, a fines del siglo XVIII, es Itatí rica en ganado pero pobre en habitantes". Por más que hicieron, jamás pudieron los Abipones acabar con la paciencia de los habitantes de Santa Lucía, aunque el número de éstos fué decreciendo considerablemente. Tenía esta población una muralla que la defendía por todas sus partes.

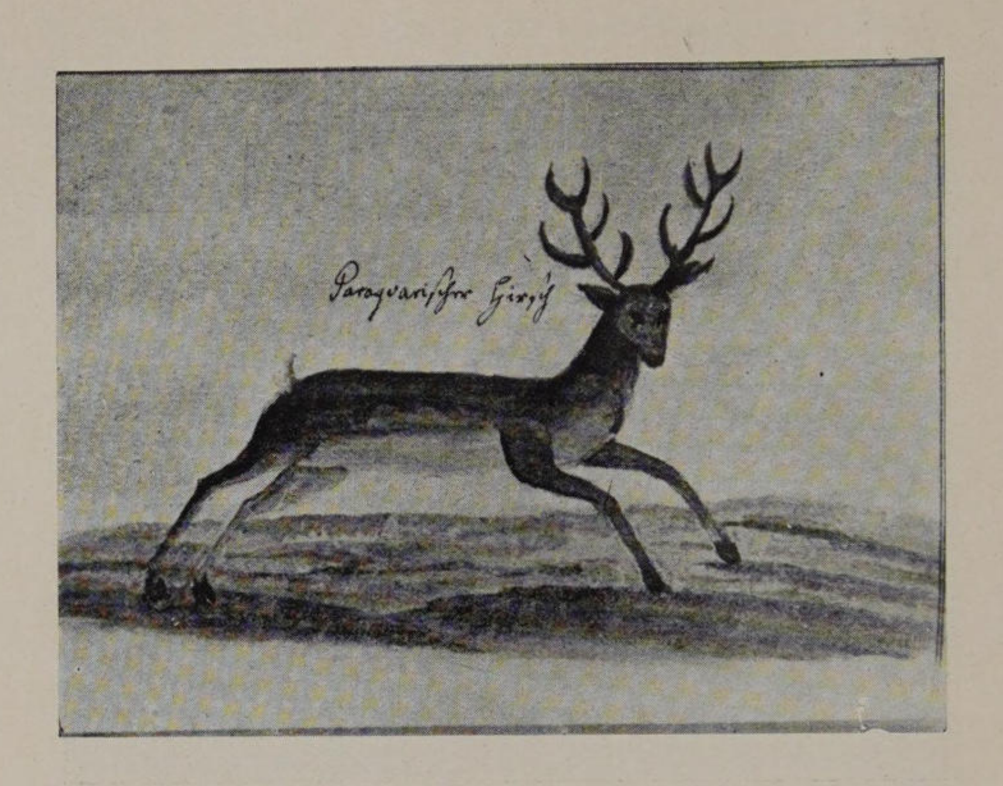
Ocurrencias del Párroco de Santa Lucía

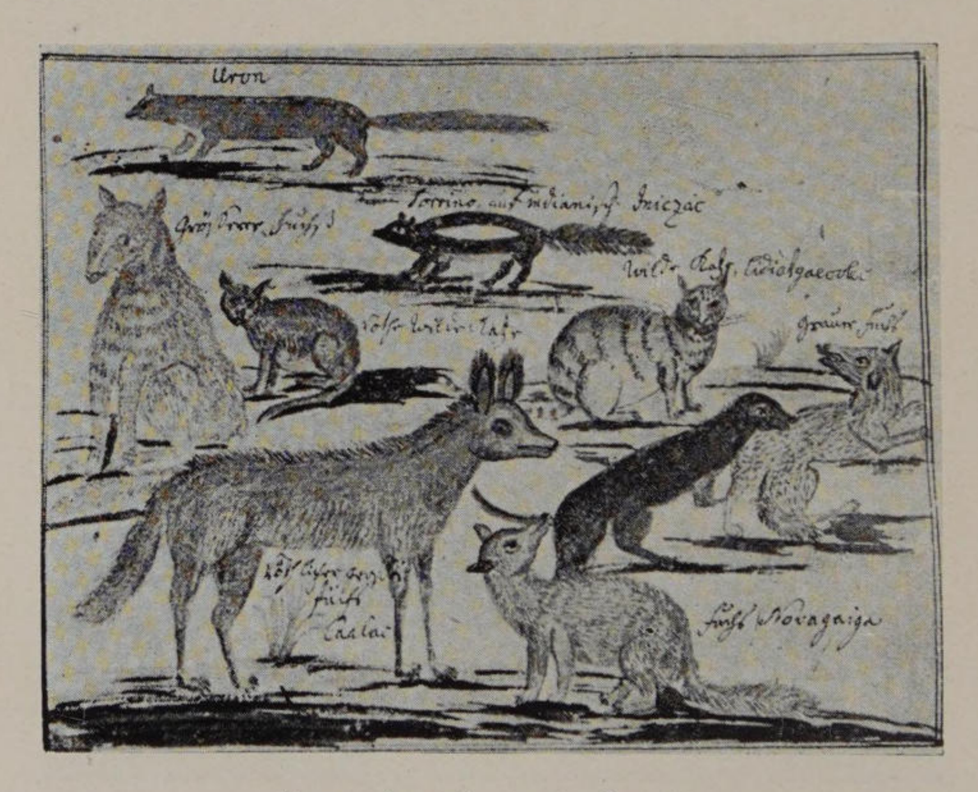
"Supe esto de la muralla, escribe Dobrizhoffer, por el mismo Párroco de Santa Lucía que me lo dijo en una oportunidad. También me dijo que encima de su casa había hecho construír una especie de torre de observación desde donde se dominaba la llanura. Allí se ubicaba siempre que podía, teniendo cerca de sí un aparato de su invención con el que producía unas explosiones. Estas a la vez que avisaban a los que estaban extra muros que debían refugiarse dentro de la ciudad, ponían terror en los enemigos que trataban de acercarse a la población. Cuando en una ocasión llegué a San Fernando, agrega Dobrizhoffer, me preguntó un Abipón por qué caminos había ido en mi viaje. Como le dijera que había pasado por Santa Lucía, "allí está, dijo el indio, aquel terible Padre que usa una escopeta grande. Nuestros caballos no pueden soportar los estampidos de la misma". Así era, agrega festivamente Dobrizhoffer, pero pudo haber añadido "no sólo los caballos, sino ni los jinetes Abipones podían sufrir aquellos estampidos".





Fauna chaqueña, según Baucke





Fauna chaqueña, según Baucke

Santa Lucía era el único poblado que quedó en pie y unas estancias entre los ríos Sombrero, y Sombrerillo, Peguahó y el Riachuelo las únicas de donde se podía sacar ganado para alimento de la ciudad de Corrientes. Todo eran ruinas, restos de lo que había sido. Doquiera se veían cruces que denotaban los puntos donde los españoles habían perecido.

El caso del P. Gaete

Ni había madera para las construcciones de casas o barcas o carretas. En los alrededores de Corrientes la había para los usos domésticos, pero no para aquellos, mientras que en la orilla occidental, frente a la ciudad, había abundancia de excelentes maderas y allí solían ir los Correntinos a proveerse. Pero como aquello era la tierra de los Abipones Yaaukanigas, era imposible e imprudente llegarse hasta ella. Animóse no obstante el P. José Gaete, a ir en busca de unas vigas que necesitaba para afianzar unas paredes del Colegio que en Corrientes tenían los Jesuítas. Preparó una balsa grande, la ocuparon los que habían de cortar la madera además de una escolta de soldados. El mismo P. Gaete zarpó con ellos, pero apenas habían comenzado a alejarse de la playa oriental vieron cómo desde la orilla opuesta se lanzaban los Abipones para salirles al encuentro, dando al propio tiempo terribles alaridos. El desbande fué total y tan repentino que el P. Gaete quedó viendo visiones sin entender primero de qué se trataba. Así terminó o así se inició aquella tentativa de cruzar el río.

Habilidad en cruzar el Paraná

La habilidad de los Abipones para cruzar el Paraná en la parte donde se junta con el Paraguay era sorprendente. A caballo unas veces, sin el caballo otras veces cruzaban con tal rapidez y destreza que parecían haber nacido y criádose en medio de aquellas aguas. La existencia del ancho río entre Corrientes y la tierra opuesta ocupada por los Abipones era un grave obstáculo a la conquista de los mismos, pero en nada impedía el que los Abipones pudieran invadir la ciudad de Corrientes y causar estragos en ella y en sus alrededores.

Como veremos más adelante, sólo pudo Corrientes levantar cabeza y volver a su prosperidad primera, después que en 1747 aceptaron los Abipones el formar un pueblo cristiano frente a Corrientes, eliminando así el foco de las invasiones y estableciendo una Reducción que fué como un antemural de la misma ciudad de Corrientes. A los Jesuítas debieron los Correntinos tan señalados beneficios.

Provocados por los Santiagueños

Sabemos que a los principios no pensaban los Abipones en llegarse hasta Santiago del Estero, ni hubiesen molestado aquella ciudad si los Santiagueños no los hubieran provocado. Solían éstos llegarse hasta las cercanías del Paraná con el deseo de cazar ciervos, pero se aprovechaban de la oportunidad para robarles a los Abipones sus caballadas. No iban los desposeídos a quedarse brazos cruzados ante estas provocaciones.

antes, bien pronto, se enteraron de los caminos que conducían a Santiago del Estero y allá se fueron. Pronto se advirtió su presencia en Moppa y Salabina, viejas poblaciones indígenas que destruyeron, y en Manumo donde un día hicieron terrible carnicería. Se hizo intransitable el camino entre Santa Fe y Santiago, pues estaba infestado de Abipones. En una ocasión don Miguel de Luna, hombre gigante en el cuerpo aunque no en el espíritu, como se expresa Dobrizhoffer, regresaba de unas estancias de Santa Fe con gran cantidad de ganado caballar y vacuno que había comprado. Era el medio día y pensó don Miguel en descansar un rato a la sombra de unos árboles. Dejaron el ganado en los campos vecinos y él con sus peones se echaron a dormir, pero apenas habían iniciado la siesta cuando se vieron rodeados de feroces Abipones. Unos caen sobre los peones, otros huyen con el ganado. El pánico de los españoles fué enorme. El buen D. Miguel no supo qué hacer, y eso que llevaba una escopeta colgada de su espalda. Timko, uno de los peones, viendo a su amo en esa actitud le levantó y dejó caer sobre su caballo y dando un salto sobre el mismo, huyó a todo galope para salvarse y salvar a su amo. Los indios los persiguieron sin cesar y dispararon repetidas veces sus armas contra ellos, pero no se atrevieron a acercarse viendo la escopeta que colgaba de las espaldas de Don Miguel.

Don Miguel de Luna

Esta matanza fué repetida frecuentemente en otros muchos puntos cercanos al río Salado, como en Alarcón, en Las Tres Cruces, La Viuda, Las Sepulturas, Don Gil y Doña Lorenza. Llegó la cosa a tales extremos que los Santiagueños abandonaron el viejo camino y buscaron la seguridad en otro que denominaron El Camino de los Porongos.

Efecto de la matanza

Por otro camino, el de Los Monigotes, iban un día los españoles con sus carretas, cuando fueron sorprendidos y asesinados por los Abipones, pero el recuerdo más luctuoso tuvo lugar en los bosques de El Hierro. Era un lugar ideal para el aprovisionamiento de cera y miel y a este fin habían ido allá muchos españoles bajo el mando de Lizondo, un bravo capataz. Allí levantaron sus casitas y Lizondo sus galpones y taller. En éste estaban las ollas de cobre en que se debía reducir la cera, en aquellos los panales y la miel. Un día estaban todos dispersos por los montes en busca de panales cuando cayeron sobre ellos los Abipones. Algunos huyeron, la mayor parte pereció allí mismo. Al verlos Lizondo a la puerta de su taller salióles al encuentro esgrimiendo un hacha, y aunque hirió o mató a cuatro, cayó por fin y fué vilmente asesinado. Los autores de este asalto fueron los Abipones de Oaherkaikin, quienes se negaban a formar pueblo como ya lo habían hecho otros indios de la misma raza.

Bosques de El Hierro

Al sur de Santiago, camino de Córdoba, cometieron estos mismos indios terribles atropellos y asesinatos en Sumampa, Las Barrancas y El Oratorio, llegando a impedir todo tráfico entre ambas ciudades, y entre ellas y las del Perú. No se crea que los Santiagueños eran soldados flojos o tímidos. Muy al contrario. Dobrizhoffer asevera que no había entre los españoles del Río de la Plata, jinetes más diestros, ni soldados más valientes, ni hombres más capaces de tolerar toda clase de privaciones y trabajos. Eran dignos émulos de los terribles Abipones.

En Sumampa, Las Barrancas y el Oratorio

También la ciudad de Córdoba, lo mismo que los pueblos de su distrito, tuvo que habérselas con los Abipones, como las tuvo que haber con los Pampas y los Mocobíes. Tal vez ninguna ciudad experimentó con mayor frecuencia y con mayores desgracias la perniciosa presencia de los temibles Abipones. No les faltaba a los Cordobeses, asevera Dobrizhoffer, ni soldados ni valentía, pero jamás tuvieron coraje ni jefes adecuados a las circunstancias. No les faltaban caballos y jinetes excelentes, y tenían armas y municiones, pero dos cosas los cohibía: el terror que tenían al Abipón y la afición a la comodidad.

Bien sabían ambas cosas los indios y por ello habían hecho suyo el camino real que iba de Buenos Aires a Córdoba y de Córdoba al Perú. Allí eran ellos los amos. Habían ocupado las más altas colinas lo mismo que los fondos de los valles. Ni se contentaban con asaltar a los viajeros. Bajo el mando del Cacique Alaikin asaltaron un día de San José, el pueblo de Sinsacate y mataron o llevaron cautivos a cuantas personas hallaron en la ciudad. Pudieron salvarse tan solo los que a la sazón estaban en la Iglesia de Jesús María. Las enormes y altas murallas de este templo no les permitió dañar a los que allí estaban, pero se llevaron todo el ganado de la estancia.

En Sinsacate

Como la ciudad de Córdoba está a unas diez leguas, llegó hasta ella uno de los fugitivos con la desoladora noticia. Inmediatamente partieron allá no pocos soldados, y se pusieron a perseguir a los fugitivos indios, con el fin de rescatar a las mujeres y niños que llevaban presos. Pero llegaron a un punto donde las lluvias forman un inmenso lago, y aunque los Abipones cruzaron éste sin dificultad, ellos no se atrevieron, y la jornada fué vana.

Más espantoso fué el asalto que llevaron los Abipones contra el pueblo de Río Seco, en cuyos vecinos montes y valles había abundancia de rico ganado. En el pueblo había una grande iglesia hecha de piedra y en ella se veneraba una milagrosa imagen de Nuestra Señora. A ella acudían los fieles de todos los pueblos circunvecinos. También acudieron un día los Abipones, aunque con intenciones bien aviesas.

En Río Seco

Con grande sagacidad ocuparon las estrechas entradas o salidas que había entre las rocas, impidiendo así la fuga de los españoles. Ultimaron primero a cuantos hallaron en las estancias vecinas y entraron por fin al pueblo. No bien se dieron cuenta de lo que pasaba, escondiéronse los fieles en la iglesia, pero todo fué inútil. Con un hacha deshicieron su puerta que era de durísima madera con enchapes de hierro y no contentos con herir y matar a cuantos quisieron, arrebataron los vasos sagrados, las campanas, los ornamentos, y hasta la estatua milagrosa de la Virgen y otra de San José.

Terrible sorpresa

Por una casualidad andaba en esos momentos el Gobernador de Santiago del Estero en persecución de los Abipones y no bien supo lo acaecido fué tras ellos y pudo recobrar gran parte del botín, incluso la estatua de Nuestra Señora. Después de este suceso los habitantes de Río Seco rodearon su iglesia con altos muros de piedra y edificaron cuatro torres, de suerte que aquella Iglesia, como la de otros pueblos, les sirvieron de fortaleza en caso de otro asalto.

También llegaron los Abipones al valle de Calamuchita y saquearon y mataron a su gusto. En Sumampa y lugares vecinos las depredaciones eran de todos los días. La parroquia de San Miguel en Río Verde fué destruída por los Abipones y lo propio hicieron con todas las poblaciones que estaban sobre el Río Segundo.

En Cruz Alta

Un punto de su predilección era Cruz Alta, ya que por allí pasaban las caravanas de carretas que iban o venían entre Córdoba y Buenos Aires. Las dichas carretas llevaban soldados para su defensa, pero por una u otra causa las defendían bien mal, ya que el resultado solía ser el mismo: mataban a cuantos no podían huír, quemaban las carretas, llevándose el ganado y las mercancías. En una oportunidad, y a pocas leguas de Córdoba, sorprendieron una caravana de veinticinco carretas y sólo salvaron sus personas quienes fugaron en el primer momento de la refriega. Uno de los asesinados en esta oportunidad fué el P. Diego Herrera que iba a Santa Fe para pasar de allí a las misiones de Guaraníes. Kebachichi, Jefe de los Abipones, desvistió el cadáver y solía después ponerse la sotana y el bonete del Jesuíta en sus comilonas o fiestas.

El gobernador Galarza

Los mismos que habían cometido estas iniquidades pensaron pocos días después asaltar otra caravana pero se abstuvieron de ello debido a la sangre fría y valentía de un solo hombre. Fué éste el Gobernador de Córdoba, Galarza, quien regresaba entonces de Buenos Aires y al ver la tropa de Abipones capitaneados por Kebachichi, saltó de su caballo a fin de poder usar de su escopeta con mayor facilidad. Desgraciadamente se le fugó el caballo llevando en la montura varias pistolas que le habrían sido muy útiles. Pero nada le ame-

drentó, antes apuntando con su escopeta defendió las carretas y a sus ocupantes contra los asaltos de los indios. Estos se contentaron con llevarse el ganado que hallaron a distancia de las carretas, sin causar mayores daños.

El fortín de Mazangani

Tal vez la proximidad del fortín de Mazangani contribuyó a alejar a estos indios. "Creerá el lector, escribe Dobrizhoffer, que este fortín era un recinto con zanjas, trincheras, murallas, fosos, artillería y cuartel. Nada de eso era el fortín Mazangani. No era sino un campito cuadrado, que apenas tendría un diámetro de unos cincuenta pies, y cercado con postes, palos y ramas. A un lado había un miserable rancho de barro, donde vivía un pobre hombre que tenía el título y oficio de Gobernador del fortín y que era allí, en compañía de unos cuantos soldados, el todo de aquella fortaleza. En medio había un árbol, al que se subía para espiar los pasos del enemigo. El disparo de un cañón era la señal de peligro y era lo que aterrorizaba a los Abipones, quienes tenían un miedo cerval de acercarse a aquella seudo fortaleza.

El paso de El Tío

Otro paso peligroso era la llanura llamada de El Tío. No hay población alguna en treinta leguas a la redonda y esta soledad contribuye a que sea un lugar peligroso. Allí, particularmente en el punto denominado El Pozo Redondo, solían los Abipones ocultarse en medio de unos vecinos bosques. Era este un lugar donde se podía hallar algo de agua, aun en las épocas de mayor sequía, y por eso era frecuentado por cuantos hacían el viaje entre Córdoba y Buenos Aires. "Dos veces estuve en el Pozo Redondo, escribe Dobrizhoffer, y la primera fué no sin miedo y terror al recordar todos los asesinatos que allí mismo habían cometido los Abipones. La segunda vez fué con enorme pena pues no hallamos gota de agua, y hubiéramos perecido de sed si aquella misma noche no hubiese llovido abundantemente.

Un valiente, aterrado

"Para aumento de nuestro miedo nos contó nuestro guía lo que allí pasó con un valiente soldado venido de España. Como unos soldados paraguayos que le acompañaban ponderaran los insidiosos ataques de los Abipones y su destreza y valentía, rióse el europeo y tomó por la chanza cuanto le decían. Pero al siguiente día pudo el buen soldado europeo ver por sí mismo lo que eran los Abipones y cierto es que el valiente quedó tan aterrado al verlos y al oír sus gritos que sólo supo esconderse en las carretas y ver desde lejos cómo se retiraban llevándose el ganado que pacía en los campos".

¿Y qué hacían los Cordobeses?, preguntará sin duda el lector. No les faltaba soldados, pues tenían doce mil armados y en pie de guerra. No les faltaba armas ni les faltaban energías y tenían excelentes caballos y excelentes jinetes. Aun más: sus capitanes tenían la sed de gloria y sus soldados de-

seaban medirse con los Abipones. No obstante allí se estaban quedos mientras éstos devastaban la provincia. Un verdadero terror los tenía amedrentados y sin saber a qué atenerse. En una ocasión se supo que los Abipones cometían fechorías en los campos de Río Segundo y partió contra ellos un grueso destacamento. Ambos ejércitos se encontraron frente a frente en una llanura y ambos se estuvieron sin iniciar la batalla, no obstante el que unos a otros se insultaban y querían venirse a las inmediatas. Estaban en esas cuando un Abipón saltó en su caballo y adelantándose a las filas españolas los retó a que enviaran a uno de los suyos para combatir con él en combate singular. Nadie se movió. Los capitanes españoles lo habían así ordenado, bajo pena de muerte. Cansados por fin los Abipones de tanto esperar y haciendo burlas de los españoles se fueron sin ser molestados, pero con el designio de seguir molestando.

Abipones y Cordobeses

Para satisfacer las demandas de los vecinos y justificar la razón de su existencia, pretendieron los soldados cordobeses en varias ocasiones llegarse hasta las tierras mismas de los Abipones e inflingirles allí derrotas definitivas. Pero todas las veces que esto intentaron, les salió tan mal que los Abipones se persuadían de la incapacidad de los Cordobeses contra ellos.

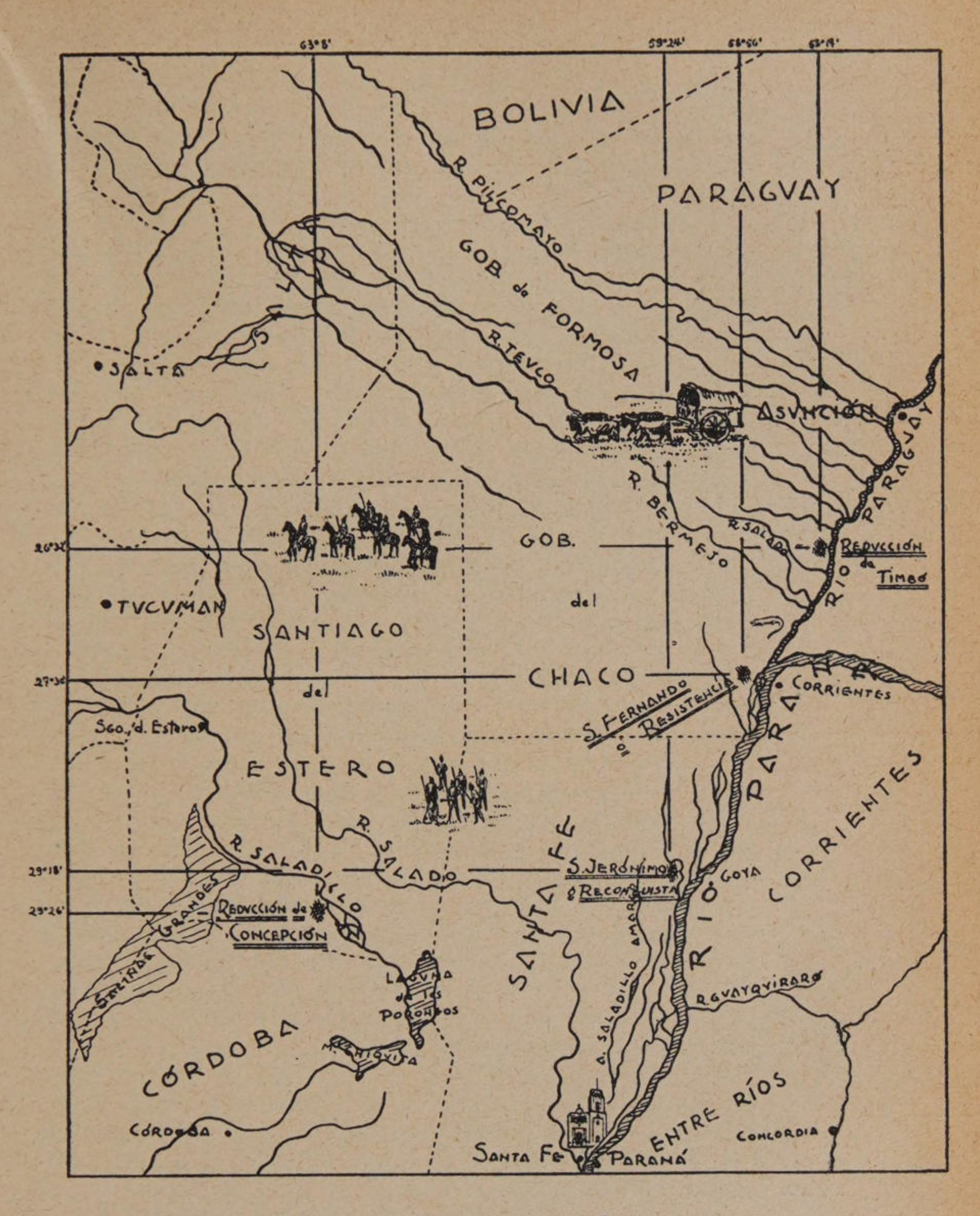
Dificultades de parte de los cordobeses

Eran muy otras las ágiles expediciones de los ágiles Abipones y las pesadas de los buenos Cordobeses, según informa Dobrizhoffer. Aquellos no llevaban sino sus caballos y sus lanzas, éstos echaban por delante tropas de caballos y de vacas, los primeros para equitar y las segundas para aprovisionamiento. Llevaban además todo un tren de carretas con otros comestibles y con las tiendas de campaña y las municiones. Hubo maestros de campo que iban en coche, como gran señor y tenía todo un servicio de personal a su disposición.

Otro grave obstáculo en el ejército cordobés era el que había demasiados capitanes y demasiado pocos soldados. Eran casi tantos los que mandaban como los que obedecían. El ejército de los Abipones sólo tenía un Jefe o caudillo. Uno mandaba y todos obedecían.

Ventajas de parte de los Abipones

Otro gravísimo obstáculo era el no saber cruzar los ríos a nado. Usaban los españoles las llamadas pelotas, pero la lentitud de éstas era enorme. Sólo acarreaban un hombre a la vez. Los Abipones cruzaban ríos, pantanos y esteros sin bajarse del caballo o si bajaban del mismo, era suma su ligereza y destreza. Los Santafesinos y Correntinos, dice Dobrizhoffer, eran buenos nadadores, pero no los Cordobeses. Así se comprobó en muchas ocasiones como en una expedición que hicieron contra los Abipones y llegaron hasta la ribera occidental del río Malabrigo. En la orilla opuesta estaban los Abipones Rükakes, muy tranquilos contra todo ataque, pues sabían la dificultad de los españoles para cruzar ríos.



Las cuatro Reducciones de Abipones:

San Jerónimo, ahora Reconquista, 1748.
La Concepción, 1749.
San Fernando, ahora Resistencia, 1750.
Rosario o Timbó, 1763.

Quienes no podían estar tranquilos eran los españoles, pues fatigados del viaje y lejos de sus centros de aprovisionamiento podían en cualquier momento ser atacados por los Abipones que en un abrir y cerrar de ojos eran capaces de cruzar el río y caer sobre ellos.

Alvarez, Benavídez y Landriel

Tuvieron los Cordobeses algunos jefes de valer, pero ni ellos pudieron acabar con las invasiones abiponas. El Capitán Alvarez, de Río Segundo, y el Comandante Benavídez, de Río Seco, fueron dos hombres valientes y atrevidos, como valiente y atrevido fué siempre el guía de todas las expediciones, Landriel, pero no era por las armas sino por la cruz que se había de doblegar la altivez de los Abipones y amistarlos con los españoles. No eran los soldados de Córdoba o Santiago del Estero, sino los misioneros Jesuítas quienes habían de realizar ese portento, como en efecto lo realizaron.

Cómo conquistar a los Abipones

Los españoles deseaban estar en buenas relaciones con los Abipones y si esto era imposible, el exterminarlos en forma definitiva. Pocos a la verdad pensaron en la gran solución cristiana: su conversión al cristianismo. Era ciertamente ese el mejor medio de conquistarlos, y conquistarlos para siempre. En esa forma no sólo serían amigos y aliados, sino hasta los más sinceros defensores de las poblaciones españolas. El caso elocuentísimo de los Guaraníes reducidos a pueblos pacíficos y laboriosos, era un antecedente valioso que se pudo y debió de haber imitado, si causas diversas, sobre todo la escasez de misioneros, no lo hubiera obstaculizado.

El P. Barzana en 1593

El primero que con singular intrepidez acometió esta empresa fué el P. Alonso Barzana. En 1593, después de haber trabajado heroica y abnegadamente entre los Lules y Matarás, partió del Tucumán hasta la ciudad de Corrientes, al través de las inmensas llanuras y espesos bosques chaqueños. En compañía del P. Pedro de Añasco y de un grupo de indios Matarás, animóse el valiente misionero a emprender una travesía que aun hoy día, en cómodo vehículo, se hace poco menos que intolerable. Quienes en la actualidad hacen el viaje desde Metán hasta Resistencia, que fué aproximadamente la ruta que debieron seguir los PP. Barzana y Añasco, confiesan que aquellas veinticuatro horas de ferrocarril les resultan tan interminables como molestas por el calor, el polvo, la humedad y los mosquitos.

No hemos podido precisar donde trató Barzana con los Abipones pero debió ser en Corrientes, donde estuvo no pocos meses, y en la ribera occidental del Paraná, frente a aquella ciudad, a donde acudiría el anciano misionero para tratar con aquellos indígenas.

Empeñóse tanto en su conversión que llegó a poseer su idioma y aseveran los historiadores contemporáneos que escribió un Arte y un Vocabulario de la lengua de los Abi-

pones, además de un Catecismo y algunos sermones en Abipón. Según Ludewig, De Backer y Sommervogel se llegaron a imprimir así el Arte como el Vocabulario de la lengua Abipona que compuso Barzana, pero ese aserto es inexacto, como hemos comprobado en otra oportunidad (1).

Medio siglo después

Medio siglo pasó sin que misionero alguno llegara hasta el *habitat* de los Abipones o sea, hasta que en 1641 se interesó tan intensamente por ellos el P. Juan Pastor que no contentándose con tratar de conquistar para el Evangelio a los que llegaban hasta Tucumán o Santiago del Estero, hizo el largo viaje que con anterioridad había hecho el P. Barzana, hasta donde tenían ellos su asiento ordinario y tratar allí de su conversión en forma eficiente.

El P. Pastor en 1641

Mientras era rector del Colegio que tenían los Jesuítas en Santiago del Estero (1640-1644) conoció el P. Pastor a los Abipones y se dió plena cuenta del gran bien que sería su conquista para el Evangelio. No le intimidó el saber que su *habitat* era a unas ciento sesenta leguas de distancia, ni lo difícil, por no decir imposible, de los caminos. La perseverancia de este hombre intrépido, dice muy bien un historiador, venció todos los obstáculos.

Eligió por su compañero al P. Gaspar Cerqueira, natural de la Concepción del Bermejo, y que conocía la lengua toncote. A mediados del año 1641 partieron ambos Jesuítas desde Santiago del Estero con rumbo al este. Después de haber andado unas cien leguas, o algo menos, llegaron al país de los Indios Matarás. Estos formaban una especie de reducción, a orillas del Salado, y allí estuvieron algunos días ocupados en ministerios espirituales con ellos, al cabo de los cuales y en compañía del Cura y de un grupo de Caciques Matarás que decían conocer la ubicación de los Abipones y deseaban amistarse con ellos, partieron hacia el punto donde deseaban llegar.

Travesía de sesenta leguas

No les desalentó el pensar que los esperaba un viaje de unas sesenta leguas al través de un país desconocido para ellos y lleno de bosques, malezas, esteros y peligros de toda índole. Sin la ayuda providencial de los Matarás jamás habrían podido hacer semejante expedición. Muchas veces era tan impenetrable la maraña de la selva que les fué necesario ir a gatas, arrastrándose por el suelo. La sed ardiente, efecto del calor y de la fatiga corporal, no tenía remedio pues sólo hallaban a las veces un charco de agua fétida y mugrienta que lejos de poder ser bebida se hacía intolerable a las narices y ojos.

Por todos lados hallaban señales de la presencia de tigres y doquier les acompañaban verdaderas nubes de mosquitos. Las molestias de éstos y el temor de aquéllos no les permitían dor-

---

(1) *Alonso Barzana,* Buenos Aires, 1934, p. 22.

mir tranquilos durante la noche, después de un día de tanta preocupación. Las regiones cubiertas por bosques eran terribles, pero no lo eran menos las exentas de ellos, pues estaban llenas de esteros y bañados. Fué un gran triunfo de los dos jesuitas el haber podido animar a los indios Matarás a que no se cansaran y quisieran retroceder ante tantos y tan bravas dificultades.

La constancia de todos fué ampliamente premiada, pues llegaron a la vista del Río Bermejo. Dos leguas antes de llegar al *habitat* de los Abipones, ordenaron los Padres a los Matarás que permanecieran allí, y quedó con ellos el mismo P. Pastor, pues temía que en caso de abandonarlos volverían todos huyendo, pues era enorme el miedo que tenían a los Abipones.

Con el P. Cerqueira

Como el P. Cerqueira sabía el tonocote, idioma que se presumía sabrían algunos Abipones, se adelantó con dos compañeros para ver de llegarse hasta ellos sin ser tenido por espías o enemigos. Apenas habían andado una legua cuando vieron venir hacia ellos una tropa de unos doscientos Abipones. Valientemente llegóse hasta ellos el Padre y en lengua tonocote les dijo: "Mucho os engañáis si creéis que yo estoy alarmado a vuestra vista, pues precisamente para veros es que he hecho este viaje, y es lo que más deseo. Aquí me tenéis, después de haber cruzado enormes desiertos y sufrido mil penalidades, y todo por vosotros. No me consideréis un enemigo, ni alimentéis sentimientos hostiles contra mí. Ved cómo he venido sin armas, porque no he venido a haceros mal sino a daros a conocer el camino de la felicidad. Si deseáis vuestra dicha y bienestar, no desechéis al que os lo va a proporcionar, y así consideradme como a un amigo y como a un enviado o mensajero del que es el Criador de todas las cosas".

Satisfechos los Indios con estas palabras y cambiados los saludos que son en ellos de costumbre, manifestaron acogerle amistosamente para la embajada de que era portador. Entonces el Padre Cerqueira les dijo como, a poca distancia de allí había quedado otro Padre, y con él unos Caciques y como traían tijeras, agujas, cuentas de vidrio y otras cosas con las que querían obsequiar a quienes quisieran conocer la ley de Dios.

Llega el P. Pastor

Uno de los Caciques al saberse por el P. Cerqueira de que había quedado atrás el otro Padre, ordenó a su hijo que fuera en su busca, como en efecto lo hizo. No bien llegó fué recibido con grandes señales de júbilo, uno de los cuales era el golpearse todos los labios haciendo el ruido consiguiente. Les dijo el Padre Pastor cuál era el objeto de su venida y les repartió algunas de las cositas que consigo traía como alfileres y agujas, etc.

Los Indios por su parte sacaron alguna comida para los recién llegados. Aunque bien hambrientos hubieran preferido no tener que comer de aquello, pues era pescado que hedía por su estado de putrefacción. Buen sacrificio fué para los Misioneros el comer algo de aquello que tanto les repugnaba. Todo fué menester para inspirarles confianza, como en efecto se les llegó a inspirar.

La Cruz en el Chaco

Al día siguiente trabajó el P. Pastor una grande aunque tosca cruz con maderas de esos bosques, y la plantó en el suelo, tomando así aquellas tierras en nombre de Cristo y para el triunfo de la religión. Junto a la Cruz improvisó un altar y dijo allí la santa misa. Terminada ella, llevó a los Indios en procesión alrededor de aquella Cruz y les enseñó a hincar la rodilla delante de ella. Todo lo hicieron los Indios con el mayor respeto, y con el mismo y con una atención asombrosa escucharon cuanto les dijo sobre el objetivo de llegarse a ellos y cuanto les explicó sobre las grandes verdades de la fe.

Calíguila y los jesuítas

Caliguila, que era el cacique de aquella horda de Abipones no solo aprobó cuanto el Padre dijo e hizo sino además quiso él mismo introducir a los Misioneros a otros cacicazgos. Al efecto trasportó a los dos Padres a la otra margen del Bermejo y los llevó a los otros grupos de Abipones. Estos los recibieron con señales de alegría y demostraciones de gozo, y escucharon con grande interés cuanto les dijeron los dos jesuitas. La concurrencia fué aumentando de día en día porque ellos mismos hicieron que llegara la noticia a otras hordas, más o menos vecinas.

Caliguila no tuvo en todo esto la más mínima dificultad, antes mostróse complacido de cuanto decían y hacían los Misioneros. Les autorizó en público para que construyeran una una iglesia, para que bautizaran a los niños y para que instruyeran a todos. Sólo quiso una condición, y fué que a los jóvenes no se les debía entretener demasiado, antes y después del mediodía, con largas oraciones o ceremonias, pues esto podría debilitar en ellos el ardor militar y hacerlos menos eficaces en el uso de las armas, a causa de la inactividad y hábitos sedentarios que pudieran por esa causa originarse.

Con sus arcos y flechas

Atreviéronse los Padres a rectificar este concepto del Cacique con la prueba de los jóvenes españoles, quienes son piadosos y no obstante son buenos soldados, como ellos mismos confiesan. Reconoció el Cacique la verdad de esto, y pidió entonces en nombre propio y de los demás Caciques el que se permitiera a los jóvenes el llevar siempre consigo sus habituales armas, a fin de que jamás se vieran en el trance de ser sorprendidos por el enemigo sin ellas. Con gusto accedieron los Padres a esta demanda. Lo que no podían aceptar, y

que poco a poco les iban sugiriendo, era el que realizaran sus ritos idolátricos o supersticiosos en los sepelios de los suyos.

Labor de los dos jesuítas

Así las cosas, hizo el P. Pastor una gran cruz valiéndose al efecto de una gran palmera, y lo plantó en la localidad con las ceremonias adecuadas. Les explicó a los Indios los principios fundamentales de la fe, para lo cual tenía reuniones diarias. De tal suerte hicieron mella las conferencias de los Misioneros que llegaron a abandonar no pocas de sus salvajes costumbres y a formarse una idea exacta de la sinrazón de los hechiceros. Viendo que todo marchaba bien, determinó el P. Pastor que su compañero volviera a cuidar de sus indios Matarás, y quedóse él solo en medio de los Abipones.

Aunque ya avanzado en años y debilitado por los mismos, redobló el buen P. Pastor sus esfuerzos, de suyo harto endebles, y comenzó por construirse una cabaña de postes y paja cubierto de barro. Con tesón trabajó en poco tiempo un vocalubario de la lengua Abipona.

Fin de la Reducción

Así estaban las cosas y así estaba consagrado el P. Pastor a su labor entre los Abipones con quienes había grandemente simpatizado, cuando le llegó un mensajero con la orden, de parte de su superiores, de concurrir a Córdoba para tomar parte en la próxima Congregación Provincial. Esta efectivamente se celebró en julio de 1644 y quiso Dios para grande pena del misionero que fuera precisamente él a quien se eligiera para representar a la Provincia del Paraguay ante las Cortes de Madrid y Roma, de donde no regresó hasta tres años más tarde.

Escasez de misioneros

Desgraciadamente no tuvieron los Superiores a quien enviar a los Abipones para reemplazarle durante su ausencia, pero esta pena estaba endulzada con el amplísimo permiso que le había dado la Congregación para traer sacerdotes ya formados y aptos que pudieran hacerse cargo así de la misión de Abipones como de otras no menos necesitadas. Pero este consuelo resultó un gran desconsuelo, pues después de haber reunido sobre todo en Italia, Alemania, Flandes una lucida expedición de futuros misioneros y cuando estaba para embarcarse con ellos recibió de la Corte la prohibición de llevar extranjeros al Río de la Plata.

Sólo un sacerdote

Esa orden fué fatal. Los misioneros reunidos y a punto de embarcarse volvieron a sus respectivos países, y el P. Pastor tuvo que regresar trayendo tan solo a un sacerdote y a trece novicios y estudiantes incapaces todavía de desempeñar el puesto de misionero. Así fracasó a mediados del siglo XVII la incipiente conversión de los Abipones, como fracasó también la que ya se había iniciado entre los Tobas y Mocobíes.

Después de un siglo que fué de terribles matanzas y continuos malones sobre Tucumán, Santiago del Estero, Corrientes y Santa Fe, pudieron los jesuítas fundar las dos reducciones

de indios Mocobíes, reducciones que influyeron grandemente para que los Abipones, amigos y consanguíneos suyos, desearan a su vez tener pueblos a la manera de aquellas reducciones.

Reducciones de Mocobíes

En otra oportunidad hemos relatado extensamente cómo en 1743 y gracias a la abnegación del eximio misionero P. Francisco Burgés, se fundó la Reducción de San Javier sobre el río del mismo nombre y en el local donde al presente se halla el pueblo de la misma denominación. También hemos historiado como en 1765 y sobre el Salado y junto a uno de sus afluentes, el Inspín Chico fundó el P. Florián Baucke la Reducción de San Pedro. La conducta de los Caciques Aletín y Chitalín, verdaderos fundadores y promotores de San Javier, junto con el citado P. Burgés, no sólo contribuyó a cimentar y afianzar aquel pueblo, pero influyó también enormemente así sobre los Mocobíes que no habían querido reducirse como sobre los Abipones que no habían tenido oportunidad de reducirse.

Los Abipones las visitan

El P. Martín Dobrizhoffer que fué uno de los misioneros de Mocobíes en el pueblo de San Javier, nos asegura que "los Abipones, a causa de su vieja amistad con los Mocobíes, eran recibidos con toda hospitalidad en aquel pueblo, y tratados con generosidad siempre que se llegaban al mismo. Encantados con los obsequios que les hacían los Padres y con el modo de ser de los mismos y de los indios reducidos, comenzaron a sentir gusto a la vida que los Mocobíes habían abrazado. Kebachin, hombre de grande prestigio entre los Abipones, prometió de inducir a su gente a formar reducción y hacer que ellos mismos solicitaran esa gracia a las autoridades españolas. Después el principal de los caciques Abipones, Debayakaikin, manifestó abiertamente su deseo de tener una reducción dentro del territorio de Santa Fe, y tenía el mejor deseo de que se realizara, pero negóse a ello al informarle el señor gobernador que debía de fundarse la nueva población sobre las riberas del Salado. La razón la daba otro Cacique, Ichoalay, al manifestar, como manifestó, que el gobernador quería que fundaran allí porque así estarían bien cerca de la ciudad y los españoles de la misma los utilizarían como a criados y sirvientes, cosa de que abominaban los Abipones. Sabían muy bien que así serían unos verdaderos esclavos de los españoles. No iban ciertamente muy descaminados en este juicio que hacían, pues la experiencia de lo que había acaecido con los Calchaquines no les era desconocida.

Palabras del P. Cardiel

Otro de los misioneros que estando en los pueblos de Mocobíes trataron con los Abipones fué el célebre P. José Cardiel y de él son las líneas que consignamos a continuación: "Sobre quien se puso, escribe Cardiel, notable empeño ha sido sobre la conversión de la otra nación de Abipones, por ser más sangrienta contra los cristianos. Habléles mucho sobre este punto,

cuando pasaban por el pueblo. Hacíales diversos regalos, aunque con envidia de los catecúmenos, que murmuraban de que a gente tan mala hiciese aquellos agasajos. Como todas estas naciones son de la corta capacidad que hemos dicho tienen los Guaraníes, les proponía principalmente medios temporales y palpables. Ya veis, les decía, lo que está sucediendo cada día, que aunque vosotros matéis muchos cristianos, ellos matan siempre alguno de vosotros: un día matan a tu hermano, otro a tu padre, otro cautivan a tus hijos y mujeres: vivís toda la vida en un continuo susto: pues cuando vais a pillaje, salen contra vosotros los españoles, y cuando estáis en vuestras tierras, van a buscaros a ellas, en que a veces os toman desprevenidos; y aunque no vayan, corre muchas veces la voz de que van: huís de rebato con vuestras familias y perdéis la algarroba que teníais amontonada para vuestro sustento, y las ovejas, vacas y bueyes que habíais hurtado, viviendo en una continua zozobra, sin hacer pie en parte alguna, temerosos, vagabundos y huidos. Estáis viendo la grande disminución en que habéis venido a parar, cuando erais antes muchísimos en número, según decís, cuando estabais en paz quietos en vuestras tierras; y cada día vais a menos. Pues no es mejor reduciros a pueblo, en que no tendreis enemigos, antes bien los mismos españoles serán vuestros defensores, como lo están haciendo en todos los demás pueblos de recién convertidos? ¿No es mejor libraros de tantos sustos y pérdida de vuestras cosas?

Para conquistarlos

"Es mejor el reduciros"

"Si os reducís a pueblo, os daremos de comer y vestir, y no padeceréis la mucha hambre que padecéis en vuestras tierras cuando se os acaban los hurtos que es presto, por veros reducidos a sustentaros de sola la caza que halláis escasamente; y además de eso, os daremos casa en que vivir, librándoos de tantas incomodidades que padecéis en vuestras esteras, en verano del ardentísimo sol, y en invierno de las heladas. ¿Quién habrá, si no es que sea un loco, que deseche tantas conveniencias que se le vienen a las manos? Verse libre de enemigos, de sustos, de sobresaltos, de heridas, y muertes, de la hambre, desnudez y desabrigo; y después de esto, tener por socorro, ayuda y amparo a los que les causaban tanto daño, aunque lícitamente, por vía de defensa. Además de esto, reduciéndoos a pueblo, juntándoos muchos, ¿qué enemigo indio se atreverá contra vosotros? Del modo que vivís, de 10, o lo más de 20 en 20 familias solamente, pues no podéis vivir muchos más juntos por falta de caza en un paraje, los enemigos que os espían y vienen en gran número, fácilmente os vencen. Pero a 200 de armas que os podéis juntar conmigo en pueblo, ¿quién os podrá vencer? Fuera de todo lo dicho, se os seguirá el mayor bien de todos, que ahora sabéis poco estimar y después cuando entendáis más lo apreciaréis sobremanera: éste es el haceros cristianos. Y aquí les explicaba lo que es ser cris-

Siendo muchos, seréis fuertes

tianos, lo que debían creer y obrar, los daños eternos de que por ello se libraban, los bienes eternos que conseguirían, y la grande alegría de corazón que en esta vida les causaría: todo al alcance de su corto entender, con símiles muy materiales y caseros.

"Proseguía quitándoles sus recelos, que los Padres no veníamos a engañarlos para entregarlos por esclavos, pues si así fuera, andaríamos con armas y armaríamos a nuestros peones; y sería un grande desatino el meternos sin prevención ninguna en tantos riesgos entre sus lanzas y macanas: que no buscábamos otro interés que el bien de sus almas, el librarlos de tantas calamidades en esta vida y del infierno en la otra, por ser ellos nuestros prójimos y hermanos; por ser criaturas de Dios, a quien nosotros, que pensamos y hablamos mucho cada día con él (decíalo por el rezo y Misa), queremos mucho y deseamos mucho darle gusto por ser muy bueno, por los muchos bienes que cada día nos está haciendo, dándonos el sol, la comida etc. (aquí les explicaba sus beneficios que ellos pueden palpar). Que Dios gustaba mucho de que así lo hiciésemos para no verse obligado de echarlos al infierno; y que nos prometía grandioso premio en la otra vida por hacerlo así. Que nosotros éramos distintos de los demás españoles, los cuales, si los tomaban por esclavos, era en recompensa de los hurtos que ellos les hacían: si los tomaban y mataban, era en castigo de ésto y de las muertes que ellos hacían: si comerciaban y en todas ocasiones buscaban hacienda, era porque tenían mujer e hijos a quienes debían sustentar con decencia. Pero nosotros nunca salíamos a castigos ni venganzas como ellos lo veían en las guerras y refriegas. No teníamos mujer ni hijos a quien sustentar. Teníamos suficientemente que comer y vestir, y aun que repartir con ellos, como lo veían, y por eso no buscábamos de ellos interés alguno. Que procurábamos imitar a Dios, el cual da la luz, la lluvia, la caza, la algarroba, los frutos, a todos, buenos y malos, sin necesitar de nadie, sólo por hacer bien: que así hacíamos nosotros en lo que les dábamos. Que el pensar lo contrario era de maliciosos, y de quienes no nos conocían. Que fuesen a preguntárselo a los Guaraníes, en donde verían que teníamos 30 pueblos, cada uno mayor que la ciudad de Santa Fe, no sólo sin haberlos entregado a los españoles por esclavos, sino aun sin haber entre ellos español alguno que los mande. No sólo no sacando de ellos interés, sino trabajando continuamente por darles de comer, vestir y por el bien de sus almas, como les podían informar muchos de los peones, que allí tenía y habían estado en los Guaraníes; y aquí les explicaba quienes fueron de su gentilidad, cómo se convirtieron y cómo vivían.

"No seréis esclavos"

Como los Guaraníes

"Estas razones repetidas en varias ocasiones, especialmente las temporales, y acompañadas con dádivas, les movían tanto,

El Cacique Regue-queinqui

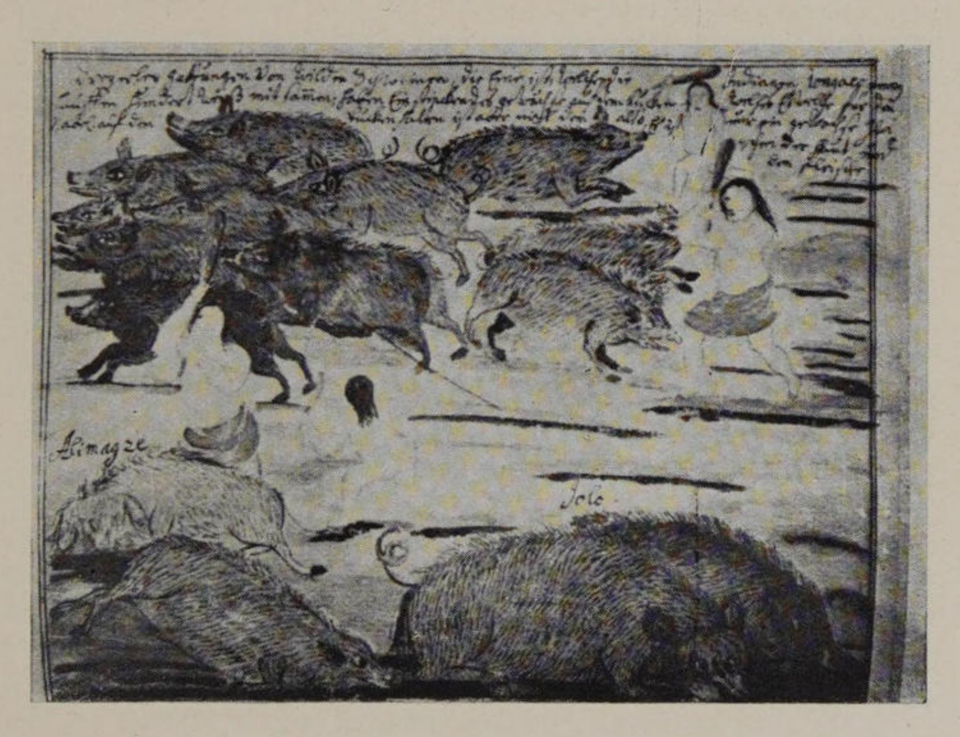
que el cacique principal, llamado *Reguequeinqui*, muy valiente, y que guardaba más que los demás su palabra, me prometió el que se reduciría a pueblo, y haría que toda su nación lo siguiese. Eligió para él una tierra acomodada, en medio de Santa Fe y las Corrientes, en las tierras de su habitación. Díjele que me agradaba la tierra por las conveniencias que él representaba y otras que yo sabía; pero que era menester primero dar cuenta a mi Padre Capitán (así llaman al Provincial) y al Gobernador, y que según lo que ellos juzgasen les daría la respuesta; que volviesen dentro de dos meses, y que entretanto hablasen a los demás y que los redujesen a que los siguiesen. Volvió al tiempo señalado acompañado de muchos vasallos, para llevarme al sitio señalado. Estaba yo 50 lenguas de Santa Fe, haciendo misión a los españoles. Respondióles el P. Rector del Colegio y el Teniente del Gobernador que yo estaba ausente y que no podía volver en un mes: que volviesen dentro de tres meses, que para aquel tiempo estaría yo ya con todas las cosas necesarias para ir a formarles pueblo. Volvieron a los tres meses. Sobre el punto de formar pueblo en donde decían, puso muchas dificultades el Teniente. Quería que fuese allí cerca para varias conveniencias particulares de la ciudad y comercio, que él, como poco práctico en el trato de los indios, se imaginaba, y nosotros conocíamos no eran convenientes ni para los indios ni para la república. Desarmóme la obediencia para no contrastar con él. Disgustáronse los Abipones, y se quedó sin formar el pueblo; y prosiguieron en los hurtos y muertes en las demás ciudades y caminos con mucho dolor de mi corazón. Ahora, después de dos años, en que, he hecho diversos viajes, me escriben que por medio del P. Compañero que en pueblo de los Mocobíes dejé, vuelven otra vez a pedir se les forme pueblo, y una parcialidad pide determinadamente que yo vaya a formárselo; y estoy en ir allá dentro de tres o cuatro meses que tardaré en un viaje a otros infieles, que está ya aparejado por mar y tierra. Quiera el Señor darme vida, espíritu y salud para ello. Entretanto el P. Rector de Santa Fe está haciendo vivas diligencias para el efecto; y ya he conseguido órdenes del Gobernador para lo que debe hacer su Teniente, y se los he enviado muy a medida del buen efecto que se desea. Pido a los que leyeren ésto encomienden a la piedad de nuestro gran Dios el éxito de una cosa de tanto servicio suyo y sosiego de estas gobernaciones".

Pedían Reducción

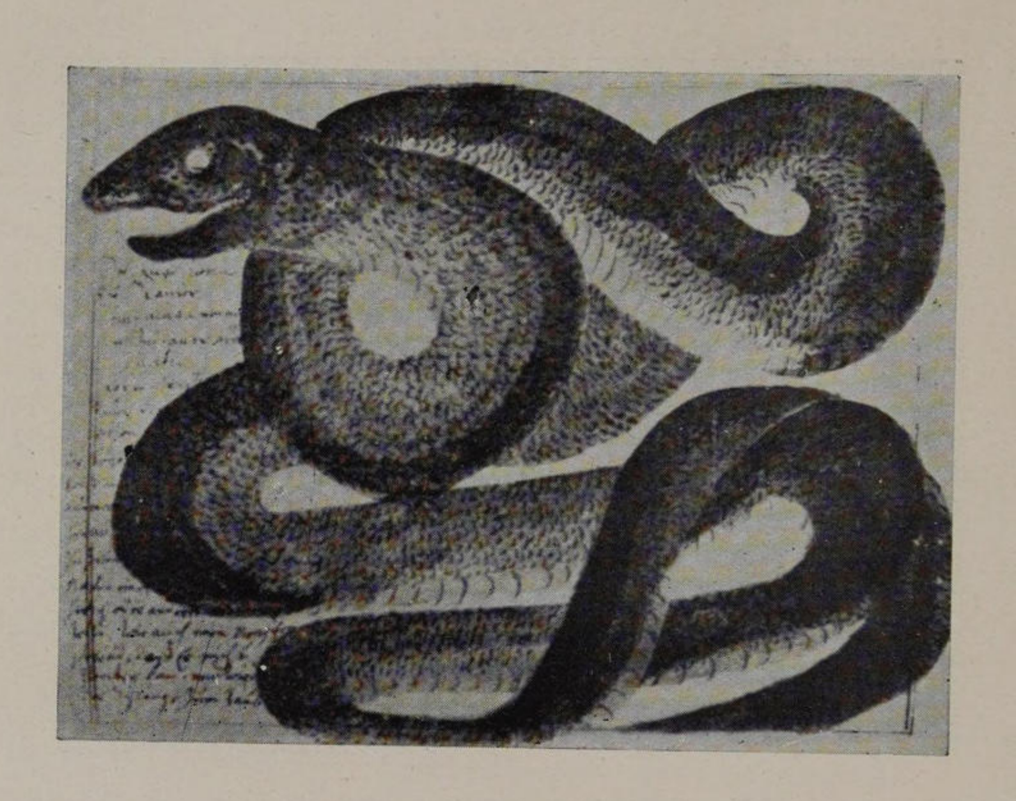
Así escribía el P. Cardiel en 20 de diciembre de 1747, cuando precisamente la fundación del primer pueblo de Abipones era una halagüeña realidad.

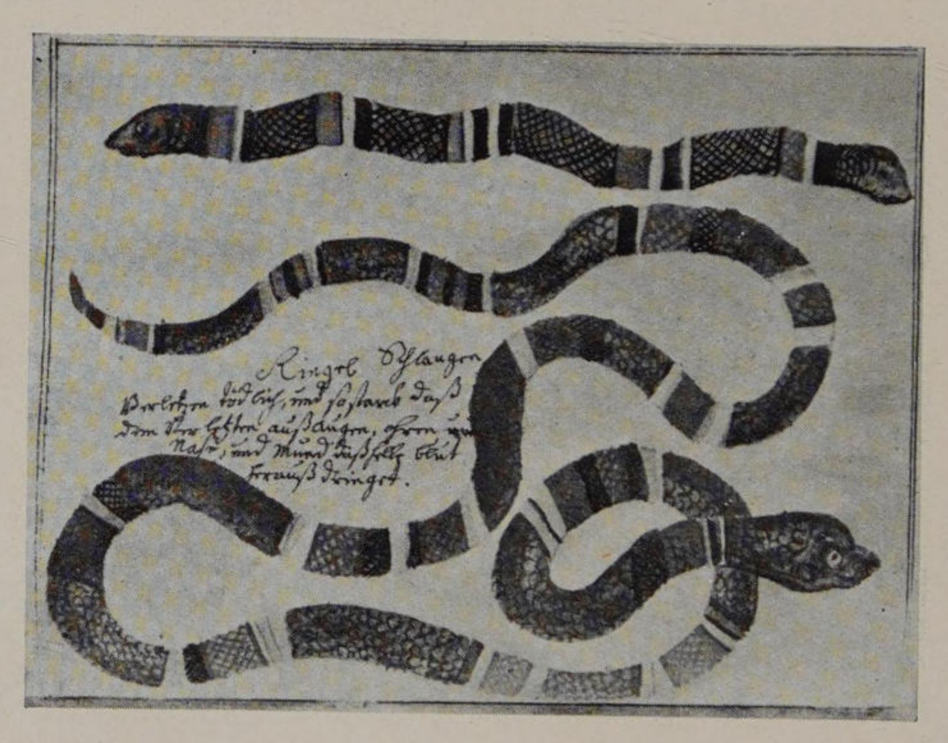
"El año de 1747, escribía después el P. Domingo Muriel, pasando de Córdoba a Rector del Colegio de Santa Fe el P. Diego de Horbegozo, fué empeñado de los cordobeses en negociar la paz con los Abipones, y la fundación de un pueblo





Fauna chaqueña, según Baucke





Ofidismo chaqueño, según Baucke

para que la paz fuese firme. La paz se hizo en Añapiré, aunque la parte de Córdoba llamada no concurrió. Esto de tratar y concluir un Jesuíta la paz con Naciones bárbaras ha sonado alguna vez con badajadas de arrogancia intolerable. La verdad es, que el Padre en esta ocasión se sacrificó por el bien público, ya que no había quien se atreviese a poner cascabel al gato".

El P. Diego de Horbegozo

Lo que negoció el P. Horbegozo con los cordobeses y lo que deseaba hacer en Santa Fe, no bien llegara a esa ciudad, nos lo dice él mismo en una interesante carta que escribió desde Córdoba al Sr. Mariscal y Gobernador de Buenos Aires, Don José de Andonaegui:

"Muy señor mio, la muy apreciable carta de V. S. de 26 de septiembre me ha dado tanta complacencia, como debe creerlo, un sujeto que reconoce el empeño de V. S. en favorecerle, y que desea sinceramente agradecerle, según en posibilidad, sus excesivas fuerzas. He conseguido del Padre Obragero, que dejando otras faenas, que le ejecutaban, atendiere con toda brevedad posible a acabar las treinta varas de Hábito, que pidió a V. S. ese pobre Religioso. . .

"Yo he de salir de aquí para mi Colegio de Santa Fe dentro de cinco días de la fecha de ésta (siendo Dios servido), y estimaré mucho que V. S. se sirva mandarme, con toda seguridad de mi obediencia, en cuanto pudiere servirle, no sólo yo, sino también aquel Colegio (todo de V. S.) que los Superiores han encomendado a mi cuidado.

El gran proyecto

"Ahora trato aquí con los señores de ambos Cabildos, Eclesiástico y Secular, sobre el importante asunto de reducir a Pueblo, y convertir la Nación de los Abipones, que es la que incesantemente hostiliza estas fronteras. Ayer en Cabildo abierto determinaron concurrir con las limosnas que pudiesen todos los individuos de su dilatada jurisdicción. Y para que en Santa Fe pueda yo acalorar obra tan del beneplácito Divino, sin experimentar oposición de aquellos Ciudadanos; suplico a V. S. con el mayor rendimiento tenga por bien de escribir al Cabildo Secular de aquella ciudad, y al Teniente de ella, con expresiones propias del Cristiano Celo de V. S.; y de modo que sepan aquellos caballeros el empeño de V. S. en favorecerme, no sólo en asunto de tanta gloria de Dios, sino también en materias de inferior momento. Todo me lo promero de la innata propensión de V. S. en honrarme, y mucho más en fomentar con singular esmero cuanto conduce al obsequio y gloria de nuestro amabilísimo Dios, a quien de todo corazón ruego, prospere por muchos años la importante vida de V. S. Córdoba y octubre 24 de 1747.

Diego de Horbegozo.

El Cabildo de Santa Fe favoreció las pretensiones del jesuíta y en el curso de 1748 se pudo tener la Asamblea compuesta por las ciudades de españoles y por los caciques de las diversas parcialidades. De esa reunión, iniciada y presidida por el P. Horbegozo surgió la llamada Paz de Añapiré. Como ya lo recuerda el P. Muriel, en las palabras ya transcriptas, Córdoba no participó en aquella Asamblea memorable pero sabemos que favoreció después la fundación del pueblo de San Jerónimo que era uno de los capítulos votados en Añapiré (1).

Paz de Añapiré

Desde que llegó a Santa Fe el buen P. Horbegozo, abrió las puertas del Colegio a cuantos Abipones llegaban a la ciudad, disponiéndoles así para la proyectada fundación. No sin el consiguiente temor y sobresalto de los estudiantes y no sin las protestas más o menos legítimas de los Profesores y Prefectos del Colegio entraban y salían del patio y del huerto y recorrían los claustros los bravíos hijos de la selva. Si el otrora florido "patio de los naranjos" nos pudiera comunicar sus visiones de antaño, ¡cuántas páginas de brillante colorido pudiéramos aquí consignar!

El P. Horbegozo encontró un competidor en la persona del Teniente del Rey, Francisco de Vera Mujica, quien supo aprovechar y fomentar la nobilísima iniciativa del Rector del Colegio.

Conforme a lo estipulado en Añapiré debían los indios volver a esa misma localidad después de tres lunas, pero por estar ocupados en una guerra contra la Asunción no cumplieron con lo pactado. Este fracaso no desanimó al P. Horbegozo. Bien escribe el P. Bustillo que "este fervoroso jesuíta y vigilante Superior no satisfecho con diligenciar a expensas cuantiosas de su Colegio nada opulento esta nueva fundación, pospuestas todas las comodidades de él y atropellados los peligros de su vida, salió para mayor facilitarla en compañía del P. Francisco Navalón, compañero entonces en el Pueblo de San Javier del P. Francisco Burgés, a buscar por el campo y montes a los infieles Abipones, que encontrados a las 80 leguas de viaje en el sitio mismo que poco después se formó el Pueblo de San Jerónimo, y ganados con algunos obsequiosos donativos primero sus afectos, obligó con su persuasiva natural acompañada de un espíritu apostólico, a que alguno de ellos con sus dos caciques Niripuri, y su sobrino Ichoalai, que después y por los españoles fué llamado Joseph Benavídez, conviniesen determinadamente en formarse en Pueblo, y escogieron luego para él el terreno en que entonces se hallaban. Prometióles para más cautivarles la voluntad, dejar en su compañía en aquel sitio al P. Francisco Navalón, mientras su Reverencia volviendo a la ciudad de Santa Fe de Vera Cruz,

Primeros pasos

(1) Archivo Municipal de Córdoba, libro 29º, f. 130.

daba cuenta de lo obrado al Sr. Teniente, y dispuestas las cosas, volvía dentro de pocos días a verlos, asistiendo personalmente a la erección de su apetecido pueblo. Hubiérase ejecutado así, si los Blandengues, así llaman a los Patricios, soldados pagados de dicha ciudad, no se hubieran, poseídos del miedo a estos indios, opuesto a quedarse entre ellos por algún tiempo aun en compañía del Padre Navalón, y en circunstancias de amistad. Por cuya repugnancia fué forzoso al P. Diego tornarse con su compañero, pero con el consuelo, por las promesas sinceras de los bárbaros de encontrarlos a su vuelta en aquel mismo paraje. Noticioso el señor Teniente de Santa Fe D. Francisco Vera Mujica del estado y ánimos de los indios, se dispuso prontamente anteponiendo al bien de la patria el servicio de Dios y del Rey, a todo descanso propio, erigir y fomentar con su presencia, proceder aprestado y bienes propios aquella nueva fundación.

Prepara-
tivos

Salieron juntos de la ciudad de Santa Fe el sobredicho Sr. Teniente y el P. Rector ya mencionado Diego de Horbegozo, llevándose consigo al P. José Cardiel, para que el celo extraordinario de este fervoroso jesuíta tuviese algún cebo en esta reciente fundación, y al dicho P. Navalón para compañero en ella del P. Joseph Brigniel, principal doctrinero, entonces ausente. Concluída la formación del pueblo y dada en nombre de S. M. jurídica posesión a los indios del terreno prescripto por las reales leyes de Indias, dieron la vuelta a Santa Fe de Vera Cruz el Sr. Teniente D. Francisco Vera Mujica y el P. Rector Diego de Horbegozo. Demoróse en el mismo Pueblo el P. José Cardiel en compañía del P. Navalón dos meses, hasta la venida del P. Brigniel.

Salen los
Misioneros

Los sobredichos Padres Francisco Navalón y José Brigniel emprendieron desde luego la ardua empresa de lidiar con la nación abipona, gente soberbia e indómita y casi insujetable a la ley divina y humana, y en circunstancias de ser su bárbaro y dificultoso lenguaje a ellos y a los demás jesuítas peregrino e incógnito, como a los españoles, fuera de tal cual cautivo que malamente lo entendía y peor lo hablaba. Trabajaron estos dos incansables misioneros en instruirlos en los sólidos principios de Nuestra Fe, pero con poco fruto por no querer tenaces dejar sus bárbaras costumbres, estudiar la lengua castellana y desairraigar de sus corazones un cuasi ínsito odio (propiedad casi de todo indio) en ellos, concebido contra el español, e imponerlos pero con mayor provecho en la obediencia debida a su Señor y nuestro, el Monarca de las Españas.

Comienzos
del Pueblo

Así historia en pocas líneas el P. Bustillo los orígenes del pueblo de San Jerónimo y hemos querido consignar su relato no sólo por ser inédito sino porque fué escrito por quien fué misionero en esas mismas regiones santafesinas.

Vera y Mujica

Completando esta sintética noticia hemos de recordar que después de la valiente y sacrificada expedición del P. Horbegozo en busca de los Abipones y antes de fundarse el proyectado pueblo bajó a Santa Fe Ychamenraikin, el cacique principal de los Abipones Rükakés y tuvo una entrevista con Vera y Mujica, habiendo prometido al mismo que se pudiera enseñar a la niñez y juventud la religión cristiana pero no se obligaría a los demás a asistir a las clases de catequesis. El Sr. Gobernador aceptó esta condición en la convicción de que a la larga sabrían los Padres atraer aun a éstos a las explicaciones catequísticas. Se comprometía, además, el cacique a no molestar de ahí en adelante a los españoles, firmando por el mero hecho de reducirse a pueblo, una paz total y perenne con ellos.

Fundación de S. Jerónimo

En esta ocasión quiso el Sr. Gobernador, y era esa también la voluntad de los jesuítas, que los mismos indios escogieran el punto que les pareciera más adecuado para el establecimiento del pueblo. Ellos no anduvieron en dudas sobre esto e indicaron la orilla norte del Arroyo o Río del Rey, que está como a setenta leguas al norte de Santa Fe y que era el punto central de toda aquella región que los Abipones consideraban su territorio.

Lugar que se eligió

Existe aquí una llanura de unas doscientas leguas de extensión, abundante en buenos pastos, en bosques de excelente madera para carpintería y para leña y había a la sazón enorme abundancia de animales salvajes. La tierra era excelente para toda clase de granos. No había, es verdad, mucha agua dulce, pero la suficiente. La de la mayoría de los riachos y arroyos cercanos era agua amarga o salobre que aun los animales se negaban a tomar. Esos ríos eran de suyo muy insignificantes, pero cuando acaecían lluvias fuertes crecían enormemente. Tal era también el caso del Arroyo del Rey.

Escogieron, como dijimos, la ribera norte de este Arroyo y lo hicieron para tener así una mayor defensa contra los Españoles, de quienes todavía no se fiaban. Años después, tranquilizados sus espíritus en este punto, se mudaron a la otra orilla de dicho Arroyo que era más adecuado por ser una grande y agradable elevación, al que jamás llegaban las aguas del Arroyo cuando se producían inundaciones.

Antecedentes

Cuando hubieron los indios convenido con el señor Gobernador en los puntos dichos, y especialmente en este de la ubicación, quiso el P. Horbegozo cerciorarse personalmente de la posibilidad o conveniencia de la misma y a este efecto partió allá con un grupo de Abipones. Escena fortificante, a la par que digna del pincel de algún artista, es esta peregrinación de setenta leguas al través de bosques y pantanos, con el fin de ubicar en forma acertada la primera reducción de indios Abipones. No creemos que el P. Horbegozo conociera bien el idio-

ma abipón, ni eran las misiones su vocación, pero no obstante se pone en camino y lleva así a feliz término los prolegómenos de la fundación del primer pueblo abipón.

El P. Horbegozo

Era el P. Horbegozo natural de la ciudad de Bilbao. Nacido allí el 16 de julio de 1696, ingresó en la Compañía de Jesús el 16 de agosto de 1713 y vino al Río de la Plata en 1729, en la expedición del P. Jerónimo Herrán. Terminados sus estudios y hechos los últimos votos en 1735 fué profesor primero y rector después del Colegio de Córdoba (1739-1744). Desde 1744 hasta 1747 recorrió el norte de Córdoba dando misiones rurales en compañía del P. José Mas. En 1747 fué nombrado rector del Colegio de Santa Fe, donde estuvo a lo menos hasta 1751. En 1758 le hallamos de misionero en el pueblo de San Borja, y en 1761 al frente de la Estancia de las Vacas, que estaba situada cerca de la Colonia del Sacramento en la actual República del Uruguay.

Conducta de los santafesinos

No bien regresó el P. Horbegozo de aquel viaje que realizó hasta encontrar a los Abipones y que fué el lugar donde querían los indios se emplazara el pueblo, se puso a disponer lo necesario: ornamentos sagrados, instrumentos de labranza y para construir casas, y sobre todo se empeñó en conseguir el necesario ganado para la sustentación de los futuros pobladores. Mucho tuvo el buen Padre que trabajar para esto postrero. Los santafesinos, asegura Dobrizhoffer, cuando estaban asediados por los Abipones y veían en peligro sus vidas y haciendas, prometían el oro y el moro para que se les librara de esta desgracia. Ahora, cuando se llegó a las inmediatas, las cosas cambiaron. Pocos daban y aun entonces eran los animales más inútiles que tenían en sus estancias. Aun las ofertas de los Gobernadores nunca llegaban a satisfacer las necesidades de los pueblos, por lo cual todo el peso, o la mayor parte del peso en llevar adelante las reducciones recaía sobre los jesuítas. No debemos olvidar que con respecto a los pueblos de Abipones fueron las Reducciones de Guaraníes y el Colegio de Santa Fe sus mejores bienhechores.

Primeros misioneros

Para misionero del nuevo pueblo señaló el Provincial, P. Manuel Querini, a dos jesuítas de eximias prendas, a los Padres José Cardiel "hombre de la más grande intrepidez" como asevera Dobrizhoffer, y Francisco Navalón "de carácter sumamente agradable y muy apto para las preocupaciones económicas", según asevera el mismo historiador.

El P. José Cardiel

El P. José Cardiel sólo estuvo algunos meses en el nuevo pueblo, pero le cabe la gloria de haber sido su primer cura, ya que el P. Navalón no fué destinado al mismo sino en calidad de compañero. Después llegó a ser este Padre el gran cura del pueblo, al que durante veinte años favoreció de infinitas maneras, según expresión de Dobrizhoffer.

El día 13 de marzo de 1704 nació en la feraz Rioja y en su pintoresca villa de la Guardia el padre José Cardiel. Niño aún pasó a la ciudad de Vitoria donde su padre ejerció la medicina y José en compañía de sus hermanos Tomás y Pedro, frecuentó las aulas del colegio que en esa ciudad tenían los jesuítas. Todos tres ingresaron después en la Compañía. Tomás falleció en el Colegio de Valladolid, donde fué profesor durante muchos años; Pedro pasó a las misiones de Quito y José, que había ingresado en la Compañía el 8 de abril de 1720 pasó al Río de la Plata en 1729.

Tres hermanos

Dos años después le hallamos en plena labor. En 1732 le encontramos en la Reducción de Santiago Apóstol, ayudando al P. Antonio Ribera. Pasó después a los pueblos de Jesús y San Cosme y San Damián, habiendo en todas partes dado pruebas relevantes de su celo apostólico y de sus eximias habilidades.

Se encontraba Cardiel en Corrientes cuando fué elegido por sus superiores para cooperar en la fundación de los pueblos o reducciones de indios Mocobíes, inauguradas en 1743. En agosto de ese año había fundado el Padre Francisco Burgués el pueblo de San Francisco Javier, pocas leguas al norte de la actual ciudad de Santa Fe, y como escribía después el mismo Burgués, "a los tres meses de fundar el pueblo llegó el P. Provincial Bernardo Nusdorffer trayendo consigo al padre José Cardiel, para que quedase conmigo. . . Proseguimos el padre Cardiel y yo con las faenas (relativas a la construcción de casas y galpones) e instrucción de indios, y especialmente el padre Cardiel que sabía la lengua Guaraní se aplicó al manejo de los (indios guaraníes) conchavados; y entrambos por semanas (nos aplicamos) a las pláticas de los Mocobíes por medio de intérprete. Pero esto duró poco porque apenas estuvo el padre Cardiel cuatro meses cuando fué llamado a Santa Fe y vino en su lugar el padre Jayme Bonenti" (1).

Cardiel y los Mocobíes

La razón de sacar los superiores al padre Cardiel del pueblo de San Javier fué para encomendarle una empresa más difícil que la que tenía entonces entre manos. En la consulta de provincia habida en Córdoba, en enero de 1744 (2), se dice que en dicha reunión deliberativa propuso su Reverencia (el padre Provincial) de qué sujeto se podía echar mano para la empresa que se ofrece de los Abipones nuevamente. Uno (de los consultores) propuso al P. Cardiel; otro al P. Harder o al P. Lorenzo Balda". La opinión del primero, que parece era la del Provincial, fué la que se puso en ejecución. Había para ello una razón de especial fuerza. Cardiel había

Va a los Abipones

(1) *Francisco Burges,* Relación de la fundación de los pueblos de Mocovíes, 359 (Archivo de la provincia de Aragón, Barcelona).

(2) Libro de consultas, fol. 174 (Biblioteca Nacional de Buenos Aires, M. S. 62).

pasado algunos meses entre los Mocobíes y durante ellos había tenido repetidas oportunidades de conocer y tratar con los Abipones que merodeaban por aquellas tierras santafecinas, y hasta había llegado a persuadirles de la conveniencia de que también ellos trataran de agruparse en pueblos al modo de los guaraníes y de los mocobíes.

Con Raquequeinqui

Había conocido en San Javier al cacique abipón Raguequeinqui "muy valiente y que guardaba más que los demás su palabra", y con él concertó Cardiel la proyectada fundación. "Me prometió —escribía después el misionero,— el que se reduciría a pueblo, y haría que toda su nación lo siguiese. Eligió una tierra acomodada, en medio de Santa Fe y las Corrientes, en las tierras de su habitación. Díjele que me agradaba la tierra por las conveniencias que él representaba y otras que yo sabía; pero que era menester primero dar cuenta... al Gobernador... Volvieron a los tres meses. Sobre el punto de formar pueblo en donde decían, puso muchas dificultades el Teniente (gobernador). Quería que fuese allí cerca por varias conveniencias particulares de la ciudad y comercio, que él como poco práctico en el trato de los indios, se imaginaba y nosotros conocíamos que no eran convenientes ni para los indios ni para la república. Desarmóme la obediencia para no contrastar con él. Disgustáronse los Abipones, y se quedó sin formar el pueblo; y prosiguieron en los hurtos y muertes en las demás ciudades y caminos con mucho dolor de mi corazón" (1).

Nada pudo hacer por entonces el fervoroso P. Cardiel a favor de los Abipones, antes le enviaron los Superiores a misionar en las estancias de la jurisdicción de Santa Fe. En esta labor se hallaba cuando fué elegido en 25 de agosto de 1745 para ir en la expedición al Estrecho de Magallanes.

No bien regresó de tan larga como molesta navegación solicitó hacer por su cuenta y riesgo el mismo viaje, pero por tierra. No accedieron los Superiores a esta demanda, pero le destinaron a fundar la Reducción de las Pampas y Serranos al sur de la Provincia de Buenos Aires. Allí, y en compañía del P. Tomás Falkner, fundó en 1747 la Reducción de Nuestra Señora del Pilar del Volcán.

Con los Pampas

Habiendo poco después regresado a Buenos Aires, para satisfacer algunas necesidades del nuevo pueblo, le eligieron los Superiores para la fundación de las reducciones de Abipones que en ese preciso tiempo se planeaba. Tan fervoroso y dinámico como humilde y obediente aceptó complacido la orden de sus Superiores, y tanto más cuanto Cardiel simpatizaba grandemente con los belicosos Abipones.

El mismo nos refiere los pasos que a fin de fundarles pue-

(1) Carta de diciembre de 1747, n. 175.

blo había dado con anterioridad, como ya hemos mencionado, pero que por entonces no tuvieron efecto, por diversas causas. "El año de 44, escribía después Cardiel, estando yo formando el Pueblo de Mocobíes traté muchísimo con los caciques Abipones, que por allí pasaban en orden a asentar paces, con todas las ciudades y hacerse cristianos. Conocí que deseaban

En 1744

la paz para librarse de los continuos sustos en que viven y de las desgracias que experimentan en las entradas, y resfriegas de los españoles, pues aunque ellos matan muchos, no dejan éstos de matar y cautivar a no pocos, y de tenerlos en continuo zozobro y movimiento por las voces, aunque las más veces falsas... Asentaron conmigo que formarían Pueblo en frente de S. Lucía como 50 leguas de S. Fe arriba, en su vanda occidental del Paraná, y que harían las paces con Córdoba, y las demás ciudades. Vine yo en este tiempo a S. Fe e hice misión en las estancias. Mientras la hacía 50 leguas de la Ciudad, vino a ella el principal cacique llamado Raguequeinqui con 40 indios para llevarme a mí para formarles Pueblo, como a los Mocobíes en el sitio señalado. Es dicho cacique de palabra y de alguna honra. Volví yo a S. Fe y volvió al tiempo señalado para llevarme; asegurándome que no había de ser como los Mocobíes, que solo se han juntado en Pueblo los caciques; que ellos se habían de juntar todos. El Teniente sintió que yo anduviese en estas cosas, diciendo que a nosotros nos tocaba solamente enseñar la doctrina... Ahora dícenme que dicho Teniente ha informado al Consejo que él ha hecho el Pueblo de Mocobíes. El no ha gastado cien pesos en esto; y la ciudad que dió algunas ovejas y ropa, ni 600. Nosotros hemos gastado cerca de doce mil, según oigo decir" (1).

Tales eran los antecedentes del hombre extraordinario que eligieron los Superiores para la fundación del primer pueblo de Abipones.

El P. Navalón

El P. Navalón, primer compañero del P. Cardiel en el pueblo de San Jerónimo moró en el mismo desde 1748 hasta 1767 y fué, como ya lo hemos indicado, uno de los grandes apóstoles de los Abipones en el Chaco meridional.

Era español, oriundo de Olmedo en Castilla la nueva, donde nació a 2 de marzo de 1716. Ingresó en la Compañía el 4 de diciembre de 1732 y era aun novicio cuando llegó al Río de la Plata en 1734. Terminados sus estudios le destinaron los superiores a las misiones de Guaraníes, de donde le sacaron en 1748 para dedicarle a las de los Abipones.

A fines de mayo del año de 1748 y en compañía del Teniente del Rey, que iba con una escolta de soldados, y de los Padres Cardiel y Navalón, partió el P. Horbergozo al sitio elegido de antemano para el pueblo a fundarse. Llegados allí

(1) Biblioteca Nacional de Buenos Aires, M. S. 6234.

Reducción de San Jerónimo
(Provincia de Santa Fe)

La Reducción de San Jerónimo, actualmente ciudad de Reconquista, fué fundada en 1748 al norte del Arroyo del Rey, de donde se trasladó poco después al sur del mismo río. Fué en esta población donde nació Jerónimo del Rey, en cuyas amenísimas fábulas y sabrosos cuentos se hallan frecuentes alusiones a la toponimia de la región y a los orígenes índicos de la población.

ordenó Vera y Mujica la construcción de una pequeña capilla y dos viviendas, una para los Padres y otra para el principal cacique. Con postes, paja y barro hicieron los soldados aquellos edificios pero a poco cayó una lluvia que puso de manifiesto que no era menor la cantidad de agua que caía dentro que fuera de ellos. Más adelante fué necesario hacerlo todo de nuevo, como el hacer también las necesarias casas para morada de los demás indios. Al principio no se creyó ni posible ni conveniente. Por el momento colocaron los indios sus tiendas en torno a las tres casas que construyeron los soldados. Para salvaguardar a la iglesia y a los Padres contra posibles ataques de indios enemigos se rodearon ambas casas con una fuerte empalizada cuya amplitud era tal que dentro de ella tenían los Misioneros amplio espacio para huerta, lo que serviría, en caso de un ataque, para que se pudieran guarecer dentro de ella las mujeres y niños, mientras los hombres y jóvenes participaran en la lucha.

Fúndase el pueblo

Los trescientos primeros pobladores los constituyeron los Abipones Rükakés, cuyos cacique eran Nernigini y Ichoalay. Más adelante se juntaron con ellos los indios Abipones Yaaukanigas, cuyos jefes eran Naaré y Kachirikin, pero su agregación fué solo temporaria hasta que se les fundara el pueblo de San Fernando, frente a Corrientes. Se vió, empero, con buenos ojos el que por algún tiempo moraran en este pueblo de San Jerónimo para disponerlos así mejor a la nueva vida que habían de emprender. No de pasada sino con el fin de quedar defintivamente en este pueblo llegaron algo después las parcialidades de los caciques Lichinarin, Ichilinin y Kebachichi.

Movidos de curiosidad

Asegura Dobrizhoffer que la mayor parte de los que fueron, a formar el pueblo, estaban movidos más bien por la curiosidad que no por motivos algunos superiores. La esperanza de obtener algunas bagatelas y de tener todos los días la necesaria carne eran los grandes atractivos. No afligía ciertamente a los misioneros lo rastrero de estas causales, pues sabían muy bien que a gentes nacidas y educadas en la barbarie solo con el transcurso de los años llegarían a apreciar las cosas del espíritu.

Como es sabido, fundóse este pueblo, que se llamó de San Jerónimo, en el mismo punto donde al presente se encuentra la ciudad de Reconquista. Las coordinadas que nos ofrece Dobrizhoffer son 28º 50' de latitud y 317º 40' de longitud, mientras que Jolís nos da 29º 8' y 318º 5'.

El coronel Manuel H. Roselli ha publicado en toda su integridad el acta de fundación de Reconquista, subscripta en 8 de junio de 1748. Dice así:

ACTA

"El 8 de junio de 1748, el teniente de Gobernador maestre de Campo Francisco de Vera Mujica, estando de paz los indios Abipones, en vista de la conveniencias que tienen en reducirse como los Moscobíes, salió de Santa Fe acompañado del padre Diego de Orvegoso, rector del colegio de Jesuitas, llegando a donde se hallaban reunidos cinco caciques Abipones, llamados Reregnaqui, Alayquín, Luebachin, Luebachichi, Ychoalay con 60 indios y sus familias, pidiendo doctrinarse, con aprobación del gobierno del Dean y Cabildo en sede vacante de Buenos Aires, nombróse para doctrineros, a los padres José Cardiel y Francisco Navalón, elegidos por el padre Provincial Manuel Querini, y en paraje del arroyo que llaman del Rey. En 1º de Octubre de este año, señalábase dicho paraje para pueblo a 70 leguas de Santa Fe al Norte, con comodidades de montes, pastos, aguadas y demás, señalándose dos leguas de frente de Sud a Norte sobre el Arroyo, la una de esta parte y la otra sobre la parte contraria, comprendiendo la misma distancia en las islas de sus cercanías, y cuatro leguas de fondo de Este a Oeste. A las 8 de la mañana, se les dió a los indios posesión corporal del terreno, arrancando yerbas, cortando ramas de árboles, etc., y el 18 de Octubre se dice, haber edificado allí una capilla, plantando en la puerta el "Arbol de la Cruz", aposentos para los padres con puertas y llaves, y casas para las familias de los recién convertidos, todo de madera fuerte, cubierto de paja por falta de otro material, colocando en la capilla por patrón titular a San Jerónimo, y dándosele al pueblo el nombre también de San Jerónimo donde quedaron 61 familias con 193 personas esperando se reúnan dos caciques más con sus familias, y que estas conduzcan a otras más de la Nación Vilela; para la mantención del pueblo se dejaron sementeras hechas, 1489 cabezas de ganado vacuno, 1420 ovejas que se conducirán y 424 que quedan, dos carros, 16 bueyes, 25 hachas y un altar portátil, por falta de ornamentos, dado todo por los vecinos de Santa Fe" (1).

Reunidos cinco Caciques

Capilla y Casas

Como ya indicamos, sólo estuvo unos meses en el nuevo pueblo su primer cura, el P. José Cardiel. Trasladado a las misiones de Mocobíes, fué enviado a reemplazarle el P. José Brigniel, ex-misionero de los indios Guaraníes entre quienes estuvo durante once años y ex rector del Colegio de Corrientes que gobernó durante cuatro años.

Dobrizhoffer que fué su compañero en San Jerónimo du-

(1) *Manuel H. Roselli*, Reseña histórica de Reconquista, I, 19, Santa Fe, 1922.

rante dos años y fué su aprovechado alumno en la lengua abipona, nos dice que siempre ví en él un hombre laborioso y equilibrado al propio tiempo que notable por su santidad de vida. Parecía creado adrede para entenderse con los Abipones. Sabía ganarlos con su modo suave y cordial.

El P. José Brigniel

"El P. José Brigniel, escribe Dobrizhoffer, había nacido en Kagenfurt en Karsten, de padre francés y madre griega. Era muy perito en la música y en las matemáticas, y además de las lenguas latina y alemana sabía con perfección el francés, el italiano, el castellano y el guaraní. Siempre advertí en él una diligencia y un espíritu caballeresco singulares, unidas ambos cosas con una gran pureza de costumbres. Dos años estuve con él en el pueblo de San Jerónimo, y fué él mi discípulo en el estudio de la lengua abipona. Parecía estar hecho, y como nacido, para tratar con los Abipones. Cuál fué su habilidad para investigar la índole de la lengua abipona, y cuál su diligencia en componer el completísimo vocabulario, la gramática, el catecismo y los sermones, y cuánto trabajó en todo esto, ya lo he dicho en otra parte. Ahora paso a reseñar cuánto deben a Brigniel, las ciudades del Paraguay".

Con estas frases tan elocuentes y tan germánicas comienza Dobrizhoffer el singular elogio que hace del que fué su compañero de fatigas entre los belicosos Abipones. El doctor Lafone y Quevedo ha afirmado que la descripción que hace Dobrizhoffer de estos indios es tal que nadie que lea su libro dejará de simpatizar con ellos. Es cierto; pero no es menos cierto que con igual fuerza de seducción nos obliga Dobrizhoffer a amar y admirar a los misioneros cuyas vidas relata en las páginas de su admirable libro.

El hombre

José Brigniel era de pequeña estatura "corporis sane perquan pusilli", pero de gran corazón para las empresas más arriesgadas y para las ocasiones más peligrosas. Dobrizhoffer con ser de espíritu tan intrépido, tan audaz y tan animoso, llegó a desfallecer, a temer y a angustiarse. No así Brigniel; ni aquel otro misionero por nombre José Klein tan pequeño en lo físico, o más, que el mismo Brigniel. Donde el gran Dobrizhoffer temblaba, Klein y Brigniel se superaban a sí mismos en valor e intrepidez. Klein opinaba que sus queridos Abipones eran "la quintesencia de la malevolencia" y Brigniel los solía llamar "tropa escogida de energúmenos".

El P. Brigniel llegó a nuestro país en 1729 cuando contaba solo treinta años de edad. Había nacido el 24 de marzo de 1699 y entrado en la Compañía el 9 de octubre de 1716. Vino a América en la gran expedición del P. Jerónimo Herrán, y en compañía de toda una pléyade de varones insignes por su virtud y su saber. Entre otros estaban los Padres Antonio Sepp, Antonio Betschon, Bernardo Nusdorffer, Ladislao Orosz, Matías Strobel, Segismundo Aperger, Martín

Schmidt, todos ellos de primera categoría como misioneros y como eruditos conocedores de nuestro pasado nacional.

Según afirma Dobrizhoffer estuvo Brigniel once años de misionero entre los guaraníes y durante cuatro años rigió, como rector, los destinos del colegio de Corrientes (T. 3, p. 131). En Abril de 1732 era cura del pueblo de Concepción y tenía por compañero al P. Tobías Pétola, y cuatro años más tarde le encontramos en el pueblo de Corpus, recibiendo por orden del P. Bernardo Nurdorffer, superior de las doctrinas, el juramento y profesión de fe del P. Esteban Fina, al recibir éste la canónica institución del curato de dicho pueblo (1).

Con los Guaraníes

En 1738 era cura del pueblo de San Francisco Javier. Cuatro años después se hallaba en el de Santa María la Mayor; al principio, como ayudante del P. Lorenzo Balda, y poco después en calidad de cura (Machoni, 17 Marzo 1742). En 1742 tenía ya el P. Brigniel una gloriosa foja de servicios, y así lo hace constar el "Catálogo" de dicho año, al consignar que había estado "In missionibus indorum 13 annos"; trece años de fatigas desde que inició su labor en 1729 hasta el año de 1742. El Catálogo de la Provincia del Paraguay correspondiente a 1741, afirma de Brigniel que era de salud robusta, "vives integrae", y nos ofrece además datos de interés como los estudios que cursó, tres de filosofía y cuatro de teología, y la época de su profesión religiosa: el 28 de octubre de 1733.

En el curso de 1743, y en reemplazo del P. Matías Strobel, fué elegido Brigniel para el rectorado del Colegio de Corrientes. No tenemos datos sobre su gobierno en aquel embrionario establecimiento educacional, y sólo nos consta que durante cuatro años estuvo al frente del mismo.

En noviembre de 1747, cuando era aún rector, aparece el P. Brigniel como "comisario del Santo Oficio" tomando en calidad de tal unas declaraciones a D. Tomás Gaitán sobre si un tal Juan de Ayala que pretendía casarse en el Paraguay estaba o no casado en Corrientes. El despacho de su nombramiento lleva la fecha de 20 de Noviembre de 1747 y su exhorto lleva la de Diciembre de 1747. Resultó que el dicho Ayala estaba ya casado en Santa Fe y en el mismo Paraguay.

Rector de Corrientes

En 1748 al determinarse la fundación del pueblo de San Jerónimo de indios Abipones, fué el P. Brigniel nombrado cura principal del mismo, y fué el señalado para dar principios a su tan deseada fundación. No pudo estar en Santa Fe cuando salieron los expedicionarios fundadores, y como hemos ya relatado, le reemplazó el P. José Cardiel a quien cabe la gloria de haber fundado aquel pueblo, conocido en

(1) Hernández, *Organización de las Doctrinas*, I, 327.

la antigüedad por San Jerónimo del Rey, y que en nuestros días se denomina Resistencia.

El P. Antonio Bustillo relata así los orígenes del pueblo: "Noticioso el Señor Teniente (de Santa Fe) D. Francisco A. Vera y Mugica del estado y ánimos de los indios (Abipones), se dispuso prontamente anteponiendo el bien de la patria, el servicio de Dios y del Rey, a todo descanso propio, a erigir y fomentar con su presencia, proceder ajustado y bienes propios aquella nueva fundación.

Relato del Padre Bustillo

"Salieron juntos de la Ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, el sobredicho Señor Teniente, y el P. Rector ya mencionado, Diego de Horbegoso, llevándose consigo al P. Joseph Cardiel. . . para que el celo extraordinario de este fervoroso jesuíta tuviese algún cebo en esta reciente fundación, y al dicho P. Navalon para compañero en ella del P. Joseph Brigniel, principal doctrinero, entonces ausente. Concluída la formación del Pueblo y dada en nombre de su Majestad jurídica posesión a los indios del terreno prescrito por las reales leyes de Indias, dieron la vuelta a Santa Fe. Demoróse en el mismo Pueblo el P. Joseph Cardiel, en compañía del P. Navalón por dos meses, hasta la venida a él del P. Brigniel. Los sobredichos Padres Francisco Navalón. . . y Joseph Brigniel emprendieron desde luega la ardua empresa de lidiar con la nación abipona, gente soberbia e indómita, y casi insujetable a la ley divina y humana, y en circunstancias de ser su bárbaro y dificultoso lenguaje a ellos y a los demás jesuitas peregrino e incógnito. . . Trabajaron estos dos incansables misioneros en instruirlos en los sólidos principios de nuestra Santa Fe, pero con poco fruto por no querer tenaces dejar sus bárbaras costumbres".

Escritos de linguística

"Durante doce años estuvo el P. José Brigniel en San Jerónimo, y fué él el primero que se consagró al estudio del idioma abipón, convirtiéndose al efecto en alumno de aquellos bárbaros, pero llegando después a ser su igual y aun a superarlos. Tradujo al abipón los principales capítulos de la doctrina cristiana, las preces solemnes de la Iglesia, haciendo así un señalado favor a las cuatro reducciones de indios abipones. Es increíble cuanto sudó Brigniel en esta molesta tarea, y eso que era hombre tan blindado de hierro para tolerar los trabajos como para retener en la memoria cuanto aprendía. Rápidamente había llegado a aprender el latín, el alemán, el francés y el italiano; hasta con elegancia aprendió el castellano y el idioma de los guaraníes, entre los que fué un apóstol durante muchos años; pero para poder balbucear unas cuantas palabras con los Abipones; ¡cuánto trabajó, cuánto se fatigó! No dejaba piedra por mover para saber los nombres de las cosas, las inflexiones de los nombres y su uso. Avidísimo de aprender y solícito siempre en dominar el di-

fícil idioma, le faltaban los medios, puesto que no había libros y era difícil encontrar indios que quisieran hacer de maestros".

"No había libros ni otros subsidios análogos cuando Brigniel comenzó a tratar con los Abipones, pero él, a fuerza de trabajar, llenó este vacío gracias a su diligencia. Al oír a los indios una palabra nueva, o una nueva frase, al hablar con ellos, al momento lo anotaba diligentemente en un cuaderno, recogiéndolo con avidez como recogen las aves los granos de trigo que caen al sembrador. Así compuso Brigniel su diccionario, y así fué como con el curso del tiempo fué aumentando en volumen hasta abarcar ciento cincuenta pliegos. Después sus compañeros de S. Jerónimo limaron ese diccionario de Brigniel, y fueron aumentándolo día tras día hasta enriquecerlo grandemente".

Diccionario Abipón

"Fué ciertamente nuestro Brigniel el primero que mostró el camino que habían de seguir, en medio de tanta y tan negra obscuridad, cuantos querían aprender el idioma de los indios; él fué el capitán que marchó a la cabeza de todos, y para decirlo en una palabra él fué quien levantó un faro luminoso en medio de la calígine de tantas palabras, frases y leyes gramaticales, y este solo título le debe bastar a Brigniel para que su memoria pase a la posteridad. Durante dos años fué él mi compañero y mi maestro, y con un tal maestro estudié el idioma abipón y compuse también un vocabulario. . ." (1).

Todo esto es del gran Dobrizhoffer; y su testimonio es tan espontáneo e ingenuo, como elocuente y verídico. Durante dos años estuvo él con Brigniel en el pueblo de San Jerónimo, y allí aprendió el abipón y allí aprendió en forma más elocuente cuál era el único medio de doblegar a los belicosos indios abipones.

Durante algunos breves períodos, que no creemos pasaran de algunas semanas, estuvo Brigniel en el Colegio de Santa Fe con el cargo de procurador de las misiones de mocobíes y abipones. Allí le hallamos en Abril de 1754, y allí le hallamos en Agosto de 1758. Poco después de esta fecha destináronle los superiores al pueblo de San Francisco Javier, de indios mocobíes, distante como 40 leguas al norte de la ciudad de Santa Fe. Allí se hallaba en 1760 cuando escribió una hermosa carta al P. Nicolás Contucci que acababa de ser nombrado Visitador de la Provincia. "Acabo de recibir la carta de V. R., escribía Brigniel, y con ella el consuelo de saber en este desierto quién es Nuestro Padre, y quién nos gobierna, y

En el Colegio de Santa Fe

(1) Dámaso A. Larrañaga tradujo al castellano todos estos párrafos de Dobrizhoffer como puede verse en sus *Escritos*, t. 3, fs. 205|206. Montevideo, 1923.

con toda sumisión me echo a sus pies para rendirle la obediencia, con entera confianza de que Vª Rª mirará como a hijos no solo a los que estamos esparramados por estos desiertos, sino también a los pobres indios que están a nuestro cargo". El P. Bustillo en la Relación que escribió de la fundación de este pueblo afirma que a los Padres Miguel de Cea y Francisco Burgés sucedieron en San Javier otros misioneros, quienes "prosiguieron sucesivamente con igual celo" la obra de los fundadores, y entre otros enumera al "P. Manuel Canelas de Córdoba del Tucumán, que singularmente aprendió el lenguaje Mocobí, y Joseph Brigniel de Clangefurt en la Alemania, que con su mucha aplicación y facilidad en aprender lenguas estrañas y bárbaras se hizo capaz también de la Mocobí y Abipona. . ." (Relación, fol. 2, v.).

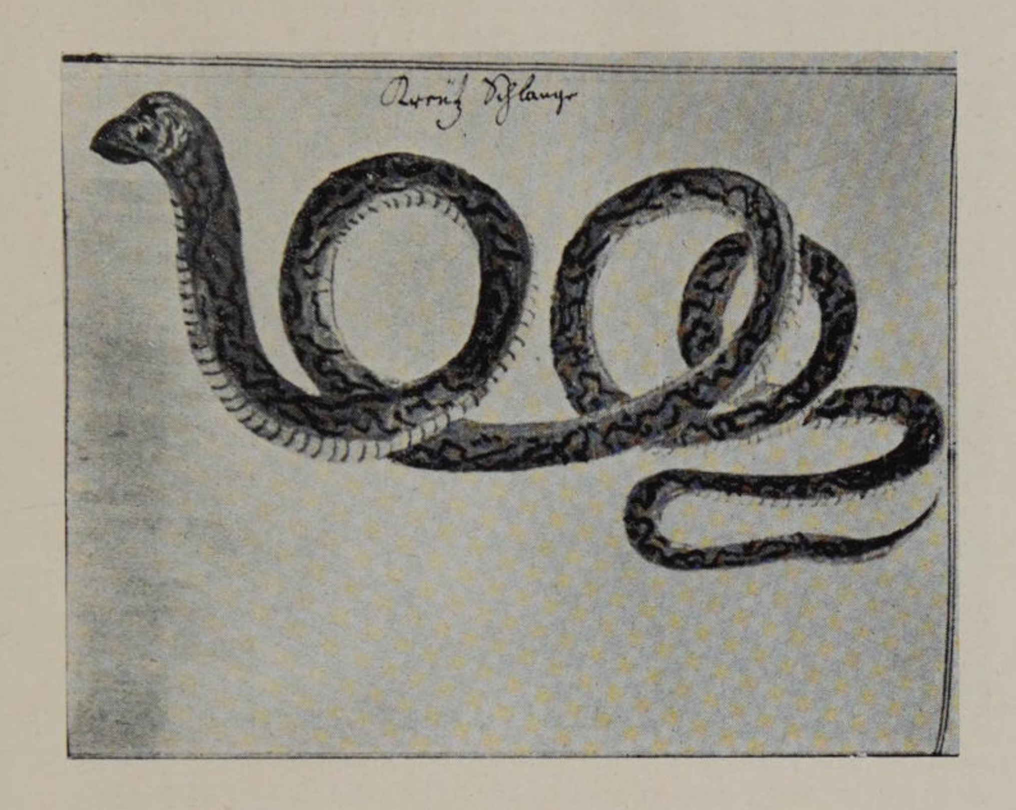
Carta de Brigniel

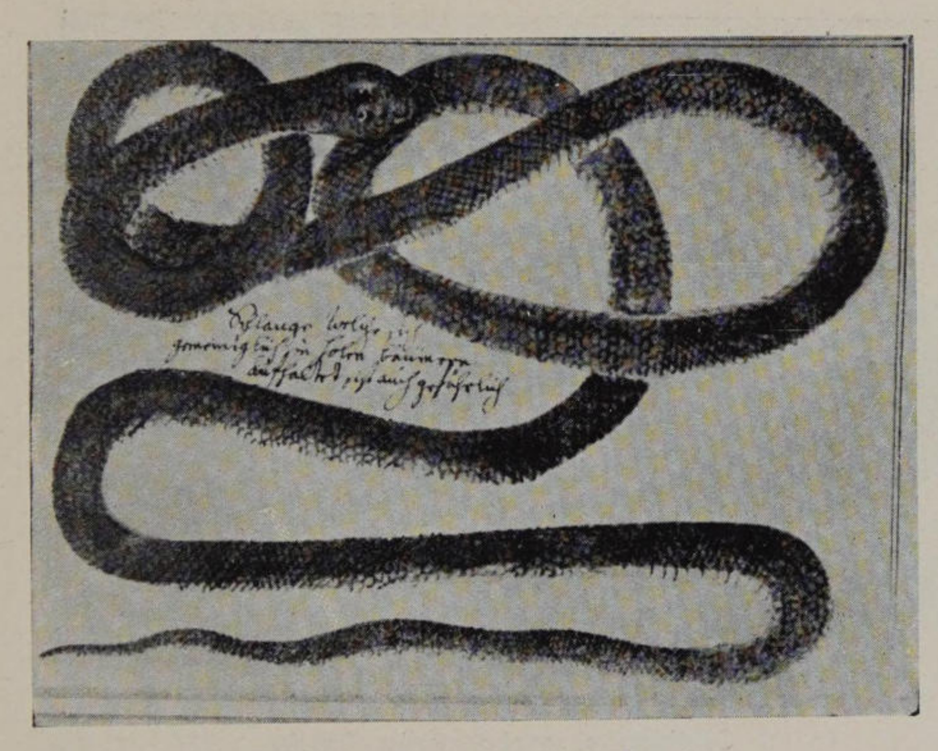
De esta época de su actuación como misionero poseemos una preciosa carta suya escrita desde San Javier a 16 de Septiembre de 1760. Si los datos que hasta ahora hemos aducido prueban que era Brigniel un gran hombre, un insigne lingüista y un celoso misionero, esa carta escrita a su superior, el Visitador P. Nicolás Contucci demuestra a las claras que ante todo y sobre todo era Brigniel un buen religioso. Mal informado el P. Contucci ordenó al buen misionero que remitiera cuanto antes doscientas vacas al pueblo de San Jerónimo. Eran casi las únicas que había en el de San Javier. Era un mandato de quien creía que este pueblo tenía abundante ganado. Brigniel recibió la orden e inmediatamente la ejecutó; después de ejecutada se tomó la libertad de exponer con modestia y como súbdito a su superior, los inconvenientes de aquella orden.

Rector de Santa Fe

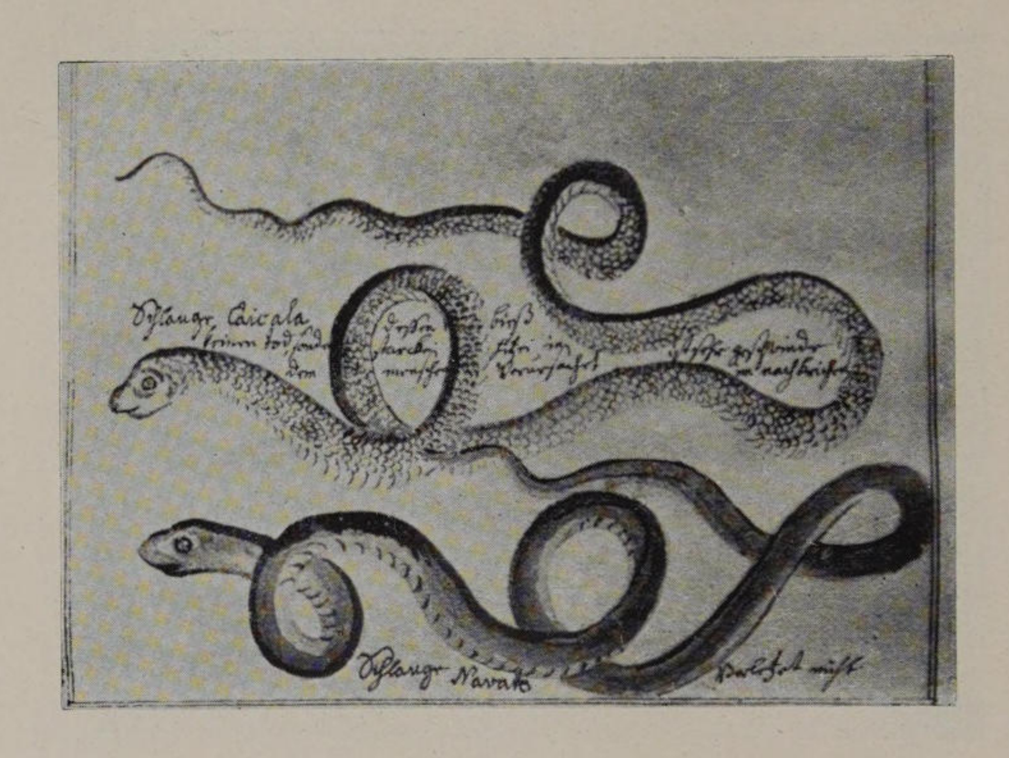
Desde 1762 hasta 1765 estuvo el P. Brigniel en Santa Fe, con el honroso cargo de rector de aquel colegio; si bien sus energías no tanto se consumían en los intereses educacionales del establecimiento cuanto en promover las misiones de mocobíes y abipones que dependían del mismo. Terminado su rectorado volvió a las tan deseadas misiones de los abipones, aunque había deseado que le destinaran al pueblo de San Francisco Javier de Indios Mocobíes. Sobre el particular escribía el P. Gutiérrez al P. Querini en Abril de 1760 y manifestaba que merecía el P. Brigniel ser cura de San Javier pues como cura lo haría muy bien, mas no sabía la lengua mocobí, mientras que el P. Lehmann sabía muy bien el idioma aunque no era tan apto para el gobierno como Brigniel. Por razón del idioma fué destinado a las misiones de Abipones.

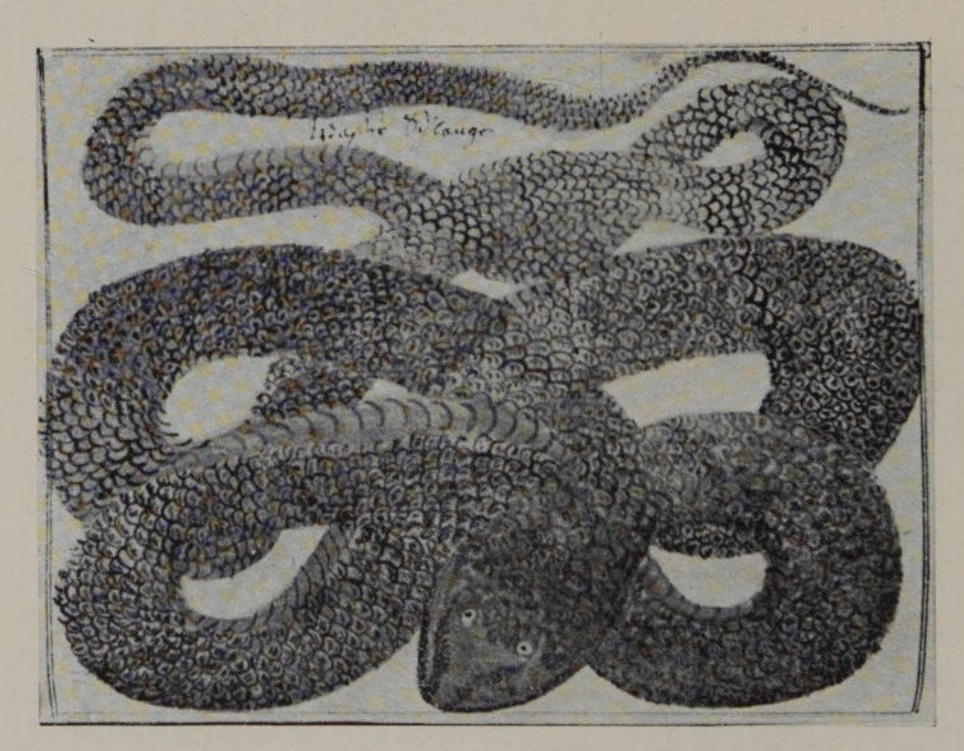
En la del Rosario, llamada también Timbó, se hallaban José Brigniel y Gerónimo Rejón, ocupados ambos en la ruda tarea de civilizar a aquellos bravos e indómitos indios, cuando se les intimó la ley de extrañamiento. Como el pueblo del Rosario dictaba tan solo 50 leguas de la Asunción, fueron





Ofidismo chaqueño, según Baucke





Ofidismo chaqueño, según Baucke

ambos misioneros llevados a esta ciudad y agregados a los jesuítas que se hallaban allí apresados, como después diremos.

Fué Brigniel de los pocos jesuitas extranjeros que se detuvieron algún tiempo en Italia después de la expulsión. Aparece entre ellos en una lista oficial de 1768 aunque, "no goza de pensión por extranjero" (Arch. Hist. Madrid: leg. 229). Dos años más tarde, y mientras se hallaba en Neustadt terminó santamente su larga y sacrificada vida en el curso de 1770.

"He consignado ya, escribe Dobrizhoffer, lo que debe a Brigniel la lingüística abipona, gracias al vocabulario, gramática, catecismo, sermones, etc., que compuso en ese idioma. Voy ahora a decir lo mucho que le deben las ciudades españolas del Paraguay. Para que la paz otorgada por algunos Abipones a la ciudad de Santa Fe lo fuera por todos ellos, convocó una asamblea de los principales Caciques. La dicha asamblea tuvo lugar en San Jerónimo, habiendo concurrido los invitados acompañados de un grupo de los suyos. Era terriblemente imponente el ver llegar a aquellos salvajes.

Un Congreso salvaje

El tema de las discusiones que debían de tener lugar en el Congreso Salvaje era: si la paz sinceramente ofrecida por los Españoles debía ser aceptada, y si la paz que ellos ofrecían había de ser considerada como ofrecida por algunas parcialidades abiponas o por todas ellas. Al principio hubo gran variedad de pareceres. Muchos se inclinaban a hacer las paces con Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero, pero no con Corrientes y el Paraguay. Consideraban perjudicial a los intereses abipones una paz general con todas las ciudades españolas. "Para que nuestra juventud no se afemine, dijo un Cacique, nos conviene el estar siempre en guerra con alguna población de españoles. Por otra parte, si hacemos paces generales, los españoles nos considerarán como conquistados y ellos se considerarán conquistadores y ya se sabe que los conquistados raras veces llegan a amar a los que los han conquistado.

Ichoalay con grande fuerza sostuvo que era necesaria la paz general. Rebatió las razones del que le había precedido en el uso de la palabra diciendo que los jóvenes podrían conservar su virilidad bélica y el honor guerrero del pueblo abipón, luchando contra los abundantes tigres y leones y demás fieras. Pero si queréis que luchen contra hombres, agregó Ichoalay, allí están los Yapitalákos, Oaéhakalóts, Ychibachís y otros pueblos que no simpatizan con nosotros, como ahora simpatizan los españoles".

Discurso de Ichoalay

Largamente disertó Ychoalay en este sentido, pero viendo que no había convencido aún a su auditorio, "me parece, les dijo, que estoy hablando con gente sorda. Si mis razones no os bastan, pensad en los horrores de la guerra y en los placeres de la paz. Ablandad así vuestros corazones". Este fué en síntesis el discurso de Ichoalay que produjo los deseos apetecidos

y fué la causa de que todos acordaran recibir y dar la paz a todos y para todos los españoles. Aun más, y fué esto un señaladísimo triunfo del P. Brigniel, se determinó que los Caciques se repartirían las ciudades españolas para vigilar sobre ellas a fin de que ningunos indios las perjudicaran. Debayakaihin tomó el patronato de la Asunción, Kebachichi el de Corrientes, Alaykin el de Santiago del Estero, Ychamenraikín el de Santa Fe y Ychoalay el de Córdoba. Aludiendo a este Caudillo y a la Paz de San Jerónimo, complemento de la de Añapiré, escribe el P. Bustillo que Ichoalay "mostró singularmente entre todos los Abipones en repetidas ocasiones haber del todo depuesto este aborrecimiento al Español y arraigado sólidamente en su corazón el amor naturalmente forzoso hacia nuestro Rey. Este Cacique llamado también Joseph Benavídez, a costa de desvelos propios, continuos peligros de la vida, desprecios de sus connacionales y parientes, y aun de su mismo primo el Petizo, Cacique distinguido entre los suyos y temido por su valor de todos, procuró eficazmente estorbar todo daño al Español. En las paces generales arriba mencionados convinieron entre sí los Caciques Abipones de librar de todo arrebato enemigo todas las ciudades y jurisdicciones ya nombradas de las tres gobernaciones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, con las Misiones de Guaraníes. Señaláronse mutuamente términos para la defensa, tres entre todos los demás de la nación abipona, principales Caciques, a saber por su orden: Joseph Benavídez tomó gustoso a su cargo el custodiar, guardándolas de todo atropellamiento enemigo, las ciudades de Córdoba, de Tucumán y Santa Fe de Vera Cruz con todas sus casi interminables jurisdicciones, cerrando del todo por la parte de su Pueblo perteneciente al gobierno de Buenos Aires y jurisdicción de Santa Fe los pasos a todo pérfido infiel.

Custodios de las ciudades

Triunfo de la paz

Aunque fué enorme el gozo con que todas las ciudades españolas recibieron la noticia de este tratado, tanto más grata cuanto menos esperada pues fué cosa que muy en silencio realizó el P. Brigniel, sus efectos no fueron desgraciadamente muy duraderos. Fué el caso que el cacique Oaherkaikin, uno de los que no habían participado en el Congreso de San Jerónimo estuvo afligiendo a la ciudad de la Asunción sin que Debayakaikin, el patrono o guardián de aquella ciudad interviniera para impedir sus excesos conforme se había conprometido. Ychoalay tomó muy a mal ese proceder de ambos caciques, y como creía que Oaherkaikin tenía pocos adeptos partió contra él. Cuando se iba a dar la batalla percibió, no sin grande sorpresa y pena, que las fuerzas de Debayakaikin estaban a las órdenes de Oaherkaikin. La suerte de las armas le fué adversa y poco faltó para que cayera prisionero. Fugó Ichoalay, lo cual era una ofrenta, pero en la huída dejó su lanza en el campo de batalla, lo cual era una ignominia para un soldado abipón.

Montados dos y tres en un mismo caballo llegaron los fugitivos a San Jerónimo. Desde ese momento quedaba declarada una guerra entre las dos parcialidades de Abipones, los Rükakés y los Nakaiketergehes, y desde ese momento tenía San Jerónimo en su contra a todos estos últimos, puesto que los primeros eran los principales pobladores de la Reducción. Por espacio de veinte años duró esta guerra civil.

Oaherkaikin

De los autores de la misma, Ychoalay y Oaherkaikin, nos ofrece el Padre Dobrizhoffer abundantes noticias. Oaherkaikin era un Abipón Nakaiketergehe y vasallo de Debayakaikin. Era de estatura mediana, de grande osamenta, cara pálida, aspecto severo, con pequeños y hundidos ojos, con el pelo rasurado a intervalos, con las orejas horadadas para los aros que eran cuernos de vaca y todo su cuerpo cubierto de cicatrices. Su aspecto era o la de un hombre que estaba en el acto de amenazar o la de uno que estaba abismado en la contemplación. Hombre de pocas palabras; enemigo mortal de los españoles; muy afable con los suyos y muy aficionado a las borracheras. Era formidable, aun cuando estaba tranquilo. En el uso de la lanza y demás armas era maravillosamente diestro, como también en el arte de cabalgar y de nadar. Despreciaba el vestir con elegancia, y era descuidado en el cumplimiento de sus promesas. Merecía ser llamado Oaherkaikin, que significa mentiroso.

Este indio era terribilísimo en el campo de batalla. Dobrizhoffer relata que en una ocasión partió contra él el Teniente del Rey en Corrientes, Nicolás Patrón, con la esperanza de infligirle una seria derrota. Lo supo el indio y escogiendo tan sólo cincuenta de los suyos salióle al encuentro. Armado con su lanza, arco y flechas y llevando sobre su pecho una coraza militar y teniendo toda la cara ennegrecida para hacerse más temible se puso de pie en un punto por donde habían de pasar los españoles. A sus espaldas tenía un bosque y delante el río. Cuando ya se acercaba el Gobernador mandóle decir por un intérprete que si tenía ganas de pelear, él también las tenía y no menores, y que lejos de espantarle sus amenazas, las tomaba por la risa. El Sr. Patrón quedó atónito a la vista del bárbaro e irritado por su mensaje. "Vamos, les dijo a sus soldados, tomad sogas y atadme a esa salvaje fiera". Lejos de mover estas palabras a los soldados correntinos, los llenó de consternación. Uno de ellos, por nombre Añasco y que era lugarteniente, se acercó al Gobernador y le dijo: Señor, si tiene Ud. tantos deseos de agarrar a esta fiera, vea si le es posible, que nosotros no le vamos a estorbar; por lo que a nosotros toca, podemos decir que no queremos perder nuestras vidas por un chiste". El valiente Gobernador no halló mejor táctica que la de retroceder y así lo hizo, no sin que Oaherkaikin le persiguiera aunque a distancia. Esa misma noche robó unas caballadas, y aunque estos robos enfurecían a los españoles, creyeron sin embargo más

Con el Señor Patrón

prudente el no menear el asunto, digiriendo en el silencio la ofrenta.

Ichoalay

Tal era el temible Oaherkaikin. Ichoalay era un hombre cabal. Aunque no era cacique, ni tenía el título de tal, hacía las veces de tal. Era oriundo de una de las más distinguidas familias de los Rükakés y pariente cercano de Debayakaikin. Era muy alto, con un rostro oval, una nariz aguileña y con una energía adecuada a todas las fatigas guerreras. Todo su físico era la de un verdadero soldado. En una época de paz entre los Abipones y Santa Fe se fué el joven Ichoalay a esta ciudad y vivió en ella trabajando para los españoles que le conchababan, ya para cuidar de estancias, ya para domar potros.

Cambia de nombre

Uno de los amos que tuvo en Santa Fe se llamaba Benavídez, y Ichoalay por amor a él cambió su apellido tomando el de su amo. Así cuando era amigo como cuando fué enemigo de los españoles conocíanle éstos con el apelativo Benavídez por más que los suyos le llamaban Oahari, cuando era joven, e Ichoalay en edad más avanzada. Con su amo Benavídez se mostró sumamente fiel, yendo por su causa hasta Mendoza en diversas comisiones, pero habiendo a la vuelta habido una mala inteligencia sobre el valor de sus salarios se disgustó con él y con todos los españoles. Volvióse a juntar con los Abipones y precisamente con los que en esa época tenían en jaque a la ciudad de Córdoba con sus diarias incursiones y fué entre ellos uno de los terribles enemigos de los cordobeses. Desgraciadamente supo por uno de éstos que en Santa Fe había quien tenía el propósito de darle muerte en la primera ocasión que se ofreciera.

Su asombrosa valentía

Cauteloso y activo, sabía ejecutar con asombrosa valentía cuando determinaba, y solía acompañarle la suerte del éxito en cuanto emprendía en contra de los españoles. Gran parte de todos los triunfos obtenidos por los Abipones sobre Córdoba, que más arriba hemos relatado, se debieron a él. Cierto es que sus frecuentes y victoriosas expediciones le granjearon tal celebridad que fué tan admirado por los suyos como temido por los españoles.

Vale la pena consignar que no obstante su odio al español y sus incursiones sobre las ciudades españoles, respetó siempre la de Santa Fe, como siempre y en todas partes respetó e hizo que se respetaran las iglesias y los sacerdotes. Jamás toleró en sus tolderías a las hechiceras y para que no pudieran ir a otras les daba muerte con su lanza. Las tenía por embusteras y causantes de disturbios.

Sin rivales

Dice Dobrizhoffer que era notorio en él el no poder tolerar que otro alguno le hiciera sombra. No quería ser estimado en menos que otro alguno. De aquí su inquina contra Oaherkaikin y otros rivales, y de aquí el que anduviera sembrando discordias y discusiones. De suyo cortés y afable, cambiaba tan

por entero en las empresas militares que ni conversaba con sus más allegados. "Tenía varios sombreros o gorras, escribe Dobrizhoffer, y uno de ellos era una gorra de lana de color amarillo. Cuando lo usaba se le veía hosco y meditativo, y yo rehuía entonces encontrarme con él". El P. Brigniel se reía de esta observación de Dobrizhoffer, pero la hallaba acertada, pues solía estar entonces planeando algún malón sobre alguna ciudad.

Sus grandes virtudes

A grandes vicios correspondían en Ichoalay grandes virtudes. "Ninguno de nosotros ha dudado, escribe Dobrizhoffer, que fué él el principal instrumento de la paz que se firmó entre los Abipones y los Españoles, y a él muy particularmente se debió la fundación primero y la conservación después de la reducción de San Jerónimo. Su propósito de conservarse la paz jurada con los españoles le llevó a una continuada lucha contra los Abipones Nakaiketergehés. Si éstos hacían a aquéllos un robo de caballadas, él volvía a robarlas para devolverlas a sus legítimos dueños y eso lo hacía sin querer recibir remuneración alguna. Como algunos de los suyos le echaran en cara este proceder, decía él: "estamos arreglados, vosotros me vais a tener por malo porque yo soy bueno; antes me llamabais bueno porque era malo". Cuando invitaba a los suyos a algún trabajo, como el de arar los campos, y los veía perezosos o rehacios, decía: Ya ve, Padre, para esto no tienen ganas, pero cuando yo los invitaba antes para ir a matar a españoles, todos estaban a mi disposición".

Gracias a Ichoalay

"Se debe confesar, afirma Dobrizhoffer que si el pueblo de San Jerónimo se formó y se desarrolló, fué gracias a Ichoalay, después de Dios, a quien se debió el tal progreso. El principal cacique era Ychamenraikin, y aunque hombre noble por su cuna y famoso por sus hazañas, no se distinguió por su empeño en favor del pueblo". Pero dejó hacer a Ichoalay, si bien fué causa de que mientras él viviera se negaran los hombres a recibir el bautismo. Una vez fallecido aquel cacique, Ichoalay aunque no tenía el mando supremo trabajó con éxito para que también los hombres asistieran a las reuniones catequísticas y se bautizaran, como en efecto se fueron bautizando.

Pero él no se acababa de resolver a bautizarse. Como se le instigase a ello, "pero, Padre, respondía él, permítame que asesine primero a Oaherkaikin. Mi cabeza ahora está llena de preocupaciones de venganza. Cuando me haya vengado, me bautizaré". Muchos ataques llevó contra su adversario, pero no le pudo dar muerte. Al contrario llegó a hacer unas treguas con él. Valióse de éstas el P. Brigniel para recordarle su promesa: sí, Padre, le dijo, lo haré pero ahora urge hacer un corral para las ovejas; cuando estuviese terminado, me pondré a tu disposición para que me instruyas. Así fué en efecto. A los pocos días se le vió de rodillas en la Iglesia, rezando con fervor y desde

Por qué no se bautizaba

aquel día no hubo un hombre ni mujer más fiel a sus deberes religiosos. En las explicaciones catequísticas era su modestia tan grande como su docilidad. Su ejemplo fué de tal valor que se llenaba diariamente la capilla con la devota concurrencia.

Llegó a ser un apóstol. No sólo se aprendió las oraciones todas de memoria y los principios del catecismo, sino que a los suyos los reunía por las tardes y les repetía lo que había él oído en las explicaciones de la mañana. Se empeñaba en que los enfermos o gravemente expuestos a morir, por mordeduras de serpientes u otras causas, recibieran el bautismo y se empeñaba igualmente en que se enterrara en sagrado a los fallecidos. Fué en verdad maravillosa la actividad religiosa de este hombre, quien, no obstante dilataba más y más su propio bautismo. Nada, sin embargo, le impedía pues vivía con una sola esposa, no sólo no participaba en los robos sino que castigaba a sus autores, conocía con toda perfección la doctrina cristiana. La inquina que tenía contra su rival Oaherkaikin parece haber sido la única causa.

Fué todo un caballero cristiano

Un día que fué al pueblo de San Jerónimo el Gobernador de Santa Fe, don Francisco de Vera Mujica, díjole Ichoalay que quería entonces recibir el bautismo. Vera y Mujica elogió sus santos deseos, pero le dijo que lo difiriera para alguna ocasión cuando estuvieran ambos en Santa Fe, pues le agradaría que allí, y con toda solemnidad, se realizara el acto. Desgraciadamente esto contrarió al indio quien no se determinó a bautizarse sino al cabo de algunos años.

Bautizo de Ichoalay

Y se hizo en Santa Fe y con toda solemnidad. El mismo Sr. Gobernador quiso actuar de padrino y el P. José Lehmann administró el santo sacramento al ilustre neófito. La iglesia del Colegio de los jesuítas estuvo atestada de gente que miraba con asombro convertido en manso cordero al que pocos años antes era el terrible y devorador lobo.

Desgraciadamente contó Ichoalay con un terrible y tenaz adversario en la persona del cacique Debayakaikin, jefe de los Nakaiketergehés. Como el primero estaba tan vinculado a la reducción de San Jerónimo y en ella tenía su asiento, participaba también ella de las iras y venganzas del iracundo cacique. En una ocasión se unió con los Mocobíes, Tobas y aun Vilelas para ir contra Ichoalay y contra el pueblo de San Jerónimo. Ichoalay lo supo todo a tiempo y solicitó de San Javier una ayuda de Mocobíes y solicitó además del Gobernador de Santa Fe una ayuda militar. Le contestó el mandatario santafecino prometiendo ayudarle, pero nada hizo.

Astucia de Debayakaikin

Debayakaikin obró en esta oportunidad con una singular astucia. Como viese que de la Reducción de San Javier habían llegado a San Jerónimo no pocos refuerzos, hizo circular la noticia de que sus preparativos no eran contra San Jerónimo, esperando así que esos refuerzos regresarían a su pueblo de ori-

gen. No bien obtuvo esto, presentóse repentinamente ante el pueblo al que asaltó por tres lados diversos. Felizmente Ichohaké, hermano de Ichoalay, poco antes del suceso se dió cuenta de su gravedad y ubicó sus tropas en tres cuerpos, los de lanceros a los costados y uno de flecheros en el centro. Las mujeres y niños y ancianos habían sido confinados dentro de la empalizada en el huerto del misionero, mientras que en la casa de éste habían los indios depositado sus objetos más valiosos.

Sus asaltos a la Reducción

En la primera y única embestida, los enemigos hirieron a algunos de los pobladores de San Jerónimo y se incautaron de gran parte de la caballada que estaba ya acorralada. Se retiraron, pero era de temer su regreso. Ichohaké pasó la noche, que fué tormentosa, vigilando los contornos del pueblo. No obstante la lluvia y los relámpagos las mujeres y niños y viejos, cual si fueran ranas pasaron la noche dentro de la empalizada que estaba convertida en una pileta de agua. Ichohaké, hermano de Ichoalay, estuvo al frente de la caballería rondando por las inmediaciones y a su valor se debió el que San Jerónimo se salvara en esa ocasión. Dobrizhoffer que estaba allí a la sazón describe con negros colores aquella noche triste de tristes presentimientos.

Intervención de Ichoalay

Ichoalay no estuvo presente a esta acción de guerra pues estaba en Santa Fe agenciando el envío de fuerzas. Se alegró del triunfo, pero retó a sus hombres por no haber vigilado el acercamiento del enemigo. Pero lo que más le amargó fué el haber estado ausente en una oportunidad tan buena para vengarse de Debayakaikin. Este le había ofendido nuevamente al ir contra su ciudad, y por eso determinó llevarle un contraataque. Estas luchas, como es obvio, perjudicaban grandemente los intereses del pueblo.

Regresó Ichoalay a Santa Fe con el fin de obtener refuerzos, pero sólo se le concedieron treinta soldados. Estos al llegar a San Jerónimo quisieron quedarse en el pueblo para defenderlo, decían ellos, pero Ichoalay los obligó a ir con él a la campaña. Fueron pero a los tres días regresaron españoles e indios en situación dolorosa. Los campos estaban tan inundados e imposibles que hombres y caballos se encontraron incapacitados de poder proseguir. El mismo Ichoalay, aunque de una tan robusta naturaleza, regresó febriciente con lo que los españoles llamaban viruelas bobas.

Expedición contra Oaherkaikin

Sin curarse del todo de ellas partió contra Oaherkaikin, de quien recibió dos heridas de flecha en una emboscada. Esto le irritó aun más a una nueva incursión contra él. Le acompañaron en la mismo no solamente los indios de San Jerónimo y Concepción sino también muchos de los Mocobíes cristianos. La lucha fué desesperada. Debayakaikin recibió una feroz herida y estuvo a punto de sucumbir en el campo de batalla. Como por otra parte veía a los Mocobíes contra sí, creyó más opor-

tuno reducirse y así pasó con toda su horda a la reducción de San Fernando compuesto de Abipones Yaakanigas.

Ichoalay conoció al momento las verdaderas intenciones de Debayakaikin. Bien sabía él que no trataba de hacerse cristiano sino de levantar aquel pueblo en su contra. No dudó cuál debía ser su conducta. Dispuso otro ejército y se fué contra su implacable enemigo. Los misioneros impidieron que llegaran a las manos. Pidieron auxilios a Corrientes y el Vice Gobernador Patrón pasó a San Fernando con un pelotón de soldados. No pensó en entrar a luchar con alguna de las partes sino a apaciguarlas, y así lo hizo mediante el esfuerzo de los Padres. Pero la paz no fué duradera y apenas hubo mes en el que no se registrara algún hecho de armas. La victoria, por lo general, favoreció a los indios cristianos pero sublevó más y más a los paganos.

Vicisitudes

Como los Abipones de la Concepción habían participado en una de las acciones en que salió peor parado el prestigio de Debayakaikin, tomó éste una ojeriza contra el P. José Sánchez, cura misionero de dicho pueblo. Se debió al Gobernador Barreda el que no saliera con su intento. Dirigió entonces sus ambiciones al pueblo de San Jerónimo y durante muchas semanas le tuvo en jaque con sus incursiones y robos. En una ocasión se llevó casi toda la caballada, pérdida que grandemente afligió a Ichoalay y a todos los indios del pueblo. Disgustados de verse perseguidos por los de su misma nación y abandonados por los españoles, sólo pensaban en volverse a los bosques. Fué una terrible prueba para el P. Dobrizhoffer que estaba, a la sazón, en ese pueblo.

Abandonados de los españoles

El verse abandonados por los españoles era una de las cosas que más les afligía y aún lo comunicaron a Patrón los Padres Misioneros. Como por ese tiempo anduvieron Abipones hostiles molestando a los españoles, en las regiones de La Laguna Blanca, solicitó Patrón la ayuda de Ichoalay para vencerlos. Este proceder del mandatario correntino fué de un gran efecto, y el resultado de la expedición fué muy satisfactorio. Los enemigos que no murieron en el campo de batalla fueron apresados, entre ellos los caciques Zapancha y Pachieké, a quienes se desterró a Montevideo.

Oaherkaikin pasa

Quedaba, sin embargo, en pie el terrible asesino de españoles Oaherkaikin, quien después de haber sufrido otra derrota infligida por Ichoalay, aceptó pasar con todos los suyos al pueblo de San Fernando, que como veremos más adelante se fundó en 1750, y era su intención morar allí en paz e instruirse en la religión. Desgraciadamente también esta segunda vez duraron poco tiempo sus buenos propósitos.

Sin embargo esta conducta de Oaherkaikin venía a realizar el ambicionado ideal: La sujeción de los Abipones a la autoridad civil de España y a la religiosa de Cristo.

Desgraciadamente un hecho doloroso vino a sorprender primero y a desmoralizar después a los Abipones que se habían reunido en las tres reducciones: fué la guerra guaranítica que siguió al infausto Tratado de Límites de 1750. El ver a los españoles luchando contra los pacíficos y nobles Guaraníes fué algo que los Abipones nunca pudieron entender. Lazos de indígena solidaridad les unía a ellos, y un enojo íntimo y profundo surgió en sus espíritus contra los crímenes que en esa ocasión cometieron las tropas españolas. Se hizo carne en ellos la idea de que no debían confiar en la amistad de los europeos. Lo que hoy hacen con las Guaraníes, eso harán mañana con nosotros. Tal era la lógica, simplista pero fundada de los Abipones.

El tratado de 1750

Por otra parte Nicolás Patrón tuvo que abandonar su solicitud por el pueblo de San Fernando, que tanto le debía, pues se le ordenó combatir contra los Guaraníes. Oaherkaikin no bien se dió cuenta de este hecho abandonó el pueblo de San Fernando por segunda vez y volvió a sus depredaciones y asesinatos. A él se agregaron no pocos Abipones de los otros dos pueblos, del de Concepción y del de San Jerónimo, y todos ellos, sabiendo que las ciudades de Santa Fe y Santiago del Estero estaban sin tropa regular española, pues luchaba ésta contra los Guaraníes, comenzaron a hacer malones sobre las estancias de las mismas.

Campaña contra los Abipones rebeldes

Vera Mujica en Santa Fe y Barreda en Santiago organizaron una pequeña tropa para acabar con estos salteadores. Para que el ejército se engrosara más y para tener en el mismo a quienes conocieran bien los caminos se consiguió que los caciques Malakín, Debayakaikin y Jhirikin, todos tres pobladores de Concepción, les siguieran. Ellos lo hicieron pero con tan mala suerte que la expedición no pudo dar con Abipones algunos. Parece cierto que Debayakaikin sólo aparentemente era entonces amigo de los españoles y al aceptar acompañarles no hizo sino llevarlos donde sabía que no hallarían al buscado enemigo. El hecho de que después de esta expedición Debayakaikin abandonó definitivamente la reducción y se plegó a los enemigos de los españoles confirma la hipótesis anterior.

Fin de Debayakaikin

Su actuación fué ligera y terminó con su muerte. Ichoalay, indignado ante un proceder tan desleal, reunió un grupo selecto de los suyos y partió contra él. Al enfrentarse con el terrible caudillo, sintió desánimo y se retiró de inmediato. Era la primera vez, nos asegura Dobrizhoffer, que tal cosa sucedía al bravo Ichoalay. Pero Debayakaikin, viéndole tomar la retirada, salió en su persecución. Ichoalay, aunque con pocas fuerzas, aceptó el combate y le ganó en forma sorprendente. Debayakaikin fué uno de los que cayeron muertos en el campo de batalla.

Su cabeza fué llevada como trofeo a San Fernando y colga-

da de un poste. A su vista y ante la concurrencia de todo el pueblo pronunció Ichoalay un elocuentísimo discurso que Dobrizhoffer nos ha conservado en su integridad, asegurando que todo él fué obra de aquel indio tan bravo en el campo de batalla como elocuente en las grandes ocasiones y fervoroso neófito en todo momento.

Reducción de la Concepción

Antes de tener lugar este suceso habíase fundado sobre el Río Inespín la segunda Reducción de indios Abipones, la de la Concepción. Puede en verdad decirse, escribe Dobrizhoffer, que el fundador del pueblo o reducción de la Concepción fué Cristóbal Almaraz. Aunque de origen español y nacido en Santiago del Estero pasó toda su vida, desde su más tierna edad, entre los Abipones que lo cautivaron. Llegó a ser un perfecto Abipón así en sus costumbres como en su modo de hablar y en su aspecto. Como ellos, y más que ellos, fué un terrible enemigo de los españoles. Lo fué aun más desde que Barreda en una de sus expediciones le llevó cautivos a su esposa e hijos.

Cristóbal Almaraz

Discurrió el valiente indio hispano-abipón que la mejor manera de obtener la libertad de los suyos sería el que Barreda permitiera la fundación de un pueblo de Abipones al que, claro está, pasarían su esposa e hijos. Para celar sus intentos indujo al cacique Alaykín a hacer el pedido a Barreda. El se ofreció a ser el mensajero u orador. Alaykín accedió a todo y Almaraz, solo y desarmado, partió a Santiago. Después de un viaje de más de cien leguas llegó a la ciudad, se entrevistó con Barreda y obtuvo cuanto deseaba.

Sus intenciones

Apoyado por el Gobernador del Tucumán y después de varias conversaciones con Alaykín, determinó Barreda que se fundara la reducción sobre la ribera oriental del río Inespín, que está a unas nueve leguas del Paraná, sesenta de la ciudad de Santa Fe y ciento setenta de la ciudad de Santiago del Estero. Escogióse al efecto un declive ligero y hermoso. El clima era templado, sin excesivos calores en el verano y sin heladas en el invierno. Cerca había un río de agua potable y una llanura abundante en leña y bosques que ofrecía abundantes frutos y excelente madera para construcciones. Abundaba la caza silvestre y abundaban las palmeras. Era en verdad un punto ideal que Alaykín había sabido escoger con singular perspicacia. Tenía además la ventaja de estar lejos de las poblaciones españolas.

Concepción de Abipones

Barreda fué con algunos soldados a ver el terreno elegido y ellos construyeron de adobe una modesta capilla y unas cabañas para morada de los misioneros. Estos llegaron al pueblo antes de concentrarse allí sus futuros pobladores. Llamábanse José Sánchez y Bartolomé Araoz. El primero era español, natural de Murcia y el segundo era criollo, oriundo de la ciudad de Tucumán. Nacido el 15 de mayo de 1721, ingresó el P. Sánchez en la Compañía el 15 de septiembre de 1739 y vino

Primeros misioneros

al Río de la Plata en 1745. En 1767, al acaecer la expulsión era el P. Sánchez el rector del Colegio de Tucumán. Falleció en Ravena a los ochenta y cuatro años de edad, el 29 de septiembre de 1807. El Padre Araoz era criollo, natural de la ciudad de Tucumán, donde nació el 6 de octubre de 1717. Estudiaba en Córdoba cuando solicitó entrar en la Compañía, como entró a 21 de mayo de 1736. A los pocos meses de estar en la Concepción fué reemplazado el P. Araoz por el P. Lorenzo Casado. Destinado más tarde al Colegio de Salta le hallamos allí en 1758, donde falleció el 14 de diciembre de 1759.

El P. José Sánchez

No por la nobleza de su origen sino por sus relevantes prendas militares y de gobierno fué hecho cacique del nuevo pueblo de la Concepción, cuya fundación databa de 1749, el valiente y hábil Alaykín. Era inteligente, nos dice Dobrizhoffer, y muy humano, notable por su candor como por su intrepidez y valentía. Esta le hacía tan querido a los suyos como temible a los españoles. Fué el implacable adversario de Córdoba y Santiago del Estero. Su conducta era digna en todo sentido, aunque le gustaba participar, pero sin excesos, en las borracheras de los suyos. Su prestigio al frente del pueblo fué tal que poco después de iniciado se asentaron allí los caciques Malakín, Ypirikin, Oaikin y Zapancha con todos sus allegados y secuaces.

Alaykin Cacique del pueblo

Pocas reducciones contaron desde el principio con más abundantes medios de sustentación. Barreda recogió abundantes reses que le ofrecieron los santiagueños y el Gobernador Martínez de Tucumán compró cuatro mil cabezas de ganado vacuno y los entregó a los misioneros. Gracias a la solicitud del P. Sánchez tenía el pueblo, a los pocos años, más de veinte mil cabezas de ganado, no obstante la matanza que diariamente se hacía para saciar la voracidad de los indios.

Medios de subsistencia

La terrible desgracia del pueblo fueron los cautivos que vinieron al mismo. Esas mujeres y niños abipones no habían aprendido nada bueno durante su cautiverio entre los españoles, y traían todos sus vicios a más de un odio contra ellos. Las mujeres eran en esto un terror, pero ninguna superaba a la esposa de Almaraz. Era además de chismosa y mentirosa, una enemiga declarada de la religión cristiana.

Los cautivos

Desgraciadamente la conducta de los españoles no era tan digna como debiera y no solamente se enajenaron las voluntades de aquellos cautivos pero aun las de los indios del mismo pueblo. Condenaban el que se hubiese formado una reducción tan lejos de las ciudades españoles. Siempre tuvieron el afán de tenerlas cerca a fin de valerse de los indios para sus intereses personales.

Esto llegó a tanto que sin consultar con los misioneros, ni aun enterarles de que se pensaba cambiar la ubicación de la reciente reducción, determinaron su traslación, como se efectuó

Traslado del pueblo

aunque en 1752 y a orillas del Río Dulce. Alaykín y los demás caciques creyeron que los autores de este plan eran los propios misioneros y ofendidos por la supuesta deslealtad de los mismos, abandonaron el pueblo dejando tan solo en el mismo a tres indios, los más insolentes, con el fin de que dieran muerte a los dos Padres, saquearan la iglesia y se apoderaran de los bienes del pueblo.

Quiso Dios que ese mismo día llegara Ichoalay a la reducción. La halló abandonada, pero su presencia y la de los suyos impidió que aquellos asesinos cometieran su doble crimen. Ichoalay asistió y defendió a los Padres y les ayudó a llevar los vasos sagrados y demás cosas hasta el pueblo de San Jerónimo, a donde se trasladaron los dos misioneros. De allí pasó el P. Casado a Santa Fe y desde esta ciudad se enviaron mensajeros a Córdoba y Santiago del Estero para ponerlos en auto de la fuga de Alaykín.

Fuga de Alaykin

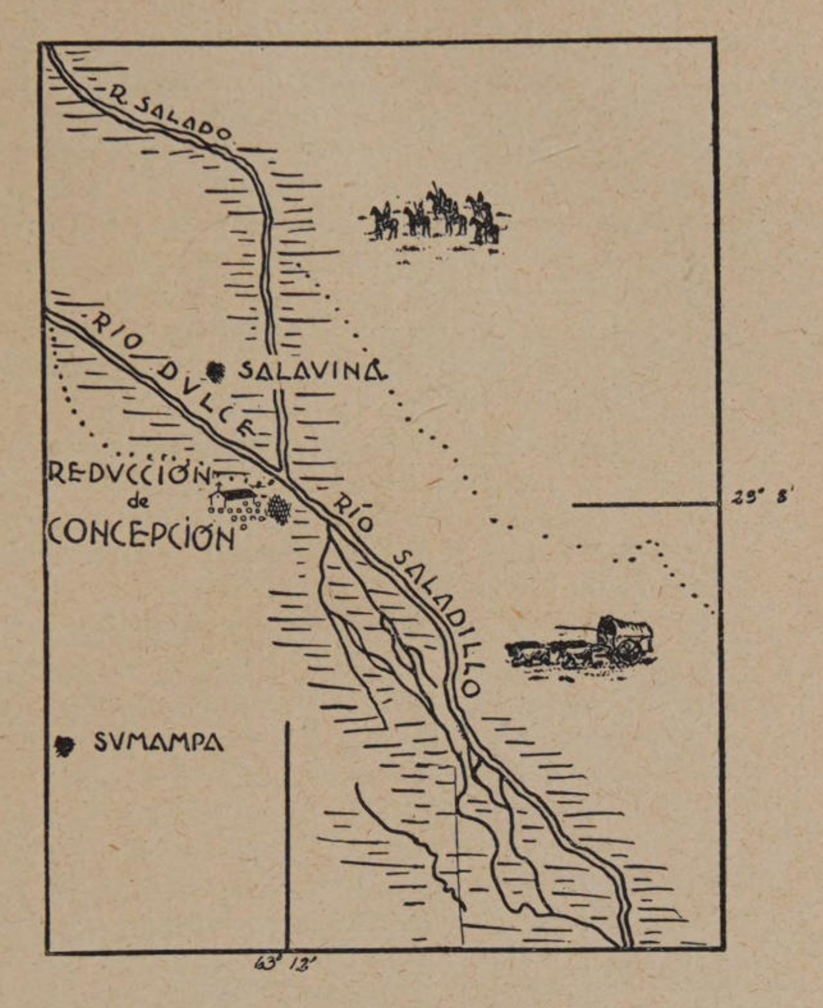
Las tres ciudades quedaron consternadas al saber la mala noticia, pues preveían las mortandades y saqueos que pronto tendrían lugar. Una de las primeras medidas fué el construir un fortín más adecuado, que el que ya había, en El Tío. Barreda aunque algo tarde llegó a ponerse en contacto con el P. Sánchez y entre ambos quedó asentado que Landriel saldría en busca de Alaykín y le manifestaría que los Padres nada tenían que ver con el cambio de situación del pueblo, que la tal mudanza no se efectuaría, que Barreda iba a Concepción cargado de regalos y obsequios, y que si algunos se negaban a regresar a la reducción los iba a sujetar por la fuerza de las armas.

Exito de Landriel

El efecto fué cual se deseaba. Regresaron todos al pueblo en compañía de Landriel. Barreda que llegó poco después a la Reducción les hizo regalos sin mentar siquiera la deserción. Era prudente y sabía que a esos bárbaros no había otro medio de tratarlos sino como a niños. Lo malo era que a las veces les hacía tantas promesas que era después muy difícil el cumplirlas.

Niñas, y niños desagradecidos, eran aquellos Abipones, y era en verdad heroica la vida de los Misioneros en medio de ellos. Dobrizhoffer que hizo en ese pueblo su noviciado misionero durante dos años y en compañía del ya mencionado P. Sánchez, consigna las dificultades de toda índole que tenía que vencer para contentar los caprichos de aquellos revoltosos neófitos. Refiriendo su llegada al pueblo nos dice que le salió al encuentro el P. Sánchez en un estado que inspiraba compasión. Llevaba en la cabeza un ancho sombrero de paja, una sotana sucia, gastada y descolorida. Su barba era larga, gruesa y más negra que la noche. Su morada era una cabaña hecha con estacas y paredes de barro y techo de paja, cuya puerta era una tabla sin cerrojo. Dentro no había sino una tabla mal cepillada, que hacía de mesa, y por cama una piel asegurada sobre cuatro estacas. El piso era de verde pasto todo perforado por

Sufrimientos de los Misioneros



Reducción de la Concepción
(Provincia de Sgo. del Estero)

No es fácil precisar la ubicación definitiva de esta Reducción. Trasladada varias veces entre 1749 y 1753, ubicóse finalmente "sobre la orilla occidental del Río Dulce, como a dos leguas del punto donde este río se junta con el Río Salado, y como a diez leguas de la carretera real que queda más al occidente". Esto escribe Jolís, al propio tiempo que nos da las coordinadas 29º 26 m. de Latitud y 315º 2 m. de Longitud. (Storia del Chaco, I, 528). Como es muy otro al presente el curso del Río Salado en esta región, y en todo su curso posterior, y es también diverso el curso del Río Dulce, resulta arriesgado señalar con precisión la ubicación del desaparecido pueblo. Aunque Jolís da las coordinadas de Latitud, son ellas, como es el caso general respecto a los cartógrafos coloniales de valor muy relativos.

las hormigas. La alimentación era carne asada y maíz. Algunas veces había también un melón por postre. El pan no existía ni había otra bebida que el agua del río.

Incursiones de los Mobobíes

Todo eso era penoso, pero lo era más el ver lo poco que se aprovechaban los Abipones de los sacrificios que por ellos hacían los Padres. Su único afán era el de promover una guerra o defenderse contra la que les promovían sus enemigos. Los Mocobíes infieles solían caer sobre el pueblo con harta frecuencia, ya solos, ya en unión con los Tobas, Vilelas y otros, y no sólo causaban desastres pero excitaban en los Abipones el deseo y la sed de venganza. Esto los llevaba a estar continuamente con las armas en las manos, y sin tener oportunidad de asistir a las clases de religión.

Tal era el estado de las cosas cuando comenzó a actuar entre los Abipones el gran jesuíta alemán que había de legarnos más tarde la magnífica monografía de que tanto nos hemos valido para pergeñar estas páginas. Como le hemos citado muchas veces como historiador, y le habremos de recordar muchísimas más como actor en los sucesos, nos detendremos un poco para evocar su titánica y simpática figura.

"Fué un hombre de egregias cualidades, aunque las confinó a una región de bárbaros. Era un espíritu que podía haber triunfado entre los sabios y los grandes hasta merecer que la fama le inmortalizara. Quiso, no obstante, ocuparse en labor la más modesta. Hombre tan singular era oriundo de la montañosa Gratz y su nombre era Dobrizhoffer (1).

Martín Dobrizhoffer

Así describe Southey al insigne misionero austríaco que trabajó durante diez y siete años en las selvas argentinas y paraguayas, al simpático autor de la valiosa *Historia de los indios Abipones;* al etnógrafo, lingüista e historiador que tanto contribuyó a enriquecer nuestra historiografía y que tan brillantes páginas escribió en los anales de nuestra historia colonial.

Dobrizhoffer fué activo y celoso como misionero, prolífico y afortunado como escritor. Fué misionero infatigable y observador perspicaz. Basta abrir las páginas de su delicioso libro sobre los indios abipones para comprender cuán grande fué el hombre que con tanta intuición penetró en el alma del feroz chaqueño, analizó sus genuinas y bastardas inclinaciones y describió con tanta maestría sus antecedentes étnicos, sus caracte-

La Historia de los Abipones

(1) He was a man of the rarest qualities. Who to this barbarous regions had confined. A spirit with the learned and the wise. Worthy to take its place and from mankind. Receive their homage, to the inmortal mind. Paid in its just inheritante of fame.

But he to humbler thoughts his heart inclined: from Gratz amid the styrian hills he came. And Dobrizhoffer was the good man's name.

res sociológicos y sus terribles malocas y sanguinarias irrupciones.

Pocos libros pueden parangonarse con la *Historia de Abiponibus*. Sin ser una novela, tiene todo el atractivo de la novela; y a pesar de estar escrito en un latín rústico y de sacristía, lleno de cláusulas pedregosas y de párrafos expresados a la alemana, subyuga al lector y no le deja abandonar la lectura, una vez comenzada. Ni las elegantes y relamidas páginas de los Muretos, Erasmos y Perpinyans así nos placen y nos entretienen.

El estilo es el hombre

En pocos libros, como en el de Dobrizhoffer, compruébase la verdad del aserto: el estilo es el hombre. El estilo de Dobrizhoffer es Dobrizhoffer mismo; es característico de él e inconfundible con otro alguno. Delata al germano tenaz y audaz, al misionero ágil y laborioso,, al viajero observador y perspicaz, al historiador minucioso siempre y siempre deseoso de la exactitud, al apóstol infatigable y celoso, al abnegado misionero de nuestras llanuras chaqueñas.

En cada página de la sabrosísima *Historia de los Abipones* aparece Dobrizhoffer de cuerpo entero. La aparente adustez de sus germánicas facciones y la rústica espontaneidad de su clara mente y hermoso corazón no nos ofende. Sus defectos (si es que merecen este calificativo) desaparecen muy pronto ante el brillo que de sí despide su noble y sencillo corazón de hombre sincero y de apóstol abnegado. La primera impresión que causa la lectura de su libro no es del todo favorable. Su lenguaje directo, personal, rápido y decisivo parece retraer al lector: pero en breve cambia éste de afectos y de sentimientos, y poco a poco va simpatizando con el autor y acaba por encariñarse con él, hasta el extremo de considerarle por un amigo, y amigo sincero y leal, inteligente y perspicaz (1).

Datos, anécdotas y recuerdos

Dobrizhoffer al componer su libro puso en él su alma toda, sus afecciones más íntimas y profundas; no trazó una sola línea, no puso un vocablo que no respondiera a lo que su razón dictaba y su corazón sentía. Con su memoria llena de noticias, datos, anécdotas y recuerdos de toda índole, y teniendo su corazón dolorido por haber tenido que abandonar a sus queridos

(1) Ya el traductor inglés había advertido esta particularidad que tanto gusta en el libro de Dobrizhoffer. "Dobrizhoffer will still be found of those authors whom the readers seem to be come personally familiar". Otro inglés Cunningham Graham asevera que "Dobrizhoffer stands alone. That delinghfull history... renders Dobrizhoffer a personal friend".

Como probaremos en su propio lugar el traductor de la edición no es Roberto Southey como ordinariamente se dice y se escribe, sino Sara Coleridge. La Introducción parece ser obra del médico y naturalista Pinkerton.

abipones, volvió Dobrizhoffer a vivir y hacer revivir la vida agreste y chaqueña, mientras escribía a orillas del Danubio, las animadas y palpitantes páginas de su *De Abiponibus*, y es por esto que el lector, aun el más apático, el más prevenido, queda en breve como subyugado y enteramente dominado por la irresistible corriente magnética que recorre todas las páginas del libro tan peregrino.

No es el pueblo abipón un pueblo simpático en los anales de nuestra historia patria, pero como advertía muy acertadamente el doctor Samuel Lafone, es imposible que el lector de Dobrizhoffer acepte esta conclusión. Cierto es que en el libro del misionero chaqueño aperecen esos indios, tan grandes, tan varoniles y belicosos, tan independientes y libres que bien pueden ser parangonados con los germanos de Tácito o los galos de César.

Mérito de la obra de Dobrizhoffer

Pero el mérito de Dobrizhoffer no estriba en haber hecho que aparezcan simpáticos los terribles abipones y adquieran ante la historia y la ciencia méritos que nunca tuvieron, a lo menos en tan alto grado. Su gloria se funda en habernos dejado una monografía completa, luminosa y cabal acerca de una raza vigorosa y temible que moró y luchó, durante siglos en territorio actualmente argentino, y en haber consignado al propio tiempo múltiples y variadas noticias acerca de otras razas afines.

Apreciaciones varias

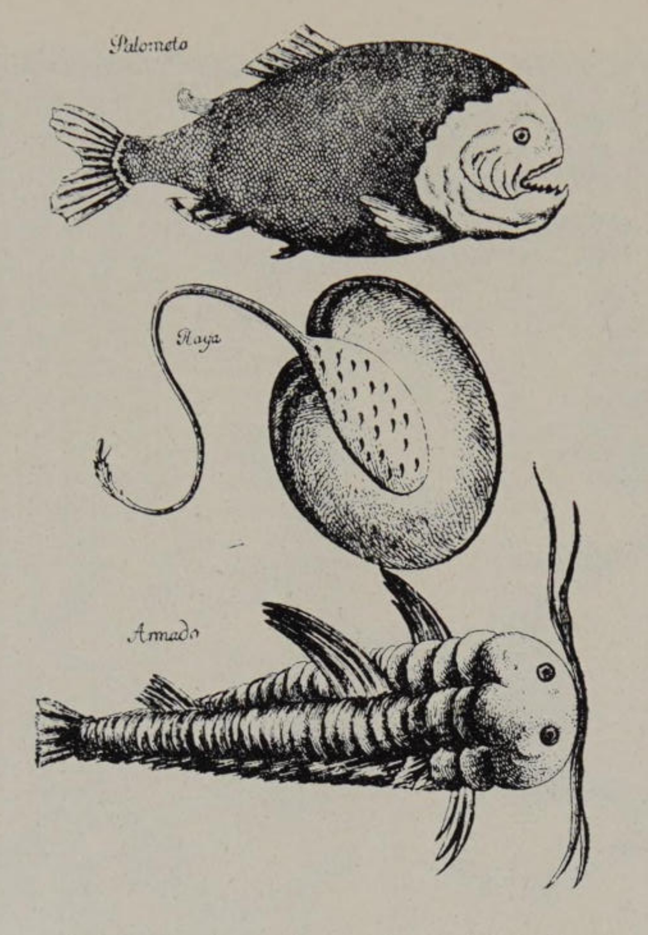
No en vano afirma Achelis que "Dobrizhoffer y Lafitau deben ser considerados como los pioneers o fundadores de la ciencia de la etnografía comparada" (1) y Oscar Canstatt, tan poco favorable a los misioneros católicos, asevere que "es imposible ocuparse de los indígenas del Chaco sin contar ante todo con los escritos de Pfotenhauer y Dobrizhoffer" (2). Retzel ha escrito que la ciencia etnográfica de Dobrizhoffer era universal y completa (3); Wolfang Menzel asegura que fué él el primero que dió a la Europa un conjunto de noticias exactas acerca de los indios sudamericanos (4, y Falkenstein, después de ponderar el singular mérito de los escritos de Dobrizhoffer, y el gran servicio que como etnógrafo hizo a la cau-

(1) *Moderne Volkerkunde*, p. 92.

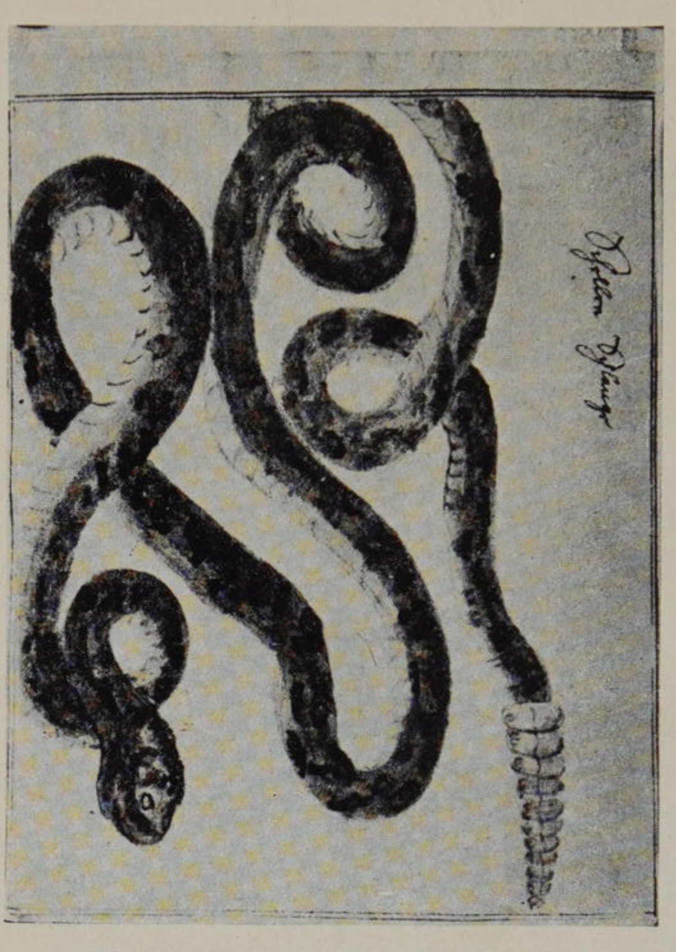
(2) Citado por *Cathrein, Stimmen aus Maria Laach*, t. XXVII, p. 441.

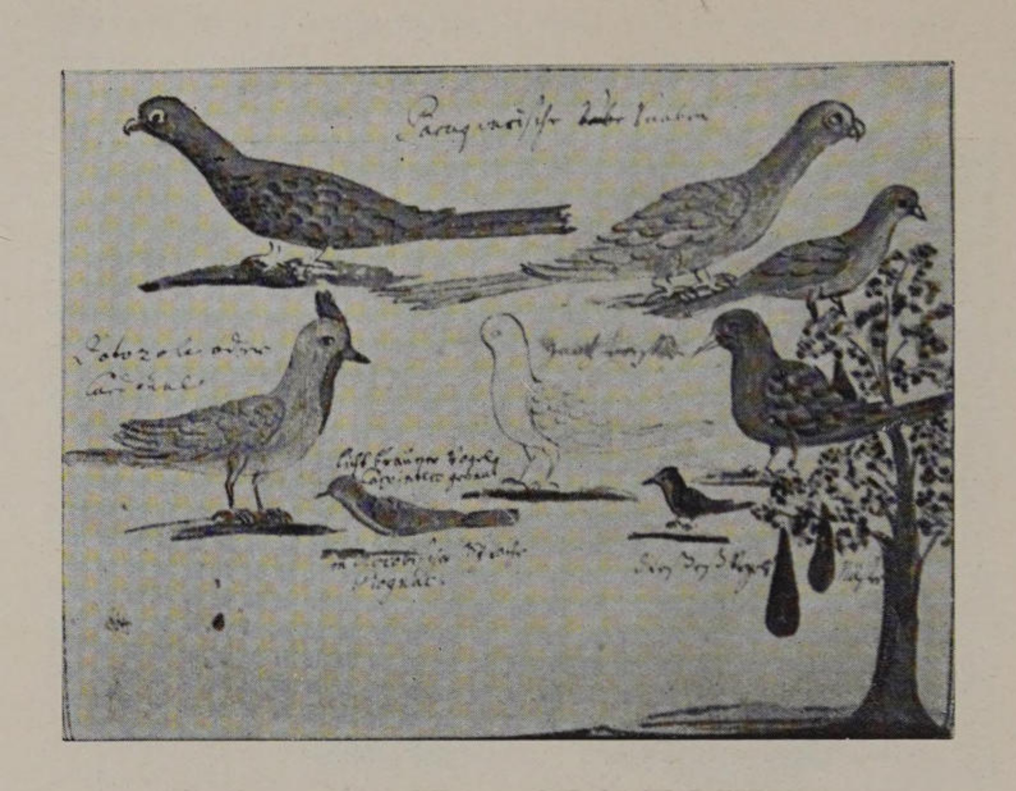
(3) *Volkerkunde*, t. I, p. 661: Considera a Dobrizhoffer y Besuz como "den gelehrten Jesuiten, deseen ethnographische Kentnisse sehr umfassende waren".

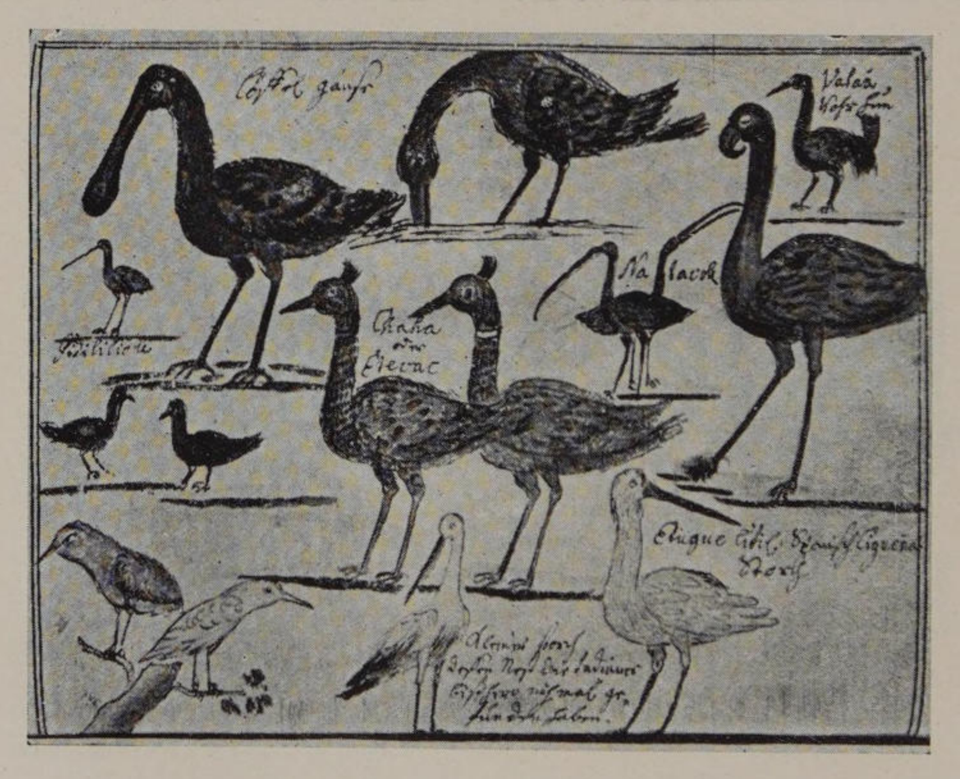
(4) *Die Deutsche Litteratur*, t. III, p. 110: "Kommt da, wo er von der deutschen Reiselitteratur des 18 Jahrhunderts redet, auch auf die Jesuiten (speciell auf Dobrizhoffer und Tieffenthaler) zu sprechen und sagt von ihnem: ... Dobrizhoffer ertheilt uns die ersten genauen Nachrichten von Südamerika...".



Ictiología chaqueña, según Dobrizhoffer.


Ofidismo chaqueño, según Baucke





Aves chaqueñas, según Baucke

sa de la ciencia, no duda en afirmar que es él "uno de los jesuítas más ilustres que ha producido la Germania" (1).

El P. Martín Dobrizhoffer era austríaco, natural de la pintoresca villa de Friedberg en la antigua Bohemia. No faltan biógrafos que afirman que nació en Gratz, y algunos, como el P. Antonio Astrain le hacen natural de Holanda, pero una y otra afirmación son enteramente gratuitas y sin fundamento alguno (2). **Era austríaco**

La fecha de su nacimiento no parece ser otra que la del 7 de septiembre de 1718, como consta en los catálogos oficiales de la época, aunque Huonder, Stoeger y Uriarte afirman que nació en igual día y mes del año anterior de 1717. La misma divergencia de fechas existen en cuanto a la de su ingreso en la compañía. Creemos, sin embargo, que la más segura es la que hallamos en los catálogos oficiales, según los cuales entró en la religión a 19 de octubre de 1736.

Entró en el noviciado de Trenchini, y terminado el período de su probación religiosa, pasó a Viena en cuya universidad estudió el curso de la filosofía y los de ciencias físicas. El mismo Dobrizhoffer recuerda esta época de su vida de estudiante cuando en uno de los pasajes de su *Historia de Abipones*, al ocuparse de la aparición de cierto cometa, escribe: "yo ingenuamente confieso que ni hago caso del vulgo que teme los cometas ni hago caso de los que opinan que los cometas son augurios de buenos sucesos; pero sostengo lo que en la Universidad de Viena me enseñaron en 1742 y defendí públicamente (en un acto), esto es, que los cometas ni auguran males ni pronostican bienes algunos" (3).

Pasa a la Universidad de Gratz

En 1745 pasó a cursar la teología en la Universidad de Gratz, y a esta época alude asimismo en su *Historia* al discutir la doctrina que sostienen los teólogos de que es imposible que

(1) *Real-Encyclopadie* de Ersch un Gruber, s. v.: "einen der ausgezeichnesten Jesuiten deutschen Stammes". E. A. Hopkins afirma (*Natural History*, p. 57) que "The work of Father Martin Dobrizhoffer is on the whole the best guide to what is known of the Natural History of Paraguay proper".

(2) El Catálogo mss. del P. Diego González apunta que nació en Friburgo, y Backer, Sommervogel, Leclerc y la mayoría de los biógrafos han repetido lo mismo, incluso el general Mitre en una nota que puso al ejemplar de la edición latina que poseía. Stoeger, basándose en los documentos más fehacientes que se conservan en el Archivo de la Provincia Jesuítica de Austria, afirma categóricamente que nació en Friedberg. Cf. *Scriptores Prov. Aust.*, p. 62. Uriarte acepta la afirmación de Stoeger, *Catálogo*. . ., t. II, p. 463. La del P. Antonio Astrain, en la *Introducción* al P. Pastells, *Historia de la C. de J. en el Paraguay*, t. I, pp. XXIV y XXV, al aseverar que era holandés, no tiene fundamento alguno.

(3) *Historia de Abiponibus*, t. II, p. 95.

hombre alguno pueda pasar mucho tiempo sin conocer a Dios. "Yo defendía con tesón esta doctrina, mientras estudiaba el cuadrienio de teología que comenzé en Gratz y terminé en

Tesis errada

Córdoba de Tucumán, pero cuán grande fué mi asombro al pasar después a las colonias de los Abipones y tener que persuadirme que en el idioma de estos salvajes, por otra parte tan abundante en palabras, no sólo no tenían una palabra que expresara la idea de Dios pero ni siquiera una que en alguna manera se refiriera al Ser supremo" (1).

Fué en la época que estudiaba la teología que pidió y obtuvo el ser enviado de misionero a la histórica provincia del Paraguay. El mismo nos cuenta que su viaje fué por tierra desde Gratz hasta la ciudad de Liborno en la Liguria, y por mar desde este puerto hasta el de Lisboa, donde debía embarcarse para América. Hizo este viaje en compañía del P. Nicolás Plantich, y tardó dos meses en hacerlo, según consta en los registros de expedición (2).

En Lisboa le esperaba el procurador del Paraguay, P. Ladislao Orosz, compatriota de Dobrizhoffer, y con él los insignes misioneros que en aquella ocasión pasaron a América. Que vino Dobrizhoffer en esta ocasión es un hecho indudable, pues él mismo así lo afirma al escribir que en 1749 estuvo dos días en la Colonia del Sacramento, al pasar de Lisboa a Buenos Aires (3). Hallamos además su nombre en los registros de embarcación de dicho año, y Francisco Miranda, uno de los expedicionarios, relata que vino a América en 1748 y en com-

Camino de América

pañía de los PP. Florián Baucke, Julián Knogler y Martín Dobrizhoffer "todos tres muy hábiles en la música" (4). Ante documentos como éstos caen a tierra los cálculos sin fundamento del P. Uriarte, quien sostiene que vino a nuestro país por los años de 1744, y afirma que el "per annos duo de viginti" que leemos en la portada de la *Historia de Abiponibus* es yerro de imprenta, en vez de "per annos duo et viginti" que son, a juicio de Uriarte, los que empleó Dobrizhoffer en la conversión de los abipones" (5).

(1) *Historia de Abiponibus*, t. II, p. 72. Debió ser después que cursó la filosofía y antes de empezar la teología que enseñó gramática durante tres años y retórica durante uno, como afirma Stoeger tomándolo de un *Catalogus primus* de mediados del siglo XVIII.

(2) *Archivo general de Indias*, Sevilla; 45-2-6|9.

(3) *Historia de Abiponibus*, t. I, p. 6.

(4) (P. Francisco Javier Miranda), *Vida del Venerable sacerdote Don Domingo Muriel*, Córdoba, 1916, p. 242.

(5) El mismo Dobrizhoffer escribió que estuvo en las misiones "viginti duorum annorum" (*Hist. de Abip.*, t. I, p. 211), pero incurrió en manifiesto error. El "per annos duo de viginti" que leemos en la portada de su libro es lo cierto. Con demasiada ligereza aceptó Riviére la afirmación de Uriarte: "Uriarte fait observer,

El día 20 de septiembre de 1748 zarpó de Lisboa la nave en que venía nuestro futuro misionero, y a fines de enero del año siguiente de 1749 arribaba a nuestras playas. Después del descanso de costumbre, partió a Córdoba, donde terminó el cuadrienio de teología bajo el magisterio del P. Antonio Miranda (1). Pocos meses permaneció en Córdoba. Según parece sólo se detuvo en dicha ciudad el tiempo necesario para repasar toda la teología y preparar el examen final de la misma.

En Córdoba

Por el mismo Dobrizhoffer sabemos que a mediados del año de 1750 abandonó la ciudad de Córdoba y pasó a las misiones de los indios mocobíes. Hallábanse éstas al norte de la ciudad de Santa Fe y, aunque de reciente fundación, eran ya el objeto de las bendiciones por parte de los moradores de la capital santafecina. Es curioso lo que cuenta Dobrizhoffer le acaeció en Santa Fe al llegar a ella en 1750. "Hallándome yo parado junto a la puerta de nuestra iglesia, paróse junto a mí, escribe Dobrizhoffer, un noble caballero español y medio llorando de pura emoción, me dijo: O Padre! cómo estaban nuestras cosas pocos años hace! Por ley se nos había sido prohibido venir a esta iglesia, sino era armado. Ni a la calle podíamos salir sin peligro de la vida" (2).

Este cambio era el resultado benéfico que habían producido las reducciones de indios mocobíes, reducciones que constituían una barrera infranqueable entre Santa Fe y el Chaco, entre los pacíficos moradores de la ciudad santafecina y los terribles indígenas.

A estas reducciones llegó Dobrizhoffer en circunstancias las más lamentables. Acababan los abipones y los tobas de asaltar una reducción, y se habían llevado cuanto hallaron a mano. Con ellos habían hecho causa común no pocos mocobíes rebeldes aún, y el pánico más horroroso se había apoderado de todos los indios reducidos, particularmente de los de la Concepción, cuyo pueblo acababa de ser asaltado.

Dobrizhoffer va a la Concepción

A este pueblo y en estas circunstancias llegó Dobrizhoffer. "Llegué al pueblo ,nos dice él mismo, y al momento me rodearon los indios rebeldes. El Padre José Sánchez, que era el Cura del perseguido pueblo, salió a mi encuentro y se echó en

avec raison, que le "per annos duo de viginti" du titre est une erreur d'impression "pour duo et viginti": en effet, dés la premiére ligne de sa préface, l'auteur parle des vingt-deux ans de son séjour en Amérique". Cf. *Supplement*. . ., p. 435. Sólo en una ocasión afirmó Dobrizhoffer que había estado 22 años en América, y en otra que había estado 18. ¿Por qué aceptar la primera y no la segunda? ¿Por qué no averiguar la verdadera, averiguando la fecha de su llegada a América? Cierto es que salió de Europa a fines del año de 1748 y llegó a América a principios del año de 1749.

(1) *Historia de Abiponibus*, t. III, p. 381.
(2) *Historia de Abiponibus*, t. III, p. 17.

mis brazos. Presentaba un aspecto lastimero; estaba todo desgreñado y tenía la sotana toda despedazada, de suerte que su vista me infundió terror, y después me produjo tristeza y conmiseración. Su sotana o mantón era una especie de bolsa, despedazada y rota, y sin color alguno definido; la barba más negra que la pez, tupida y desgreñada. En sus ojos mismos aparecía cuánto había tenido que sufrir. "Más tolerable sería "mi vida en Marruecos entre los moros que entre estos bár-"baros que te rodean", exclamó, no bien me saludó; y con gemidos de esta índole dióme el misionero la bienvenida" (1).

Camino de Santiago

Las cosas llegaron a tal extremo que un día dijo el P. Sánchez al P. Dobrizhoffer: "uno de nosotros debe ir a Santiago para informar al Gobernador o a su teniente Barredo del estado de las cosas. Es un viaje de ciento setenta leguas a través de desiertos donde lo único que se encuentra son indios que sólo esperan una oportunidad para matar a los transeuntes y despojarles de sus cosas". Yo, dice Dobrizhoffer, no me espanté de ésto y preferí ir allá que quedarme solo en el pueblo. Tres indios me acompañaron y allá me fuí. Durante los primeros tres días y noches una lluvia copiosa y tenaz nos mojó enteramente y hasta me estropeó el breviario inutilizándolo.

Cuando volvió a salir el sol, bajamos de los caballos y pusimos nuestras ropas a secar. También pusimos a secar la carne que traíamos pero aun a distancia olía que era un espanto. Todo estaba inundado y así los caballos resbalaban con frecuencia. Los hormigueros y los montes de hormigas eran otros causales

Viaje penoso

de resbalones y golpes. Los caballos estaban agotados y a causa de tener las pesuñas en agua o tierra mojada estaban tan blandas que solo lentamente podían avanzar. Yo estaba exhausto de fuerzas, escribe Dobrizhoffer, y aunque era grande mi hambre preferí ayunar que comer de aquella carne putrefacta. Sólo al décimotercer día de viaje hallé un melón y tres mazorcas de maíz y ese banquete me pareció restaurador de las fuerzas perdidas.

A los diez y seis días llegamos a la vista de Santiago pero el río Dulce estaba tan crecido que no nos permitió entrar a la ciudad. Al saberlo Barreda envió dos excelentes nadadores para que trasladaran a la otra orilla al misionero. Barreda, que era íntimo amigo de Dobrizhoffer, se informó de todo y lo puso en conocimiento del Gobernador de Tucumán que a la sazón se hallaba en Salta.

Alaykin en Santiago

Mientras esperaban la respuesta fueron sorprendidos por algo inusitado: la presencia de Alaykin que había venido a Santiago en términos de paz y con espíritu amistoso. Así Barrera como Dobrizhoffer temieron que esta venida pudiera traer desastrosas consecuencias pues si él o alguno de los suyos se en-

(1) *Historia de Abiponibus*, t. II, p. 221.

fermaba o moría, o le acaecía alguna otra desgracia, no habría medio de disuadirlos que no habían los españoles cooperado a esa desgracia, y la guerra sería inevitable.

Y hubo un incidente que pudo haber culminado en tragedia. Precisamente en los días que estuvo Alaykin y los suyos en Santiago, celebróse en la ciudad la procesión de Corpus. Al oír los disparos que se hacían al iniciarse la procesión, se alarmaron grandemente pero el P. Dobrizhoffer les convenció que era otro el objetivo de los mismos. "Lo que más temí era otra cosa, escribe Dobrizhoffer. Iban acompañando a la procesión unos sujetos ridículamente vestidos, llamados Cachidiablos por los españoles, los cuales con un látigo corregían a los distraídos o a los que se comportaban mal. Mi temor era el que uno de aquellos disfrazados, desconocedores de la mentalidad de los indios, los quisieran poner en vereda a latigazos. Habría sido un terrible casus belli. Felizmente nada desagradable sucedió entonces.

Cuando la procesión de Corpus

Arreglados los asuntos que le habían llevado a Santiago regresó el P. Dobrizhoffer en compañía de nueve soldados que Barreda puso a su disposición. Debían de haber sido cuarenta pero ellos tuvieron buen cuidado de eximirse de hacer tan ingrato viaje. Los nueve que se pusieron en camino veían enemigos hasta en la sopa y tanto fué su terror que una noche quisieron volverse a Santiago. Pudo en esa oportunidad tranquilizarlos el misionero, pero días después cuando ya habían hecho noventa y cuatro leguas de camino advirtieron sobre las riberas del Salado las huellas de los indígenas. Esta visión bastó. Dieron vuelta a sus caballos y partieron por los bosques de Turugán llegando al pueblo de Salabina. Yo, para no quedar abandonado, les acompañé.

Con soldados de Santiago

"Fué gracioso, escribe Dobrizhoffer, lo que entonces me pasó. Llegué al pueblo indignado por la conducta de mis compañeros, pero al rato me encuentro con su Cura el Presbítero Clemente Jerez de Calderón quien, como para consolarme, me dice: "es providencial su venida a este pueblo pues necesitaba yo quien predicara el panegírico de Nuestra Señora". Aludía a la fiesta del Carmen que en este pueblo se celebraba durante nueve días consecutivos.

Nos dice Dobrizhoffer que el panegírico duró una buena hora y que el auditorio era grande, porque en esa ocasión pasaban a Salabina peregrinos venidos de todas las partes de la provincia, quienes por ser pequeño el pueblo, pasaban las noches al fresco o en tiendas. Después del sermón, agrega Dobrizhoffer, fuí acompañado a la casa del Sr. Cura en medio de una numerosa comitiva y de fuegos artificiales. Allí nos esperaban para ofrecernos caña y tabaco.

En Salabina

Doce días estuvo allí el misionero. Como con su llegada se había enterado Barreda de lo ocurrido, despachó otros veinticua-

tro soldados para que le acompañaran. Pasaron todos a nado el río Salado, entrando así en el temible Chaco. Aquí tuvieron que sufrir no poco, pues en el camino que seguían fueron vistos por algunos Tobas y Mocobíes. Temerosos éstos de ser apresados pusieron fuego a los campos que ardieron con rapidez, devorando los arbustos y aun los árboles. El fuego llegó a estar a ambos lados de los españoles y si bien se vieron libres del mismo, no se libraron del humo que apenas les permitía respirar.

De mal en peor

Dobrizhoffer regresó a la Concepción, pero las cosas del pueblo no mejoraron. Un incidente desagradable comprometió la paz y armonía de todos. El Capitán Miguel Ziburro y el Sr. Piedra Buena, junto con otros estancieros de Santa Fe se llegaron al pueblo bien acompañados de soldados y, en forma hiriente, retaron a Alaykin por las depredaciones que hacían los Abipones salvajes. No se atrevieron los españoles a empeñar una batalla, pero dejaron en los indios la impresión de que los Padres misioneros simpatizaban con ellos y no con él. El efecto fué desastroso. No había indio o india que quisiera de ahí en adelante acercarse a la iglesia o a la casa de los Padres. Hasta huían de conversar con ellos.

Asalto al pueblo

Así estaban las cosas cuando una noche, mientras dormía el P. Sánchez y mientras el P. Dobrizhoffer remendaba el único par de zapatos que poseía, oyó éste un ruido singular. Salió fuera y pudo ver a todos los indios en la plaza, montados a caballo, con sus rostros pintados y las lanzas en sus manos. Se disponían a rechazar una próxima invasión que aquellos españoles, ayudados de Ichoalay, pensaban llevar contra el pueblo.

Se dió aviso de lo que pasaba a Barreda y éste, a todo escape, se presentó con cuatrocientos soldados. Después de mucho pensarlo, aunque contra el parecer y voluntad de todos los indios, determinó que el pueblo se mudara a un punto distante ochenta leguas y a orillas del Salado, como se efectuó en 1752.

Precisamente cuando debía iniciarse el éxodo, comenzó a llover sin cesar día tras día, pero ni eso detuvo a Barreda. Cargó en cuatro carretas los muebles más grandes, las puertas y ventanas, y detrás marchóse él con su comitiva y con cuatro indios que quisieron acompañarle. Los demás se quedaron junto a sus chozas contemplando lo que acaecía. Barreda les hizo notar que quienes no le seguían serían tenidos por enemigos. Todo fué en vano. Miradas de tristeza y un triste silencio era la única respuesta. Ignoraba ciertamente Barreda cuanto amaban los indios sus tierras nativas. Felizmente los caciques Malakin, Yhirikin y treinta familias siguieron al Sr. Barreda y al P. Dobrizhoffer que con él iba. Al día siguiente partió el P. Sánchez con las demás familias.

Traslación del pueblo

Veintidós días duró el viaje desde la Concepción antigua a la Concepción nueva. Se escogió para ésta una llanura de unos cuatrocientos pies de extensión y con declive hacia la elevada ribera del Salado. Este quedaba a su oriente mientras que al occidente se extendían grandes campos. Al norte y sur había bosques. Desde el primer momento advirtieron los Padres y los indios que el agua era algo salobre, pero que debía de suyo serlo mucho más ya que en esa ocasión venía el río muy crecido por las grandes lluvias que habían tenido lugar, pero Barreda nada quiso oír a este respecto.

Veintidós días de viaje

Hizo construir tres ranchos, dos para los Padres y uno para capilla, señaló los solares donde los indios habían de levantar sus chozas, regresó a Santiago del Estero y escribió al Virrey del Perú que había fundado una nueva reducción, mientras ahí quedaban los dos Misioneros con toda la tarea de fundarla en pésimas circunstancias y en un punto enteramente inadecuado. Era por otra parte la región de los tigres, cuya presencia se dejaba ver en todas partes. Las puertas de las casas de los Padres eran tan sólo unas pieles de buey por las que podían entrar todas las alimañas, sin excluir los feroces felinos.

La pobreza que tuvieron que tolerar los misioneros en esta Reducción sobre el Salado fué indecible. Carne de vaca y miel eran los únicos alimentos. De vez en cuando alguna ave o la carne de alguna fiera daba alguna variedad. Tuvo el pueblo un numeroso rebaño de ovejas, pero una noche desaparecieron sin dejar rastro y nunca se supo su paradero. Se les cuidaba con solicitud no tanto por la carne cuanto por la lana de que necesitaban los indios para sus vestidos. Como estaba cerca el camino que unía a Santa Fe con el Tucumán es probable que algunos transeuntes o viajeros se llevaran todo aquel ganado.

Pobreza suma

Como Alaykin se quedó en la reducción abandonada y Malakin había pasado a la nueva, quería el primero tomar venganza de la supuesta deserción de éste y así procuraba molestar, sobre todo mediante el latrocinio, a los pobladores de la nueva Concepción. En parte por evitar estas incursiones de Alaykin que no se había reconciliado con el traslado y parte por la falta de agua potable, cuya necesidad se echó de menos desde el principio, determinaron los Misioneros trasladar el pueblo a las orillas del Río Dulce, a muchas leguas de distancia. Apenas instalados creció de tal suerte el dicho río que fué necesario fugarse a un punto más seguro, de donde pasaron a otro y otro, por no hallar uno bien adecuado.

Alaykin y Malakin

Después de catorce mutaciones se estableció definitivamente el pueblo a orillas del Río Dulce, como a cincuenta leguas de la ciudad de Santiago del Estero. No era posible hallar una región más apta para el pastoreo. Gracias a éste y a la abun-

Traslados posteriores

dancia de agua el ganado se multiplicó hasta llegar a treinta mil cabezas, no obstante el enorme consumo diario. Este fué siempre grande, pero fué enorme desde que Debayakaikin pasó del puesto de San Fernando a este de la Concepción trayendo consigo a todos sus secuaces. Felizmente no duró en la Reducción y se volvió a los bosques del Chaco y a su vida nómade, donde Ichoalay le mató como ya dijimos.

Es ciertamente imponderable la benemérita, sacrificada y heroica labor que en este pueblo y por espacio de tantos años desplegó el buen P. Sánchez. Cómo debieron de revivir en su fantasía los recuerdos chaqueños cuando anciano ya perdió del todo la vista corporal y en la lejana Rávena esperaba la muerte que tantas veces le había conminado en la Concepción pero que no llegó a sus puertas hasta el año 1805. Fué el último sobreviviente de entre los misioneros chaqueños.

Tercera Reducción: la de S. Fernando

No fué de menores beneficios para el bienestar de los españoles, sobre todo de los de la ciudad de Corrientes, la fundación del pueblo de San Fernando y San Juan Francisco de Regis. Los salvajes Abipones, Tobas y Mocobíes tenían a Corrientes en continua alarma. Era imposible tener estancias, y era poco menos que imposible el salir del casco de la ciudad sin evidente peligro de la vida. No en vano los correntinos ansiaban tener en sus alrededores una reducción que fuera como un fortín contra las irrupciones de los indios. Suspiraban los Correntinos por tener cerca de sí un pueblo misionero gobernado por jesuitas.

El Sargento Mayor D. Nicolás Patrón, lugarteniente de gobernador, Justicia Mayor y Capitán de guerra en dicha ciudad y su jurisdicción fué quien más trabajó para que este ideal se realizara. Conversó al efecto con Ichoalay, y aunque este se

Patrón e Ichoalay

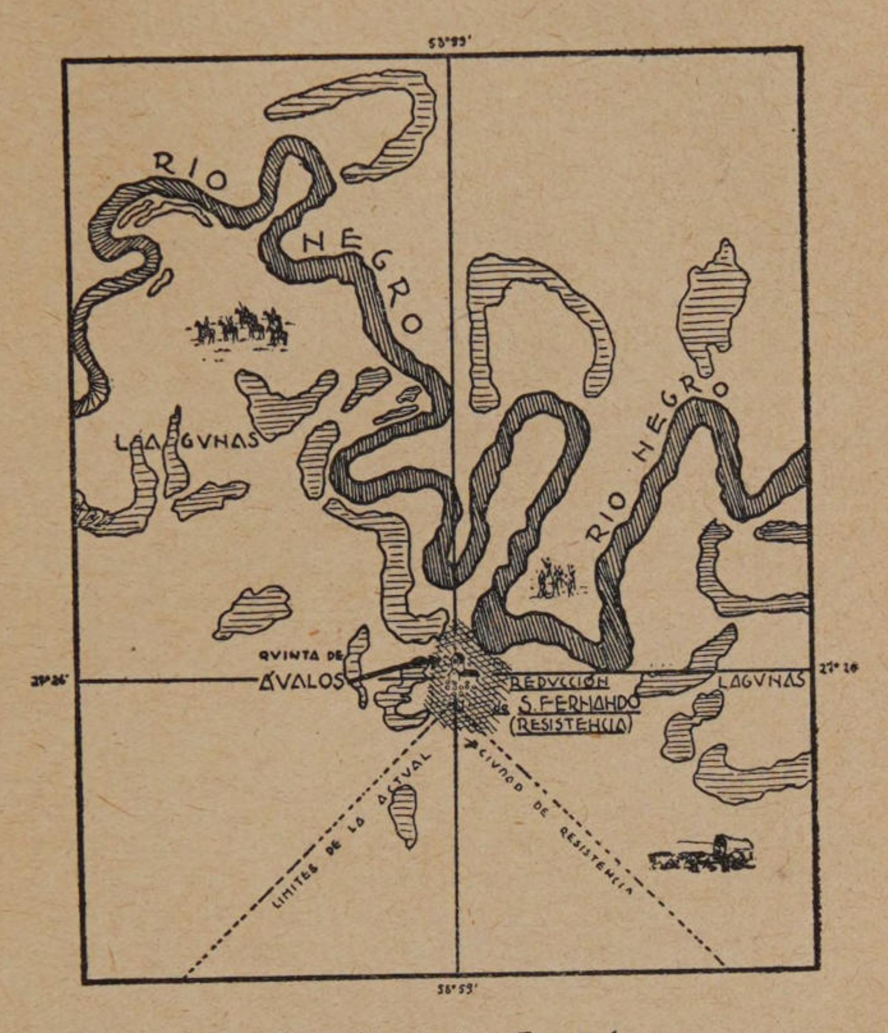
oponía al principio y creía perjudicial la fundación de otro pueblo de Abipones, aceptó después la proposición de Patrón. Aun más: fué el mismo Ichoalay quien eligió el sitio donde debía construirse el pueblo. La elección fué aprobada por los españoles, pues no había otro sitio más adecuado.

Dobrizhoffer nos dice que el lugar del emplazamiento de la nueva reducción era una pequeña zona de tierra llana, distante dos leguas de la ribera occidental del Paraná, un poco abajo del sitio donde este río se junta con el Paraguay. Hacia

Sitio escogido

el Este está la ciudad de Corrientes, y a su norte fluye el Río Negro, cuyas aguas son tan amargas que hasta las bestias se niegan a beberlas. Está este río rodeado de bosques y pantanos, en ninguno de los cuales hay agua dulce, pero todos están llenos de cocodrilos y varias especies de grandes víboras.

"Toda esta zona de tierra se extiende hacia el occidente indefinidamente, cortada tan solo por bosques y esteros, y toda ella proporciona excelentes pastos para el ganado, sobre todo en un punto donde hay un bosque de palmas de caranday que



Reducción de San Fernando
(Actualmente: ciudad de Resistencia. Chaco)

Fundóse el 26 de agosto de 1750 "como a cuatro leguas de la ribera occidental del Paraná y sobre la margen austral del Río Negro", según asevera Jolís (*Storia del Chaco*, I, 528). Según él, las coordinadas son: 27º 28' de Latitud y 318º 47' de Longitud. Como manifestamos en el texto, la Reducción estuvo en lo que es ahora el extremo norte de la actual ciudad de Resistencia.

se extiende por muchas leguas a lo largo de la ribera del Paraná. La tierra, si se le trabaja, devuelve con crecido interés cualquiera clase de granos. Los árboles están cargados con gran variedad de frutos, y suenan con el cantar de los loros y de otros pájaros, además del charlar de los monos. Hay doquier jabalíes, venados, ciervos, varias clases de conejos, capibaras, patos, abundancia de miel, alfarobas, y árboles nobles. Estos ofrecen buenas maderas para hacer barcos, carretas o casas.

Sus alrededores

"Pero, ¡también hay tigres! que infestan de continuo esta región. El clima, es excesivamente cálido y son frecuentes las tempestades de viento y los rayos. El aire impregnado de vapores nocivos que proceden de las aguas estancadas en los esteros vecinos y lleno de innumerables mosquitos hacen la vida desagradable y la noche intolerable.

El Cacique Naré

"Fué, sin embargo, aquí donde los Abipones Yaaukanigas tuvieron su residencia durante muchos años. Su Cacique principal fué Naré, hombre de noble cuna y de reconocida valentía, aunque no se distinguía por su físico ni por su talento. Era notoriamente mujeriego y dado a la bebida. Más adicto a la vida placentera que al esfuerzo, delató tener una disposición indolente. Muchos consideraban una virtud de Naré la fidelidad con que conservó la paz que había jurado con los españoles, pero los suyos lo atribuían más al miedo que a la virtud.

Pachieké

"Tenía Naré varios hermanos menores, uno de los cuales era Pachieké. Este era tan valiente como sagaz y astuto, y los españoles le llegaron a tener terror por su valor. Este, no obstante, no era tan grande pues se dejaba dominar por la borrachera y cada dos por tres repudiaba a sus esposas. Era íntimo del Sr. Patrón, y éste solía siempre consultarle cuando se trataba de alguna empresa militar. Siempre creímos que se había de tener presente así sus consejos como su valentía cuando se trataba de vencer fuerzas enemigas. Otros caciques del pueblo fueron Oahari y Kachirikin, hombres en la plenitud viril y famosos así por su nobleza de origen como por su habilidad en robar.

Fundación del pueblo

La fundación del pueblo tuvo lugar el día 26 de agosto de 1750. Seis días antes, habían llegado al sitio elegido así el Sargento Mayor Nicolás Patrón como el P. Tomás García, y con la ayuda de soldados correntinos edificaron la primera capilla y las primeras viviendas en lo que había de ser la Reducción de San Fernando y es hoy la ciudad de Resistencia. El 26 de agosto del mismo año se dieron por terminados los trabajos preliminares de la fundación y en ese día se labró el acta de la misma, cuyo texto es como sigue:

"En este sitio en que se ha formado el pueblo para habitación de la nación Abipona que sigue la parcialidad del cacique Naré, como a cuatro o cinco leguas de la ciudad de Co-

rrientes, en la parte contrapuesta del río Paraná, a veintiséis de agosto de mil sietecientos cincuenta: El Sargento Mayor D. Nicolás Patrón lugar teniente de gobernador Justicia Mayor y Capitán de guerra de dicha ciudad y su jurisdicción, por su Majestad, — que Dios guarde, — en conformidad del Probeido queda por cabeza de estas Diligencias y la noticia que de él se dió por mandado del señor Gobernador y Capitán General de esta Provincia al Venerable Deán y Cabildo con sede Vacante para el nombramiento del Párroco, y este hecho por el Rvdo. P. Provincial de la Compañía de Jesús en el P. Thomás García de la misma sagrada religión quien pasó conmigo y la partida de soldados que binieron a la fundación de dicho pueblo el día veinte de Mayo del mes pasado de este año, el cual pueblo se halla hoy concluído con iglesia capaz y tres aposentos para los Rvdos. Padres con recinto competente a sus bibiendas, ampliando lo dispuesto en la ley 4, título 3, libro 6, tomo 2, de la Recopilación de Indias, en cuya virtud ordeno y mando que los expresados indios sean traídos de sus tolderías y puestos en la plaza del citado nuevo pueblo que en concurso de todos éllos se les explique por el interprete Faustín de Casco, en su natural idioma todo lo conducente a que conoscan que por parte del Rey nuestro señor y gobernador y mío como de la República de dicha ciudad de Corrientes tenemos cumplido en cuanto nos ha sido posible en hacerles el pueblo a fin de que tomen asiento y política y socialmente vivan guardando no solo la paz prometida sino la Obediencia al Rey nuestro señor y sus reales Ministros todo acatamiento y respeto a los Reverendos Padres como a sus verdaderos protectores en lo espiritual y temporal y estar en todo lo que fuere ordenado por su Corregidor, que desde ya nombro por tal al Cacique Naré, y para que sea conocido por tal le hago el nombramiento en forma y a él en nombre de todos doy posesión de dicho pueblo con una legua de territorio a cada uno de los cuatro bientos que es lo que deben conforme a la ley 8, título 8, libro 6, tomo 2 de la Recopilación de Indias para su éxido y labranzas dejando lo demás realengo y común, en reserva de hacerles merced en depósito de mas terreno que en adelante necesitando pidiesen para sus estancias y demás menesteres, con lo cual por ahora se concluyó esta Diligencia y el dicho nuevo Corregidor pasó a distribuir las casas dando una a cada familia quedando todos advertidos de acudir mañana a la puerta de la Iglesia a verla bendecir y colocar y hacer aclamación y advocación del Santo Patrón Titular de dicho pueblo la que se hará en nombre del Rey nuestro señor por medio de la bandera de sus reales armas por tres veces; y para que conste lo pongo por diligencia, y lo firmo con el protector de naturales porque por tal nombro al Sargento Mayor D. Josef de Acosta vecino de dicha ciudad de

Acta de fundación

Iglesia capaz

Por Cacique a Naré

Corrientes y testigos con quienes autorizo a falta de escribano y en este papel común por falta de sellado. — Nicolás Patrón — Josef de Acosta. — Sebastián de Casafus (Testigo) — Jph. de Anasco (Testigo).

Cuarenta y dos familias

Según se colige de este valioso documento, cada una de las familias fundadoras ocupó su casa, modesta sin duda alguna, pero real y verdadera, lo que no era poco tratándose de indios recién salidos de las selvas. Como el número de familias ascendía a cuarenta y dos, debieron de ser otras tantas las casas que rodeaban la plaza e Iglesia, que presumimos ocupaba el centro de la nueva población.

La iglesia debía de inaugurarse al siguiente día de la fundación del pueblo, 27 de agosto, y así se hizo. También en esta oporutnidad se labró una acta, cuyo texto ha llegado hasta nosotros.

Inauguración de la Iglesia

"En dicho nuevo pueblo el veintisiete de Agosto de mil setecientos cincuenta. Yo el referido Justicia Mayor y Capitán de Guerra en virtud de lo mandado en el auto de ayer mandé tocaran los instrumentos bélicos, y el Padre cura que lo es el P. Tomás García hizo repicar las campanas a cuyo sonido se juntó todo el pueblo en la puerta de dicha Iglesia a que también concurrieron muchas personas principales de la ciudad y prelados Eclesiásticos y demás gente militar de acampamento de mi mando y en concurso de todos se practicó la bendición y colocación de dicha Iglesia, y fecho vino el preste a la puerta principal della y allí se hizo aclasión del Patron San Fernando, rey de España y en voz alta todos dijeron viva y permanezca el Pueblo de San Fernando del Río Negro en servicio de Dios y del Rey *por tres veces y otras tantas se batió la real bandera con que se concluyó esta diligencia y la firmamos los mismos con el padre Cura y testigos, quedando apercibidos los naturales de este pueblo para acudir a donde se tocara la caja y proceder al empadronamiento de todos ellos, el que se practicará en la posible forma respecto a su Rusticidad. El punto a observar es la distinción de nombres y el conocimiento de los individuos. Por lo que será forzoso en el progreso del empadronamiento explicar el nombre de algunos y el de los demás omitirlo por la dicha costumbre de esta nacionalidad inculta en no mantener constancia de sus nombres por lo que expresa el nombre de ellos.* Nicolás Patrón. Thomas García. José de Acosta. José de Añasco (*Testigo*). Sebastián de Casafus. (*Testigo*).

Viva el Pueblo de S. Fernando

Palabras del Padre Alunni

Comentando esta Acta ha escrito recientemente el Pbro. José Alunni, algunas líneas que no podemos dejar de estampar aquí, pues, fueron escritas e impresas en la ciudad de Resistencia, la otrora Reducción de S. Fernando. Dice así el mencionado publicista chaqueño: "Con las primeras avanzadas civilizadoras, que desafiando los horrores y misterios de la selva,

surcaron las amargas ondas del Río Negro llevando las luces del progreso a los belicosos aborígenes, vino la Iglesia a cuya custodia y abnegación el poder civil de Corrientes entregó el primer pueblo de San Fernando del Río Negro como lo había hecho con todas las Reducciones.

La primera iglesia

"Y junto a los ranchos destinados a viviendas de los indígenas, como mensajera de fe y de paz surgió la primera Iglesia, pobre y humilde, de adobe y paja pero que encerraba en su humildad y pobreza la pujanza de las grandes Catedrales.

"Así la habrá soñado el primer Párroco, el P. Tomás García S. I., apóstol infatigable del Evangelio que vino a regar con sus sudores esta tierra destinada a ser grande. La regó con sus sudores y su sangre porque no era tarea fácil conformar a quienes durante siglos habían tenido como única ley su capricho y como freno su propia voluntad.

"Pero eran almas que conocían los secretos del valor humano y divino. Más tarde cuando trasladado al campamento de Río Negro (territorio brasilero) cayera herido de muerte por un proyectil disparado por los portugueses, al ofrendar a Dios el sacrificio de su vida en defensa de sus amados indios habrá acudido a su mente el recuerdo de esa pequeña Iglesia, levantada bajo su dirección allá junto a las márgenes del Río Negro en plena selva Chaqueña.

"Junto a esa Iglesia y a su primer Párroco, se agruparon los primeros aborígenes para aprender de sus labios los rudimentos de la civilización que bajaba hasta sus almas fecundizada por el sacrificio del heroico misionero.

El primer baluarte

"Y esa primitiva Iglesia, fué el primer baluarte que contuvo la barbarie, el primer faro inextinguible que derramó las luces de la verdad y del progreso en esta nuestra región que se abre a la vida con su pujanza característica y su fe en un porvenir de victorias.

"Y así grande y potente la soñaron aquellos valientes que para significar sus anhelos le dieron por Patrono a San Fernando Rey, y estamparon en un acta el propósito que los animaba a desafiar lo desconocido.

Hace 187 años

"Que viva y permanezca el pueblo de San Fernando del Río Negro en servicio de Dios y del Rey. . ." así lo proclamaron hace 187 años quienes vieron en ese caserío incipiente el germen de un pueblo progresista, fiel a los ideales sublimes de todo pueblo grande, sintetizado en este lema: Dios y Patria.

Parece que la ubicación precisa de la Iglesia y plaza de la Reducción de San Fernando estaba en el extremo noreste del éjido actual de la ciudad de Resistencia. Robustece este aserto el hallazgo que en 1883 hizo el historiador Angel Justiniano Carranza y que el mismo relata en su libro sobre la "Expedición al Chaco Austral", publicado en 1884. Refiriéndose a la ciudad de Resistencia, escribía entonces Carranza que "los Je-

suítas, comprendiendo las ventajas de un paraje tan beneficiado por la naturaleza, establecieron (allí) la Reducción de San Fernando, erigiendo una capilla, la que ya florecía, cuando fueron extrañados sus fundadores. Hoy (o sea en 1883) no existen ni los cimientos, pero la tradición los designa en la quinta del Coronel Avalos, que visitamos, y donde removiendo escombros, se extrajo un pequeño cañón de fierro, calibre de a 2, y un cuadrante solar en piedra rosada, del que se servían aquellos educadores infatigables para marcar el tiempo que tan bien sabían aprovechar".

Ubicación precisa

En Villa Avalos

La actual Villa Avalos en el extremo norte de Resistencia recuerda el local que otrora ocupaba la quinta en la que Carranza vió los últimos restos de la derruída Reducción.

El primer Párroco

El primer párroco de San Fernando fué el P. Tomás García, pero no el único pues, como asevera Dobrizhoffer, fué grande la sucesión de misioneros en esta Reducción. Todos llegaron sanos y fuertes a San Fernando, y todos la abandonaron con la salud quebrantada. El P. Tomás García y su compañero el P. José García sólo estuvieron algunos meses al frente del pueblo, y es indecible, afirma Dobrizhoffer, los peligros y penalidades que tuvieron que sufrir. No era posible domesticar a aquellos fieros indios en pocas semanas o meses y era necesario sufrirlos con toda paciencia. Kachirikin, uno de los más insolentes, hasta se atrevió un día a tirar el lazo sobre el P Tomás porque este misionero le impedía matar las vacas a su capricho.

El P. Tomás García

El P. Tomás García era natural de Belliza, en Valladolid. Nacido el 12 de octubre de 1710, ingresó en la Compañía el 15 de enero de 1733 y vino al Río de la Plata al año siguiente, en la expedición del P. Antonio Machoni. En 1756 le hallamos en la Reducción guaranítica de los Santos Mártires y a mediados de 1762 en la Estancia del pueblo de San Luis. En ese mismo año y a 28 de diciembre, mientras se hallaba a orillas del Río Pardo, cerca de la Reducción de S. Miguel, fué herido de muerte por los portugueses, enemigos tradicionales de las reducciones de Guaraníes.

El P. José García

También era español el P. José García. Nacido en Montilla a 19 de marzo de 1710, ingresó en la Compañía de Jesús el 31 de marzo de 1726. Tres años más tarde arribó a Buenos Aires. Cuando en 1767 fueron expulsados los jesuítas, hallábase el P. García en el Colegio de la Rioja. Falleció en Faenza, el 6 de junio de 1773.

A los pocos meses de estar estos dos padres en la Reducción de San Fernando fueron reemplazados por los Padres José Rosa y Pedro Evia. Era el P. Rosa natural de la ciudad de Córdoba del Tucumán, como solía entonces decirse, y había entrado en la Compañía en marzo de 1736. En 1749 hizo los últimos votos en la Iglesia del Colegio de la Inmacu-

lada de Santa Fe, y aunque en diversas etapas y épocas se ausentó del mismo, yendo unas veces a los Abipones y ocupándose otras en dar misiones de partido en Córdoba y aun en el Tucumán y Salta, fué Santa Fe su principal residencia. Falleció en el citado Colegio de la Inmaculada el día 6 de mayo de 1760 y las Anuas de aquel año afirman que "mientras estuvo en Santa Fe trabajó con grande fruto de sus alumnos, de los fieles en general y de los infieles. Sabía tratar a todos de una manera noble y cariñosa, conquistando así a todos para Cristo. La ciudad de Santa Fe, agrega el anónimo cronista, reconocía en el P. Rosa a su reformador, su solaz, su asilo en las necesidades, su director. Era en verdad el padre de los pobres y el propagador de la devoción a la Santísima Virgen y al Corazón de Jesús".

Sucesores varios

Del P. Pedro Evia sabemos que era español, natural de Beader, y que vino al Río de la Plata en 1745 cuando solo tenía diez y nueve años de edad. Cursó los estudios en Córdoba, y profesó el 19 de agosto de 1753. Por razones que ignoramos, no perseveró en la Compañía de Jesús. Aun más: en una copia del Catálogo de la Provincia del Paraguay correspondiente al año 1753 se lee a continuación de su apellido la palabra "expulso".

El P. Evia

Así el P. Rosa como el P. Evia se vieron forzados a dejar la Reducción de San Fernando. Una herida en un pie puso en serio peligro la vida del P. Rosa, y un malestar a la cabeza inutilizó al P. Evia. En reemplazo de ambos eligieron los Superiores a los Padres José Klein y Juan Quesada.

El P. Rosa

Pocos misioneros del siglo XVIII llegaron a adquirir un prestigio tan grande en el difícil arte de gobernar a los indígenas conquistándolos por el afecto y cariño e imponiéndose por la paternal dirección y maternal solicitud, como el Padre José Klein (1).

El P. Klein

Pequeño de cuerpo, como lo indicaba hasta su apellido, fué siempre "impávido", según se expresa Dobrizhoffer, y jamás se arredraba ante las dificultades por más grandes e insuperables que parecieran. Bien le describió el historiador de los Abipones cuando se maravillaba, aludiendo a Klein "datz eine so grotze Seele in einem so kleinem kórper whonte", "que tan grande alma cupiera en tan pequeño cuerpo (1)".

(1) José Alunni. *El Apóstol de San Fernando* en *Acción Chaqueña*, n. 44, enero 8 de 1938. En 1756. un tal José Acosta escribía desde Corrientes al Provincial de los Jesuítas, P. José Barreda, y después de minifestarle que "el Padre Klein es el eje principal de la conservación del Pueblo de San Fernando, por lo mucho que le quieren los Indios del Pueblo, y aun los alzados", agregaba "Por amor de Dios le pido que lo conserve en él por saber con perfección su idioma y es tan santo varón, tan resignado a las desdichas que no me alargo a más expresiones" (Archivo de la Nación Argentina, C. de J. 1756).

Había nacido el P. Klein en Gratz de Austria, el 11 de febrero de 1719, según afirma Huonder (P. 144) y no el 29 de noviembre de 1716 como erradamente escribió el P. Diego González en su Catálogo de 1780. Ingresó en la Compañía de Jesús, en Blum el 21 de octubre de 1739, siendo ya doctor en Filosofía y diez años más tarde, en 1748, pasó a las misiones del Paraguay y del Chaco.

Como iremos comprobando a través de estas líneas "pertenecía el P. Klein a esa pléyade de audaces y abnegados misioneros que, en alas de un ideal sublime, abandonaron su patria y su vida tranquila para sepultarse en el "infierno verde" de las selvas chaqueñas llevando hasta esas regiones las luces de la fe y los esplendores del progreso".

Según Dobrizhoffer

De sus peripecias y heroicidades entre los Abipones ha escrito largamente el P. Dobrizhoffer y nosotros consignaremos en estas páginas no pocas de sus frases (2): "Lo que trabajó y sufrió durante unos veinte años, asevera Dobrizhoffer, es cosa más fácil de ser imaginado que de ser escrito. Pudo vencer todos los peligros y miserias, despreciando los primeros con gran valentía y sufriendo las postreras con indecible paciencia. Gracias a los subsidios que anualmente recibía de los indios de las Reducciones Guaraníticas pudo establecer una magnífica estancia sobre la costa opuesta del Paraná. Con los productos de la misma se alimentaba y vestía toda la población".

Los medios económicos

"Debo nuevamente consignar, escribe Dobrizhoffer al hablar de los medios económicos de que disponía San Fernando, que los correntinos no obstante ser los más favorecidos con la existencia de las reducciones, y en particular de ésta, se despreocupaban enteramente de su subsistencia dejando toda la preocupación a los Misioneros. Si se hubiese dependido de la ayuda de los correntinos, esta Reducción habría muerto en su misma infancia. Todo su progreso se debió a la liberalidad de los indios de las reducciones jesuíticas.

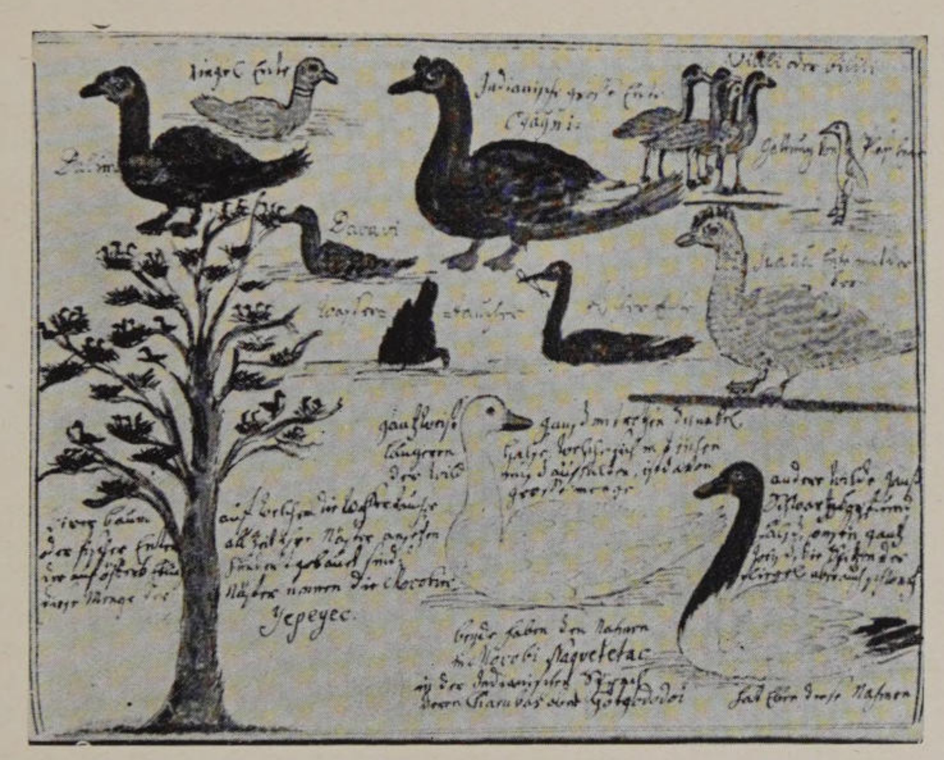
Predecesores de Dobrizhoffer

Esto escribe Dobrizhoffer que fué misionero de San Fernando durante tres años. Le habían precedido varios otros como compañeros del infatigable Padre Klein. Entre otros recuerda el mismo Dobrizhoffer a los Padres Gregorio Mesquida, Juan Quesada y Domingo Perfeti.

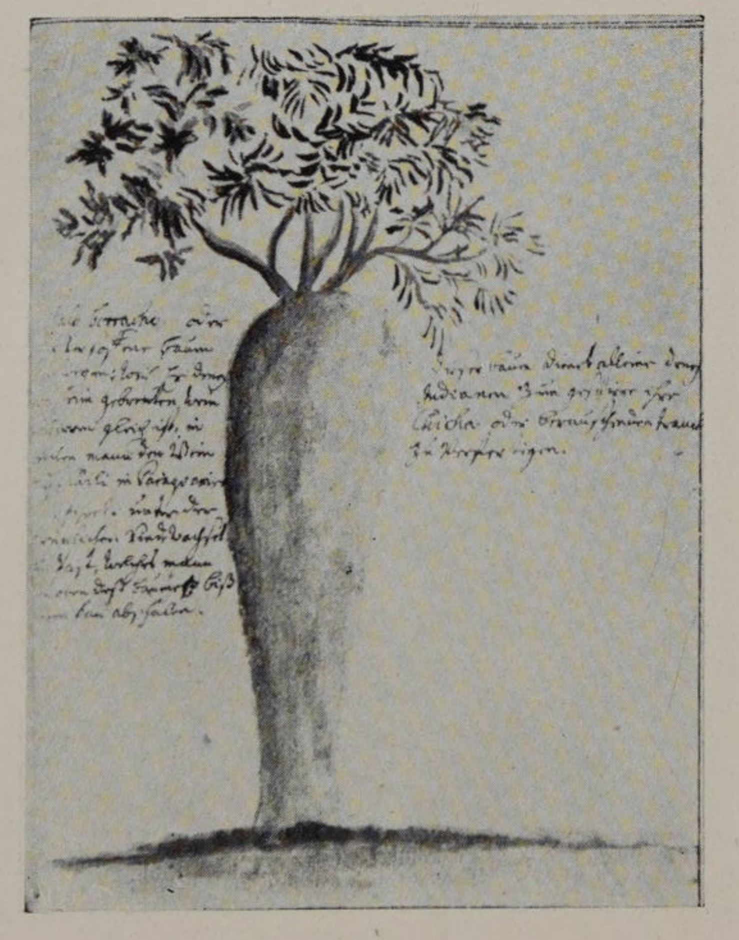
El P. Mesquida era mallorquín, natural de Campos. Nacido en 1721, ingresó en la Compañía en 1738 y vino al Río de la Plata en 1745. Fué varón santo y fervoroso misionero, aunque desde su actuación en el Chaco quedó con la salud muy quebrantada. En 1767 estaba en el Colegio de Tucumán, donde le sorprendió el decreto de expulsión. Falleció en Faenza, el 10 de diciembre de 1796.

(1) *De Abiponibus*, t. 3, p. 195.
(2) *De Abiponibus*, t. 3, p. 195.





Aves chaqueñas, según Baucke





Flora chaqueña, según Baucke

El P. Juan José Quesada era español, natural de Baeza, donde nació el 5 de junio de 1710. Ingresado en la Compañía el 5 de octubre de 1731, vino al Río de la Plata tres años más tarde en la expedición del P. Antonio Machoni. Aunque se hallaba radicado en la Reducción de San Fernando cuando sobrevino la expulsión en 1767, ésta le sorprendió en la vecina ciudad de Corrientes, donde se hallaba interinamente. Falleció el buen P. Quesada en Faenza en el curso del mes de agosto de 1774.

El P. Juan J. Quesada

El P. Domingo Perfetti era romano y tenía veinte años de edad y cinco de vida religiosa cuando aportó al Río de la Plata en 1745. Al tiempo de la expulsión (1767) se encontraba en el pueblo guaraní de San Nicolás. Vuelto a Europa, se separó de sus hermanos en religión de la Provincia del Paraguay, incorporándose nuevamente a los de su Provincia Romana entre quienes pasó los últimos años de su larga y santa vida.

El P. Domingo Perfetti

Sucesor del P. Perfeti que en la Reducción de S. Fernando arruinó su salud, fué el tantas veces citado P. Martín Dobrizhoffer. Con anterioridad había estado este misionero dos años en la Reducción de Concepción y aprendido allí el idioma de los Abipones.

Para hacer el viaje desde Concepción a San Fernando, pasó primero a Santiago del Estero y Santa Fe y desde esta ciudad hasta el pueblo de Santa Lucía hizo el viaje en un miserable barco. A caballo recorrió la distancia entre Santa Lucía y Corrientes. Nos asegura el mismo Dobrizhoffer que este corto viaje fué muy difícil por lo empantanados que estaban los campos y caminos y muy peligroso por los Charrúas que en ellos merodeaban.

Dobrizhoffer en S. Fernando

Pasó unos días en el Colegio que los Jesuítas tenían en Corrientes desde 1690 y que estaba emplazado sobre la ribera del río frente mismo a la Reducción de San Fernando. Recordamos complacidos este Colegio ya que en él solían los misioneros del pueblo vecino de Abipones pasar breves temporadas de necesario o conveniente descanso, aunque el clima no era mucho más suave, pero sí el ambiente. En ese colegio habían morado formando a la niñez y juventud correntina, hombres, tan eximios como el astrónomo Buenaventura Suárez, el guaranista José Insaurralde, el cartógrafo Juan Avila o Dávila y el gran misionero y explorador, P. Matías Strobel. En la época a que nos referimos se hallaban en dicho Colegio los Padres Cecilio Sánchez y Tomás González, Vicente Zaragoza y Juan de Arcos, Joaquín de la Torre y Juan A. García y los Hermanos Coadjutores Salvador Colón, Marcos Martínez, Antonio Lugas y Marcelo Ferrer. Era rector desde 1762, el P. Roque Ballester.

El Colegio de Corrientes

Después de pasar unos días en compañía de estos Padres,

pasó Dobrizhoffer a la Reducción de San Fernando en compañía del Sr. Patrón, lugarteniente del Gobernador de Corrientes. "Mis primeras impresiones no fueron buenas, nos dice él mismo, pues pude advertir desde el primer momento que el pueblo estaba rodeado de esteros y lagunas, y rodeado de bosques demasiado cercanos; el aire era ardiente de día y de noche; la casa del misionero era tal que no tenía ventana alguna, aunque sí dos puertas y con un techo de palmas tan mal hecho que llovía dentro igualmente que afuera. El agua potable se sacaba de una zanja vecina donde todos los animales bebían y a donde iban a parar no pocas basuras del pueblo. Siendo todo esto así, pensé yo, no es de extrañar que la salud de mis predecesores se haya arruinado tan infelizmente".

Primeras impresiones de Dobrizhoffer

Durante tres años

"Por espacio de tres años, agrega Dobrizhoffer, pude aguantar este estado de cosas, pero después se me hizo intolerable. Mi mal comenzó por no poder dormir a causa de los mosquitos. Me levantaba de noche, al no poder dormir por razón de ellos y para libertarme de los mismos, me ponía a caminar de un extremo al otro del patio. Así no dormía, y tampoco podía comer. Me puse tan delgado y pálido que parecía un esqueleto revestido de piel. Se opinaba que no viviría yo sino dos o tres meses más, pero el Provincial me salvó la vida enviándome a las Reducciones Guaraníticas.

Abandona sus Abipones

"Sentí en el alma tener que dejar a mis Abipones por quienes sentía grande simpatía y cuyo idioma había llegado a conocer bien. Me aparté de ellos después de tratarlos durante cinco años pero me fuí con el propósito de regresar no bien lo permitiera mi salud. A los cuatro meses de estar en la Reducción de Santa María la Mayor, mi salud ya era como antes de ir a San Fernando, pero los Superiores me detuvieron entre los Guaraníes por espacio de nueve años".

Todo esto es de Dobrizhoffer. Más adelante veremos como regresó a los Abipones y cómo se debió a él la fundación del pueblo del Rosario o Timbó.

Progresos de S. Fernando

Por lo que respecta a la Reducción de San Fernando en el período posterior a la salida de Dobrizhoffer, nos ofrece él mismo no pocos datos y noticias que merecen ser conocidos. "Los Abipones Yaaukanigas, nos dice él, no eran tan bien dotados como otras parcialidades abiponas, y eran además más arrogantes y menos tratables. Nunca desesperamos de poder llevarlos a la vida civilizada. Veíamos que cuanto más avanzaba el tiempo tenían menos afán de pelear contra los españoles y más afición a los trabajos agrícolas. Día a día las costumbres de esos fieros indios se iban suavizando. Con gran gozo podíamos advertir que un comienzo de cultura era evidente entre ellos. Poco a poco fué desapareciendo el horror al bautismo de los infantes y de los adultos, y eran

diariamente muchas las mujeres y niñas que asistían a las clases de catecismo.

"Las viejas brujas opinaban que era un crimen el llegarse a la puerta de la iglesia y hacían cuanto podían para impedir que la gente la frecuentara. Los jóvenes eran reacios por otra razón: estaban siempre a caballo yendo y viniendo. Fué una suerte para el pueblo el que en los comienzos del mismo quisiera bautizarse con toda su familia uno de los mejores Yaaukanigas. La integridad de este hombre era tal que quedó con el sobrenombre de Juan Bueno y merecían el mismo honorífico título su esposa, su hija y una negra cautiva que vivía con la familia. Tan ejemplar era la conducta de todos ellos.

Juan Bueno

Los comienzos de la Reducción fueron azarosos por la conducta del Cacique Debaykaichin, que huyendo de la venganza de Ichoalay, se recogió en este pueblo. En él no hizo sino estragos, hasta envolver a la reducción en guerras con los Tobas y Mocobíes. Estos en un encuentro habían asesinado a Alaykin, y su hijo Pachieki, para vengar la muerte de su padre incitó a los Yaaukamigas y a los hombres de Dobayakaikin a tomar venganza de aquella muerte. Se llevó un ataque contra los Mocobíes, y aunque apenas hubo efusión de sangre, quedaron los Mocobíes muy irritados. Desde ese momento fué la Reducción el blanco de sus iras.

Contrariedades

Las incursiones y robos de caballadas eran frecuentes. "Un día, escribe Dobrizhoffer, estaban los Yaaukanigas llorando el robo de caballadas que les habían hecho los Mocobíes, cuando yo, el P. Klein y dos jóvenes salimos a dar una vuelta a caballo. Al llegar al río Negro pudimos observar que una gran tropa de caballos había pasado el río. No dudábamos de que el enemigo estaría ya muy lejos de ahí. Con frecuencia yo mismo hice resonar una trompeta y proferí frases cariñosas en Mocobí. Era por si acaso hubiese Mocobíes ocultos en aquellos matorrales. Y los había a la verdad. No lo creíamos, pero al medio día, cuando nosotros estábamos dormidos y los indios emborrachándose, se presentaron ante el pueblo y se llevaron las caballadas restantes. Al oír la gritería de las mujeres que se habían reunido dentro de la estacada, me desperté y desperté al P. Klein, pues ambos dormíamos la siesta y salimos con sendos fusiles. La vista de éstos suele bastar para disipar todo un ejército de indios. El primero en salir contra los enemigos acompañado de dos Abipones fué el P. Klein. Yo salí después y por cierto que al pasar junto a un Yaaukaniga borracho me agarró éste por la espalda y me dijo: "A dónde corre usted? ¿Por qué no permanece en el pueblo? Más vale que los enemigos se lleven nuestros caballos que nuestras esposas e hijos". —Yo, escribe Dobrizhoffer, me contenté con decirle: hay que salvar a las personas y también al ganado.

Mocobíes ocultos

Cuando llegué a la llanura pude ver que ésta estaba llena de enemigos, y por lo que pudiera suceder me aseguré las sandalias y me fuí en dirección a ellos. Me precedía el P. Klein, haciendo del que iba a disparar contra ellos con el fusil. Huyeron los Mocobíes pero llevándose los caballos. Como un indio llegara a recobrar algunos de ellos, los montaron al momento los indios y partieron en persecución de los enemigos a fin de quitarles los caballos robados. Al efecto fueron a apostarse en un punto llamado Likinranada, por donde habrían de pasar. Pero no pasaron por ahí y los indios regresaron sumamente tristes. Yo también, agrega Dobrizhoffer, tuve motivo de pena pues me robaron entonces algunos de mis mejores caballos".

Klein y Dobrizhoffer

Los indios de la Reducción atribuían gran parte de estas desgracias a la conducta de los correntinos que habían prometido defenderlos con un cuerpo de guardia bien armado. En una oportunidad llegóse a temer tanto de la suerte que correría el pueblo al verse rodeado de cuatrocientos soldados enemigos, que el P. Klein cruzó el río y solicitó refuerzos al Sr. Nicolás Patrón. Vino en efecto este lugarteniente en compañía de diez soldados, pero fué recibido por los indios del pueblo con sus rostros pintados, indicio de descontento o mala voluntad. Al llegarse a Pachické, hermano de Naré, otrora amigo de Patrón, le dijo éste: si quieres hablar conmigo, lávate primero la cara", "pues precisamente porque voy a hablar contigo, le dijo el indio, me he pintado con estos colores" y a continuación echó en cara a Patrón la infidelidad de los correntinos en el cumplimiento de sus promesas. "Nosotros los victoriosos, agregó, concedimos a vosotros los derrotados la paz que solicitasteis. No queríamos reunirnos en pueblo, pues sabíamos que éramos menos en número que nuestros enemigos, pero nos resolvimos a ello impulsados por vuestras promesas. Pero éstas las hicisteis para que fuéramos vuestros defensores, sin ser defendidos por vosotros. "Nuestros soldados nos dijisteis, serán vuestros, y vuestros enemigos serán nuestros enemigos". El hecho es que nuestra amistad con vosotros sólo nos ha proporcionado promesas, y nos ha creado enemigos pues lo son los Mocobíes y Tobas".

Cuatrocientos enemigos

Pachické y Patrón

A todas estas y otras justas quejas se contentó el Sr. Patrón con decir que después de realizar una campaña contra los Guaraníes, iniciaría otra contra los Mocobíes. Esto prometió, sin intención de hacerlo y regresó a Corrientes sin hacer obra alguna positiva. Cuando los Padres manifestaban que pensaban abandonar la Reducción por falta de medios económicos y de defensa militar, respondía el Sr. Patrón que si esto hacían, diría la gente que ellos habían soltado nuevamente a los bárbaros sobre las ciudades españolas con grave perjuicio de las mismas. Así ataba a los indefensos Misioneros.

Promesas vanas

Prometió remediar la escasez de ganado, pero la promesa no llegó a ser una realidad. Felizmente el Provincial de los Jesuítas, enterado de las angustias económicas del pueblo, remitió al mismo mil cabezas de ganado vacuno, con el que se dió principio a la estancia que se fundó en tierras correntinas, como ya hemos relatado.

"Una cosa es bien cierta, escribe Dobrizhoffer, y es que esta Reducción no existió por la ayuda de los Españoles, sino y muy principalmente, por la vigilancia y ayuda de los Jesuítas. Bien poco fué el socorro que recibió de la ciudad de Corrientes, no obstante ser ella la más beneficiada. Hasta pudieron los Correntinos establecerse en la ribera contraria y, valiéndose allí de los maderos de buena calidad, construír barcos y carretas. Ciertamente que el comercio de los mismos aumentó considerablemente". **Sin la ayuda de Corrientes**

A estas noticias que nos ofrece el buen Dobrizhoffer podemos agregar las que hallamos en una interesantísima carta (1) que escribió en octubre de 1763 el P. José Klein. Va dirigida al Visitador de la Provincia del Paraguay, P. Nicolás Contucci y dice así:

"Respondo a lo que V. R. me pregunta acerca de los progresos o atrasos de este Pueblo de San Fernando de indios Abipones, y digo: Primeramente, que mirando el tiempo de 3 años y tres meses, que hace que se fundó dicho pueblo, es cierto, que no corresponde el fruto a los trabajos, gastos, celo y fervor, con que incesantemente me ha solicitado su conversión: pues, fuera de las criaturas, apenas se han bautizado 15 de los adultos y de estos sólo 5 viven cristianamente; los demás casi todos volvieron a su modo de vivir antiguo, excepto tal cual que se logró "in artículo mortis". **Carta del P. Klein**

"Por lo segundo, mientras Dios, Nuestro Señor, no fuere servido de alumbrarlos con sus poderosas luces, no hay hasta ahora esperanzas de que se logren aun los chiquitos bautizados, y que se crían con nosotros; porque luego que se ani-

(1) Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, t. 282, n. 340. Aludiendo a esta misma carta de Klein escribía el P. Contucci al P. Procurador General, Ignacio José González: "...Acompaño éste con otro tanto de carta del P. Josep Klein, misionero del Pueblo de San Fernando, de la misma nación Abipona, en la jurisdicción de 13 y más años, y hay ninguna, esperanza para en adelante, principalmente por los malos dictámenes y peores ejemplos de los mismos Españoles, para que conste de las causas del poco adelantamiento de algunas reducciones, que tal vez pudieran atribuir a falta de celo en los Padres. Ahora mismo acabo de tener noticia de que a dicho P. Klein le ha dado un Guaycurú unos macanazos, sin saber otras circunstancias, ni si vive, o murió...". — Buenos Aires y Mayo 27 de 1764.
Muy siervo de V. R.

Nicolás Contucci"

man a ejercer algún oficio de humildad, ya son tenidos por cobardes y esclavos viles del Padre, y tratados de los suyos con grande menosprecio; lo cual sienten en el alma, y son muy pocos y contados los que aguantan la befa; de donde nace, que el progreso en lo espiritual es muy corto, y sólo se ha reparado en los grandes, que, cuando les llega la hora de la muerte, entonces empiezan a tener algún temor de Dios, aunque no todos; y entonces se han logrado algunos.

Y en los chiquitos bautizados ya se ve una gran confianza en los Padres, y no quieren ser ya curados en sus enfermedades de sus chupadores, sino por nosotros, aun contra la voluntad de sus padres; y ésto es lo poco que en lo espiritual se ha conseguido de tantos años desde la fundación.

En lo temporal

"Pero mirando a lo temporal, es grande el provecho, que ha sacado para sí de la fundación de este pueblo la jurisdicción de Corrientes; la cual antes estaba reducida a un breve recinto de 2 ó 3 leguas, ahora se halla extendida a más de 50 y se ha llenado de gente y poblaciones, que ya les faltan tierras, en donde poblar, por pasar ya la raya de su jurisdicción; porque desde que se fundó este pueblo, Corrientes ha gozado de una paz octaviana; de modo, que no solamente no han hecho estos indios el más mínimo daño en esta jurisdicción, sino también han impedido el que lo hiciesen otros indios del Chaco, y aun han pasado a permitirle el corte de muchas y muy buenas maderas en sus tierras, con las que no pocos de los Correntinos han remediado su extremada pobreza.

Conducta de los Correntinos

"Estos y otros beneficios han recibido los Correntinos por medio de la fundación de este pueblo; pero es de llorar con lágrimas de sangre, que cuando en agradecimiento de tanto bien habían de ayudar a los Padres en la conversión de estos indios, no sólo no les ayudan, antes bien al contrario con sus pestilentes doctrinas y malos ejemplos destruyen todo lo que nosotros día y noche trabajamos; pues, fuera de que estos indios tienen muchos y graves impedimentos para convertirse en su innata y más que luciferiana soberbia, por verse muy temidos del Español, y nunca del todo vencidos, metidos en sus borracheras casi continuas, y poligamia, muy difícil de quitar, desde el principio de su fundación han sido mal instruídos por cierto intérprete, quien sólo por sacarles de sí, para reducirlos en este paraje, dijo, que el Señor General de las Corrientes no les impedía que fuesen a hurtar a las tierras de Guaraníes, con tal que aquí en esta jurisdicción guardasen la paz; como en efecto, seis años después de la fundación, cuando los mismos indios me suplicaron avisase a dicho General de un indio, que había muerto a algunos Españoles en el camino de Santa Fe para Santiago, para que lo castigase, no solamente no lo castigó, ni dió la menor repren-

sión, sino que antes me escribió a mí estas formales palabras: "Cada palo aguanta su vela; el mal del prójimo es llevadero".

"Otro Señor teniente, llamado por mí para que cobrase un hurto considerable de caballos, que acababan de traer de Santa Fe, en lugar de reprenderlos, les dijo en público delante de muchos, que entendían el idioma castellano: "Hurtar con necesidad no es pecado". Y no les quitó ni uno.

Otros casos

"Otro sargento mayor les dijo delante de mí y de mucha soldadesca española que el Español no quería que se estuviesen en pueblo para bautizarse y hacerse cristianos, sino que estuviesen en paz con los Correntinos solamente; mas que se fuesen donde quisiesen.

"Y ahora cuando hacen alguna de las suyas, no sólo no los reprenden, sino antes bien vienen a comprar todos los hurtos y robos, que traen de los vivos y muertos, sin hacer caso de mi protesta ni amenaza, ni de la excomunión repetidas veces echada sobre éstos, así por los señores obispos, como por la sede vacante, ni del precio excesivo, que los indios les piden por sus hurtos, y sobre todo ahora traen licencia por escrito para poder hacer estos tratos, y aun géneros, del mismo Justicia mayor don Diego Fernández, quien ahora es Rey de Corrientes, estando haciendo burla de todo cuanto yo digo, de modo que aun los mismos indios me dicen: "No será mucha verdad lo que tú nos enseñas, pues los mismos Españoles, tus hermanos, no hacen caso de tu doctrina; pues hurtan, etc".

Teorías perversas

"De lo dicho podrá V. R. juzgar cómo estamos y qué esperanzas podremos tener de hacer algún fruto, mientras la Divina Majestad no lo remedie, o por sí mismo o por medio de algún hombre, a quien su Infinita Bondad escogiera para este fin. V. R. nos encomiende muy de veras a Dios para que nos dé luz y el acierto necesario, con que poder reducir a su rebaño estas ovejas perdidas. San Fernando y octubre 10 de 1763". — *Joseph Klein.*

De fecha posterior es una nota del mismo P. Klein en la que da noticia del estado del pueblo en 1766:

Cartas del P. Klein

"Certifico yo el P. Joseph Clain, actualmente Cura de este Pueblo de San Fernando, al Rey Nuestro Señor en su Real Consejo y Señores Oficiales Reales de Buenos Aires que por mandato de nuestros Superiores yo, y el P. Juan Francisco Quesada, existimos en este Pueblo, que se compone de Indios Abipones, cuyas familias son 58, de los cuales 6 están casadas "in facie ecclesiae"; son los bautizados adultos 36, y párvulos 62; son muchachos 70; muchachas 47; viudas 50; viudos 4; son en todo 287 almas.

"Hubo confesiones 24; comuniones 20; murieron de los adultos 24; de los párvulos 2.

"Acuden medianamente a la iglesia, y van inclinándose a hacer sementeras y otros trabajos corporales.

"Lo cual para que conste ser verdad, firmamos los dos en este Pueblo de San Fernando, el año 1766.

Joseph Clain; Juan Fr. de Quesada".

Fin de San Fernando

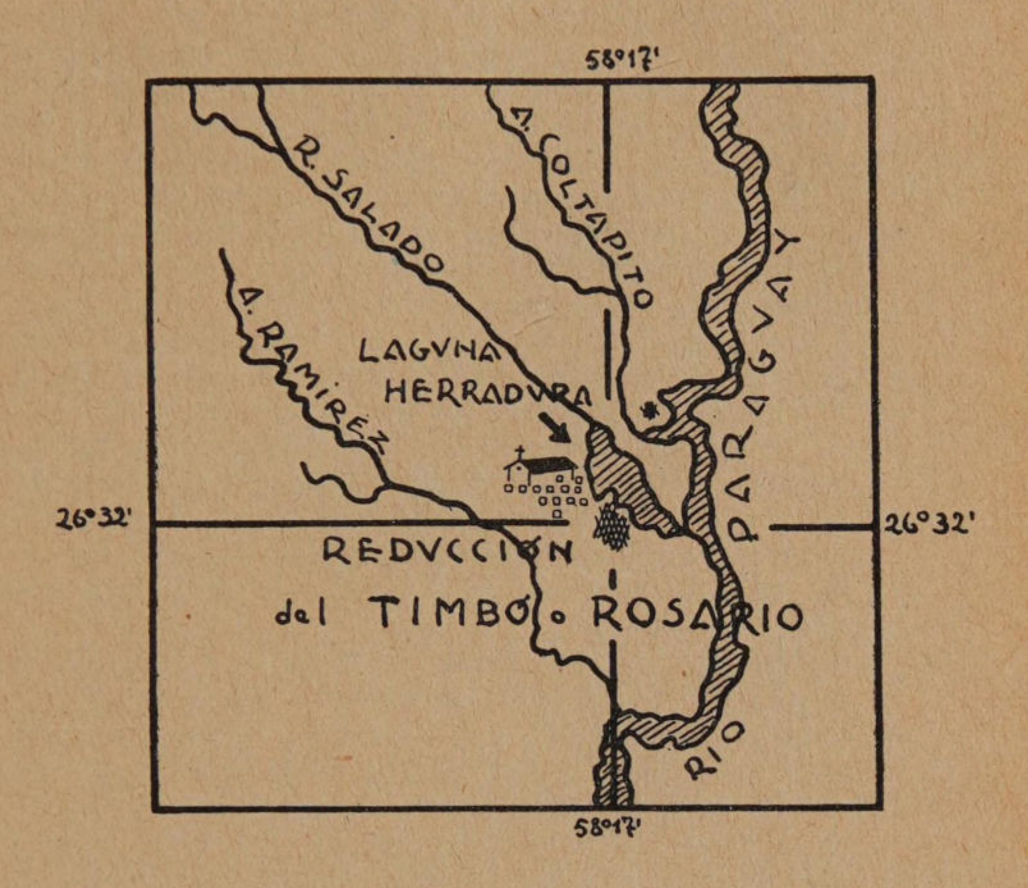
Esto escribía Klein un año antes de la expulsión, y Dobrizhoffer, por su parte, aseveraba que "en 1767 cuando regresamos a Europa, había en la Reducción de S. Fernando 200 Yaukanigas ya cristianos, y hubiera sido mucho mayor su número si la peste y las viruelas no hubiera muerto a tantos. Un Padre Franciscano fué a reemplazar a los Jesuítas, pero a poco huyó a Corrientes, y los indios después de quemar la iglesia y casas de los Jesuítas se dispersaron por los bosques y volvieron a cometer sus depredaciones y crueldades de antaño. Los correntinos fueron las primeras víctimas".

Cuarta Reducción

En 1763 y cuando existían ya las reducciones Abiponas de Concepción, San Jerónimo y San Fernando, fundóse otra más al norte y sobre el río Paraguay. Una parcialidad de Abipones, cansados de sus guerras contra los españoles y contra los guaraníes de las Reducciones, enviaron a tres delegados para pedir al Gobernador de la Asunción el que las formara pueblo y diera misioneros. Martínez Fontes, que era el Gobernador a la sazón, acogió el plan con entusiasmo, y sobre todo el comandante Fulgencio Yegros aplaudió y apoyó la idea. Los jesuítas pusieron sus reparos, puesto que ya estaban hartos de promesas y bien escasos de realidades conducentes. Para que se persuadieran que no les faltaría la ayuda necesaria, convocó el Gobernador a toda la población de la Asunción a la Plaza y les pidió ayudaran a una fundación que les habría de ser de tanto provecho. Ellos prometieron dar muchas cosas y ayudar de muchas maneras, pero como dice Dobrizhoffer aquello fué lo de siempre: mucho ruido, pocas nueces.

Lugar escogido

Se dejó a los Indios escoger el lugar para fundar el pueblo y eligieron una llanura que está a treinta leguas al sur de la Asunción y a cuatro leguas de la costa occidental del Río Paraguay. El sitio estaba rodeado de bosques, ríos y esteros, y era excelente a juicio de los indios, pues no podían llegarse hasta allí los españoles, de quienes siempre desconfiaban. Los indios Guaraníes llamaban Timbó a esa localidad por un árbol que allí abundaba. Otras la llamaban La Herradura porque hay allí una curva en la costa, con una isla adjunta, cuyo aspecto se parecía al de una herradura. Además había a la vista del pueblo dos ríos que corrían a su lado y se unían allí mismo en un solo río o lago que desembocaba en el Río Paraguay. Ambos ríos de agua salada.



Reducción del Timbó o Rosario
(Territorio de Formosa)

Fundóse en 1763 en el paraje denominado La Herradura.

Según Dobrizhoffer, estaba situado este pueblo al sur de la laguna La Herradura, formada por el Saladillo o Salado y el río Paraguay. Había allí mismo una gran isla (¿península?) y a la vista del pueblo había dos ríos que corrían a su lado y se unían allí mismo. Aun hoy acaece cuando hay inundaciones, que el Río Salado y el Arroyo Coltapito (Saladillo del norte y Saladillo del sur, según Dobrizhoffer), se unen poco antes de su desembocadura, formando así la isla a que alude el historiador austriaco.

Tales son los pormenores descriptivos que nos ofrece Dobrizhoffer sobre la ubicación de la nueva Reducción. Según él distaba 70 leguas de la Asunción, mientras que Jolís asevera que estaba a 45 leguas. El P. José Cardiel (1) en su mapa de 1760 ubica la Reducción frente al Río Tebicuary en los 27 grados aproximadamente, mientras que el mismo Cardiel (2) en su mapa de 1772 la consigna en los 26°6'. Camaño, siempre meticuloso en sus asertos, señala (3) los 26°25', o sea según él, a una distancia de 30 leguas de la Asunción.

Ubicación

Como puede comprobarse por todos los documentos cartográficos aducidos estuvo situada la Reducción al norte de la desembocadura del Tebicuary, y como a tres leguas de la misma, aunque en la ribera opuesta.

Los datos consignados más arriba, y el dibujo que nos ofrece Dobrizhoffer pone fuera de toda duda que estuvo la Reducción en un punto medio entre Formosa y Puerto Bermejo, al sur del Arroyo Salado, que Dobrizhoffer llama Saladillo y a una distancia de dos leguas desde la costa del Paraguay. En los mapas modernos no aparece población alguna en la región ocupada otrora por la Reducción de San Carlos, o del Timbó, o del Rosario, que con todos tres apelativos fué conocida.

Como nos informa Dobrizhoffer así en el texto de su *Hisria de Abiponibus*, como en su plano, había en las proximidades de la Reducción dos arroyos de agua salada y no pocas lagunas de agua dulce. Estos, como nos informa el mismo historiador se secaban en las épocas de sequía privando así a los indios de la Reducción del agua como de la pesca,

Alrededores

pero entonces más que en otras oportunidades se podían ver los innumerables cocodrilos que allí tenían su morada. No obstante conocer estos inconvenientes quisieron los pobladores elegir un sitio tan poco adecuado y los paraguayos aceptaron la elección, porque era precisamente por ahí que pasaban a la Asunción los Tobas y Mocobíes al hacer incursiones sobre aquella ciudad.

Fulgencio Yegros, comisionado por el Sr. Gobernador pasó a ver el terreno escogido pero no sin llevar buen número de soldados en su compañía. Según decía él, debían éstos ocuparse en la construcción de la Iglesia y de las casas, así para el Cura como para los Indios, pero la realidad fué muy otra.

Preparativos

Como nos dirá el mismo Dobrizhoffer en una de sus cartas, escritas desde la nueva Reducción, lo único que hicieron fue-

(1) Cartografía Jesuítica Rioplatense, n. 70 del Catálogo, mapa XXXII.

(2) Cartografía Jesuítica Rioplatense, n. 78 del Catálogo, mapa XXXVI.

(3) Cartografía Jesuítica Rioplatense, n. 106 del Catálogo, mapa XLVIII.

ron unos ranchos inhabitables que el Sr. Gobernador mandó gran parte del ganado que tenía el nuevo pueblo para ali- demoler no bien los vió, al propio tiempo que consumieron mentación de los pobladores, que ya se iban reuniendo.

El primer misionero

El primer misionero de la nueva Reducción de Abipones fué el tantas veces citado Padre Dobrizhoffer. Se hallaba en las Reducciones de los Guaraníes cuando recibió orden de pasar a Santa Rosa donde se hallaba a la sazón el Provincial P. Nicolás Contucci. Dobrizhoffer aceptó la elección que de él había hecho el Provincial y al efecto partió de inmediato a la Asunción para ponerse a las órdenes del Sr. Gobernador. No obstante todos los apuros de éste, tuvo Dobrizhoffer que permanecer en la Capital del Paraguay desde el 28 de agosto al 24 de noviembre.

Quiso el Sr. Martínez Fontes que la Reducción que él iba a fundar se llamara de San Carlos y del Rosario. El primero de estos apelativos era en honor del entonces monarca Carlos III. A eso se redujo la parte que en la fundación tuvo el Sr. Gobernador. Parte más importante y fatigosa ciertamente tuvo su verdadero fundador, el P. Martín Dobrizhoffer.

Se embarcó en la Asunción el día 24 de noviembre de 1763 y a los diez días llegaba al llamado Paso del Timbó. Centenares de indios cubrían la costa cuando desembarcó el misionero en compañía del Sargento Fulgencio de Yegros. A dos leguas de la costa estaba el punto elegido para el pueblo. A él se dirigió el Padre, y cuál no sería su sorpresa al verlo todo inundado por las aguas de las recientes lluvias.

Vista del Gobernador

Los soldados habían construído una estacada en torno de las habitaciones, pero tan malamente que fué menester rehacerla. Cuando todo estuvo ya terminado vino el Sr. Gobernador pero su visita fué la de un médico. Por una parte no podía estar por causa de los mosquitos y por otra tenía un miedo atroz a los indios. No veía el momento de volverse a la Asunción. Su miedo le había obligado a venirse escoltado de cuatrocientos soldados, quienes se comieron gran parte de las doscientas vacas que se habían dado al pueblo para sustentación del mismo. Su regreso a la Asunción tuvo todos los caracteres de una fuga mal disimulada.

Donde no podía estar el supuesto fundador, rodeado y servido por cuatrocientos soldados, quedóse el verdadero fundador "confiado tan solo en la protección de Dios" como él nos dice. La población más cercana estaba a treinta leguas de distancia y los indios recién congregados eran tales que se podía esperar de ellos cualquier exceso. Por otra parte la vuelta precipitada del Sr. Gobernador les había disgustado mucho y temían algunas asechanzas de parte de los españoles.

Reúnense los indios

Por esto se negaron durante los tres primeros días a agruparse en torno de la iglesia y casa del misionero, pero tranquilizados por el mismo se fueron ubicando allí.

En torno de la rústica iglesia se fueron ubicando en las casas construídas por los paraguayos o bajo sus tradicionales carpas los nuevos pobladores. Allí y en medio de ellos estaba Dobrizhoffer. El único europeo en medio de bravíos hijos de la selva. Sólo, en medio de los altos quebrachales y lejos, muy lejos de todo consorcio civilizado y civilizador.

Bravos fueron los primeros meses que pasó Dobrizhoffer en el Timbó. El mismo en tres cartas que dirigió al P. Antonio Miranda, Rector del Colegio de la Asunción, puso por escrito sus penas y trabajos, sus cuitas y dificultades sin cuento.

Cartas de Dobrizhoffer

En estilo directo, con cláusulas cortantes, con una nerviosidad manifiesta, y en un lenguaje fuerte y enérgico escribía así a 12 de octubre de 1764, cuando todavía no hacía un año que se hallaba en el Timbó:

"El día 6 del corriente a la noche arribó aquí el P. Provincial [Pedro Juan Andreu] con el Hermano Miguel [Martínez] y Don Fulgencio [de Yegros, Teniente General y Capitán de Guerra], quedando en el barco el P. Secretario [Lorenzo Balda], a quien ni he visto: al día siguiente luego después de misa quiso marchar de aquí su Reverencia; pero por el mal tiempo hubo de esperar hasta después de medio día. Su Reverencia, viendo la pobreza de esta reducción en un todo, y considerando la mala traza de mis bárbaros feligreses, se ha compadecido de mí con ternuras de un padre, pero sin fuerzas para remediar. Todo el consuelo se reducía a las palabras, y yo quedo con más aflicción, mejor diré, con más desesperación que antes. Dió para el pueblo un saquito con cuñas, unos papeles de agujas, y lacillos de estaño, 30 tijerillas, algunos mazos de cuentas y dos docenas de cuchillos. Aunque su Reverencia de estas mismas cosas, como cuñas, cuchillos, avalorios, agujas ha repartido a los Abipones, lo que me ha quedado vale más que todo cuanto me da dado el Paraguay y hasta la hora presente.

Pobreza de la Reducción

"Su Reverencia no me ha hecho cargo alguno, ni dejó disposición alguna. Sólo tachó mi prolijidad en escribir a V. R. avisándole de peligros que amenazan; aseguro que si sus Reverencias se hubiesen hallado en las circunstancias en que me he hallado por diez meses, en lugar de pensar que yo pinto el león más bravo de lo que es, se admirarían de mi valor que he tenido manteniéndome meses enteros en este puesto, rodeado de cercanas tolderías enemigas, y sin gente de arma; venga acá el más fogoso mallorquín que hubiese y veamos qué cartas escribe al Paraguay: veamos si tendrá bríos para quedar aquí con sóla la compañía de cuatro inútiles estropeados guaraníes, como yo estuve muy de ordinario; venero con todo respeto la intrepidez, las experiencias, los dictámenes generosos del P. Provincial, como de misionero veterano y aplaudido, pero cotejar el conventillo [o mi-

Indios enemigos

sión de los Lules], donde su Reverencia envejeció, con el Timbó, y los pacíficos Lules con los diabólicos Abipones, es, a mi ver, cotejar Alcalá de Henares con Orán, y mariposas con avispas, o corderos con tigres. Ya sabemos que la Divina Providencia vela por los misioneros, pero sin embargo Dios quiere nos valgamos de los medios y providencias humanas para conservar la vida; avisemos el peligro, pidamos socorro; porque si todo se ha de dejar a la Providencia Divina, de balde se mantienen médicos, de balde se levantan baluartes, de balde los misioneros muy apostólicos, muy siervos de Dios, llevan escoltas, como se ve en las historias, para resguardo de su vida y de la de sus compañeros.

Peligro de la vida

"Aunque yo con mucho gusto quisiera sacrificar mi vida, no puedo lícitamente dejar en riesgo evidente la vida de mis peones y de la numerosa familia [de los mismos] que son 17 personas; pereciendo yo, todos ellos quedan o muertos o cautivos; pero acaso dirá V. R. que nunca había tal peligro, que yo por cobarde tengo miedos vanos. Aseguro que un P. Brigniel, un P. Joseph Sánchez [Labrador] murciano, un P. Navalón y todos los demás que han vivido con Abipones, informados de las circunstancias en que me hallo, y se halla esta mi reducción, dirán a una voz que el peligro es evidente, continuo y que sólo por milagro hemos quedado vivos. Mientras no se ven las cosas, es imposible hacer un concepto verdadero de ellas.

"Una toldería de Tobas traidores, deseosos de vengarse del Paraguay, está [distante] una sola jornada: tolderías de Abipones alzados, a una o dos jornadas; los Lenguas a cuatro jornadas: los humos se ven muy de cerca y hacen temblar a los soldados paraguayos. Este mes había aquí 18 soldados y 12 libres para el trabajo. Por el peligro que todos reconocen han sido enviado otros 12 soldados para reforzar a los 18; todos temen y con fundamento. ¿Quién puede decir que mis miedos son vanos, cuando he estado hasta tantos de Julio (de este año de 1764, desde Octubre del pasado) sin soldado alguno, con poquísimos Abipones de aquí, por ser todos ellos la canalla más pícara de toda la nación, a todo hombre de juicio pueden causar muy fundados recelos? — De miedo de ellos, los soldados apenas tienen valor para apartarse un poco de la vista de su Real. Si se les pide un caballo, no se animan a buscarlo lejos, como lo experimento todos los días; y yo por algunos meses, que duró la peste, hube de andar a pie muchas leguas visitando los enfermos en las distintas tolderías, sin más comitiva de ordinario, que la de un muchacho; sin más armas que mi Santo Cristo. He bautizado 14, todos adultos, uno excepto. ¿Cuál sargento mayor de todo el Paraguay se animara a tanto? Estoy cierto que ninguno. Por tanto suplico por Dios no me tengan por tan cobarde.

Temor fundado

"El P. Provincial llegó aquí [el] sábado, y si llega [el] viernes, toda la noche no era capaz de pegar los ojos, porque toda ella así los Abipones como los Paraguayos estaban en armas, formados en orden de batalla, esperando a Benavides. Había grandes fundamentos, pues a 4 de septiembre llegaron aquí 9 Abipones amigos con el aviso de que Benavides en el cuarto creciente de la luna de octubre sin falta estaría aquí; lo mismo me avisó el P. Quesada [desde la reducción de San Fernando]. Confirmó dichas noticias una Abipona que acababa de llegar de San Jerónimo, diciendo que aquellos indios habían ya ido al potrero a traer sus cabalgaduras, y que los soldados de Santa Fe, que los habían de acompañar, ya han llegado a San Gerónimo con algunas carretas; el cacique y los demás indios míos que desde Junio algunos, algunos desde Julio, han vivido fuera del pueblo en tres distantes estaluges [o campamentos], poco a poco iban volviendo aquí; a 28 de septiembre llegaron las últimas familias aunque faltan todavía 20 almas; pero sus toldos arrimaron de miedo a la misma estacada, que apenas hay lugar para entrar en ella; a principios de octubre se divisaron humos al sud, de manera que todos han creído ser de Benavides. El día 5 de octubre han ido dos Abipones hacia el río Bermejo, a reconocer, y de noche, después de las diez, una hechicera (cuyos dichos tienen por oráculos), de repente avisa que Benavides ya está cerca; que fulano queda alanceado por el costado derecho, etc.

Invasiones próximas

"Empezó luego la corretería y bulla; toda la gente estuvo en armas a pie. He ido yo mismo al Real de los españoles a avisarles lo que pasaba en la reducción; que cuidasen de sí, de sus caballos, por lo que pudiese suceder; dije al cabo: Se ponga un soldado a la vista de la reducción, para poder darles aviso de lo que pudiera suceder. No se hizo nada. Al amanecer, quedando mis indios siempre formados en orden de batalla, se levantó un fueguito en distancia de media legua y decían todos que ahora los indios de Benavides se embijaban [o pintarrajeaban]; así solemos hacer antes de avanzar, decían; fué desesperada la gritería de la chusma que se halló conmigo en la estacada; Español no aparecía; di señal con un pistoletazo y envié un peón a su real; vinieron, metiendo sus caballos ensillados dentro de la estacada, formándose a la puerta de ella. En esta postura esperaron así los Paraguayos como los Abipones hasta las 7 del día. Nadie vino hasta ahora, pero siempre se espera.

Alborotos en la Reducción

"Ya se lo escribí muchas veces a V. R. el motivo que tengo de temer la venida de Benavides, si aquí me hallo solo. El P. Provincial dice que no sabe cómo remediarlo; pues mis indios no quieren restituir la numerosa caballada, y Benavides no se quiere olvidar de ella. Dios se compadezca de todos

nosotros. He recibido del Hno. Miguel la carta de V. R. y los liberales socorros que agradezco a V. R., cuya liberalidad he notificado al P. Provincial; sólo el cajoncito de velas, que tanta falta me hace, no ha parecido; quizás se olvidó en el Paraguay, como también el vinagre; ya escribo todo al Hno. Procurador; siento mucho los gastos que hace el Colegio por mí; pero si el Colegio no me socorre, he de perecer precisamente.

Penas del Misionero

"La noticia de que en el Paraguay se abren mis cartas para V. R. me da grandísima pesadumbre. Ojalá supiera V. R. la lengua alemana, me riera yo de todo el mundo. Por tanto deseo saber si V. R. ha recibido mis últimas cartas, es a saber una con Franco, y 9 de Agosto su fecha; otra con la falúa a 14 del mismo; otra del 30 del mismo; y la última como de 3 medios pliegos, que llevó el sargento mayor Toledo, su fecha a 7 de septiembre. Esta principalmente quiero saber si llegó a manos de V. R., y si no, inste V. R. por ella, preguntando a Don Fulgencio y a Toledo.

"En sanando los pocos apestados que hay, ya no hay más que puedan enfermar. Tenemos seguro aviso de que el cacique con todos sus indios (luego que se retire de aquí Don Fulgencio), quiere hacer guerra a los españoles hacia Córdoba y Santiago, aunque para cubrir su maldad aparecen en público que sólo van a hacer guerra a los Lenguas, Tobas, etc. Ya se lo dije al P. Provincial y a Don Fulgencio; veamos qué providencias tomarán; ni sé si me dejará solo, aun antes de acabar la ranchería, que sólo está empezada, pues aunque hay muchos para comer, para trabajar vienen siempre unos solos 8 ó 10.

"Aunque quiero ser breve, la multitud de asuntos me obliga a ser prolijo. ¡Dios Nuestro Señor me guarde a V. R. — su más mínimo siervo.

Martín Dobrizhoffer

Impresión desfavorable

Esta prolija carta pone de manifiesto la dura labor del misionero y los múltiples sobresaltos y sacrificios de toda índole que eran el cuotidiano pan del buen jesuíta austriaco. Su contexto talvez cause en el lector una impresión desfavorable al gran misionero, pero es menester tener presente la soledad absoluta en que éste se encontraba y el carácter siempre levantisco de los Abipones.

Cuatro meses más tarde escribía Dobrizhoffer una segunda carta al P. Miranda. Lleva la fecha de 6 de enero de 1765 y dice así:

"Mi P. Rector Antonio Miranda:

Le doy a V. R. muy felices principios de año nuevo, deseando con filial afecto toda la bendición del cielo, y agra-

deciéndole los liberales socorros, con que el año pasado se sirvió remediar mis necesidades.

Quisiera tener el consuelo de poderle a V. R. dar una única noticia siquiera gustosa de esta imaginaria reducción; pero por no faltar a la verdad, debo decirle que las cosas van tomando de día en día peor semblante, así por parte del Paraguay, como por parte de los indios; por consiguiente, si antes me hallé afligido, hoy día me hallo totalmente desesperado, sin saber adonde acudir por el remedio, sino al poder de Dios, quien sólo puede conocer las juntas congojas de mi corazón.

Imaginaria Reducción

Por el aviso del Padre Provincial tengo miedo de ser largo en mis cartas para V. R. Pero al mismo tiempo tengo escrúpulo de ser breve, callando algunas circunstancias, cuya noticia pudiera servir para defender nuestro crédito contra algunos, o simples o malévolos cristianos, en caso que se acabe esta mi reducción, y hay muchas experiencias, que así sucederá en breve.

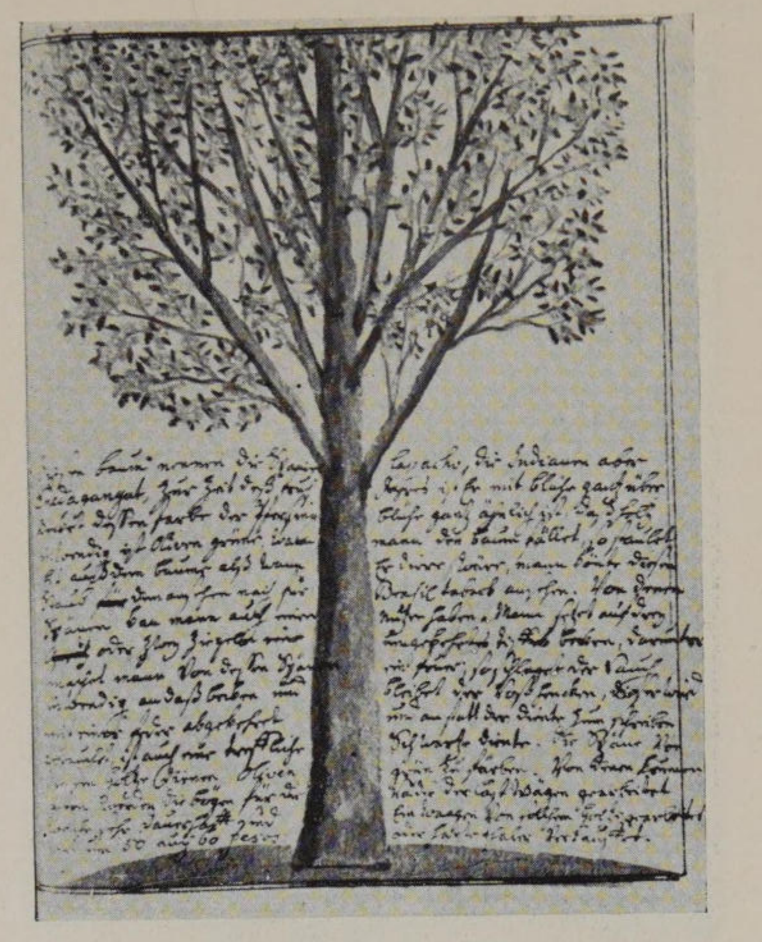
"Por mis dos cartas, la una de 14 de noviembre, enviada por Jerónimo Lugo, cabo de los cañoneros, la otra a 19 del mismo, enviada por las estancias y presidios, habrá entendido V. R. que las cosas se han empeorado notablemente desde que estuvo aquí Don Fulgencio; pues mis indios, en consideración de que no se les hace cargo de sus enormes maldades y desvergüenzas cometidas contra mí y contra 2 sargentos mayores, piensan ya tener licencia para hacer todo lo que quieren; mucho tuviera que contar de este asunto; también por no haber traído regalito alguno Don Fulgencio, los indios se disgustan más de lo que se piensa; la madre del cacique vino con imperio a pedirme, repartiese los regalos, que para ellos había traído el capitán grande; le dije con ingenuidad que yo no había recibido de él cosa alguna, sino unos 30 huevos; y si los quería, se los daré de buena gana; pues, por estar casi todos ellos podridos, no me servían de nada.

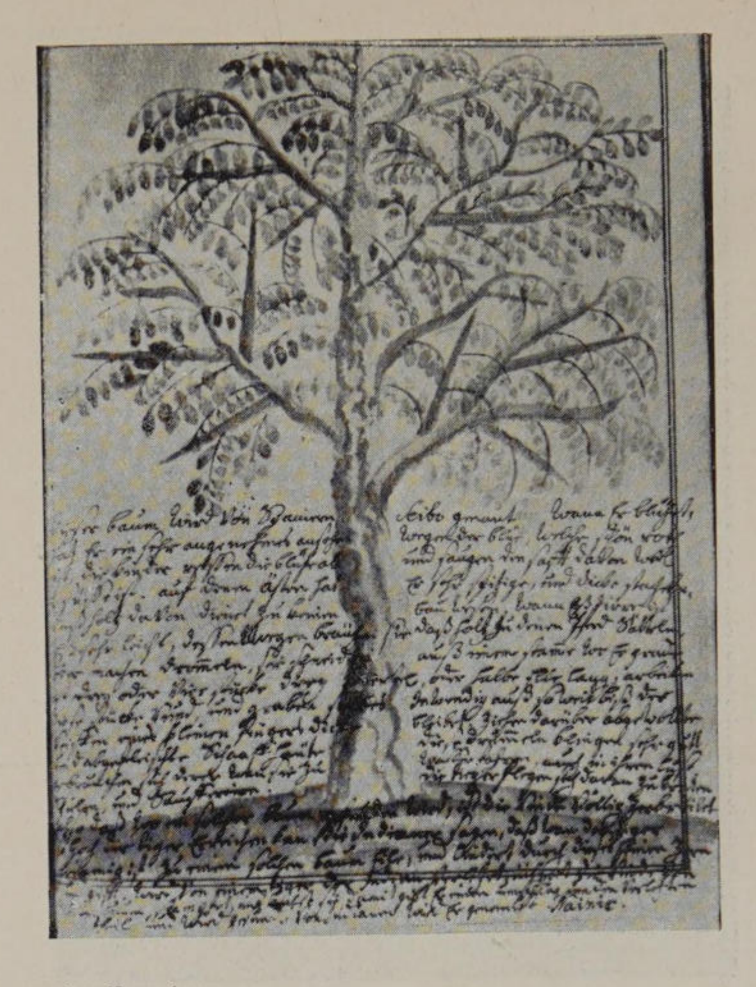
Insolencia de los indios

"Esta gente se acordaba de los muchos regalos, que les había dado el general de Santiago en el pueblo de Concepción, de donde, sin embargo, los más de ellos desertaron, y ahora del Paraguay pretenden las mismas liberalidades; además de ésto, más de un año viven aquí bajo sus esteras, de lo cual se espantó el Padre Provincial; y la ranchería, que empezó a forjar Don Fulgencio, es tal, que la desprecian, y no quieren vivir en ella, a excepción de 3 familias.

Galpones, no casas

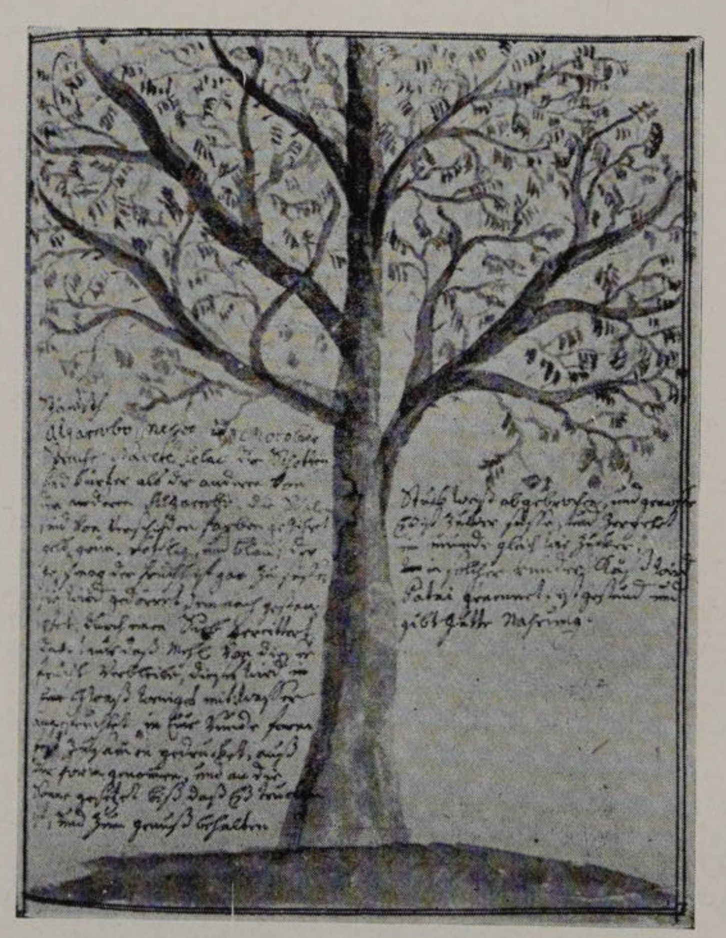
"Los dos lienzos, que están hechos, no son más, sino dos galpones forjados a toda fuerza; tienen un techo, pero no tienen tapia por ningún lado, ni adentro para división de las viviendas; por consiguiente, en lloviendo con viento, todo le llena de agua; mejor abrigados están en sus cueros y es-



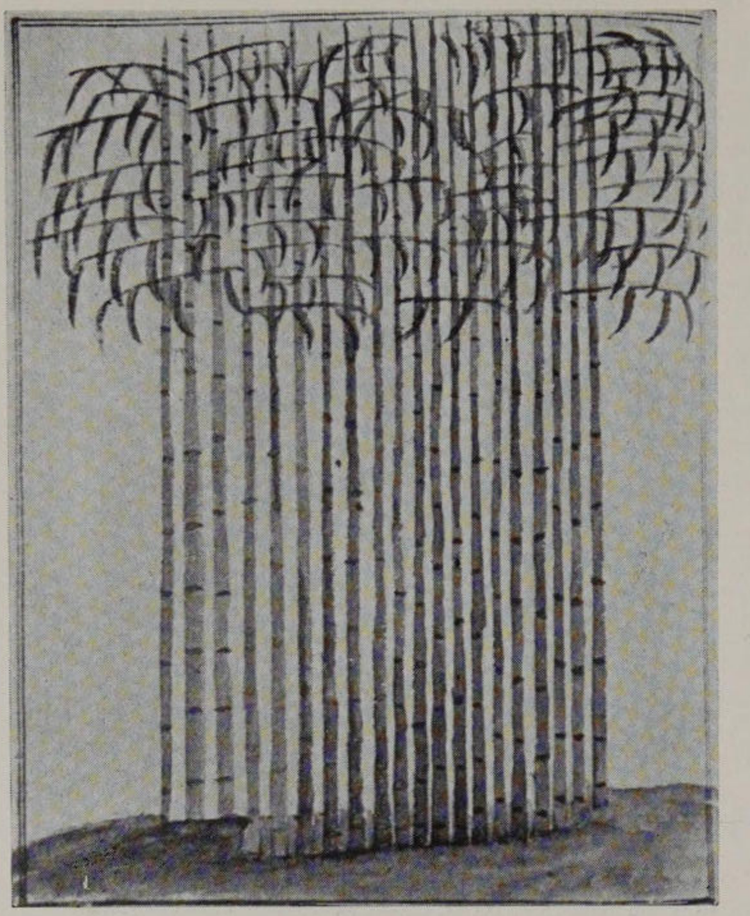


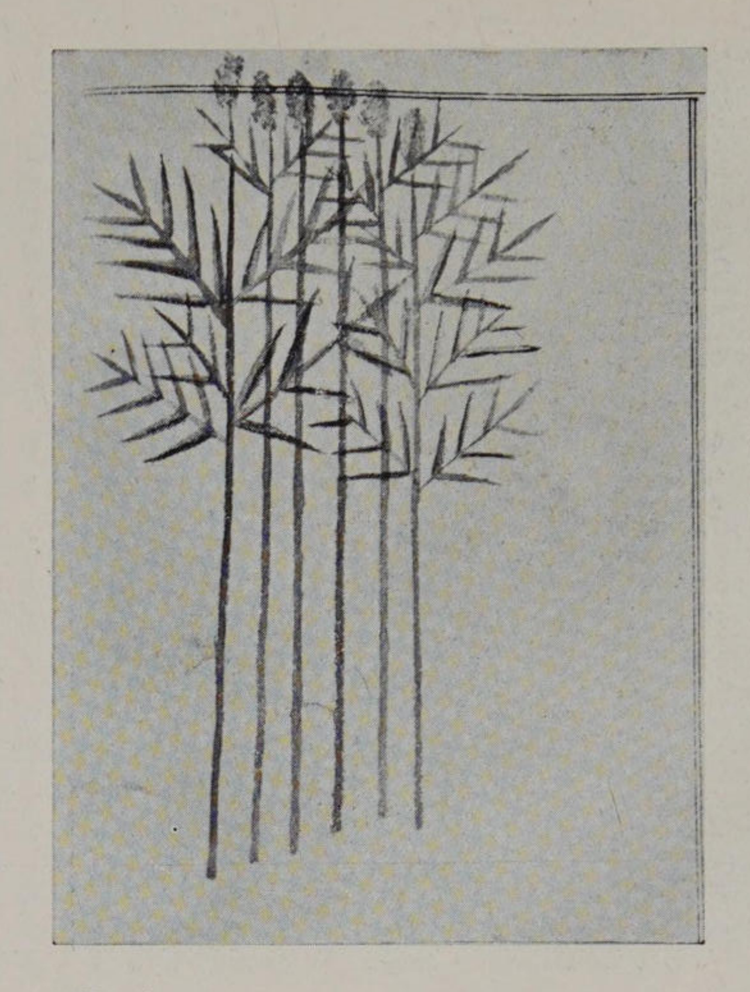
Flora chaqueña, según Baucke





Flora chaqueña, según Baucke





Flora chaqueña, según Baucke





Flora chaqueña, según Baucke

teras; debo decir la verdad, en ninguna reducción he visto ranchería de esta calidad, y en el Paraguay tal vez corre que se hicieron palacios aquí.

La última noche, antes de marchar de aquí Don Fulgencio, vino el cacique diciéndome con espíritu muy colérico: "Hasta cuándo nos harán burla estos Paraguayos; tiempo ha, nos han prometido, hacer nuestros ranchos, y ahora salen con una fábrica de esta laya, que absolutamente no se puede vivir en ella; ¿acaso nos tienen por tontos, y piensan que no hemos visto casas? Hagan ranchos como otros Españoles han hecho en las reducciones, y en cayéndose después, nosotros haremos nuevos; al fin todo es mentira, cuanto nos prometen los Paraguayos". Contra los Paraguayos

"Son las formales palabras; sin añadir yo una. He procurado con la mayor viveza justificar la conducta de los Paraguayos y sus intenciones acerca de esta su fábrica; pero no sosegando aquel altivo indio, le dije al fin que acudiese a Don Fulgencio y se explica; que de mis dichos no había de hacer caso; que yo no podía remediar nada. Al día siguiente y antes de decir yo la misa, referí a Don Fulgencio las insolentes quejas del cacique. . .

"Quedamos en esta triste suspensión, esperando nuestro paradero en un pueblo casi del todo despoblado; pues, los que han marchado, no volverán aquí sino después de algunas semanas; por muy particular Providencia de Dios logré una ocasión de poder despachar por las estancias carta al Paraguay, el día 19 de noviembre; el día 24 del mismo respondió Don Fulgencio prometiendo pronto socorro; pero dicho socorro llegó a 20 de diciembre con Don Salvador.

"Después de haber estado aquí Don Salvador, poco a poco iba volviendo al pueblo la gente, pero no toda; tal cual familia se quedó con los Abipones alzados, todos los cuales están actualmente en campaña contra el pueblo de San Jerónimo, en donde, hará 2 semanas, los míos con sus aliados hicieron de nuevo un robo considerable de caballos.

"Benavides está para venir acá para cobrar sus caballos, y realmente tiene sobrados motivos para acabar a fuego y sangre con mi reducción, madriguera y escondrijo de ladrones inconvertibles.

"De todo esto colija V. R., cómo habré estado los 2 meses pasados, y cómo estaré en adelante; he estado gravemente enfermo repetidas veces, así por las revoluciones de mis indios. como por los calores intolerables y el agua maligna; muchos días pasé sin comer, sin dormir noches enteras, sin misa muchos días, y en fin, no sé cómo he quedado vivo; deseo tener un compañero, quien sea testigo de lo que aquí se padece. Gravemente enfermo

"La tragedia de los Correntinos contra su general, cuya conducta alaba mucho el P. Klein, influye mucho para des-

baratar las reducciones de este gentío; los amotinados Correntinos regalaron grandemente a los Abipones, a fin de tenerlos por sus aliados, según dice dicho Padre, y se desvergüenzan extraordinariamente contra él; si ésto no se remedia, añade, todo se perderá, hasta corren voces, que aquellos Correntinos, si no quedan perdonados del Sr. Ceballos, quieren meterse entre los Abipones; no permita Dios tal cosa; pero lo cierto es, que ahora son frecuentísimas las embajadas de Abipones alzados, que vienen de las Corrientes o de sus tolderías a mi Reducción; alguna cosa de importancia se trata; pero no se penetra.

Temores fundados

"Hasta que las cosas muden de semblante, es barbaridad, dejar un sacerdote solo expuesto a un funesto paradero; yo de mi parte, si entre todos mis indios hubiese un solo hombre de bien, quisiera que no pusiera sus pies aquí un Paraguayo; porque esta gente, aun estando aquí no hace más que temblar día y noche de miedo, así de los Abipones como de los Tobas y Mocobíes, mis vecinos; no obstante, llegando al Paraguay dicen: "Gracias a Dios, todo está muy sosegado". Con tal que el trato de caballos, cera, cueros de ciervo, ponchos, etc., les salga ventajoso, canonizan en el Paraguay a mis indios, a quienes el P. Klein por su experiencia llama en su última carta: "quinta esencia de malévolos", y el P. Brigniel "una tropa escogida de energúmenos"...

"El P. Klein despachó de las Corrientes con el piloto Moreno una carta para mí y un libro médico, que sin pensar yo, envió de Buenos Aires el Hermano Esteban Font; la carta llegó a mis manos, pero el libro de medicinas se quedó, o en el colegio del Paraguay, o en poder del piloto Moreno; V. R. quizás lo descubrirá.

"En carta, que escribí al Hermano Procurador, le pedí algunas hostias, unos escarpines y un poco de arroz; también le dije, pida en mi nombre al P. Novat 5 varas de bayeta azul, que pide una Abipona en pago de un excelente caballo de paso, que había sido del P. Navalón, quien me aconsejó lo comprase; lo mismo me dijo el P. Provincial aquí; suplico a V. R. me consiga con su autoridad del P. Gabriel [Novat] dichas 5 varas de bayeta azul; pues, que no tengo caballo en que andar.

Nuevas hostilidades

"He tenido aquí Tobas huéspedes, quienes venían a llevar los huesos de su cacique, quien aquí murió de viruelas, después de bautizado; esta peste anda destrozando hoy día tolderías de Tobas, Mocobíes y Abipones alzados. En acabándose esta luna, los Mocobíes van otra vez a hostilizar nuestros pueblos de Guaraníes; hoy me lo contaron los Tobas como cosa cierta. Aquí de nuevo se temen los Lenguas, y ya hemos tenido indicios seguros de sus espías, pocas noches ha.

"Al P. Visitador escribí por junio; pero no tuve respuesta. Nuestro Señor Gobernador *requiescat in pace*. Dios le perdone la total inactividad en orden a esta Reducción; he dicho muchas misas por su alma.

"V. R. se sirva avivar el cuidado de Don Fulgencio por esta Reducción; si no quiere cuidarla, como se debe, la deshaga por Dios, y nada se perderá; yo de balde estoy pereciendo aquí de sobresaltos y miserias, pudiendo servir a otros.

"Dios Nuestro Señor me guarde a V. R. muchos años.

"En cuyos SS. Sacrificios y oraciones me encomiendo.

"De V. R. mínimo siervo

Martín Dobrizhoffer

Otra carta de Dobrizhoffer

A los pocos días, o sea a 14 de enero de aquel mismo año, escribió el afligido misionero una tercera carta, de la que sólo tomamos algunas líneas:

"...Apenas partieron de aquí los Españoles con Don Salvador, el día 12 de noche, los Tobas han arreado toda la caballada, que se hallaba al rededor del pueblo; llevaron también mi mula, que por 5 años ha sido mis pies y manos.

"Coyuntura más favorable de dar un golpe fatal a estos implacables enemigos no hallará el Paraguay; pues, mis indios quieren todos guiar y acompañar a la soldadezca española; el rastro aparente los lleva a la toldería en donde hay muchos cautivos paraguayos y Guaraníes. El camino es bueno ahora, y será como de 4 jornadas. Esta noche esperamos otro asalto.

"Aquí hay peste de tercianas y de viruelas. El pueblo nuevo de Mocobíes en las cercanías de San Jerónimo se empezó con el año nuevo; todos los Mocobíes de adentro irán agregándose a ella. Se llama San Pedro.

"El P. Klein me dice que su Reverencia el P. Provincial se hubo de ahogar en las cercanías de San Jerónimo; pues, en medio Paraná los tomó una tormenta deshecha, y en el barco hubo mucha avería.

"Los Comuneros Correntinos tienen en estrecha prisión a su general y solos dos sacerdotes, quienes son cabeza de ellos, pueden hablarle" (1).

Medios económicos

Esfuerzos heroicos debió de hacer el buen misionero para alimentar a sus feligreses, para tenerlos tranquilos y para ir ganándoles la voluntad. Una estancia que tenían en la orilla opuesta tenía por capataz a un mal hombre, señalado para el oficio por el Sr. Gobernador, quien negociaba en su provecho las vacas buenas y remitía las inútiles a la reducción.

(1) Publicamos estas cartas en 1928 en nuestro estudio sobre "El P. Martín Dobrizhoffer, S. J. - Etnólogo e historiador", publicado en el *Boletín de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, 1928, pp. 428-437.

Se pidieron a la Asunción algunas bolsas de maíz para sembrar, pero todo llegó agusanado e inútil.

Se consiguió casi desde los principios que los indios se dedicaran a la agricultura, sembrando y cosechando toda clase de productos. "Encontré, dice Dobrizhoffer, que el sitio era aptísimo para el cultivo del tabaco, pero nunca hallé una oportunidad de sembrar algodón". Las frutas, sobre todo la alfaroba era abundante, como era abundante en algunos días la pesca en los ríos cercanos.

Tobas y Mocobíes

En éste, como en los otros pueblos, fueron frecuentes las invasiones de Tobas y Mocobíes, causadas en parte por el mismo Gobernador Martínez quien envió contra ellos una expedición de doscientos hombres. Fué avivar el avispero y excitarlos a la venganza. Desgraciadamente los indios de Timbó eran enemigos antiguos de Ichoalay. Este los había seriamente castigado en otros tiempos a causa de sus incursiones y matanzas de españoles. Lo terrible del caso era que Ichoalay había sido siempre uno de los íntimos amigos del P. Dobrizhoffer y éste sentía enorme simpatía por aquel gran cacique. Los encuentros fueron numerosos, favoreciendo la suerte de las armas a Ichoalay. También los Tobas, Mocobíes y Guaraníes molestaban a la Reducción con sus asaltos, robos y mortandades.

En una ocasión todos los hombres del pueblo habían salido a una campaña y solo quedaba el P. Dobrizhoffer con un niño y un Abipón enfermo del pie, cuando se vió venir sobre la reducción a una horda de Mocobíes. Era la hora de la siesta y de ella se levantó el Misionero para ver de apaciguar a aquellos bárbaros. Allegóse a ellos en son de paz y les habló con cariño. Ellos empero manifestaron su espíritu hostil. Comprendió Dobrizhoffer el peligro en que él y el pueblo se hallaba y se disponía a morir si fuera esa la voluntad de Dios, cuando se observaron unos humos lejanos. Preguntáronse los indios unos a otros qué significarían y el misionero respondió que tal vez eran los doscientos soldados españoles que habían de venir para construir las habitaciones para los indios. Esto bastó para que se dieron todos a la fuga, sin quedar uno.

Invasiones varias

En otra oportunidad en que estaba Dobrizhoffer casi solo en el pueblo, se presentaron numerosos Tobas con su cacique Keebetavalkin. Evidentemente era su propósito el robar y matar. Dobrizhoffer conservó su sangre fría y les habló amistosamente y los invitó a almorzar. Al efecto mandó matar una vaca. Comieron a su gusto pero no se retiraron aquella mañana, antes pasaron la noche en el pueblo no sin alarma y miedo de parte del misionero. Al día siguiente dijo éste la misa sin tocar al efecto la campana, para no alborotar a los bárbaros y para que no vieran al misionero lejos de la es-

copeta a la que tenían tanto miedo. Pero fué precisamente a la consagración que un grupo de ellos entraron a la iglesia y rodearon al Misionero. El primero en entrar fué un hechicero Mocobí. Se colocaba al lado del Padre y de repente echaba a correr hacia atrás donde estaban los bárbaros. Se les oía cuchichear y decir frases diversas. Dobrizhoffer siguió la misa como si nada pasara pero dispuesto a morir de un momento a otro.

Después pasó a hablar con ellos cariñosamente y a ofrecerles algunos obsequios. Por si acaso esto no bastaba les dijo la gran puntería que tenía él para matar las aves, aun al vuelo, gracias a las escopetas que tenía en su poder. También les mostró el cañoncito que había dejado el Gobernador y la pelota de hierro para la misma. Esta tomaron ellos en sus manos y constataron su gran peso. "Oh, decían ellos, cuánto pesa y como desharía el cuerpo de aquel contra quien se disparara". La vuelta de unos diez Abipones a la reducción trayendo doscientos caballos robados en la estancia de Ichoalay bastó para que se marcharan del pueblo esos peligrosos visitantes. Su cacique Keebetavalkin quedó, pero no fué sino para su bien. Una peste que diezmó al pueblo le atacó también a él y antes de morir recibió el bautismo.

El cañoncito temido

Desde el 14 de mayo de 1765 hasta el mes de noviembre esa peste hizo estragos en la población y puso a prueba la fortaleza del buen Dobrizhoffer. El desbande fué general. No pocos cuzaron el Paraguay y se acogieron a los bosques para verse libres del contagio, si es que no estaban ya contagiados, o para evitar que otros se contagiaran. Fuéle menester al celoso misionero recorrer los alrededores todos del pueblo, hasta a distancia de muchas leguas, para atender a los enfermos y administrarles los sacramentos. Durante siete meses el ir y venir del P. Dobrizhoffer era continuo. Como los secuaces del cacique Oachari habían traspasado el Paraguay, veíase también el misionero obligado a hacer otro tanto casi diariamente.

Yegros reemplaza a Martínez

Cuando el Gobernador Martínez Fontes sufrió un ataque de apoplegía, nombró a Fulgencio Yegros su subtituto en el gobierno. Era un hombre analfabeto, nos dice Dobrizhoffer, pero bravo e inteligente. Una de sus grandes obras fué la expedición que hizo contra los Tobas. Con cuatrocientos soldados de a caballo pasó a la Reducción del Timbó, donde se le juntaron los Abipones de la misma. La empresa duró catorce días y la derrota causada a los terribles Tobas fué enorme, aunque no tan grande como se había esperado y deseado.

Mientras los Abipones participaban en esta expedición, todo el cuidado de la Reducción recayó sobre su misionero, el P. Dobrizhoffer. Supieron bien pronto los Mocobíes que en

ella sólo había mujeres y niños, y en varias ocasiones se acercaron con el fin de robar las caballadas y el ganado. Fuéle necesario al buen misionero estar de guardia día y noche, para no ser víctima de aquellos salvajes.

Al regreso de los héroes de aquella jornada sufrió la Reducción una doble desgracia. La una fué que el Vice Gobernador se volvió a la Asunción con sus soldados, dejando solos a los Abipones el defenderse contra la próxima y terrible venganza de los irritados Tobas. La otra fué una enfermedad que atacó a hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Dobrizhoffer se desveló por cuidar espiritual y corporalmente a los enfermos, pero cayó él mismo en el mal y su estado fué lastimoso. Sus feligreses al verle decían: "Te vas a morir, Padre; te vas a morir'. El mismo Misionero se sentía desfallecer y no creía que su vida se alargaría mucho. Así estuvo por espacio de veintisiete días. Gracias, no obstante, al uso diario de la verdolaga se fué mejorando.

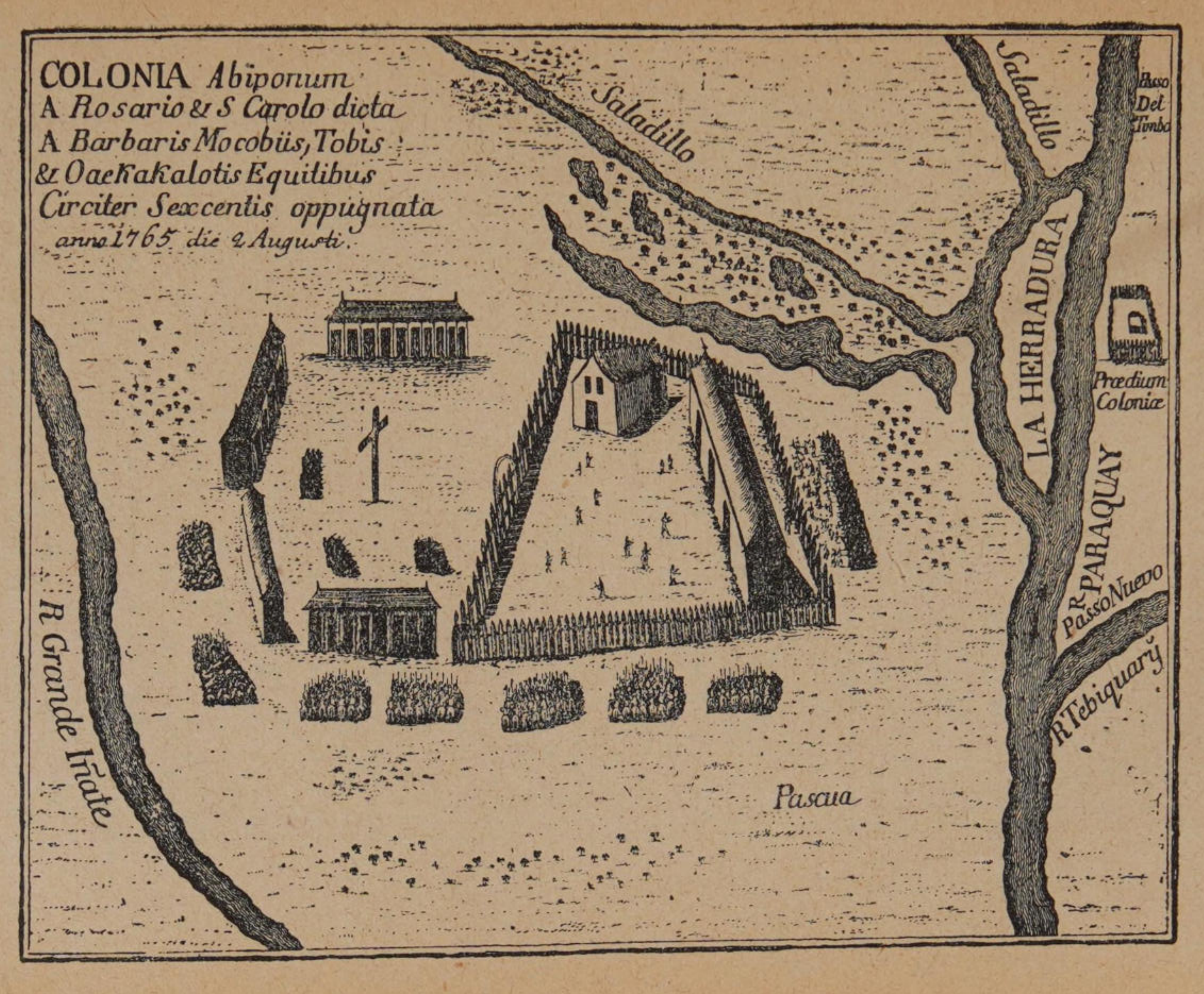
Enfermedad contagiosa

Y la temida invasión de los Tobas no se hizo esperar. Seiscientos salvajes Tobas, Mocobíes y Lenguas se dispusieron a caer sobre la Reducción. En ésta solo quedaron doce hombres de armas tomar y la chusma de mujeres y niños. Viendo que todo estaba tranquilo y como fuese ya las dos de la madrugada se acostó el P. Dobrizhoffer para descansar, pero no sin encarecer al que vigilaba que hiciera bien su oficio. Pero se durmió también, y hasta parece que los perros todos durmieron. Lo cierto es que a las cuatro de la madrugada cayeron los seiscientos bárbaros sobre la indefensa Reducción. Unos se llevaron de inmediato sesenta bueyes de arar que el P. Dobrizhoffer había ubicado cerca de su morada. Otros penetraron resueltamente en las casas de los indios y se apoderaron de sus pocos bienes. Otros finalmente rodearon la casa del misionero y comenzaron a disparar flechas contra la misma. Los pocos soldados españoles sólo pensaron en ponerse a salvo. Uno que se llegó hasta el P. Dobrizhoffer, disparó su fusil al aire en vez de dispararlo a los indios. Otro soldado español se acurrucó en un rincón de la morada del misionero, temblando de pies a cabeza.

La gran invasión

"Yo mismo, escribe Dobrizhoffer, también tuve mi mal momento, momento de terror, pero reaccioné y ví que era menester ir a lo heroico. Tomé un fusil y lo apunté hacia los invasores y en esa actitud me fuí acercando hacia ellos. Cuando así me hallaba y a punto de tirar, viendo caer las flechas a mi lado; una de ellas se incrustó en mi espalda, del lado derecho, privándome del uso de la mano derecha. Tomé entonces el fusil con la izquierda, para evitar que cayera al suelo, y retrocedí a mi habitación. El capitán de los cuatro soldados españoles que allí se hallaba, hizo girar la flecha, como hacen los chocolateros, y así extrajo aquella flecha

Dobrizhoffer es herido



La Reducción del Timbó, según Dobrizhoffer

Las tropas que rodean el pueblo son las de los indios Mocobíes y Tobas que en número de unos seiscientos cayeron sobre el pueblo en la madrugada del 2 de agosto de 1765.

que tenía cinco cortes laterales. Salí al rato con mi brazo derecho cubierto de sangre, pero los bárbaros se habían marchado de aquel punto. Fuíme entonces a un punto alto del pueblo cerca del cual se habían congregado, en la seguridad de que todos huirían al oír el primer tiro. Porque así es: un hombre con un arma de fuego puede resistir a seiscientos bárbaros. Tal es el terror que tienen ellos a esas armas. Hice un disparo y eso los amedrentó, aunque sólo después de algunas horas emprendieron la retirada. Desgraciadamente se llevaron las caballadas de los Abipones.

Al regresar después los Abipones del pueblo, que habían ido contra el enemigo por otros caminos, celebraron con júbilo la salvación del mismo, aunque sintieron la pérdida de los caballos. "Yo, dice Dobrizhoffer, atendí primero a los heridos y después procuré curar mi pobre brazo. Como esas flechas llevan veneno, temblaba mi brazo y se cubría de sudor.

Efectos de la herida

Al acostarme, en vano daba con una postura que me permitiera reconciliar el sueño. Después de cinco meses recobré totalmente el uso de mi brazo, pero aun hoy día llevo la cicatriz de aquella herida que me recuerda el desprecio que sentí entonces por la muerte, y el cariño con que defendí mi Reducción. Será siempre para mí un recuerdo de mi querido Paraguay".

Después de este desgraciado suceso ordenó el Gobernador Yegros, sucesor de Martínez Fontes en el gobierno del Paraguay, que diez soldados pasaran a la Reducción y la custodiaran a una con los Abipones pobladores. Así lo hicieron, pero fué una lucha constante la que se debió hacer para impedir los saqueos y matanzas de los Tobas. Desgraciadamente no era posible instruír y educar a quienes estaban de continuo a caballo y sólo pensaban en expediciones para vengar injurias e infligir otras que habrían de ser vengadas por los enemigos en guerras posteriores.

La mayor parte de los niños, niñas y mujeres eran constantes en reunirse cada tarde para las clases de religión, pero los hombres y los jóvenes seguían en sus borracheras y supersticiones. Estos no eran catecúmenos sino energúmenos, como solía decir el apostólico Dobrizhoffer.

A los dos años de fundada esta Reducción de Timbó, manifestó su fundador el estado de su quebrantada salud. La

Nuevos curas

gota le afligía grandemente y el brazo estaba aún tan dolorido por la herida recibida que creyeron los Superiores conveniente reemplazar al gran misionero. Al efecto fueron elegidos los PP. José Brigniel y Jerónimo Rejón. Del primero hemos hablado ya extensamente.

Del P. Rejón sabemos que era oriundo de Becilla en León. Allí nació el 14 de septiembre de 1712, e ingresó a los veintiocho años de edad en la Compañía de Jesús, o sea a

16 de octubre de 1740. Cinco años más tarde vino al Río de la Plata y fué uno de los grandes misioneros entre los indios Pampas y Serranos, al sur de la actual provincia de Buenos Aires. Aniquiladas aquellas reducciones, pasó el P. Rejón a la del Timbó, donde le sorprendió el decreto de extranamiento. Desterrado a Italia pasó los últimos años de su vida en Faenza y allí mismo falleció el 31 de enero de 1779.

Ambos misioneros llegaron al Timbó con gran abundancia de chucherías con que ganarse las simpatías de los pobladores, pero pronto se dieron cuenta de que no eran tan tratables y dóciles como los Guaraníes, y pronto comprobaron también cuán terribles eran las hostilidades de los Mocobíes y Tobas. Tuvieron, sin embargo, el consuelo de que el cacique Oachari, gravemente enfermo por la mordedura de una serpiente, recibiera voluntariamente el Santo Bautismo y terminara santamente su corta pero heroica vida de soldado y de caudillo.

Muerte de Oachari

También tuvieron los dos Misioneros del Timbó otros muchos consuelos, pero las dificultades eran enormes. Bien indica una y otra cosa el P. Rejón en una carta al P. Manuel Arnal, fechada a 4 de setiembre de 1766:

"Mi P. Manuel Arnal:

"Convalecido ya y tan sano como si no hubiese estado enfermo, he venido a esta infeliz soledad del Timbó, reducción aceptada sin sínodo, sin ornamentos ni campana, ni estancia; V. R. contemple cuál estaré con mi genio: busco qué hacer y no hallo, y poco remedio para llevarla adelante: No obstante no caigo de ánimo y ando diligenciando con esta ciudad lo que puedo; porque aunque vine informado de que son perversos los indios, no sé si consistía en ellos o en los PP. que con ellos no se avenían. Al presente están tan sujetos, que asisten a la iglesia; saben la doctrina; nos han entregado sus hijos, para que los enseñemos a nuestro gusto; no nos son molestos, sino para pedirnos el bautismo, y casarse por la iglesia, a lo que no nos atrevemos hasta asegurar con qué mantenernos. El P. Brigniel admirado dice que nunca trató mejor gente.

Progresos espirituales

"Los he impuesto en las chácaras, buscando semillas y bueyes, y de mi parte no omitiré trabajo.

"Estimaré que V. R. encamine a la primera ocasión que se ofrezca esas cartas, y perdone las molestias.

"Dios guarde a V. R.; en cuyos sacrificios me encomiendo. Nuestra Señora del Rosario del Timbó y setiembre 4 de 1766.

"Muy siervo de V. R.

Gerónimo Rejón".

Como se colige de esta carta, hubo alguna causa muy especial que impidió el que Dobrizhoffer se entendiera con los Abipones del Timbó. Lo cierto es que todo cambió con el cambio de misionero y la Reducción se encarriló rápidamente y comenzó a progresar día a día, gracias al singular arte que para tratar con bárbaros tenía el mencionado Padre Brigniel. El mismo Dobrizhoffer reconocía en él ese especialísimo don de amansar a los salvajes, aun a los salvajes Abipones.

No tenemos noticias concretas sobre las habilidades y talentos del P. Rejón, pero todo hace presuponer que fué un excelente auxiliar de aquel gran misionero. Parece que Brigniel le encargó muy en especial todo lo relativo a la sustentación del pueblo.

Para Rejón, como para Dobrizhoffer, era un serio problema el de alimentar a los neófitos, y a este fin buscaba semillas y bueyes, y, lo que era más importante, indios que quisieran trabajar la tierra a la par de los Misioneros.

Preocupación económica

Sólo la preocupación económica absorbía todo el día, pues había que alimentar a todos los pobladores, que eran casi insaciables, y había que pensar en lo futuro, libertando a las estancias así de las expediciones de los indios enemigos como de las carnicerías de los tigres. Los caprichos de los pobladores eran continuos. Todo era pedir. A todas horas venía alguno con la cantinela: Padre, deme un hacha; Padre, quiero un cuchillo; Padre, necesito tabaco, necesito sal, necesito un anillo, etc. Esto constituía una pesadilla cuando había, pues era inútil el querer persuadirles que el Padre no tenía en depósito para dar, pero era un tormento cuando no tenía lo que deseaban.

A estos dos obstáculos o dificultades agregábase la continua zozobra y temor de próximas invasiones por parte de los indios enemigos, sobre todo de parte de los Mocobíes y Tobas, a quienes nadie y en forma alguna podía llegar a dominar. Finalmente hay que agregar el mal ejemplo que a los pobladores de los pueblos Abipones daban los españoles con su vida desarreglada y aun escandalosa. "Los indios más salvajes, asevera Dobrizhoffer, podían ser, en contraste con ellos, unos modelos de virtud, de urbanidad y de castidad".

Progreso de los cuatro pueblos

"No obstante todo esto, agrega el mismo historiador, los cuatro pueblos de S. Jerónimo, Concepción, S. Fernando y el Rosario o Timbó eran otras tantas escuelas de cultura y de religión. A pesar de los innumerables obstáculos, pudimos acabar con la superstición y la barbarie, y llegamos a suavizar sus costumbres. Antes como salvajes bestias habían vivido en las selvas, de los productos de las mismas. Ahora, se consagraron a la agricultura y a las obras manuales. Eran en verdad infatigables en el uso del arado y en la construcción de casas para su morada.

En algunos pueblos como en S. Jerónimo, casi todos sus pobladores estaban bautizados. Ichabaké, después de una vida criminal, pasó los últimos años de su vida en forma edificante y murió santamente. Hasta prohibió que después de su deceso se matara sus caballos, según las viejas supersticiones. Las borracheras se hicieron menos frecuentes y el divorcio y la poligamia desaparecieron. Las mismas madres llegaron a reprobar como criminal la matanza de los hijos nonatos. Estos y otros muchos hechos comprueban cuánto bien hicieron estos pueblos a los indios de los mismos. En 1767 los cuatro pueblos de Abipones albergaban en su seno a ochocientos ya bautizados.

No fueron menos provechosos a los españoles. Se poblaron las estancias abandonadas, había seguridad y tranquilidad en las ciudades, se podía recorrer los caminos que unían las unas a las otras sin sobresaltos ni miedos.

Benavides y el destierro de los Jesuítas

No hemos hallado una noticia circunstancial del destierro de los Jesuítas que en 1767 estaban al frente de los cuatro pueblos de Abipones a que nos hemos referido en estas líneas, pero el P. Olcina nos informa que "luego que, en dicho año, se esparció la voz por todos los pueblos de que el Rey mandaba salir de aquellas Misiones a los Jesuítas, los indios de los pueblos nuevos y más cercanos del Chaco, de la facción del Cacique Benavides, que supo ser el terror de ciudades enteras, escribieron a los Guaraníes, que sino querían dejar a los Jesuítas, avisasen a su principal Cacique Benavides, que éste tomaría las medidas necesarias para el intento, a que estaba pronto, y bien dispuesto. Su proyecto era unirse con los Guaraníes y levantarse contra los Españoles, y siendo dicho Cacique el de mayor valor, capacidad y nobleza de toda su nación de los indios Abipones, y a más de esto muy amante de los Jesuítas, no se duda que hubiera salido con su intento de que éstos no saliesen de las Misiones.

"Luego que llegó esta carta al primer pueblo de los Guaraníes, y la leyeron los indios, quiso el Señor que cayese en manos del P. Provincial Manuel Vergara, el cual la ocultó luego y tomó las debidas prudencias para que su contenido no llegase a noticia de los indios de los demás pueblos. . .

Baja hasta Buenos Aires

Fracasó este proyecto del Cacique Benavides, pero él personalmente partió a Buenos Aires a fin de entrevistarse con el Gobernador. "Llegado a la ciudad se encaminó hacia el Palacio del Sr. Bucareli, metiéndose por medio de las Guardias de la Fortaleza, donde está el Palacio, con tanto despejo y gravedad, como lo pudiera hacer un Palaciego, y puesto en presencia del Sr. Bucareli, sin perder el tiempo en ceremonias, le dijo: Yo vengo a preguntarte, ¿por qué nos han sacado de los pueblos a los Padres? Sorprendióse su Excelencia con

esta pregunta y como sabía bien quién era Benavides, se guardó muy bien de exasperarle con alguna respuesta descompasada, y así procuró satisfacerle con buen modo diciendo que el Rey lo había mandado. Mas como el indio le replicase que no era posible que el Rey lo hubiese mandado, sino estando muy engañado, dijo el Sr. Bucareli, que eso no le tocaba a él examinarlo. Es así, contestó entonces el Indio; pero a tí te toca informar luego y en pormenor a Su Majestad de la falta, que hacen los Padres, y sabiendo esto el Rey no mandará que salgan. Sobrecogido el Sr. Bucareli de esta razón tan fuerte, no tuvo qué responder, sino decirle: ahora es preciso que se cumpla lo que el Rey manda y lo más que se puede hacer es, que después vuelvan los Padres".

Recuérdese lo que escribía uno de los misioneros: "Si yo con la ayuda de Dios y las razones que El me ponía en la boca, no hubiera logrado apaciguar mis indios para que soportasen aquella medida, en breve tiempo hubiera quedado arrasada la ciudad de Santa Fe. ¡Cuántas veces me vinieron a preguntar si daban una arremetida general contra la ciudad! y hubiera bastado, no que yo se lo aprobase, sino simplemente que no me hubiera mostrado con tanta decisión opuesto a ello, para que lo hubieran llevado a cabo. Gracias a Dios, no hubo ni uno de los misioneros a quien le pasara siquiera por el pensamiento el permitir semejante inhumanidad".

Arrasada Santa Fe

Todos ellos partieron al destierro, habiendo entrado Padres Franciscanos a reemplazar a los Jesuítas. Desgraciadamente los nuevos Curas desconocían el idioma abipón y, lo que es mucho más, desconocían el carácter de aquellos indios. Por otra parte habían entrado a suceder a los Jesuítas por la fuerza de la obediencia, no ciertamente por el noble afán de conquistar almas.

Los Abipones del Timbó y de San Fernando no estuvieron a la espera de los sucesos. Apenas habían partido los jesuítas, los Padres Brigniel y Rejón del Timbó y los Padres Klein y Quesada de San Fernando, cuando ellos a su vez recogieron sus cosas y se volvieron a las selvas. Los Franciscanos de ambas Reducciones se volvieron de la Asunción el uno y a Corrientes el otro.

Corrientes en peilgro

Para todas las ciudades, y en especial para Corrientes, fué una gran contrariedad la ruina de las Reducciones de Abipones. En 1773 Sebastián de Casafús escribía desde Corrientes que "la voz popular juzga y vocifera que el precioso beneficio de la quietud de la jurisdicción que se ha estado gozando mediante la Reducción (de San Fernando) se halla con su destrucción en evidente riesgo de perderse, y es preciso que con oportunidad se provean los medios conducentes a precaver esta desgracia. Resulta también que con el motivo de

haberse trasmigrado a esta banda los pocos indios que quedaron después de la deserción de los demás, se hace preciso ya disponer de ellos... Item resulta que la Reducción de la otra banda ha quedado vacía ocupada por ahora solo por Providencia interina de un destacamento de estas milicias...".

Desgraciadamente la Reducción se arruinó con la salida de los Jesuítas y no supo la Junta de Temporalidades de Corrientes ni el Gobierno de dicha ciudad evitar tamaña desgracia. Casafús aseveraba en 25 de octubre de dicho año de 1773 que dicha Junta quería mandar sobre las Temporalidades de los Jesuítas, pero negaba ser de su incumbencia el conservar las obras que habían realizado los Jesuítas mediante dichas Temporalidades. No se vé "qué razón habrá, escribía Casafús, para que la Junta tenga facultad para mandar sobre las Temporalidades de la Reducción (de San Fernando) y no sobre la misma Reducción y su subsistencia, puesto que la Regla General previene que lo accesorio debe seguir a lo principal, y que en el caso lo principal es la Reducción...".

Ambiciones Innobles

No sabemos qué respondió la Junta de Temporalidades de Buenos Aires a la nota que elevó Casafús, pero hallamos que ya en 28 de febrero de 1768 el pueblo o Reducción de San Fernando estaba enteramente abandonado y los pocos indios que pasaron a la otra orilla del Paraná fueron agregados a los indios que había en los vecinos pueblos de Itatí y Santa Lucía.

La suerte de los otros tres pueblos fué muy análoga. San Jerónimo y Concepción de Abipones, a la par que S. Javier y San Pedro de Mocobíes habían decaído de tal suerte que Francisco Javier de Lassaga lamentaba a mediados de 1789 su próxima y total ruina: "Lejos de cimentarse estas Reducciones, decía él, se van retirando a sus antiguas moradas entre los infieles, siendo el motivo de esto las necesidades que experimentan...". Del pueblo de San Jerónimo, en especial, escribía Fray Lorenzo Casco las siguientes líneas en 26 de julio de 1789:

"En virtud de la representación que Vds. me manifiestan, haver hecho el Exmo. Virrey a esse Vle. Cabildo del día seis de julio y haver hecho presente havérsele representado haver desamparado los naturales de este Pueblo (intitulado del Rey de Sn. Gerónimo reducción de abipones) y encaminándose fugitivos a diversas partes temerosos de las asechanzas de sus enemigos por havérseles retirado la guarnición y auxilio de soldados Blandengues que siempre han tenido para castigar y contener los infieles fronterizos.

Fray Lorenzo Casco

"Debo poner presentes a Vds. que en dos años y tres meses que se cumplen el día seis de Agosto, que me recibí de este curato (por título que recibí del señor Virrey, estando

de teniente de cura, en el curato del Rosario en los Arroyos), solo hallé en este Pueblo de San Gerónimo muy pocas familias, pues todos estaban en varias chacras o tolderías de algunos indios, caciques y alcaldes que se sostenían unos agregados a otros en sus labranzas, y desde ese entonces los he estado llamándolos se recogiesen a su pueblo, lo que no he podido conseguir, a causa del enemigo y no tener cómo mantenerse en este Pueblo, y por estar temeroso de enemigos infieles, pues ni por el auxilio de los señores soldados Blandengues han podido atajar los dichos daños a los infieles por ser el número de dichos soldados corto, pues en todo este tiempo ha habido mes que en cinco ocasiones han hecho robos de cabalgaduras que hasta a los mismos soldados blandengues les han hecho, robando sus cabalgaduras. Causa de ello no los han seguido o castigado, motivo de ser corto número de soldados blandengues y ni ellos ni los indios tienen cabalgaduras para seguirlos, y darles castigo.

Sus quejas

Fr. Lorenzo Casco
Cura del Pueblo del Rey

Así se disolvieron como la sal en el agua, las cuatro reducciones de Abipones que con tantos afanes y desvelos, con tantos sacrificios y peligros fundaron y sostuvieron los Jesuítas en medio de las selvas chaqueñas. Un siglo debía pasar antes que las luces del Evangelio trataran de iluminar otra vez la maraña chaqueña gracias a los abnegados hijos de San Francisco de Asís. Desgraciadamente sus primeros fulgores brillaron sobre la tumba de una raza que habiendo gustado la civilización vióse condenada por la misma a hundirse nuevamente en el seno de la barbarie.

Los Misioneros en el destierro

Mientras así se arruinaban aquellas cuatro Reducciones que tantos sudores habían costado a los Jesuítas y que tantos beneficios proporcionaron a los pueblos de españoles, terminaban su carrera mortal en Europa los misioneros que hasta 1767 y 1768 las habían fundado y sostenido.

El P. Pedro Gandón, que estaba en la Concepción y era su Cura en 1767, murió en Ravena el 5 de septiembre de 1779. Natural de Jérez, en Andalucía, había ingresado en la Compañía de Jesús en 1746 a los diez y siete años de edad. También era andaluz, pero natural de Siruela, el P. Alonso Sánchez, compañero del P. Gandón en el mencionado pueblo. Nacido el 22 de enero de 1723, había entrado en la Compañía el 17 de mayo de 1740. Su deceso acaeció en Faenza en el mes de noviembre de 1773.

Los últimos Curas Jesuítas de San Jerónimo fueron los Padres Francisco Navalón y Pedro Pool, español el primero e inglés el segundo. Más arriba hemos consignado los datos

biográficos de Navalón, oriundo de Castilla la Nueva. El P. Pool era originario de Londres donde había nacido el 12 de noviembre de 1728. Era marino y como tal llegó al Río de la Plata. Joven aún ingresó en la Compañía el día 1º de octubre de 1748 y una vez terminados sus estudios fué destinado a las misiones de Mocobíes, en compañía del P. Baucke. Con posterioridad le destinaron los Superiores al pueblo de San Jerónimo. Desterrado en 1767, pasó de Italia a Lieja de Bélgica donde estuvo durante algún tiempo. En 1771 estaba de nuevo en Londres y allí falleció el 9 de enero de 1793 a los sesenta y cinco años de su edad.

El Padre Quesada

De los dos últimos misioneros de San Fernando nos hemos ocupado ya, y extensamente, en estas páginas. El buen P. Quesada terminó santamente sus días en Faenza el 6 de agosto de 1774. En fecha que aún no hemos podido precisar, falleció en su país de origen, tal vez en la montañosa Gratz, el animoso y heroico P. José Klein. Solo podemos consignar que en esa ciudad moró desde 1769 hasta 1773 y ejercía el cargo de *Concionator matutinus* y director de la Congregación Mariana para hombres y jóvenes. Fué en 1772 que escribía el P. Lorenzo Casado refiriéndose al P. Klein: "Vive aún, y ahora está en Alemania y trabajando gloriosamente, y nos escriben de Tirnavia que apenas le dejan aquellos Nobles, llevándole a sus casas y palacios y admirados de oír y saber las cosas de aquel País (americano). Es sujeto amable y de muy buenas prendas. Entre otras, además de su exacta observancia religiosa, tiene un corazón intrépido y que en nada temía la muerte".

El Padre Dobrizhoffer

El decreto de extrañamiento no sorprendió a Dobrizhoffer trabajando entre sus queridos Abipones, pero fué sin duda él uno de los más insignes misioneros de los mismos. Como ya hemos anotado más arriba tuvo, a fines de 1765, o a principios de 1766, que abandonar la Reducción del Timbó por él fundada y acogerse a las pacíficas reducciones de Guaraníes a fin de reponer sus debilitadas fuerzas.

En San Joaquín

Pasó efectivamente a la Reducción guaranítica de San Joaquín, y asumió el gobierno de la misma en reemplazo del P. J. Fleischauer que había sido trasladado a la de Santa Rosa. San Joaquín, rodeado de alegres campiñas y bosques variadísimos, y ocupado por pacíficos y dóciles guaraníes, todos ellos cristianos e iniciados en la civilización, era un digno premio y una merecida recompensa después de tantos trabajos y sinsabores sufridos en la inculta y rebelde Timbó.

Su vida en San Joaquín fué tranquila y pacífica, y puede sintetizarse en las pocas pero significativas palabras que estampó en su *Historia de Abiponibus* refiriéndose a esta época de su existencia en América: "apud hos Itatinguas Neophytos, ejus oppidi (Sti. Joachimi) incolas, sexennium antea

mox biennium (1765-1767) non sine animi voluptate consumpsi..." (1). "Entre estos neófitos Itatinguas del pueblo de San Joaquín pasé primero seis años y después otros dos (1765-1767) no sin placer y contentamiento de mi parte".

La Reducción de San Joaquín se hallaba un poco más al norte que la ciudad de la Asunción y en el centro mismo de lo que es ahora la República del Paraguay.

Una expedición

Aunque de ordinario no salía del pueblo de San Joaquín, sabemos que en una oportunidad se lanzó a explorar lejanas e ignotas tierras en la región del Tarumá y Mbaeverá, haciendo al efecto y en compañía de un grupo de valientes una expedición de cuarenta leguas. En su amenísimo libro no sólo relató con abundancia de detalles la áspera jornada, sino que nos dió además un mapa con la ruta seguida al través de bosques y esteros.

La hazañosa expedición tuvo relieve tan pronunciado y contornos tan bellos que un eximio poeta inglés, Roberto Southey, lo creyó argumento adecuado para todo un poema. *A Tale of Paraguay*, publicado en Londres y en el curso de 1825, es un poema lírico-épico en cuatro cantos con un total 224 estanzas.

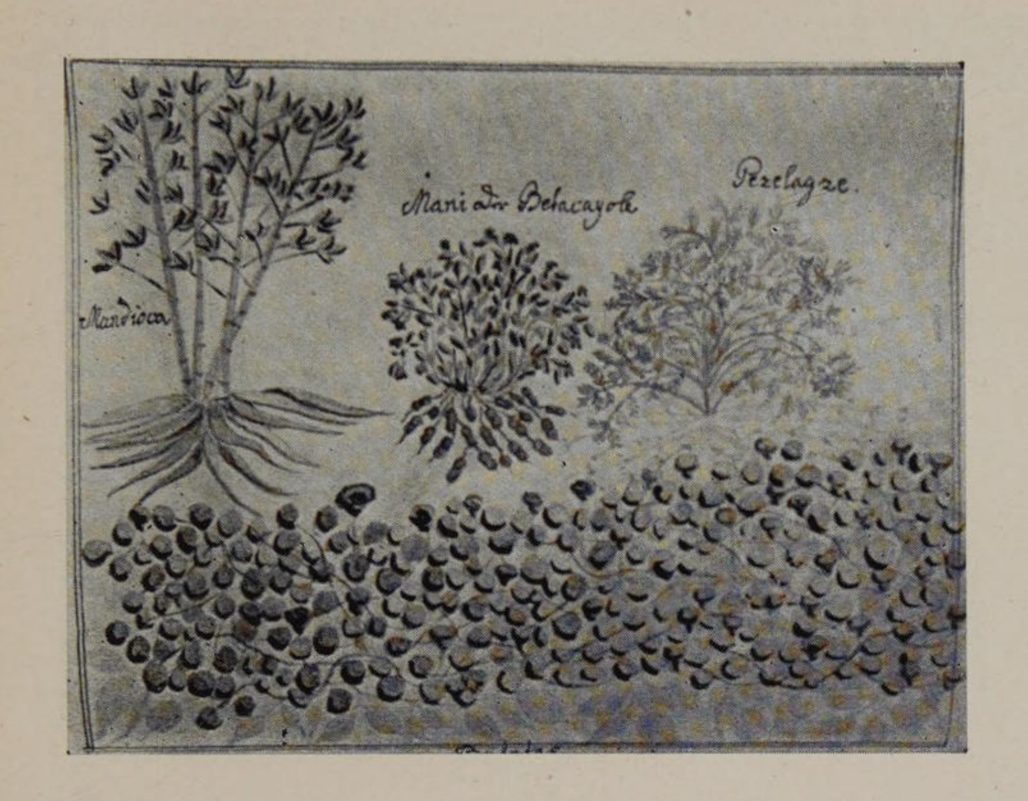
Con admiración por su héroe y con conocimiento amplísimo de la vida del mismo, gracias a la lectura de la *Historia de Abiponibus*, canta el poeta inglés "las más egregias cualidades de aquel hombre que pudiendo haber sido un oráculo en las reuniones de los sabios de Europa, prefirió confinarlas a una región de bárbaros y en vez de buscar la gloria de los sabios, contentóse con lo modesto y lo humilde. De entre las montañas estirias de Gratz vino hombre tan singular, y Dobrizhoffer era su nombre".

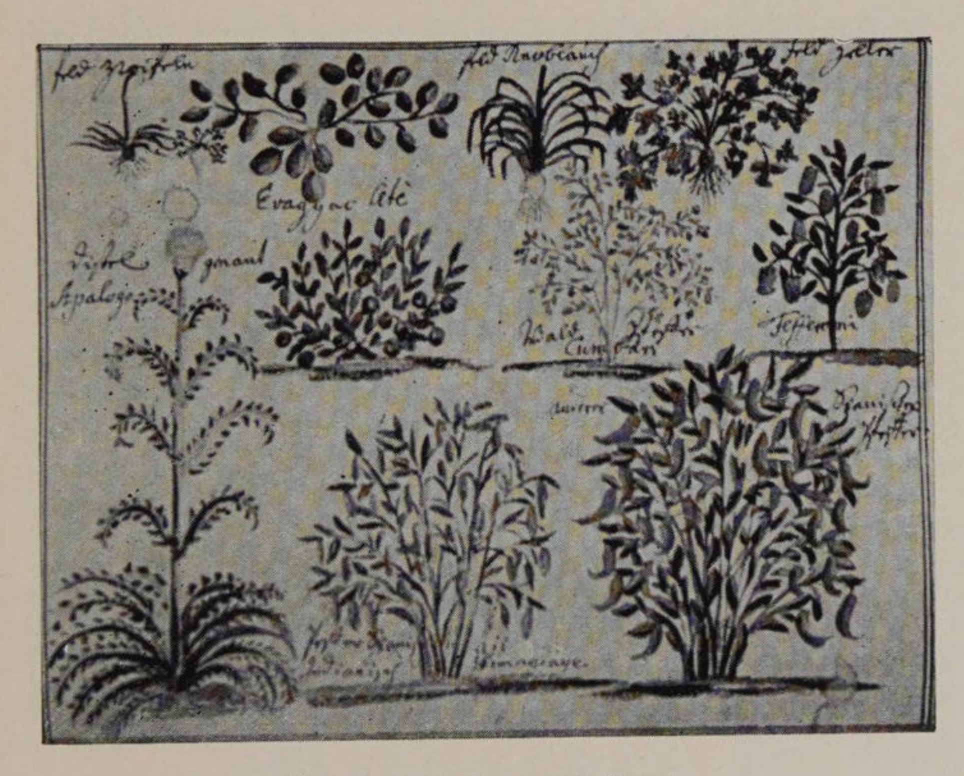
"¡Contempladle en sus andanzas! El Breviario cuelga de su cinturón de cuero; es su único escudo. Su vieja sotana es su única panoplia; una cruz en sus manos, su única arma; es ella de día su bordón y es de noche su almohada; la tierra de los salvajes bosques le ofrece un lecho para dormir mientras son los árboles su variado conopeo".

Cría de faisanes

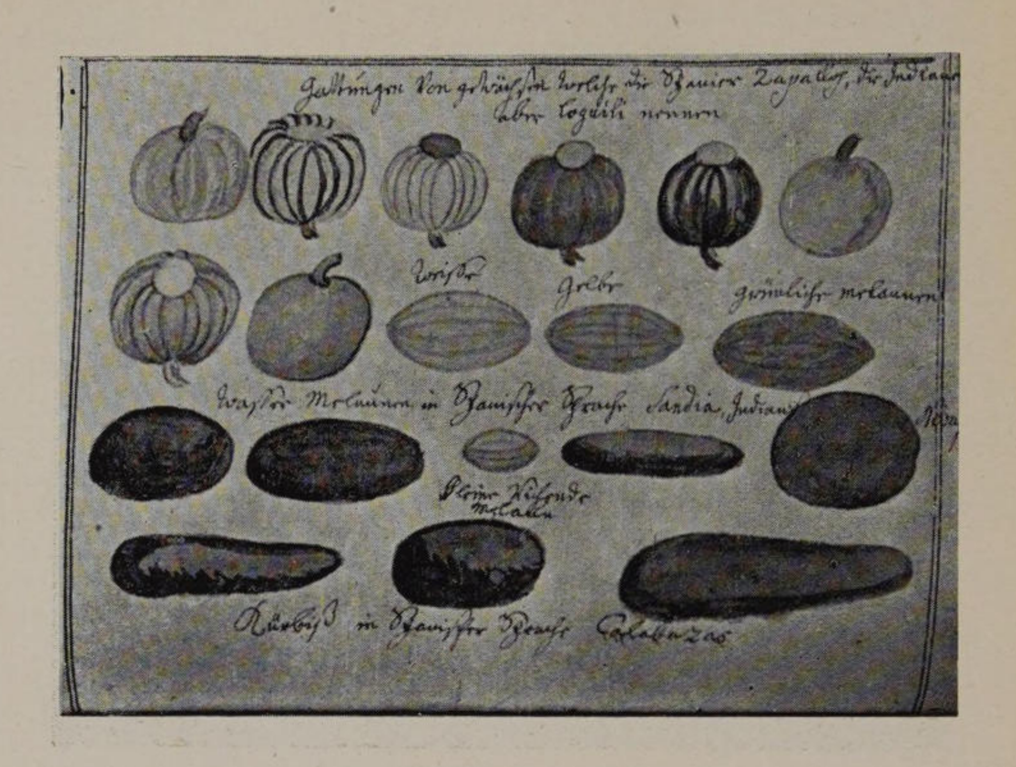
Así cantó el poeta inglés las vicisitudes de la vida de Dobrizhoffer y el mismo ha relatado con rasgos imperecederos así sus penalidades entre los Abipones como sus goces entre los guaraníes. Así al referirse a su estada entre éstos nos informa que, le gustaba la cría de faisanes y de loros, y afirma que llegó a tener algunos que eran notables, o por su belleza o por sus habilidades. Son interesantes y alegres las páginas en que reseña las dotes de su loro "Don Pedro" "cujus jucunda mihi etiam·

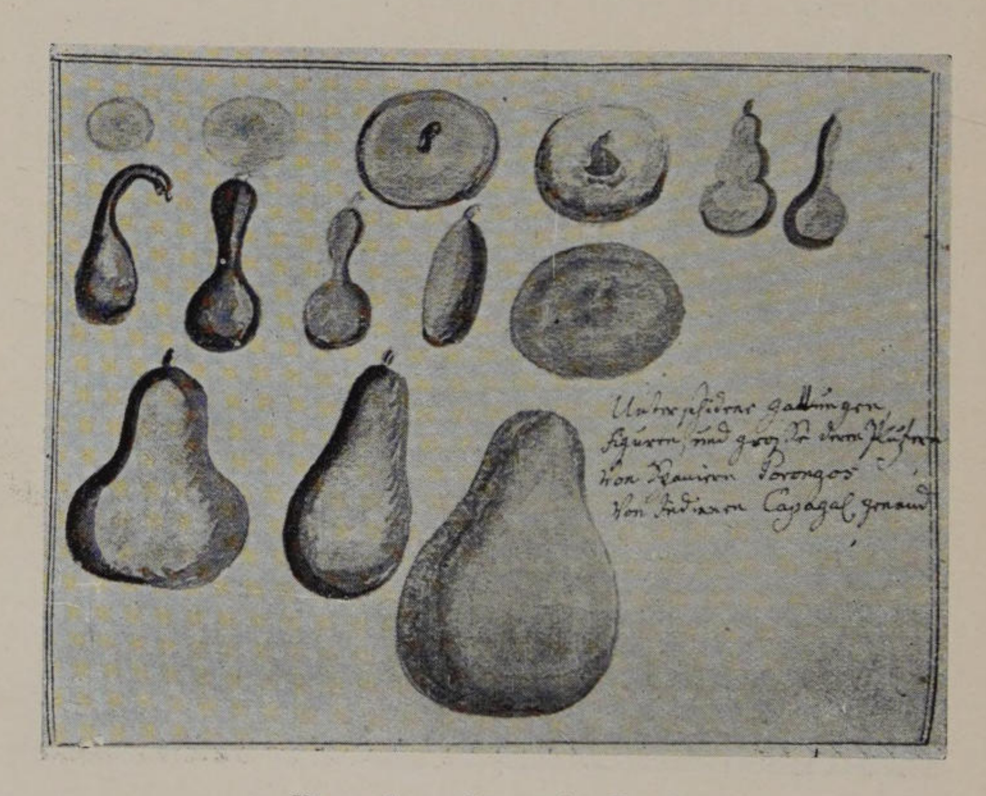
(1) *Historia de Abiponibus*, t. III, p. 389. Estuvo por ese tiempo aunque brevemente en Santa María la Mayor para verse con un hermano médico que allí había a fin de curarse de cierto achaque de estómago que le afligía. (*Hist. de Abip.*, t. III, p. 278).





Flora chaqueña, según Baucke





Flora chaqueña, según Baucke



Mapa de la región del Tarumá y Mbaeverá

Escribe Dobrizhoffer: "Los puntos indican los viajes que hice en busca de los salvajes" en la región del Tarumá y Mbaeverá.

num recordatio" "de quien aun ahora (en 1784) me acuerdo con placer" (1). Tuvo asimismo un Quaá y un Caninde "sobremanera mansos", a los que, como cuenta Dobrizhoffer, no era posible separar, pues "hasta se buscaban para reñir". De ambos hizo donación al gobernador Ceballos, quien grandemente se holgó del obsequio (2).

Cuando la expulsión

Su patriarcal estada en esta reducción fué súbitamente perturbada en 1768, cuando se presentaron en San Joaquín los emisarios del gobernador Murphy con la orden de aprisionar a los dos misioneros. El P. Iturri en su *Breve relación de lo sucedido en el arresto* nos dice que los misioneros de San Joaquín y de San Estanislao, ambos pueblos se hallaban en los montes de Tarumá, necesitaron "de mucha prudencia y eficacia para contener a los indios que con las armas en las manos trataban de defender a los Padres, especialmente los del pueblo de San Joaquín, que es de los dos el principal" (3).

"El P. Martín Dobrizhoffer, añade Iturri, era el cura de este pueblo y estando solo, trabajó mucho por sosegarlo, como lo consiguió, quedándole sumamente agradecido el Comisario Don Narciso Duarte con los de su comisión, como que debía al Padre no menos que la vida y la de sus compañeros. Así lo escribió el mismo General Duarte al Sr. Murphy que le había enviado; y éste, después de muchas gracias que dió al P. Martín, lo informó jurídicamente al Sr. Bucarelli (4).

(1) *Historia de Abiponibus*, t. I, pp. 353|355. Sánchez Labrador, en su grande e inédita obra (*Paraguay Natural*, t. III, parte II, pp. 23 y 24) alude a este Quaa de Dobrizhoffer y cuenta sus singulares travesuras.

(2) Del estado próspero de la Reducción de San Joaquín nos da testimonio el mismo Dobrizhoffer en un curioso autógrafo que de él conservamos. Su texto es como sigue:

"Certifico yo el abajo firmado, P. Martín Dobrizhoffer, y el P. Antonio Cortasa, ambos de la Compañía de Jesús al Rey Nº Sr. en su Real Consejo, y a los SSres. Oficiales Reales de Buenos Aires, que el pueblo de San Joaquín de Indios Italines recién convertidos a Nuestra Fe Católica romana perseverá todo este año de Mil setecientos sesenta y cinco, y actualmente persevera en número de trescientas sesenta y ocho familias, y de mil seiscientos treinta y nueve almas, todos ya cristianos, fuera de tres catecúmenos, y que por orden de nuestros Superiores los dos les asistimos. Y para que conste ser verdad firmamos los dos con nuestros nombres en el dicho pueblo de San Joaquín en los montes del Tarumá, el día 1 de octubre de Mil setecientos y sesenta y seis. — *Martín Dobrizhoffer*".

(3) *Archivo general de la Nación, División Colonia, Sección Gobierno, Jesuítas*-1766.

(4) Dobrizhoffer sólo escribió estas significativas líneas: "Lacrymantes, me spectante, advenerant aliqui... Quanta de hoc argumento scribenda mihi suppeterent! Verum prudentis est talia silentio praeterire. Tempus deteget omnia, quae etsi certissima, libris inseri tuto haud possunt". (*Hist. de Abip.*, t. III, p. 390).

Geschichte der Abiponer,

einer berittenen und kriegerischen Nation

in

Paraquay.

Bereichert

mit einer Menge Beobachtungen über die wilden Völkerschaften, Städte, Flüße, vierfüßigen Thiere, Amphibien, Insekten, merkwürdigsten Schlangen, Fische, Vögel, Bäume, Pflanzen, und andere Eigenschaften dieser Provinz.

Verfaßt

von Herrn Abbe Martin Dobrizhoffer,

achtzehn Jahre lang gewesenen Missionär in Paraquay.

Aus dem Lateinischen übersetzt

von

A. Kreil.



Dritter Theil.

Wien

bei Joseph Edlen von Kurzbek k. k. Hof-Buchdrucker, Groß- und Buchhändler. 1784.

Edición alemana de la *Historia de Abiponibus*.
Ejemplar del Dr. José Luis Molinari (Buenos Aires).

Todo lo que en esta ocasión acaeció debió de repercutir dolorosamente en la debilitada salud del buen jesuíta austriaco. Cuando en 1748 vino al Paraguay se hizo constar que tenía "buena salud", pero veinte años más tarde ya no poseía aquellas fuerzas corporales y aquel temple de acero. Las tribulaciones sufridas en el Timbó, y los sucesos adversos de 1767-1768 le postraron en el lecho, según consta de un documento que tenemos a la vista. En él, y con fecha de 17 de marzo de 1768, escribe Bucarelli que están en disposición de embarcarse 150 jesuítas y que no se cuenta en este número a Martín Dobrizhoffer pues "queda enfermo en el hospital" de Buenos Aires (1).

Camino de Europa

A fines de marzo del año de 1768 pudo Dobrizhoffer unirse, a bordo de la fragata *La Esmeralda*, con sus hermanos de religión, y así lo hizo constar el capitán del barco en documento que poseemos. En este navío, y en compañía de los PP. Brigniel, Burges, Iturri, Sánchez Labrador, Juan García, José Feragut, Roque Gorostiza, José Jolis, Francisco Miranda, Florián Baucke, y varios otros, menos conocidos, pero no menos beneméritos, cruzó Dobrizhoffer el océano, después de abandonar las playas americanas donde quedaban aquellos rebeldes abipones y aquellos pacíficos guaraníes. La grata y amena compañía de tantos y tan preclaros jesuítas, como con él iban, contribuiría sin duda a aminorar la añoranza de lo perdido y a suavizar la monotonía de la larga y pesada travesía.

Cuatro mese duró ésta. El día 16 de mayo zarpó *La Esmeralda* de Montevideo y a fines de agosto arribaba al puerto de Cádiz, desde donde fueron los expulsos trasladados al puerto de Santa María. Dobrizhoffer y los demás jesuítas alemanes fueron recluídos en el convento de los Padres Franciscanos, y ahí estuvieron hasta el 19 de marzo de 1769, fecha en que partieron unos con rumbo a Holanda y otros en dirección a Italia.

Hacia Italia

Entre estos últimos contábase Dobrizhoffer (2). Cruzó

(1) Carta de C. Murphy a Su Majestad, 9 de abril de 1768, en *Archivo de Indias*, Sevilla, mss.: 123-3-4. Con sobrada razón escribió el inspirado poeta:

It was his evil fortune to behold
The labours of his painful life destroy'ed;
His flock which he had brought within the fold
Dispersed; the work of ages render'd void
And all of good that Paraguay enjoy'd
By blind and suicidal power o'erthrown.
So he the years of his old age employ'd
A faithful chronicler in handing down
Names which he loved, and things well worthy to be known.

(2) *Historia de Abiponibus*, t. I, p. 373.

el Mediterráneo en un barco de bandera sueca y, como él mismo nos cuenta, simpatizó mucho con el capitán Cornelio Jansen que era un "vir bonus" en frase del buen misionero. Atravesó el norte de la Italia, y en agosto de aquel mismo año de 1769 llegó Dobrizhoffer a su querida ciudad de Viena.

Desde el primer momento alojóse Dobrizhoffer en la Casa profesa que en esa ciudad tenía la Compañía de Jesús, y comenzó a trabajar con ardor y asiduidad en todos los ministerios espirituales, pero muy particularmente en la predicación. Uno de los sus antiguos biógrafos nos dice que "impigrum operarium se praestitit" (1), y por él mismo sabemos que ocupaba habitualmente la cátedra sagrada en la Iglesia de Santa Teresa, y tenía también a su cuidado la Congregación de obreros jóvenes que en la ciudad de Viena habían instituído, años antes, los padres de la Compañía de Jesús.

Dobrizhoffer y la Reina de Austria

La reina María Teresa, que conoció y trató a nuestro ex misionero, gustaba grandemente de su conversación y nunca se cansaba de oirle contar sus peripecias y aventuras en tierra americana. Fué ella quien indujo a Dobrizhoffer a poner por escrito sus recuerdos y dar al público las valiosas noticias etnográficas e históricas que tenía atesorados en su privilegiada memoria. Felizmente cumplió Dobrizhoffer los deseos de la cultísima reina, y entre los años 1777-1782 escribió su celebérrima *Historia de Abiponibus* en tres nutridos volúmenes, aunque no llegó a publicarla hasta el año de 1784.

Otro escrito de nuestro misionero es la valiosa y desconocida carta que en 12 de enero de 1780 escribió a Bacmeister, y en la que, después de excusarse por no haber contestado antes a la que le dirigiera aquel ilustre sabio, manifiesta que ha estado ocupado en ciertos viajes, en preparar y predicar sus sermones semanales y en curar sus achaques. "Ultimamente, y con la autorización de nuestra augustísima reina, escribe Dobrizhoffer, he conseguido disponer de tiempo, pues me retiró del cargo de predicardor; y convenía, pues ya soy sexagenario y tengo una salud que está muy lejos de ser robusta" (2).

Ultimos años del gran misionero

"Finalmente, escribe Stoger, ese varón que era ante todo un buen religioso, al mismo tiempo que jovial y práctico en improvisar versos y coplas, terminó sus días en el Hospital de los Hermanos de la Misericordia, en Viena, el día 17 de julio de 1791, cuando contaba setenta y cuatro años de edad" (3).

(1) *Stoeger, Scriptores. . .*, p. 62.
(2) *Journal zur Kunstgeschichte*, t. IX, p. 98: "Id mihi nunc denique praestare vacat, postquam nuper cum Augustissimae Nostrae venia concionandi munere me (sexagenario majorem, et valetudinis non firmissimae) abdicavi".
(3) *Stoeger, Scriptores, cit.*, p. 62.

Tales son las noticias biográficas que acerca del buen P. Martín Dobrizhoffer hemos podido reunir. Queremos completarlas recordando lo que en una de las páginas más hermosas de su célebre libro sobre los Abipones consignó el mismo y benemérito misionero. Recuerda lo mucho que por amor a Cristo trabajaron y sufrieron los PP. Roque González, Alonso Barzana, Diego Boroa, Antonio Machoni, Matías Strobel, Pedro Juan Andreu, José Brigniel, José Cardiel. . . y tantos otros varones santos y heroicos misioneros; recuerda además a los que dieron su vida por defender la verdad y la moral católica que predicaban, como Gaspar Osorio, Pedro Romero, Nicolás Mascardi, Lucas Cavallero, y tantos otros invictos mártires de la fe; finalmente consigna los nombres de aquellos que no murieron por Cristo, pero sufrieron graves privaciones y heridas por la causa de Cristo, como los PP. Félix Villagarcía, Román Arto, José Klein y. . . Martín Dobrizhoffer.

Entre los heroicos

Estas son sus palabras: "El P. Martín Dobrizhoffer mientras defendía su casita y la iglesia adjunta, contra el furor de seiscientos bárbaros que en el pueblo del Rosario (o Timbó) lo habían asaltado, una flecha envenenada le atravesó el brazo, y un bárbaro Toba le rompió un dedo y le destrozó una costilla; suceso que tuvo lugar el día 2 de agosto de 1765 a las cuatro de la mañana. El haber dado el bautismo a un cacique Toba, llamado Keebetavalkin, fué el promovedor del asalto y el causante de tan graves heridas" (1).

Cuando con el corazón destrozado por la lejanía y la separación de sus queridos Abipones, allá en las encantadoras noches de Viena, junto a las tranquilas orillas del Danubio, añoraba Dobrizhoffer el misterio agreste de la selva chaqueña, volcó su nostalgia en las páginas de un libro que ha inmortalizado a aquellos indios bravíos y ha inmortalizado también a quienes con todo el ardor de sus apostólicos corazones les llevaron el esplendor de la fe y las ventajas de la civilización.

Epílogo

Las laboriosas reducciones de ayer son hoy ciudades de magnífica vitalidad y de rápido desarrollo, y sería una ingratitud olvidar que su grandeza actual finca en los sacrificios de aquellos nobles pioneers que valientemente penetraron hasta el corazón de los quebrachales y abrieron los campos a los primeros algodonales y recogieron sus primeros capullos para tejer sus toscas mantas y exprimieron de sus semillas el primer aceite y lo que es más, inconmensurablemente más, fueron los primeros que plantaron la cruz redentora a orillas del Río Negro, sobre las riberas del Río Dulce, junto al Arroyo del Rey y al margen del caudaloso Paraguay.

(1) *Historia de Abiponibus*, III, p. 420.

APENDICE

A TALE OF PARAGUAY

BY ROBERT SOUTHEY

LONDON 1826

En el texto que antecede, nos hemos referido varias veces al poema que sobre la actuación apostólica del P. Martín Dobrizhoffer, compuso el conocido historiador y poeta inglés Roberto Southey (1774-1843). A la par de Wordsworth y Coleridge, fué Southey uno de los poetas "Lakistas", como se dió en llamarles. De carácter sencillo y noble, fué la belleza y la verdad los ideales de su vida, siendo sus múltiples poemas los frutos de la primera y sus lucubraciones históricas frutos opimos de la segunda. La History of Brasil *en tres volúmenes es aun una obra histórica tan leída como su* Life of Nelson, *y su* Tale of Paraguay *conserva toda su sentida belleza como* Thalaba *y* Madoc, *dos de sus poemas más inspirados. La lectura de la* Historia de Abiponibus *le indujo a escribir su* Tale, *largo poema en cuatro cantos con un total de 224 estrofas, destinadas todas ellas a enaltecer las Misiones Jesuíticas entre los Guaraníes del Paraguay, teniendo por protagonista al P. Martín Dobrizhoffer. A continuación sólo reproducimos algunas estrofas que más directamente se refieren al célebre Misionero. Corresponden estas estrofas al Canto Segundo.*

1.

Amid those marshy woodlands far and wide
Which spread beyond the soaring vulture's eye,
There grew on Empalado's southern side
Groves of that tree whose leaves adust supply
The Spaniards with their daily luxury;
A beverage whose salubrious use obtains
Thro' many a land of mines and slavery,
Even over all La Plata's sea-like plains,
And Chili's mountain realm, and proud Peru's domains.

2.

But better for the injured Indian race
Had woods of manchineel the land o'erspread:
Yea in that tree so blest by Nature's grace
A direr curse had they inherited,
Than if the Upas there had rear'd its head,
And sent its baleful scyons all around,
Blasting where'er its effluent force was shed,
In air and water, and the infected ground,
All things wherein the breath or sap of life is found.

3.

The poor Guaranies dreamt of no such ill,
When for themselves in miserable hour,
The virtues of that leaf, with pure good will
They taught their unsuspected visitor,
New in the land as yet. They learnt his power
Too soon, which law nor conscience could restrain,
A fearless but inhuman conqueror,
Heart-hardened by the accursed lust of gain.
O fatal thirst of gold! O foul reproach for Spain!

5.

Barren alike of glory and of gold
That region proved to them; nor would the soil
Unto their unindustrious hands unfold
Harvests, the fruit of peace, . . . and wine and oil,
The treasures that repay contented toil
With health and weal; treasures that with them bring
No guilt for priest and penance to assoil,
Nor with their venom arm the awaken'd sting
Of conscience at that hour when life is vanishing.

6.

But keen of eye in their pursuit of gain
The conquerors look'd for lucre in this tree:
An annual harvest there might they attain,
Without the cost of annual industry.
Twas but to gather in what there grew free
And share Potosi's wealth. Nor thence alone,
But gold in glad exchange they soon should see
From all that once the Incas called their own,
Or where the Zippa's power or Zaque's laws were known.

10.

Uncheck'd in Paraguay it ran its course,
Till all the gentler children of the land
Well nigh had been consumed without remorse,
The bolder tribes meantime, whose skilful hand
Had tamed the horse, in many a warlike band
Kept the field well with bow and dreadful spear.
And now the Spaniards dared no more withstand
Their force, but in their towns grew pale with fear
If the Mocobio, or the Abipon drew near.

11.

Bear witness, Chaco, thou, from thy domain
With Spanish blood, as erst with Indian, fed!
And Corrientes, by whose church the slain
Were piled in heaps, till for the gather'd dead
One common grave was dug, one service said!
Thou too, Parana, thy sad witness bear
From shores with many a mournful vestige spread,
And monumenta crosses here and there
And monumental names that tell where dwellings were!

13.

For whensoe'er the Spaniard felt or fear'd
An Indian enemy, they call'd for aid
Upon Loyola's sons, now long endear'd
To many a happy tribe, by them convey'd
From the open wilderness or woodland shade,
In towns of happiest polity to dwell.
Freely these faithful ministers essay'd
The arduous enterprize, contented well
If with success they sped, or if as martyrs fell.

14.

And now it chanced some traders who had fell'd
The trees of precious foliage far and wide
On Empalado's shore, when they beheld
The inviting woodlands on its northern side,
Crost thither in their quest, and there espied
Yeruti's footsteps: searching then the shade
At length a lonely dwelling they descried,
And at the thought of hostile hordes dismay'd
To the nearest mission sped and ask'd the Jesuit's aid.

15.

That was a call which ne'er was made in vain
Upon Loyola's sons. In Paraguay
Much of injustice had they to complain,
Much of neglect; but faithful labourers they
In the Lord's vineyard, there was no delay
When summon'd to his work. A little band
Of converts made them ready for the way;
Their spiritual father took a cross in hand
To be his staff, and forth they went to search the land.

16.

He was a man of rarest qualities,
Who to this barbarous region had confined
A spirit with the learned and the wise
Worthy to take its place, and from mankind
Receive their homage, to the immortal mind
Paid in its just inheritance of fame.
But he to humbler thoughts his heart inclined;
From Gratz amid the Styrian hills he came,
And Dobrizhoffer was the good man's honour'd name.

17.

It was his evil fortune to behold
The labours of his painful life destroy'd;
His flock which he had brought within the fold
Dispersed; the work of ages render'd void,
And all of good that Paraguay enjoy'd
By blind and suicidal power o'erthrown.
So he the years of his old age employ'd,
A faithful chronicler in handing down
Names which he loved, and things well worthy to be known.

18.

And thus when exiled from the dear-loved scene,
In proud Vienna he beguiled the pain
Of sad remembrance: and the Empress Queen,
That great Teresa, she did not disdain
In gracious mood sometimes to entertain
Discourse with him both pleasurable and sage;
And sure a willing ear she well might deign
To one whose tales may equally engage
The wondering mind of youth, the thoughtful heart of age.

19.

But of his native speech because well nigh
Disuse in him forgetfulness had wrought,
In Latin he composed his history;
A garrulous, but a lively tale, and fraught
With matter of delight and food for thought.
And if he could in Merlin's glass have seen
By whom his tomes to speak our tongue were taught,
The old man would have felt as pleased, I ween,
As when he won the ear of that great Empress Queen.

20.

Little he deem'd when with his Indian band
He thro' the wilds set forth upon his way,
A Poet then unborn, and in a land
Which had proscribed his order, should one day
Take up from thence his moralizing lay,
And shape a song that, with no fiction drest,
Should to his worth its grateful tribute pay,
And sinking deep in many an English breast,
Foster that faith divine that keeps the heart at rest.

21.

Behold him on his way! the breviary
Which from his girdle hangs, his only shield;
That well-known habit is his panoply,
That cross, the only weapon he will wield:
By day he bears it for his staff afield,
By night it is the pillar os his bed;
No other lodging these wild woods can yield
Than earth's hard lap, and rustling overhead
A canopy of deep and tangled boughs far spread.

22.

Yet may they not without some cautious care
Take up their inn content upon the ground.
First it behoves to clear a circle there,
And trample down the grass and plantage round,
Where many a deadly reptile might be found,
Whom with its bright and comfortable heat
The flame would else allure: such plagues abound
In these thick woods, and therefore must they beat
The earth, and trample well the herbs beneath their feet.

23.

And now they heap dry reeds and broken wood;
The spark is struck, the crackling faggots blaze,
And cheer that unaccustomed solitude.
Soon have they made their frugal meal of maize;
In grateful adoration then they raise
The evening hymn. How solemn in the wild
That sweet accordant strain wherewith they praise
The Queen of Angels, merciful and mild:
Hail, holiest Mary! Maid, and Mother undefiled.

28.

That prayer perform'd, around the fire reclined
Beneath the leafy canopy they lay
Their limbs: the Indians soon to sleep resign'd:
And the good Father with that toilsome day
Fatigued, full fain to sleep, . . . if sleep he may,
Whom all tormenting insects there assail;
More to be dreaded these than beats of prey
Against whom strength may cope, or skill prevail,
But art of man against these enemies must fail.

29.

Patience itself that should the sovereign cure
For ills that touch ourselves alone, supply,
Lends little aid to one who must endure
This plague: the small tormentors fill the sky,
And swarm about their prey; there he must lie
And suffer while the hours of darkness wear;
At times he utters with a deep drawn sigh
Some name adored, in accents of despair
Breathed sorrowfully forth, half murmur and half prayer.

30.

Welcome to him the earliest gleam of light;
Welcome to him the earliest sound of day;
That from the sufferings of that weary night
Released, he may resume his willing way,
Well pleased again the perils to essay
Of that drear wilderness, with hope renew'd:
Success will all his labours overpay:
A quest like his cheerfully pursued;
The heart is happy still that is intent on good.

INDICE ANALITICO

INDICE ANALITICO

Talleres Gráficos San Pablo
San Juan 2264-66. - Bs. As.